DICCIONARIO

DE LAS HEREJIAS, ERRORES Y CISMAS

QUE HAN DIVIDIDO

Á LA IGLESIA DE JESUCRISTO DESDE EL SIGLO PRIMERO DE LA ERA CRISTIANA HASTA LOS TIEMPOS PRESENTES;

obra sacada en parte de los santos padres, de los concilios y de las historias eclesiásticas y en parte traducida de la que bajo el mismo título ha publicado en francés Mr. Migne, editor de la *Enciclopedia teológica*.



TOMO I.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

MADRID, 1850.
Imprenta de D. José Félix Palacios, *editor*.

ADVERTENCIA

DE LOS REDACTORES DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

El presbítero Francisco Pluquet, licenciado en teología de la Sorbona, publicó en Francia el año 1762 una obra titulada: *Memorias que pueden servir para la historia de los errores del entendimiento humano*; la cual es mas conocida bajo el nombre de *Diccionario de las herejías*. Este tratado para cuyo buen desempeño se necesitaban los conocimientos de un historiador verídico y puntual, la ciencia de un teólogo y la crítica de un hombre imparcial, adolece de errores en muchas de sus partes, como puede notarse desde el primer artículo *Abelardo*, donde Pluquet absuelve y abona completamente al orgulloso y deslumbrado filósofo francés y vitupera y calumnia al santo y sabio abad de Claraval. Ademas sola la omision del artículo *jansenismo* bastaria para hacer sospechoso al autor; pues tratando de escribir la historia de las herejías antiguas y modernas, es muy raro dejase en olvido las doctrinas funestamente célebres del obispo de Iprés y de sus pertinaces y solapados sectarios.

Con estos antecedentes ya conocen nuestros lectores que no podiamos dar cabida en la *Biblioteca religiosa* á la obra de Pluquet segun él la escribió; pero como la idea nos pareciese excelente y muy oportuna, con especialidad en nuestros dias en que el espíritu del error bajo diferentes formas y disfraces ha penetrado en las institu-

ciones, las leyes y sistemas de gobierno de las mas de las naciones, pensamos en corregir y expurgar el *Diccionario* del escritor francés, aprovechando lo que en conciencia pudiera aprovecharse. Nuestro plan era este: rehacer varios artículos añadiendo ó quitando lo que nos pareciera conveniente, escribir todos los que el autor omitió sin duda por siniestro fin, y ademas los que se refieren á las herejías y errores modernos posteriores al año 1762. De este modo creimos hacer una obra, si no completa ni perfecta bajo el aspecto científico y literario, por lo menos estrictamente ortodoxa y libre de toda malicia y pravedad. En tal trabajo nos ocupabamos cuando vino á nuestras manos un *Diccionario de las herejías, errores y cismas*, publicado el año 1847 en Paris por el infatigable y entendido eclesiástico Mr. Migne, editor de la *Enciclopedia teológica ó serie de diccionarios sobre todas las partes de la ciencia religiosa.* Aquella obra comprende: 1.º el susodicho tratado de Pluquet, pero aumentado con mas de cuatrocientos artículos y continuado hasta nuestros dias respecto de todas las materias y del discurso preliminar, revisto y corregido en todas sus partes (estas importantes adiciones y correcciones se deben á la pluma del presbítero J. J. Claris, catedrático que ha sido de teología): 2.º un Diccionario nuevo de los jansenistas con una noticia de su vida y la crítica de sus obras: 3.º el Indice de los libros prohibidos en Roma por la sagrada congregacion del mismo nombre: 4.º las proposiciones condenadas por la iglesia desde el año 411 hasta el pre-

septe: 5.° una lista de las obras condenadas por los tribunales franceses.

La lectura de este extenso Diccionario, nuevo en su mayor parte, nos hizo variar de propósito, y despues de bien meditado todo nos resolvimos á abandonar nuestro trabajo tocante á los artículos no incluidos en el Diccionario de Pluquet y compuestos por su adicionador, que hemos preferido á los nuestros por ser incomparablemente de mas mérito asi en la forma como en el fondo. Por manera que de Pluquet solo conservamos el discurso preliminar corregido y continuado hasta nuestros dias por Mr. Claris y todavia reformado en algunos pasajes por nosotros: de este mismo tomamos mas de cuatrocientos artículos que ha añadido al Diccionario; y los demas son obra nuestra; para lo cual hemos sacado los materiales de los escritos de los santos padres, de las historias eclesiásticas y de los concilios. Nada diremos de la importancia de este tratado, por mas imperfecto que se suponga, porque si siempre ha sido útil conocer hasta dónde raya el delirio del hombre, sobre todo en materias de religion, cuando solo da oidos á la razon orgullosa, hoy es de todo punto necesario aun á los simples fieles estudiar las herejías que han desgarrado las entrañas de la iglesia de Jesucristo, ya para penetrarse de que todos los errores son antiguos, aunque vistan nuevos trajes y tomen formas modernas, ya para preservarse de caer en ellos mediante la sumision y obediencia á la única maestra infalible nuestra madre la santa iglesia católica.

INTRODUCCION.

FUENTES GENERALES DE LAS HEREJÍAS.

El hombre ha recibido de la naturaleza un deseo invencible de adquirir conocimientos, de extenderlos, de ser feliz y de aumentar su felicidad. Este deseo se manifiesta en el niño, en el salvaje y en el hombre frívolo por la rapidez con que se apoderan de los objetos nuevos y los dejan, en el hombre que ha ejercitado su entendimiento, por el esfuerzo que hace para conocerlo, explicarlo y comprenderlo todo, y en fin en todos por un amor insaciable del gusto, de la perfeccion y de la gloria. Este deseo es el que determinado sucesivamente por los sentidos, las pasiones y la imaginacion ó dirigido por la razon disipó la ignorancia, estableció leyes, inventó las artes y las ciencias, produjo en la sociedad todas las revoluciones y mudanzas y creó ese laberinto de verdades y errores, de opiniones y sistemas, de política, de moral, de legislacion, de filosofía y de religion, en que anduvo perdido el género humano (excepto el pueblo judio) hasta el nacimiento del cristianismo. Entonces los discípulos de Jesus convirtieron este esfuerzo hácia los dogmas y la moral de la nueva religion. Los dogmas que enseña, son evidentemente revelados; pero muchos de ellos son misterios: prescribe las leyes mas adecuadas para hacer dichoso al hombre aun sobre la tierra; pero estas leyes combaten las pasiones ó mortifican los sentidos: promete una felicidad eterna é infinita; pero en la cual habrá grados proporcionados á los merecimientos; en fin amenaza con una desgracia eterna á los que no crean sus dogmas ó no obedezcan sus leyes y facilita todos los medios necesarios para creer las verdades que anuncia y practicar los deberes que impone; pero no destruye ni la actividad del alma, ni la agitacion del entendimiento, ni el origen

de las pasiones, ni el imperio de los sentidos, y no precave en todos los hombres los dislates de la razon ó los extravíos del corazon. Asi el entendimiento humano penetró en el estudio de los dogmas del cristianismo y en la práctica de sus deberes con unos principios de ilusion, de desorden y de error.

El cristiano colocado por decirlo asi entre la autoridad de la revelacion que le proponia misterios, y el deseo de ilustrarse que se esfuerza sin cesar á comprender y explicar todo cuanto recibe como verdadero el entendimiento, creyó los misterios y trató de hacerlos inteligibles. Esto último no lo podia conseguir sino por medio de las ideas que le sugeria la razon: asemejó los misterios á sus ideas ó sus principios, sustituyó á veces sus ideas á los misterios ó no admitió en estos sino lo que se acomodaba con sus principios é ideas; y arrebatado como todos los hombres del amor invencible de la felicidad y determinado por la religion á buscarla en las esperanzas de la otra vida, al paso que los sentidos y las pasiones se la mostraban en los objetos que los halagan, trató de conciliar el interés de las pasiones y sentidos con las esperanzas de la religion, ó sacrificó lo uno á lo otro y vió un delito en las acciones mas inocentes, haciendo actos de virtud los actos mas criminales.

Tal es en general la idea que se debe formar de los errores del entendimiento humano con respecto á la religion cristiana.

FUNESTOS EFECTOS DE LAS HEREJÍAS.

Todos los hombres gustan naturalmente de infundir sus gustos é inclinaciones y de hacer que se adopten sus opiniones y costumbres; pero nunca es mas activo ni intrépido este deseo que cuando va animado del zelo de la religion: en la cristiana es un deber el trabajar no solamente en su salvacion propia, sino en la del prójimo. Asi el cristiano zeloso que cae en el error, se cree

obligado, á enseñarle, y si puede á forzar á todos los hombres á que hablen, piensen y vivan como él.

La iglesia que vela por el depósito de la fé, condena el error y prescribe los medios mas á propósito para atajar los progresos de él; pero suele ser indocil á su voz el cristiano que se extravia. Asi los errores de los cristianos han producido herejías, sectas y cismas que han desgarrado el seno de la iglesia, armado unos contra otros á los súbditos de un estado y perturbado el mundo. Pero los efectos de las herejías tan contrarios al espíritu de la religion no son ciertamente comparables con los beneficios que esta proporciona á los hombres y á la sociedad civil.

El reinado del paganismo fue tambien el reinado del vicio y del crimen. Sin subir á los tiempos mas remotos fijemos la vista en el estado del mundo antes que se hubiese propagado el cristianismo por el imperio romano. Donde quiera se ve á las naciones armadas para conquistar otras naciones, vasallos tiranizados por los soberanos, soberanos destronados por sus vasallos, ciudadanos ambiciosos que esclavizan su patria sin arredrarse por ningun crimen y sin sentir el estímulo del remordimiento, el debil oprimido por el poderoso, el derecho natural desconocido ó despreciado, la idea de la justicia y de la virtud aniquilada casi en todas partes ó tan asombrosamente desfigurada, que hasta se despreciaba el conservar su apariencia. Tiendase si no la vista por el mundo y examinese su situacion bajo la dominacion de los Marios, de los Silas, de los Césares, de los Tiberios, de los Nerones etc.

Enmedio de esta corrupcion general el cristianismo produce hombres justos y desinteresados que se atreven á combatir el vicio y reducir el linaje humano á la práctica de las virtudes mas útiles para la felicidad de la sociedad civil; forma una sociedad religiosa que practica estas virtudes; promete á los verdaderos cristianos un premio eterno é infinito; y amenaza á los malos con tormentos perdurables. Los que abrazan esta religion, der-

raman su sangre por confirmar su doctrina, y antes quieren perder la vida que renegar ó prevaricar de ella. ¿Quién duda que semejante doctrina es el medio mas seguro de atajar el desorden y de infundir las virtudes mas esenciales para la dicha de la sociedad civil?

Es verdad que los cristianos han degenerado y se han dividido y que se han visto entre ellos un género de guerras poco conocido de los gentiles, las guerras de religion; pero estas no tienen su origen en los principios de la religion, sino en la rebeldía y orgullo de unos hijos desobedientes y atrevidos, que se han levantado contra su madre la iglesia, y muchas veces en los vicios del gobierno civil. No es raro que los facciosos y descontentos de un reino se hayan aprovechado de las discusiones de los cristianos para enarbolar el estandarte de la rebelion: la ambicion y la política han solido atraer á sus miras el zelo de personas sinceras y virtuosas.

¿Qué hubiera sido de la Europa sin la religion cristiana despues de destruido el imperio romano? Lo que son hoy la Grecia, el Asia menor, la Siria, el Egipto y todos los reinos de Oriente. Los hunos, los godos, los vándalos, los alanos y los francos que conquistaron el Occidente, no eran menos feroces que los sarracenos, los turcos y los tártaros que subyugaron el Oriente. Cesen pues los que no conocen la religion y creen pelear por la humanidad insultandola, cesen de pregonar que es contraria á la felicidad de los hombres; cesen de achacarle las desgracias y males causados por las sectas y de imputarlos á la vigilancia con que la iglesia desecha y condena cuanto altera la pureza de su doctrina ó de su culto.

Las herejías tan funestas á la sociedad religiosa y civil tienen su origen en imperfecciones ó en pasiones anexas á la naturaleza humana, y cada siglo contiene en cierto modo la semilla de todas las herejías y errores. El esfuerzo que incesantemente hace el entendimiento humano para extender sus conocimientos y aumentar su felicidad, descubre continuamente estas semi-

llas y hace nacer algun error nuevo ó reproduce los antiguos bajo mil formas diferentes. Las circunstancias en que aparecen estos errores, y los caracteres de sus autores y sectarios hacen mas ó menos rápidos sus progresos y mas ó menos peligrosos sus efectos; pero no hay uno que no sea nocivo, y todos pueden tener funestas consecuencias. ¡Qué calamidades no han causado en el Oriente y en el Occidente esa muchedumbre sin cuento de sectas y errores nacidos desde Arrio hasta nuestros dias!

Asi pues no hay cosa mas interesante que ilustrar á los hombres acerca de los errores contrarios á la religion y acerca de los medios propios para precaver los efectos de su aficion á estos errores y el abuso que puede hacerse de su confianza y de su zelo: si fuera posible, se deberia facilitar la adquisicion de estos conocimientos á todo hombre dotado de razon, cualquiera que sea su condicion y estado.

OBJETO Y PLAN DE ESTA OBRA.

Hemos creido que este objeto podia conseguirse en parte en una obra que diese á conocer los errores y desvaríos del entendimiento humano con respecto á la religion cristiana, el origen de las herejías, los principios en que se han fundado, el curso que han seguido, y los medios que han empleado desde su nacimiento hasta nuestros dias: una obra que nos manifestase qué principios se les han contrapuesto y por qué razones han sido impugnadas y condenadas, las precauciones que se han tomado para atajar sus progresos, y por qué han surtido buen efecto estas precauciones ó cómo han venido á ser inútiles.

Con el auxilio de esta obra podria distinguirse ciertamente el amor á la verdad del espíritu de partido, el zelo por la religion del interés personal; no se confundirian las opiniones lícitas con los errores condenados, ni el error involuntario con la herejía; se sabria

hasta dónde llegan los límites del zelo y de la firmeza que prescribe la religion, la indulgencia que inspira, y la moderacion y prudencia que ordena. Los cristianos mas doctos y virtuosos verian que otros iguales á ellos erraron: la ciencia seria menos soberbia y mas sociable, y la virtud no fuera tan arrogante ni tan terca.

Con estos conocimientos y disposiciones, ¡á cuántos hombres no se apartaria del error! ¡A cuántos no se preservaria de la seduccion! ¡Cuántos males y turbaciones no se precaverian!

En una obra de esta especie puede seguirse el orden de los tiempos como en una historia ó reducir á un cuadro, digamoslo asi, la historia particular de cada herejía. El primer método presenta una pintura mas dilatada, mas interesante á la curiosidad y mas deleitable para la imaginacion; pero el entendimiento pasa repentinamente de un objeto á otro y vuelve á él repetidas veces, sin que el lector pueda seguir una herejía en sus diferentes estados, ni el historiador entrar en el examen y discusion de sus principios como en el segundo método.

Para conseguir en cuanto nos es dable estos dos objetos y reunir las ventajas de ambos métodos expondremos en un discurso preliminar las causas generales de las herejías y la especie de cadena que las liga entre sí y con el movimiento general del espíritu humano, que cambia continuamente las ideas, los gustos y las costumbres de los pueblos. Todos los hombres participan de estas mudanzas y variaciones, porque todos los entendimientos gravitan por decirlo asi unos hácia otros como las partes de la materia. No hay un hombre, cuyas ideas y costumbres no sean producidas ó modificadas por las ideas, los gustos y las costumbres de la nacion en que vive, de los pueblos que la rodean y del siglo precedente; y los extravíos del espíritu humano con respecto á la religion cristiana estan ligados con las revoluciones de los estados, la mezcla y confusion de los pueblos y la historia general del en-

tendimiento humano respecto de la religion y la moral.

Asi pues en nuestro discurso preliminar hemos subido hasta la religion primitiva de los hombres; hemos indagado si habia algunos pueblos en que aquella se hubiese conservado ó perfeccionado; y por fin hemos seguido las variaciones y novedades que ha hecho el espíritu humano en esta religion hasta el nacimiento del cristianismo.

Entonces hemos formado una especie de época de cada siglo: hemos expuesto las ideas, costumbres, inclinaciones y principios filosóficos de cada un siglo; y de estas causas hemos mostrado que salian las herejías, los cismas y las sectas que han perturbado la iglesia en aquel espacio de tiempo, asi como sus efectos en cuanto al estado.

Despues de haber manifestado el orígen, la sucesion y confusion de los errores y de las sectas y la especie de guerra que se han hecho expeliendose por decirlo asi y destruyendose unas á otras hasta nuestro siglo, hemos presentado cada herejía de manera que pueda el lector á la primera ojeada comprender el estado del entendimiento humano con respecto á la religion cristiana, al orígen de dicha herejía y á las causas que la han producido, observar sus efectos tocante á la religion ó á la sociedad civil, verla propagarse con escándalo, establecerse, extinguirse, resucitar bajo mil formas diversas ó producir otros errores que la sepultan en el olvido.

A esta historia de la herejía ó si puedo hablar asi, á esta historia de la maquinacion de las pasiones y preocupaciones para defender un partido ó una opinion se ha agregado la exposicion sistemática de los principios filosóficos y teológicos de cada error desde su nacimiento hasta nuestros dias, y se han examinado sus principios haciendo ver la falsedad de ellos.

No se ha omitido dar á conocer los autores que con mas acierto han impugnado estos errores, y las cuestiones de crítica ó teológicas que han nacido por decirlo asi de resultas de las disputas y combates de los teó-

logos que contradecian ó defendian la verdad, y que si me atrevo á expresarme asi, son como unas adrajas sobre las cuales ha de apoyar un dia el error algun sistema.

Como cada una de estas historias forma un cuerpo que puede leerse por separado, las hemos dispuesto no segun el orden de los tiempos, sino segun el del alfabeto; con lo que es mas cómodo su uso.

Asi la primera parte de esta obra contiene una historia seguida de los principios y causas generales de los errores del entendimiento humano con respecto á la religion en general y á la cristiana en particular; y la segunda comprende una historia circunstanciada de las causas y efectos de estos errores con la exposicion y refutacion de sus principios.

DISCURSO PRELIMINAR.

TIEMPOS ANTERIORES A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

CAPITULO I.

DE LA RELIGION PRIMITIVA DE LOS HOMBRES.

Si se exceptuan unos pocos salvajes, no hay ningunos hombres sin religion. Los pueblos mas antiguos, los caldeos, los egipcios, los celtas, los germanos, los galos eran todavia bárbaros, y tenian cada uno su religion tan diferente de la de los otros como sus costumbres y el clima que habitaban. No obstante estas diferencias conservaban dogmas comunes: todos creian que un principio espiritual habia sacado el mundo del caos y animaba á toda la naturaleza: todos creian que el Dios del cielo se habia unido con la tierra, y por eso veneraban á esta como madre de los dioses (1).

Aristóteles hace subir esta creencia hasta los primeros habitadores de la tierra y mira toda la mitología como la corrupcion de estos dogmas. «La mas remota antigüedad, dice, dejó á los siglos venideros bajo la alegoría de las fábulas la creencia de que hay dioses y que la divinidad abarca toda la naturaleza: despues se añadió lo demas que nos enseña la fábula, para persuadirselo al pueblo á fin de hacerle mas obediente á las leyes y para bien del estado. Asi se dice que los dioses se asemejan á los hombres ó á algunos animales y otras cosas semejantes: si de ahí se separa lo único que se decia al principio, á saber, que los dioses fueron las

(1) Vease Homero, Hesiodo, Ovidio, Heródoto, Strabon, Cesar, Tácito etc.

primeras naturalezas de todas, nada se dirá que no sea digno de la divinidad. Hay probabilidad de que habiendose perdido muchas veces las ciencias, se conservaron estos sentimientos hasta el presente como las reliquias de la doctrina de los antiguos: solo asi podemos distinguir las opiniones de nuestros padres y de los primeros que vivieron sobre la tierra (1).»

Está pues comprobado por los testimonios mas irrefragables que la religion primitiva de los hombres fue el teismo y que el politeismo es la corrupcion de este. En efecto si el teismo no es la religion primitiva de los hombres, es necesario que hayan subido desde el politeismo á la creencia de un espíritu infinito que sacó el mundo del caos. Veamos si es posible que los pueblos entre quienes hemos hallado el dogma de una inteligencia suprema que sacó el mundo del caos, llegasen á él partiendo de una crasa ignorancia y pasando por todos los grados del politeismo, como supone Hume; para lo cual daremos que se hallen sobre la tierra dotados de las únicas facultades que trae el hombre al nacer.

La necesidad y la curiosidad son las potencias motrices del entendimiento humano: este indaga las causas y la naturaleza de los fenómenos que le interesan por el espectáculo que presentan ó por la relacion que tienen con su conservacion y felicidad. El hombre al salir de las manos de la naturaleza, entregado por decirlo asi á las únicas facultades que le concede aquella, no tiene otra guia en estas investigaciones que sus sentidos, la imaginacion, su experiencia y la analogía. La experiencia y sus sentidos le hacen ver todos los fenómenos como objetos aislados ó producidos por causas diferentes y cada uno de estos fenómenos como un conjunto de diferentes partes de materia, á quienes unció separa una fuerza motriz. La experiencia y los sentidos del hombre le han enseñado que él produce el movimiento, que menea el brazo cuando quiere y como quiere, que

(1) Aristot., *Metaph.*, l. XII, c. 8.

puede dar todos los movimientos y todas las formas que quiere á los diferentes cuerpos que le rodean, reunirlos, separarlos y mezclarlos á su arbitrio. La analogía pues le hubiera llevado á suponer en la naturaleza una infinidad de espíritus que producian los fenómenos; la imaginacion los hubiera inventado en todas partes explicandolo todo por su medio, como se ve en los pueblos salvajes desde Cristoval Colon.

La imaginacion que se acomoda tan bien á la idea de los genios, se resiste por el contrario á la del caos, y los sentidos la contradicen. Asi pues el entendimiento humano en el estado en que le suponemos nosotros, no habria podido llegar al conocimiento de un caos anterior á la formacion del mundo sino despues de reconocer la falsedad de los genios á quienes atribuyera primero los fenómenos de la naturaleza. Para abandonar el sistema de los genios, tan grato é interesante á la imaginacion y la fragilidad humana, era preciso haber conocido que todo se obra mecánicamente en los fenómenos; lo cual supone por necesidad en el género humano, segun le hemos supuesto, una larga serie de observaciones unidas y comparadas entre sí, una física y algunas artes.

Para llegar al conocimiento del caos despues de haber conocido la falsedad del sistema de los genios era preciso formar el plan de remontarse al origen del mundo, haber observado todas las producciones de la naturaleza en todos sus estados, haberlas visto nacer de un principio comun y que vuelven á él y se confunden de nuevo. Las observaciones por las cuales se hubiera juzgado que en el globo terraqueo estuvo todo confundido al principio, no podian persuadir á que el cielo no habia sido primitivamente mas que un caos espantoso.

Ninguno de los fenómenos observados sobre la tierra supone que la luz de los cuerpos celestes ha estado confundida con las partes terrestres. Las borrascas y tempestades, los volcanes que conmueven la tierra, no hacen mella alguna en el sol y los astros, cuya situacion es inmutable, cuyas revoluciones son constantes, cuya

figura es inalterable: á lo menos asi es como habrian visto el cielo los hombres en el estado en que los suponemos. Asi la observacion lejos de persuadir á que los cuerpos celestes habian estado confundidos en el abismo de donde saliera la tierra, habria llevado por el contrario á los hombres á suponer que el cielo y los astros habian sido siempre tales como los veian. El entendimiento humano pues solamente hubiera podido suponer que el cielo habia sido primero un caos informe por haber descubierto que no existia necesariamente, que habia tenido principio y que la materia de que se componia, no tenia por sí misma la potencia motriz y la inteligencia necesaria para formar los astros, ordenarlos y comunicarles la armonía con que existen y se mueven: que la materia habia recibido su movimiento y forma de un principio distinto de ella é inmaterial, el cual habia formado el mundo entero y dado leyes á la naturaleza.

Asi para que los primeros hombres en el estado supuesto hubiesen llegado por el discurso á la creencia de un caos universal y anterior al mundo, era preciso no solo que hubiesen salido de la barbarie y que tuviesen artes y ciencias, sino ademas que hubiesen llegado hasta tener idea de un espíritu distinto de la materia y soberano absoluto de la naturaleza. Luego estos hombres no habrian subido al teismo sino sobre las ruinas y la extincion del politeismo, sobre un conocimiento sublime de la naturaleza, sobre los principios de una metafísica que hubiese disipado todas las ilusiones de los sentidos, destruido todas las preocupaciones de la imaginacion y corregido todos los desvaríos de la razon acerca del politeismo y las causas de los fenómenos.

Seria pues un absurdo suponer que unas naciones hubiesen permanecido bárbaras, sin artes y entregadas á la mas repugnante idolatría y que sin embargo formasen el proyecto de subir al origen del mundo, y descubriesen que es obra de una inteligencia infinita é inmaterial y que las causas de los fenómenos de la naturale-

za estan unidas. Aun cuando una nacion ignorante y ruda pudiese formar el plan de descubrir el origen del mundo, ¿se podria suponer que todas formaron el mismo plan en el mismo tiempo como se necesitaba para llegar á la creencia del caos? Aun cuando hubieran podido formar este plan, ¿por qué entre estas naciones tan diferentes en sus inclinaciones, sus costumbres y sus ideas no hubo ninguna que creyese que todo fue siempre lo mismo que es, segun inclina á creerlo la ignorancia y segun opinaron varios filósofos? ¿Cómo llegaron todas á la creencia de una alma universal y productiva del mundo, del caos anterior á la formacion de todos los entes que vemos?

Unos pueblos que cultivan su entendimiento, pueden subir á ciertos principios generales y llegar á ciertas verdades comunes, porque el entendimiento que se ilustra, ensancha sus ideas, y las ideas que conducen á la verdad son comunes á todos los hombres; pero es imposible que pueblos diferentes sumergidos en la ignorancia y que no cultivan el entendimiento, hayan llegado á un principio general y crean uniformemente un dogma sublime, porque la ignorancia tiende esencialmente á reducir las ideas, á descomponer (por decirlo asi) todos los principios generales para hacerlos ideas particulares y no á reunir las ideas particulares para hacer principios generales; cosa que era necesaria para llegar por el discurso y el espectáculo solo de la naturaleza desde la ignorancia absoluta y el politeismo mas grosero al dogma del caos y del alma universal: habria que decir por necesidad que esta uniformidad de creencia en pueblos tan diferentes es obra del acaso; lo cual es absurdo. Entre el dogma de una inteligencia infinita que ha producido el mundo, le anima y le conserva, y la ignorancia en que los monumentos históricos nos pintan esas naciones, hay una distancia que no puede atravesar de un salto el entendimiento humano; luego deben de haber recibido este dogma; y hay tantas diferencias en el modo de vivir de estas naciones, en su situacion y

en sus ideas, que es imposible que hayan inventado ó conservado este dogma uniformemente si no proceden de una sola familia, y si el dogma de una inteligencia suprema que formó el mundo, no ha hecho parte de la instruccion paterna.

Asi la creencia del caos que precedió al mundo, y la de una alma universal que sacó del caos todos los seres y anima toda la naturaleza, tienen su origen en una tradicion comun á todos estos pueblos y anterior á su politeismo. Pero ¿de dónde viene esta tradicion? ¿No es posible que como dice Aristóteles, se hayan perdido muchas veces las ciencias, que los hombres estuviesen primero en un estado selvático y que hayan subido por todos los grados del politeismo hasta la creencia de una alma universal que sacó del caos al mundo, y hasta el teismo? ¿No es posible que cuando el género humano llegó á estos conocimientos, pereciesen por una revolucion súbita del globo todos los hombres excepto las pocas familias que creian estos dogmas y tal vez la existencia de Dios; pero á quienes la necesidad y la mudanza de su estado hicieron caer en la barbarie y el politeismo, y que solo conservaron la creencia del caos y del alma universal?

En primer lugar respondo que concediendo la posibilidad de esta suposicion, como está destituida de pruebas, nadie puede asegurarla y hacerla el fundamento de una historia, y decir que una opinion que estriba en esta suposicion es una sentencia demostrada, *una verdad atestiguada* por el Oriente y el Occidente. Aristóteles dice que es probable que habiendose perdido muchas veces las ciencias, se conservaron estos sentimientos como reliquias de la doctrina de los primeros hombres; lo cual supone que aquel filósofo consideraba el teismo como la doctrina de los primeros hombres y su religion primitiva: dice tambien expresamente que el politeismo es una añadidura hecha á la doctrina de los primeros hombres.

En segundo lugar respondo que no puede suponerse que los antepasados de estos pueblos llegasen has-

ta la creencia del alma universal y del caos. Aunque esté fuera de duda que el entendimiento humano puede llegar por el discurso á la creencia de una inteligencia que ha formado el mundo; aunque no pueda llegar á la creencia del caos sin reconocer la existencia de dicha inteligencia; sin embargo no bastaba este conocimiento para concebir que el mundo habia sido primero un caos espantoso y uniforme; porque hemos mostrado que nada en la naturaleza conduce á creer el caos, y que la razon que ve la necesidad de una inteligencia omnipotente para la produccion del mundo, ve tambien que no era necesario le sacase de un caos preexistente y que hay una infinidad de modos diferentes de producirle. Y aun cuando el acaso hubiera podido llevar algunos filósofos, alguna sociedad á esta opinion; era imposible que llevase todas las naciones y que todas la conservasen.

Aquellos filósofos unidos en cuanto á la necesidad de una inteligencia suprema para la produccion del mundo se habrian dividido en infinitos partidos diferentes sobre el modo de explicar cómo le habia producido, asi como estando unánimes todos respecto de la eternidad del mundo forjaron sistemas sin cuento para explicar la formacion de los seres que contiene. Asi que en ninguna suposicion pudieron los hombres subir desde el politeismo á la creencia de un espíritu que sacó del caos el mundo. Luego la misma inteligencia creadora se manifestó á los hombres y les dió á conocer por un medio diferente del discurso que sacó del caos el mundo; luego el teismo es la religion primitiva de los hombres, y la creencia del caos y del alma universal que se encuentra en la mas remota antigüedad, y la corrupcion del teismo son una prueba de que este fue la religion primitiva del género humano.

Lo que la razon fundada en los monumentos mas irrefragables nos manifiesta de la religion primitiva de los hombres, nos lo dice Moisés como historiador. Este sabio legislador y el mas antiguo de los escritores enseña que una inteligencia omnipotente crió el mundo y

todo cuanto contiene: que esta esencia soberana iluminó al hombre, le dió leyes y le propuso premios y castigos: nos enseña que el hombre quebrantó las leyes que le habian sido prescriptas y fue castigado, extendiendose su castigo á todo el género humano: que los desórdenes cada vez mayores de sus hijos fueron castigados con el diluvio, en el cual perecieron todos los habitadores de la tierra, excepto Noé y su familia. Nos enseña que la familia de este patriarca conocia al verdadero Dios; pero que habiendose multiplicado y dividido formó diferentes naciones, en las cuales se alteró el conocimiento de la divinidad, y aun llegó á extinguirse, excepto entre los judios. Comparando lo que nos enseña Moisés sobre el origen del mundo, con la creencia del caos y del dogma del alma universal se descubre que aquel no tomó su historia de las naciones en quienes hemos hallado dicha creencia, y que la razon no habia alcanzado en ninguna parte estas ideas en tiempo de Moisés. El Génesis pues contiene la tradicion primitiva ó fielmente conservada, ó renovada de un modo extraordinario.

No es menos cierto que las naciones entre quienes hemos encontrado el dogma del alma universal, no debian esta creencia á Moisés y que aborrecian á los judios. Ademas todos los monumentos de la antigüedad concuerdan con la historia de este: todos los anales de los pueblos se remontan á la época de la dispersion de los hombres señalada por el historiador hebreo y se detienen ahí como por unánime concierto. Los críticos mas doctos han reconocido y probado la conformidad de la historia de Moisés con los monumentos de la mas remota antigüedad (1). Luego la historia de Moisés tiene (prescindiendo de la revelacion) el mas alto grado de certidumbre que cabe en la historia, sin que pueda ate-

(1) Vease Bochart en su *Phaleg.*; Groc., *De relig.* con las notas de Leclerc; el *Comentar.* de Leclerc sobre el Génes.; Jaquelot, *De la exist. de Dios*, disert. 1, c. XXV, XXVI; las notas de Leclerc á Hesiodo; Cuvier.

nuarse ó debilitarse por las obscuridades que se encuentran en algunas circunstancias.

¿Cómo pues ha creido Hume que subiendo mas arriba de mil setecientos años se encuentra todo el género humano idólatra sin ningun vestigio de una religion mas perfecta? ¿Cómo puede asentar que su opinion era una verdad atestiguada por el Oriente y el Occidente?

«En cuanto podemos seguir el hilo de la historia (dice este escritor) encontramos el género humano entregado al politeismo; ¿y podriamos creer que en tiempos mas remotos antes del descubrimiento de las artes y las ciencias hubiesen prevalecido los principios del teismo? Eso seria decir que los hombres descubrieron la verdad mientras eran ignorantes y bárbaros, y que cayeron en el error en cuanto empezaron á instruirse y tener cultura. Esta asercion no tiene la sombra de verosimil y es contraria á cuanto nos enseña la experiencia acerca de los principios y opiniones de los pueblos bárbaros..... Por poco que se medite sobre los progresos naturales de nuestros conocimientos, se persuadirá cualquiera á que la muchedumbre ignorante debia formar al principio ideas muy groseras y bajas de una potencia superior: ¿cómo se quiere que de un golpe llegase á la nocion del ente perfectisimo que ordenó y concertó todas las partes de la naturaleza? ¿Se creerá que los hombres se representaron la divinidad como un espíritu puro, como un ente sapientisimo, omnipotente, inmenso antes de representarsele como un poder limitado con pasiones, apetitos y aun órganos semejantes á los nuestros? Tanto valdria creer que los palacios fueron conocidos antes que las chozas y que la geometría fue anterior á la agricultura. El entendimiento sube por grados y no se forma idea de lo perfecto sino haciendo abstraccion de lo que nó lo es..... Si algo pudiera alterar este orden natural de nuestros pensamientos, deberia ser un argumento igualmente claro é ineluctable que transportase inmediatamente nuestras almas á los principios del teismo y las hiciese atravesar de un salto por

decirlo así la vasta distancia que hay entre la naturaleza humana y la divina. No niego que por el estudio y el examen pueda sacarse este argumento de la estructura del universo; pero lo que me parece inconcebible es que haya estado al alcance de los hombres rudos cuando se formaron las primeras ideas de una religion (1).»

Todos estos razonamientos de Hume prueban á lo mas que el teismo no se estableció entre los hombres de un golpe ó por via de discurso, suponiendo que el primer hombre hubiese sido criado tal como nacen hoy los demas y que Dios le hubiese abandonado á solas sus fuerzas. Pero ¿no es posible que Dios elevase inmediatamente el primer hombre al conocimiento de su criador? ¿No es posible que el primer hombre fuese criado con una facilidad para conocer la verdad, con una sagacidad capaz de subir rápidamente y por sola la contemplacion del universo y de sí mismo al conocimiento de Dios? ¿Se pretenderá que el Criador no pueda producir inteligencias mas perfectas que las nuestras? ¿No es posible que el primer hombre perdiese la facilidad de conocer la verdad y que se haya negado esta á sus descendientes? En esta suposicion los hombres habrian recibido el conocimiento de Dios por via de instruccion y por medio de la educacion. No obstante la imperfeccion de su entendimiento le habrian concebido como un ente sumamente perfecto: los primeros hombres no habrian adquirido la idea de la divinidad como han descubierto las artes ó los teoremas de la geometría.

Si es verdad que el hombre no puede llegar al teismo sino por medio del discurso y subiendo de la idea de un ente limitado hasta la idea de un ente infinito; quiero que me diga Hume cómo mientras las naciones mas cultas é ilustradas estan sumergidas en la idolatría, hay un pueblo sobre la tierra sin artes, sin ciencias y separado de todos los pueblos, y en él se encuentra la

(1) Hume, *Hist. reform. de la rel.*

creencia de una suprema inteligencia que crió el mundo por su poder y le gobierna por su providencia; cómo es que los filósofos más sabios y que mas han meditado sobre el origen del mundo y sobre la divinidad, no han enseñado jamas nada tan sublime y tan sencillo sobre la esencia soberana como la creencia de aquel pueblo ignorante y rudo, en quien por confesion del mismo Hume no era el politeismo un dogma especulativo adquirido por razonamientos sacados de las maravillas de la naturaleza.

Para probar que el hombre no habia podido llegar al dogma de la unidad de Dios sino por la via lenta del discurso y por los diferentes grados del politeismo habria que probar que el hombre habia sido arrojado sobre la tierra (digamoslo asi) y abandonado á solas sus facultades, á sus necesidades, á sus deseos, á las impresiones de los cuerpos que le rodean. Hume no dice nada para confirmar este hecho, sin el cual su opinion sobre la religion primitiva de los hombres no es mas que una suposicion vana que hemos destruido de antemano con lo dicho; pero volveremos luego á la misma materia para mostrar cuánto se ha equivocado aquel escritor respecto del progreso del entendimiento humano.

Supongamos al hombre formado por el acaso ó arrojado (digamoslo asi) sobre la tierra por el Criador y abandonado á solas sus facultades, tales como supone Hume que las recibimos de la naturaleza: tratemos de descubrir por la historia y la analogía mediante qué serie de ideas hubiera podido llegar este hombre al conocimiento de una suprema inteligencia y en qué estado se habria hallado el entendimiento humano cuando hubiese llegado á tal conocimiento. El hombre segun le suponemos, no teniendo otro maestro que la necesidad, hubiera tardado mucho tiempo antes de reflexionar sobre las causas de los fenómenos: primero no habria indagado mas que las causas de los males experimentados por él y los habria achacado á

unos animales semejantes á aquellos que hubiese temido. Asi los moxas achacaban sus enfermedades y desgracias á un principio maléfico que creian ser un tigre invisible (1).

Los hombres se habrian multiplicado y habrian salido muy lentamente de esta ignorancia; y solo despues de mucho tiempo hubieran atribuido parte de sus males á las almas de los difuntos, en las que habrian supuesto todas las inclinaciones, ideas y pasiones de los vivos, dedicandose á halagarlas y contentarlas. Largo tiempo se habrian fijado en este culto, quizá hasta que una rara casualidad los hubiese hecho imaginar unas potestades invisibles y superiores á los hombres; pero á quienes habrian achacado las miras, las inclinaciones, las flaquezas y las pasiones de la humanidad, tratando de hacerselas propicias por cuantos actos les hubiera parecido que habian de agradarles: estos actos habrian formado su religion.

Entre tanto se habrian formado las sociedades; las pasiones habrian encendido la pugna de unos hombres con otros y la guerra; los mortales habrian debido temer mas de sus enemigos armados que de los seres invisibles; las facultades intelectuales se habrian dirigido principalmente hácia los objetos que hubieran podido hacer mas tranquilas y felices las sociedades; las artes y las ciencias se habrian multiplicado mucho mas que la mitología, la cual habria sido cultivada solamente por algunos sacerdotes ignorantes é interesados en mantener á los hombres en el culto de las potestades quiméricas de su invencion. Asi los griegos que habian pasado del estado selvático á una vida de cultura, tenian leyes muy sabias y una teología muy insensata: asi el salvaje muy industrioso para lo que dice relacion con sus primeras necesidades, es estúpido hasta un extremo inconcebible por lo que toca á la religion. Todo lo contrario hallamos en las naciones mas antiguas: en su estado

(1) Viaje de Coreal, t. I, p. 251.

primitivo tienen una teología sublime y son ignorantes, rudos y sin artes. Luego el género humano no fue constituido sobre la tierra en el estado que le supone Hume.

Este para explicar cómo pudieron unos hombres idólatras llegar al teismo sin ilustrarse, pretende que pudieron á fuerza de elogios exajerados pasar de la idea de las potestades invisibles que adoraban, al teismo. Pero es claro que estas pretendidas exajeraciones no hubieran llevado el hombre del estado en que le suponemos, á la idea de una alma universal que formó el mundo, sino á la idea vaga de un genio mas poderoso que todo cuanto se conocia.

En los pueblos idólatras el respeto y los elogios no crecen sino á medida que refieren mas sucesos á la misma causa: ve ahi la conducta del entendimiento humano y el fundamento de la distincion de las deidades mayores y menores. Asi pues los hombres no habrian llegado á la idea de una alma universal á fuerza de exajerar los elogios dados á los genios, sino por una larga serie de observaciones que los hubieran conducido á una sola y misma causa; y en este caso no habrian permanecido sepultados en una estúpida ignorancia. Ademas esos elogios exagerados, por cuyo medio supone Hume que los idólatras llegaron á la idea de una esencia soberana, no pueden conciliarse con el estado intelectual de aquellos pueblos, porque fingian á sus dioses rivales, envidiosos y vengativos, y alabando á un genio sin restriccion habrian temido ofender á los demas. Semejante exageracion no se verifica mas que en las naciones cultas; entre las salvajes no hallamos ningun ejemplar.

Por último no puede probarse que el teismo no es la religion primitiva de los hombres, porque no hubieran podido caer en el politeismo: 1.° porque el teismo de los primeros hombres era una doctrina y un dogma transmitido por tradicion, que puede alterarse mas facilmente que si se hubiera adquirido por una larga serie de razonamientos: 2.° porque en efecto los judios

cuyo teismo es indisputable, cayeron en la idolatría. Vamos á hacer ver cómo pudo alterarse este dogma y se alteró efectivamente.

CAPITULO II.

DE LA ALTERACION DE LA RELIGION PRIMITIVA.

Hemos visto que el género humano componia al principio una sola familia, la cual conocia y adoraba una suprema inteligencia criadora del mundo. Esta familia cultivaba la tierra y criaba ganados en las llanuras del Oriente: de ahí proceden todos los pueblos. La bondad del clima, la fertilidad de la tierra y la actividad, inocencia y frugalidad de los primeros hombres aumentaron rápidaménte aquella familia, que tuvo que dividirse y extenderse.

De los animales que pueblan la tierra, casi todos son infinitamente mas fecundos que el hombre: asi los animales de pasto, los frugívoros y carnívoros ocupaban gran parte de la tierra, cuando la multiplicacion de los hombres los obligó á apartarse de sus primeras moradas y dividirse en diferentes cuerpos. Estas colonias que determinaron su rumbo por la corriente de los rios, las cordilleras de los montes, los lagos y los pantanos, encontraron sucesivamente regiones fértiles, desiertos estériles, comarcas en que el aire y los productos de la tierra eran nocivos y en que perecian sus rebaños. En estos paises hallaban pocos animales y esos pocos flacos y roñosos; al contrario eran numerosisimos y muy robustos en las regiones fértiles donde abundaban los frutos y pastos saludables. Los hombres dispersos en la tierra tomaron por guias y maestros á los animales; siguieron en su rumbo el vuelo de las aves; juzgaron que las semillas que comian estos eran provechosas; observaron en las entrañas de los animales de pasto y frugívoros las calidades de las plantas y frutos, y se fijaron en aquellos lugares en que todas estas indicaciones pa-

recian prometerles una dichosa mansion. Tal es verisimilmente el origen de las predicciones sacadas del vuelo de las aves, de su modo de comer y de la inspeccion de sus entrañas; especie de adivinacion simple y natural en su origen, de que la supersticion y el interés hicieron una ceremonia religiosa consagrada á descubrir los decretos del destino (1).

Asi donde quiera que se establecieron las nuevas colonias salidas de las llanuras del Oriente, hallaron animales frugívoros, carnívoros ó de pasto, de quienes hubo que conquistar por decirlo asi las campiñas fértiles, y que devastaron las mieses ó destruyeron los rebaños: fue pues preciso hacer la guerra á aquellos animales, y cada familia tuvo sus cazadores para defender los ganados y guardar las mieses. Estos cazadores llegaron á ser los protectores, los caudillos y los señores de las familias. En los siglos que llaman los cronologistas tiempos heroicos, los hombres mas notables y respetados eran los mas forzudos, los mas diestros en la caza, los mas valientes para destruir los animales dañinos.

El continuo ejercicio de la caza dispone á la dureza y aun á la ferocidad: asi los cazadores se hicieron osados, intrépidos, inhumanos: los vínculos que unian

(1) Los adivinos que consultaban las entrañas, se llamaban arúspices, y áugures los que fundaban sus predicciones en el vuelo y canto de las aves. El nombre de los arúspices venia *ab aris inspiciendis*. Buscaban la voluntad de los dioses en las entrañas de los animales, el corazon, el vientre, el hígado y el pulmon: cuando la víctima tenia hígado doble y le faltaba el pulmon, era un presagio funesto.

Los áugures pronosticaban por el vuelo ó el canto de las aves, y estas predicciones se llamaban auspicios, palabra derivada de las dos latinas *avis* y *conspicio*.

Cuando las predicciones se fundaban en el canto, se llamaban *oscina*, y *perpetes* si se sacaban del vuelo. El augur se subia á una altura, se volvia hácia el oriente, y en esta situacion aguardaba el vuelo de las aves. Los áugures juzgaban tambien de lo futuro por el apetito de

á los hombres antes de su separacion, se aflojaron; las familias que habitaban regiones diferentes, se miraron como extrañas. Estas familias no se habian alejado unas de otras sino en cuanto la necesidad las habia obligado á ocupar mayor espacio, y cuando por haberse multiplicado se vieron precisadas á dilatar sus posesiones, se tocaron, se estrecharon y se disputaron la tierra como la habian disputado á los animales. Cada familia se dedicó á defender sus frutos, sus rebaños y su vida contra los hombres y los animales.

La guerra pues fue continua y casi general al renacer el género humano; y como las familias enemigas tenian casi iguales fuerzas, la guerra fue obstinada y cruel. No habia cosa de mas interés para aquellas sociedades dispersas que el saber embestir ó rechazar al enemigo. La destreza, la fortaleza y la intrepidez de los guerreros fueron el objeto de las conversaciones y la materia principal de la instruccion llevandose la atencion con preferencia; contabanse y se ponderaban sus hazañas; y estas historias se grababan en la memoria y enardecian todas las imaginaciones como sucede aun en el dia entre los salvajes.

En este estado de entusiasmo belicoso y en la infancia de la razon interesaban debilmente el dogma de la

los pollos: si al echarles la comida, no mostraban mucha ansia y dejaban caer parte de ella, y sobre todo si no querian comer, era funesto el agüero; pero si se arrojaban con ansia á la comida y no dejaban caer nada, el presagio era felicisimo.

Los antiguos sacaban ademas presagios de varios animales, el lobo, la zorra, la comadreja etc.: como estos animales no se encuentran sino en los lugares abundantes de caza, colegian que aquel pais era bueno para vivir. Lo que se conserva acerca de estas adivinaciones, me parece confirmar mi conjetura sobre su origen que era absolutamente desconocido de los antiguos, segun se ve por Ciceron, *De divin.*, lib. I y II, y por Orígenes contra Celso: este filósofo parece suponer una especie de comunicacion entre los dioses y las aves.

creacion y de la Providencia, la memoria del origen de los hombres y de las causas que habian atraido sobre la tierra la venganza del Criador, el conocimiento de sus atributos y el de los deberes de las criaturas. Se vió menos claramente cuán necesarios eran estos conocimientos para la felicidad de los hombres, y la muerte arrebató á los patriarcas que tocaban á la época de la renovacion del género humano y que estaban imbuidos de estas grandes verdades. Estas no se enseñaron ya con la autoridad y la persuasion propias para hacer profunda mella en el animo, y no dejaron en la memoria sino unos vestigios superficiales que borraron el tiempo, la agitacion, el desorden y la pasion de la guerra. Perdióse insensiblemente y quedó sepultado en el olvido todo lo que únicamente podia percibirse por el entendimiento, todo lo que suponia algun exámen y discusion, en unos pueblos en que aquellas verdades solo se grababan en la memoria. De todas las que habian enseñado los patriarcas, no subsistió mas que lo que producia un efecto fuerte y profundo en la imaginacion: asi debió desaparecer el dogma de la creacion, y la imaginacion no debió conservar mas que la memoria del caos de donde habia salido el mundo, de la inteligencia que le habia sacado de él, del diluvio que habia anegado la tierra, porque podia figurarse y representarse todos estos objetos, los cuales ofrecian un espectáculo sorprendente y un poder formidable.

Asi estos dogmas debieron conservarse y se conservaron en efecto al principio con bastante uniformidad en todas las naciones; pero en algunos pueblos las guerras, las calamidades y el tiempo borraron estos residuos de luz y no se conservó ningun vestigio de la religion primitiva.

Veamos cuál es la que levantaron los hombres sobre las ruinas de la primitiva, y cuál fue la de las naciones que no conservaron nada de ella.

§. I. De los diferentes sistemas religiosos que levantó el hombre sobre las ruinas de la religion primitiva.

No era posible que todas las naciones enemigas se hiciesen siempre la guerra con iguales ventajas y que persistiesen en la especie de equilibrio en que estaban al principio. Hubo naciones vencedoras que escogieron los campos mas fértiles y quedaron en paz, y naciones vencidas que por su debilidad y sus derrotas tuvieron que ceder el territorio de su posesion é ir á establecerse en remotas regiones, donde no pudiesen hostigarlas las naciones mas poderosas. Cesó la guerra en el mundo.

En esta nueva dispersion de los hombres las naciones hubieron de situarse en climas diferentes. Las unas encontraron pastos; las otras se establecieron en bosques; estas en tierras abundantes de frutas y legumbres; aquellas en llanuras ó montes de fertil terreno ó cubiertos de peñascos y derrumbaderos. Todos los pueblos pues fueron pastores ó labradores y se fijaron en los paises á donde los habia conducido su suerte, ó anduvieron erráticos. No hay clima ni region donde la tierra sea siempre é igualmente fertil: las influencias del cielo no son constantemente benéficas: en todas partes hay años estériles, y las borrascas, los huracanes y los temporales asuelan los campos, ocasionan la peste y producen la muerte. Asi en el seno de la paz todas las naciones experimentaron desgracias capaces de aniquilarlas y buscaron los medios de preservarse de ellas.

Estas naciones sabian que una inteligencia omnipotente habia sacado del caos el mundo, habia formado la bóveda celeste con todos sus astros, producido todos los cuerpos y anegado la tierra en las aguas del diluvio; y juzgaron que aquella inteligencia era la causa de los terribles fenómenos que podian hacer perecer á los hombres: que formaba las tempestades y los vientos saludables ó dañosos, fertilizaba ó esterilizaba el suelo, en una palabra lo producia todo en el cielo y en la tierra y movia sola y á su arbitrio todas las partes de la naturale-

za. Se concibió pues que esta inteligencia estaba unida á todas las partes de la materia con corta diferencia como el alma humana lo está á su cuerpo, pues que obraba sobre la materia como el alma humana obra sobre su cuerpo.

Asi á pesar de la ignorancia y rudeza de estas naciones, antes que tuviesen artes y ciencias llegaron rápidamente al dogma de una alma universal que producia todo el mundo. Esta alma universal era una potencia inmensa en la que estaba como absorbido el hombre; una potencia que podia aniquilarle y sin embargo le habia formado, le conservaba, le rodeaba de bienes y de males, daba la vida y la muerte.

El primer efecto del dogma del alma universal fue en el hombre un sentimiento religioso de respeto, de temor y de amor á aquella potencia, y el segundo un esfuerzo general en todas las naciones para saber cómo y por qué producia los bienes y los males el alma universal. Antes de nacer las artes y las ciencias los caldeos, los persas, los indios, los egipcios, los celtas etc. tenian sociedades ó colegios de hombres destinados á estudiar la naturaleza del espíritu que animaba el mundo, y á investigar cómo y por qué se une á la materia, cuál es el orden y conexion de los fenómenos y qué signos los anuncian. Los filósofos buscaron en la observacion misma de la naturaleza la solucion de estas grandes cuestiones, y cada pueblo erigió un sistema de teología en virtud del aspecto que le presentaba la naturaleza.

Los caldeos situados en un clima donde no se anubla jamas el sol y donde la obscuridad de la noche parece siempre menor por la brillante luz de la luna y las estrellas, creyeron que la naturaleza era animada por la luz, y que el alma universal se servia de este elemento para penetrar todo. Asi pues el espíritu universal lo producia todo por medio de la luz del sol y de los astros, y los caldeos rindieron sus homenajes al Dios supremo en los astros, donde parecia residir mas particularmente. Como estos astros formaban cuerpos separados, la ima-

ginacion se los figuró como seres distintos que tenian oficios particulares é influencias diferentes en la produccion de los fenómenos: disipóse la idea del alma universal demasiado abstracta para el pueblo y contradicha por la imaginacion y los sentidos, y fueron adorados los astros como otras tantas potestades que gobernaban el mundo.

Sin dificultad se comprende cómo de esta primera alteracion en la religion primitiva pasaron los caldeos á un politeismo mas grosero (1). La teología de estos se transmitió á los persas probablemente antes que se hubiese desfigurado por la idolatría, y los persas veneraron á Dios ó el alma universal en el sol y en los astros. El calor de las provincias meridionales de la Persia es increible: el lacre suele derretirse de resultas de él, y entoñces los habitantes no tienen otro recurso que guarecerse en un lugar sombrío y bañarse (2). Por la noche soplan vientos frescos: el calor se va con el sol y vuelve con él. Asi en Persia los filósofos ó los observadores consideraron la luz del sol como un fuego que penetraba todos los cuerpos, que podia descomponer todas las partes de ellos, reunirlas y endurecerlas, que fecundaba las semillas y daba y quitaba la vida á los animales: de donde coligieron que aquel elemento tenia en sí todo cuanto era necesario para producir los fenómenos, y fue entre los persas el alma universal y el objeto de su culto.

A medida que observaron la influencia de los diferentes elementos en la produccion de los fenómenos, supusieron en aquellos una porcion del alma universal y le rindieron culto. Habia entre los magos curadores de los elementos que cuidaban de las aguas, de los rios y de las fuentes, é impedian en cuanto era posible que se

(1) Euseb., *Præpar. evang.*, l. IX, c. 10; Filon, *De migratione mundi;* Selden, *De diis syriis proleg*, c. 3; Stanley, *Hist. phil. chald.*, part. XIII, sec. II, c. 1 y 2, c. 39; Bruker, *Hist. phil.*, t. I, l. II, c. 2.

(2) Chardin, t. III, p. 7; Tavern., t. I, l. IV, c. 2, l. V, c. 23; Lebrun, t. II.

inficionase el aire con algun olor malo y se contaminase el fuego con alguna inmundicia ó la tierra con algun cuerpo muerto. Como el estado de estos elementos no era siempre uniforme, se les supusieron fines, intenciones y motivos, y se les ofrecieron sacrificios para interesarlos en la felicidad de los hombres: el culto de los elementos se formó por las propiedades descubiertas en ellos. Por ejemplo el fuego que consumia todas las materias combustibles, se consideró como un elemento ansioso de tales materias, como una especie de animal que se mantiene de ellas, y se creyó agradarle quemando leña, porque se le daba alimento: á veces los reyes y personajes opulentos echaban al fuego piedras preciosas, joyas y ricos perfumes, y se llamaban estos sacrificios los banquetes del fuego. El rayo era un fuego que destruia á veces los árboles y los edificios, que mataba á los animales y que solia caer mas á menudo en los montes que en los llanos. Se creyó pues que los montes eran mas agradables al rayo ó estaban mas á su alcance, y se le ofrecieron sacrificios en los lugares altos; y como al caer mataba los animales sin consumirlos, se supuso que el fuego se alimentaba de las almas de los hombres y los animales y se le sacrificaron estos y aquellos. Por estas reglas sobre poco mas ó menos se formó el culto de los otros elementos (1).

Mientras los persas creian ver en el fuego elemental el principio productivo de los seres, tal vez otros seguian fieles á la creencia de una inteligencia omnipotente que habia criado el mundo y de la que el fuego era un símbolo y nada mas: tal vez los parsis recibieron y han conservado esta doctrina hasta nuestros dias. Esta inmovilidad del entendimiento humano entre ellos no es quizá absolutamente imposible; pero es bastante dificil y no ha de admitirse por conjeturas y presunciones, y no sé que se haya probado suficientemente. Toda la antigüedad

(1) Vease Heródoto, Glio, c. 4, 31; Strabon, l. XV; Vossio, loc. cit.

concuerda en confesar que hubo un tiempo en que los persas adoraban el fuego y el sol. Hyde, el mas célebre defensor de los parsis, no contrapone á estos testimonios ninguna razon decisiva, y únicamente los contradice por la creencia de aquellos. Pero ¿por qué los parsis no han de haber vuelto á subir del culto del fuego al dogma de la existencia de Dios despues que la religion cristiana hizo conocer el absurdo de la idolatría? ¿No se ha visto á los estoicos defender para justificar el politeismo que Júpiter, Ceres, Neptuno etc. no eran mas que los diferentes atributos del espíritu universal? Y aun cuando fuese cierto que el culto del verdadero Dios se conservó entre los parsis, no lo es menos que se alteró y perdió entre muchos persas (1)

En la India presenta la naturaleza otro espectáculo. Los antiguos comprendian bajo el nombre de Arabia la península de la India y casi todos los paises situados debajo de la zona tórrida: estas vastas regiones son bañadas por una infinidad de rios y riachuelos que salen regularmente de madre todos los años y comunican á la tierra una maravillosa fecundidad. Las inundaciones de los rios y la fertilidad consiguiente fijaron la atencion de los observadores indios, quienes las miraron como obra del alma universal que se dirigia particularmente al agua, penetraba toda la mole de ella, la hinchaba y asi se introducia en las plantas: juzgaron que el agua era el elemento de que aquella se valia para comunicar la vida: los rios fueron los templos donde residia por eleccion y de donde no salia sino para la felicidad de los hombres: las inundaciones fueron unos beneficios celebrados con agradecimiento; y los indios veneraron el agua y los rios. Estos no tenian las mismas

(1) Veanse los comentadores de Macrob. *Saturnal.*, c. 17; Brannio, l. IV, *Select. sacr.*; Voss., *De idol.*, l. II, part. II, c. 51; Brisson, *De Reg. Pref. principatu*; Spond, *Miscel.*; *La antigüedad explicada*, t. II, p. 2, v. 5, c. 6; *Acad. de las inscrip.*, t. XXV; *Tratado de la religion de los persas* por Foucher.

á las plantas, los animales útiles y los elementos. Probablemente los sacerdotes egipcios tuvieron mucho tiempo estas ideas de buena fé; pero luego descubrieron que el alma universal seguia leyes invariables y se valieron de ellas para predecir lo futuro manteniendo al pueblo en la ignorancia y la supersticion: asi la religion fue en sus manos un instrumento que empleó la política para mover ó contener á los pueblos.

El dogma del alma universal no se conservó ni aun en todos los colegios de Egipto, porque no todos veian la naturaleza bajo el mismo aspecto. En el Egipto alto por ejemplo, donde se veia despues de las inundaciones del Nilo salir del légamo podrido y seco insectos y reptiles, se creyó que los animales y las plantas eran formadas por el desprendimiento de las partes acuosas, terreas y aereas, y que no se debia hacer intervenir al alma universal en la formacion de los cuerpos. Asi tal vez se ha de conciliar lo que nos dicen Eusebio y Diógenes Laercio de la teología secreta de los egipcios, que no admitian el concurso de la divinidad en la formacion del mundo, con los testimonios de Porfirio, Jámblico y el mismo Eusebio, quienes aseguran que los egipcios atribuian la formacion del mundo á un arquitecto inteligente (1).

Los celtas, los galos, los germanos creian como todos los pueblos de quienes acabamos de hablar, que un espíritu infinito y omnipotente animaba á toda la naturaleza, formaba todos los cuerpos y producia todos los fenómenos: ellos tuvieron sus filósofos y sus sacerdotes destinados á observar las leyes de los fenómenos, las causas que determinan al ente soberano á producirlos, y los medios de impedir que produjese aquellos fenómenos terribles que hacian desgraciados á los hombres. Situados bajo de un cielo y en un clima riguroso, metidos en

(1) Euseb., *Præpar. evang.*, l. II, c. 17; Cudwort, *Syst. intel. simplic.*, in Arist., *Physic.*, l. VIII; Plat., *De Iside et Osiride*.

espesos bosques ó andando perpetuamente erráticos entre lagos, montes, rios y pantanos no siguieron las producciones de la naturaleza como físicos y no buscaron en los objetos que esta ofrecia mas que el fin que se proponia el espíritu universal, y que ellos se imaginaron siempre conforme á sus propias ideas, sus inclinaciones y sus necesidades. No vieron pues en los fenómenos mas que unos cuerpos ó movimientos producidos por la union del espíritu universal con la materia, y juzgaron que esta union tenia un deleite por fin ó una necesidad por principio.

Los druidas y los bardos trataron de descubrir las necesidades y los deleites del alma universal, y prescribieron un culto y unos sacrificios propios para satisfacerlos. Creian que el alma universal estaba difundida en toda la naturaleza: juzgaron que gustaba de unirse con la materia y que se deleitaba particularmente en las grandes moles de materias sólidas, las cuales parecian destinadas á llamar la atencion de los hombres y convidarlos á rendir homenaje al espíritu universal que las habia formado uniendose á ellas de una manera particular. Este es en gran parte el origen del culto que tributaban aquellos pueblos á las piedras enormes, á los árboles corpulentos y á los bosques dilatados.

Su vida pastoril les hizo necesaria la vecindad de los manantiales, arroyos y rios: juzgaron que el alma universal los hacia correr para la dicha de los hombres y de todos los animales, y la veneraron en ellos. La corriente de los rios no era uniforme: unas veces salian de madre é inundaban las tierras, y se advirtió que los rios al desbordarse arrastraban en su corriente cuanto encontraban y luego volvian á su alveo: creyóse pues que solo salian de él para coger los frutos, las chozas, los muebles y los hombres. Los celtas creyeron que para precaver las inundaciones se debian hacer toda especie de ofrendas á los rios. Los abismos que con que tropezaban aquellos pueblos erráticos, les parecian abiertos por el espíritu universal para tragarse á los hombres

y los animales, y arrojaban allí unos y otros siempre que los encontraban. Las plantas en que creian descubrir alguna virtud, les parecian dignas del respeto, del amor y del agradecimiento de los hombres.

Los monumentos que nos quedan sobre la religion primitiva de los galos y celtas, sobre sus sacrificios y adivinaciones, son consecuencias de los principios que les hemos achacado; pero estas particularidades no corresponden á la presente obra (1).

Los monumentos que se conservan respecto de la teología de los árabes antes de Mahoma, de los fenicios y de los toscanos, nos ofrecen los mismos principios, los mismos errores y la misma conducta (2).

§. II. De la extincion de la religion primitiva en muchos pueblos y de la que ellos inventaron.

Luego que los hombres atribuyeron la produccion de los fenómenos á unos espíritus particulares, el dogma del alma universal llegó á ser una especie de misterio encerrado en los colegios de los sacerdotes ó un dogma especulativo que al parecer no tenia influencia en la dicha de los hombres, y se extinguió en el ánimo del pueblo, el cual no vió ya en la naturaleza mas que dioses, genios y espíritus á quienes dirigió sus súplicas y ofreció sacrificios, porque de ellos solos esperaba su felicidad.

La multiplicacion continua de los hombres en aquellas naciones, la imposibilidad de subsistir en su antiguo territorio, las guerras civiles y las disputas particulares de las familias separaron de ellas algunas colonias pequeñas que se dispersaron por toda la tierra. Algunas de

(1) *Hist. de Marsella*; *Relig. de los galos; Colec. de los hist. de Francia*; *Bibliotec. german.*, t. XXXVII, año 1737; Peloutier., *Hist de los celtas.*

(2) Vease Specimen, *Hist. Arab.*, y las notas de Pocock; Senec., *Quæst. nat.*, l. II, c. 41; Sindas, *in voce Thyrren*; Plutarc. in Sylla; Euseb., *Præp evang.*, l. I, c. 9; Theodoreto, *de mand. græc. affect.*, serm. 12.

estas no llevaron consigo colegios de sacerdotes ó la muerte se los arrebató: muchas no conservaron mas que la religion práctica, los sacrificios y las ceremonias religiosas, y se extinguió absolutamente en ellas el dogma del alma universal.

La corriente de los rios, los lagos, los montes y los áridos desiertos dirigieron el rumbo de estas colonias fugitivas; la guerra que se suscitó entre ellas, las contiendas particulares, la dificultad de los caminos y otros mil accidentes semejantes separaron de estas colonias á algunas familias ó parcialidades y á veces hasta una pareja de hombre y mujer, que por temor á los de su especie ó á las bestias feroces se refugiaron en lugares inaccesibles á unos y otras, al paso que otros conducidos por la casualidad á paises fértiles vivieron seguros y se multiplicaron. Los hombres que se habian separado por miedo del resto del género humano y habian ido á parar á desiertos ó lugares impenetrables, únicamente pensaron en su sustento: todas las ideas adquiridas en la sociedad se borraron del ánimo de aquellos solitarios, y sus hijos cayeron en la estolidez y en la ignorancia absoluta de la esencia soberana. Tales eran los ictiófagos que no habian conservado siquiera el uso de la palabra, que vivian en sociedad con la vaca marina, y que se creia habitaban aquellas guaridas desde los tiempos primitivos; los hombres que vivian en los pantanos y no se atrevian á salir de allí, porque las bestias feroces estaban en emboscada á las orillas. Tales eran los hilogones que se habian refugiado en las copas de los árboles y se mantenian de los renuevos, los troglodítas, los garamantas y otros infinitos salvajes brutos ó estúpidos, de que hacen mencion Heródoto, Diodoro de Sicilia, Strabon y los antiguos viajeros.

Los hombres á quienes el miedo y la casualidad condujeron á regiones seguras y fértiles se multiplicaron, y la creencia de la esencia soberana y del alma universal se obscureció, se alteró de infinitos modos y se extinguió absolutamente en los que solo estaban

atentos á buscar su sustento y preservarse de las fieras: tales eran las colonias de cazadores diseminados en las montañas de la Cólquida y en la Iliria, los besos, los árcades, los desartas, los iberos etc.

Las crueles guerras que se hacian estas naciones, y la costumbre de vivir de la caza los diseminaron en infinitas regiones. Aquellos pueblos salvajes no conservaron ningun vestigio de su origen; y vé ahí la razon por qué las colonias de las naciones cultas encontraban en todas partes hombres que creian descender de la tierra. Los habitantes de estas naciones salvajes reunidos por el temor de las fieras y de los hombres tan crueles como ellas vieron en cada uno de sus asociados un protector y le amaron, considerando su muerte como una desgracia que menoscababa su existencia y felicidad. La muerte fue en aquellas sociedades salvajes el primer objeto en que recapacitaron y cuya causa se indagó.

Aquellos hombres no conocian otra causa sensible de la muerte que el odio de sus semejantes ó el furor de las bestias feroces: casi siempre se anunciaba la muerte por medio de dolores interiores semejantes á los que producian las heridas de los animales ó de los hombres. Se consideró pues la muerte como obra de algun animal invisible que era enemigo de los hombres, y se imaginó que tenia un cuerpo parecido á los animales que embestian á aquellos. Asi los moxos creen que un tigre invisible causa todos los males que los afligen.

No se concebian estos animales maléficos sino como animales invisibles; y se supuso que no tenian otros motivos de hacer mal á los hombres que la necesidad de sustentarse: asi se creyó que aplacando su hambre se contendria su malignidad. Es pues verisimil que los hombres dividieron sus alimentos con los seres maléficos é invisibles como lo practican aun muchas naciones salvajes. Las ofrendas no atajaron ni los males, ni la muerte: asi se dejó de achacar los unos y la otra á los entes invisibles que se habian imaginado,

y no pudiendo descubrir su causa en ellos se buscó en el hombre mismo.

La muerte no dejaba ningun rastro de su accion: no se veia mudanza en la configuracion exterior del cuerpo humano; ninguna de las partes se destruia; solo quedaban todas privadas de movimiento. Se coligió pues que el cuerpo humano no contenia esencialmente el principio de su movimiento y que le recibia de algun ser que se separaba de él al tiempo de la muerte. El cuerpo privado de movimiento no manifestaba ni sentido, ni pensamiento; asi pues el principio del movimiento fue tambien el del sentido y del pensamiento. De esta suerte en aquellas naciones salvajes el espectáculo de la muerte elevó el entendimiento humano á unos seres invisibles, activos, inteligentes y sensibles, que daban al cuerpo humano el movimiento y la vida; pero que no eran inseparables de él y que unidos al cuerpo para satisfacer las necesidades de este le dejaban porque algun desorden desconocido y oculto nó les permitia ya satisfacer tales necesidades y los obligaba á abandonarle. Se juzgó que los espíritus salian á su pesar de los cuerpos y que no se alejaban mucho de ellos para poder satisfacer las necesidades de que no los libraba su separacion.

Pero al cabo el tiempo que destruia los cuerpos, quitaba á los espíritus toda esperanza de volver á ellos: entonces andaban vagando por el aire atormentados del hambre y la sed. Estos espíritus no perdian su actividad, y las naciones salvajes de quienes hablamos, ignoraban las causas que agitan el aire. Se creyó que la agitacion de este eran las súplicas que hacian los espíritus á los vivientes pidiendoles alimentos; y como aquellos espíritus con sus necesidades y actividad conservaban sus pasiones, no se dudó que se vengaban de la insensibilidad de los hombres por medio de torbellinos y tempestades suscitadas en el aire, el cual estaba sujeto á su potestad. Aquellos pueblos pues vieron en las almas de los muertos no solo unos desgraciados dignos de ser compadecidos y socorridos por humanidad, sino unas po-

de algun genio. La atmósfera se consideró poblada de estos genios, á quienes se dió culto y veneracion para hacerlos propicios.

El culto dado á un genio en general no hubiera halagado á ninguno y por consiguiente no hubiera interesado á ninguno en particular: ademas la imaginacion necesitaba un objeto determinado y el hombre un genio á quien pudiese informar oportunamente de sus necesidades: se propuso pues á los genios que concurriesen á un lugar donde sus adoradores se obligaban por una especie de voto á tributarles culto. En las naciones pobres y rudas se contentaron antes de la invencion de la escultura con distinguir la residencia de los genios por alguna señal particular. En Tespis y en Samos un arbol ó un tronco cortado fueron los ídolos de Juno: unas simples piedras sin ninguna figura particular eran los ídolos del amor en Tespis y de Hércules en Hieta: tales son aun los ídolos de los fetiches entre los africanos (1).

La facultad de fijar asi los genios produjo genios tutelares y los de los lugares y ciudades que se refieren en la historia antigua, sin que quede duda alguna de esto en vista de las evocaciones que hacian los gentiles. Cuando se habia consagrado un lugar y se queria secularizar, se conjuraba con mucha solemnidad á los genios que se retirasen; y cuando se estaba á punto de tomar una ciudad, por no cometer el sacrilegio de hacer cautivos á sus dioses tutelares se los suplicaba que saliesen de allí y pasasen al partido vencedor, donde se aseguraba que serian mas respetados y mejor servidos.

Los romanos estaban tan persuadidos del poder de los dioses tutelares y de la virtud de la evocacion, que ocultaban cuidadosamente los nombres de sus dioses tutelares: creian que por la eficacia de la consagracion residian en las estatuas los genios ó dioses.

(1) Clem. Alex., *Protrep.*, c. 3; Tert., *Apol.*, c. 18; Pausan., *Boec.*, l. IX, c. 14, 17, *Mem. de la acad. de las inscrip.*, t. XXIII; *Africa* de Daper; *Viajes* de Labar.

Como era ilimitada la muchedumbre de los genios, la debilidad y el interés los inventaron para todas las necesidades y contra todas las desgracias: no solo cada nacion invocó todos los genios propios para procurar su felicidad, sino que cada clase y cada familia de la nacion tuvieron sus genios particulares. Tambien los tuvieron las casas y los campos: el piadoso Eneas no dejaba jamas de hacer un sacrificio al genio del lugar.

Como el entendimiento humano no consideraba los fenómenos sino en sus relaciones con su dicha, creyó que todos ellos estaban ocupados en servirle ó hacerle daño; les atribuyó todas las inclinaciones de los hombres, los creyó determinados por los motivos que determinaban á estos y sucesivamente sedientos de sangre ó codiciosos de gloria; les ofreció sacrificios ó alabanzas y súplicas; les erigió templos, instituyó sacerdotes y fiestas; y como de este culto esperaban los hombres su felicidad, el entendimiento humano agotó todos los medios de agradar á aquellos genios.

Tal era el origen y tal fue el progreso de la idolatría que habia inficionado á todas las naciones: el pueblo no tenia otra religion. Las colonias separadas de las grandes naciones comunicaron á los pueblos donde se establecieron, los vestigios de la tradicion que habian conservado ellas sobre el origen del mundo, el diluvio y el destino del hombre despues de la muerte. Esta tradicion obscurecida ya en dichas colonias se mezcló con las ideas y la creencia de los pueblos á donde fue llevada; y de ahí proviene esa mezcla de ideas sublimes y creencias absurdas que se encuentra en los antiguos poetas, historiadores y filósofos sobre la naturaleza de Dios y las deidades paganas, sobre el origen del mundo y las potestades que le gobiernan, sobre el hombre y sobre la vida futura (1).

(1) Vease Hesiodo y las notas de Leclerc, Homero, Heródoto, Diodoro, Vosio, *De idol.*; Vandal., *De idol.*; Explic. de la fábula de Adonis; *Bibl. univ.*, c. 3.

CAPITULO III.

DEL ORIGEN DE LA FILOSOFÍA Y DE LAS VARIACIONES QUE CAUSÓ EN LA RELIGION FORMADA POR LOS SACERDOTES SOBRE LAS RUINAS DE LA RELIGION PRIMITIVA.

Hemos visto que todos los hombres atribuian á unos genios los fenómenos de la naturaleza: solo los sacerdotes los miraban como porciones del alma universal, trataban de descubrir por la observacion de la naturaleza los gustos é inclinaciones de aquellas porciones del alma universal, y prescribian los sacrificios, las oraciones y las ofrendas que juzgaban convenientes para aplacar la ira de los genios ó merecer sus gracias. Solo pues en los colegios sacerdotales indagó el entendimiento humano por el estudio de los fenómenos los gustos, inclinaciones, deseos y designios de los genios ó de las porciones del alma universal.

No habia cosa mas interesante que satisfacer estos deseos y necesidades: ese era el medio mas seguro de precaver los efectos de la ira de los genios; pero para satisfacerlos oportunamente habia que preverlos. Fijaron pues los sacerdotes su atencion en todo lo que podia anunciar las necesidades, los deseos ó las inclinaciones de los genios que gobernaban la naturaleza; examinaron con cuidado todas las circunstancias que los acompañaban; vieron que estos fenómenos se repetian en períodos regulares y que ordinariamente iban acompañados de las mismas circunstancias; juzgaron que todo estaba ligado en la naturaleza y que podian preverse los fenómenos; y con esta prevision arreglaron los sacerdotes las fiestas y sacrificios. Muy pronto conocieron la inutilidad de estos: los sacerdotes juzgaron que los fenómenos tenian una causa comun y que esta causa seguia leyes invariables: desaparecieron á sus ojos todos los genios, y no vieron ya en los fenómenos mas que una

larga serie de acaecimientos que se producian sucesivamente.

El entendimiento humano no pasó mas adelante en los pueblos guerreros ó pastores, cuya vida era muy agitada y el clima demasiado riguroso para hacer observaciones seguidas, y que andando erráticos no necesitaban mas que prever los fenómenos peligrosos para evitarlos. Tales fueron los celtas, los galos y los germanos.

La prevision de los fenómenos no bastaba á los pueblos que tenian residencia fija y cultivaban la tierra, y trataron de conocer la serie de causas que formaban la cadena de los acontecimientos, para procurar descubrir algunos recursos contra las desgracias. Asi los colegios sacerdotales se convirtieron en corporaciones de filósofos, que indagaron cómo y por qué mecanismo se efectuaba todo en la naturaleza. Como habian creido que en esta estaba todo ligado, refirieron todos los fenómenos á un solo principio y buscaron cómo lo habia producido todo.

El entendimiento humano pues se remontó hasta la indagacion de las leyes segun las cuales habia sido producido el mundo, é intentó explicar el origen de este, forjando sistemas en los cuales cada uno suponia un principio y le hacia obrar conforme á sus ideas y á los fenómenos que tenia delante: tal es el origen de los sistemas de los caldeos, de los persas, de los indios y de los egipcios. Estos sistemas encerrados por mucho tiempo en los colegios de los sacerdotes pasaron á las escuelas de los griegos, entre quienes abortó el espíritu sistemático infinitas opiniones diferentes, que las conquistas de Alejandro volvieron á llevar á Oriente, á la Persia, al Egipto y á la India.

Estos principios se comunicaron á los judios y samaritanos antes del nacimiento del cristianismo. En todas partes se hallaron hombres infatuados de tales principios, que los unieron con algunos dogmas de los judios y despues con los de la religion cristiana; y de esta union salieron casi todas las herejías de los tres primeros siglos.

§. I. De los principios religiosos de los filósofos caldeos.

Hemos visto que los sacerdotes caldeos miraban la luz como el elemento por cuyo medio el alma universal habia producido el mundo: creian ellos que de este elemento habian sido formados los astros, que eran unos globos de luz separados y tenian cada uno una accion particular que parecia dirigirse únicamente hácia la tierra. Supuesto que la luz era la única fuerza motriz de la naturaleza y cada uno de los astros tenia una accion particular, era preciso que los fenómenos fuesen por decirlo asi el resultado de las influencias particulares de los astros que estaban sobre el horizonte; y los filósofos caldeos creyeron hallar en la disposicion de aquellos la causa de los fenómenos y en el conocimiento de sus movimientos los medios de prever los fenómenos. Estas consideraciones y tal vez los calores excesivos y los vientos pestilentes que se sienten en aquellos paises durante ciertos meses, y de que solo pueden preservarse los habitantes retirandose á los montes, condujeron los caldeos á las alturas, y desde estos observatorios que parecia haber formado de intento la naturaleza, estudiaron la disposicion y los movimientos de los astros: vieron que los mismos fenómenos iban constantemente acompañados de la misma disposicion de los astros y que estos tenian movimientos regulares y un curso constante. Juzgaron pues los sacerdotes caldeos que los fenómenos estaban unidos y que los sacrificios no interrumpian su curso; que tenian una causa comun, la cual obraba segun leyes ó por motivos no conocidos de ellos que era importante descubrir y que investigaron.

Los astros mismos obedecian estas leyes: su formacion, su disposicion y sus influencias eran consecuencias de las leyes generales por que era gobernada la naturaleza. Los caldeos pues se determinaron á indagar en el cielo mismo el conocimiento de la causa productiva del mundo y de las leyes que habia seguido esta en la formacion de los seres y la produccion de los fenómenos,

porque ahí residia la fuerza que lo producia todo. Los astros eran unos globos de luz; los espacios que ocupaban estaban llenos de ella; ninguna otra fuerza parecia obrar en estos espacios. Los caldeos creyeron que la luz era la potencia motriz que habia producido los astros: no podia dudarse que fuese inteligente esta potencia, y pareció que las operaciones del alma tenian tanta analogía con la sutileza y actividad de la luz, que unos hombres á quienes solo guiaba la imaginacion, no vacilaron en mirar la inteligencia como un atributo de la luz y el alma universal ó la inteligencia suprema como una luz.

Las observaciones de los caldeos les habian enseñado que los astros estaban á distancias desiguales de la tierra y que la luz se debilitaba á medida que se acercaba á ella: juzgaron que la luz bajaba de un origen infinitamente distante de la tierra, que llenaba de sus emanaciones la inmensidad del espacio y formaba á ciertas distancias astros de diferente especie. Asi pues los filósofos caldeos concibieron el alma productiva del mundo bajo la imagen de un manantial eterno é inagotable de luz, y se creyó que era en el universo lo que el sol para el espacio á quien alumbraba y calentaba.

Pues la luz iba siempre debilitandose era preciso que su manantial fuese de una sutilidad y pureza infinitamente superiores á cuanto podia concebirse, y por consiguiente en sumo grado inteligente. Las emanaciones apartandose de su origen recibian menos actividad, degeneraban de su perfeccion primera por el decremento sucesivo de su actividad; luego habian formado seres é inteligencias diferentes segun que estaban distantes del manantial de la luz, y habian perdido por grados su levedad, se habian condensado, habian pesado unas sobre otras, se habian hecho materiales y habian formado el caos. Habia pues una serie de seres intermedios entre el ente soberano y la tierra, y las perfecciones de aquellos disminuian á medida que se alejaban de la mansion del ente soberano. Este habia comunicado á las primeras

emanaciones la inteligencia, la fuerza y la fecundidad en el grado mas eminente: todas las otras emanaciones participaban menos de estos atributos á medida que se alejaban de la suprema inteligencia: asi todos los diferentes espacios luminosos que se extendian desde la luna hasta la mansion de la suprema inteligencia, estaban llenos de diferentes órdenes de espíritus.

El espacio que rodeaba al principio ú origen de las emanaciones, estaba lleno de inteligencias puras y dichosas. Inmediatamente debajo de estas empezaba el mundo corporeo ó el empireo, que era un espacio inmenso alumbrado por la luz pura que emanaba inmediatamente del ente soberano, y estaba lleno de un fuego infinitamente menos puro que la luz primitiva; pero infinitamente mas sutil que todos los cuerpos. Debajo del empireo estaba el eter ó sea un gran espacio lleno de un fuego mas grosero que el del empireo. Despues del eter estaban las estrellas fijas dispersas en un gran espacio, donde se habian unido las partes mas densas del fuego etereo y habian formado las estrellas.

El mundo de los planetas seguia al cielo de las estrellas fijas: este espacio contenia el sol, la luna y los planetas. En él se hallaba el último orden de los seres, es decir, la materia bruta, que no solo estaba destituida de toda actividad, sino que se resistia á las impresiones y movimientos de la luz. Las diferentes partes del mundo estaban en contacto, y los espíritus de las regiones superiores podian obrar sobre las regiones inferiores, penetrar y bajar á ellas. Pues la materia del caos era informe y sin movimiento, era preciso que los espíritus de las regiones superiores hubiesen formado la tierra y que las almas humanas fuesen unos espíritus bajados de las regiones superiores.

Asi el sistema de los caldeos resucitó todos los genios que habia desterrado la razon, y se les achacaron todas las producciones, todos los fenómenos y todos los movimientos producidos sobre la tierra: la formacion del cuerpo humano, la produccion de los frutos y todos

los dones de la naturaleza se atribuyeron á unos espíritus benéficos.

En este mismo espacio sublunar enmedio de la noche se veian formar las tempestades: salian los relámpagos de entre las densas nubes, caia el rayo y hacia estragos en la tierra: se juzgó pues que habia espíritus tenebrosos, demonios materiales esparcidos en el aire. Muchas veces aun del seno de la tierra se veian brotar torrentes de fuego, y temblaba la tierra: se supuso pues que habia potestades terrestres ó demonios en el centro de la tierra; y como la materia no tenia actividad, todos los movimientos se atribuyeron á los genios. Las borrascas, los volcanes y los temporales parecia que no tenian otro objeto que perturbar la felicidad de los mortales. Creyóse que los demonios que los producian eran maléficos y aborrecian á los hombres; se les achacaron todos los sucesos funestos; y se imaginó una especie de gerarquía en los genios malos como se habia supuesto en los buenos.

Pero ¿por qué la suprema inteligencia que era esencialmente buena, no confundia con todo su poder aquella muchedumbre de genios maléficos? Unos creyeron que no era propio de la dignidad de la suprema inteligencia pugnar con dichos genios: otros creyeron que estos, perversos por su naturaleza, eran indestructibles, y que no pudiendo la suprema inteligencia aniquilarlos ni corregirlos los habia relegado al centro de la tierra, al espacio que está debajo de la luna, donde ejercitaban su imperio y su malignidad: que para defender al género humano de tantos y tan formidables enemigos enviaba la suprema inteligencia espíritus benéficos que protegian continuamente á los mortales. Como los genios buenos y malos tenian oficios particulares y diferentes grados de poder, se les dieron nombres que expresaban sus oficios.

Pues que los espíritus benéficos estaban encargados de proteger á los hombres y socorrerlos en sus necesidades, era menester que entendiesen el lenguaje de los

hombres: se creyó pues que estos tenian genios protectores contra todas las desgracias y que cada genio tenia su nombre, bastando pronunciárle para darles á entender que se necesitaba de su amparo. Inventaronse pues todos los nombres que podian evocar á los genios benéficos ó darles á conocer las necesidades de los hombres: se apuraron todas las combinaciones de las letras para formar una correspondencia y comunicacion entre los hombres y los genios; y ve aquí un origen de la cábala, que atribuia á unos nombres extravagantes la virtud de llamar á los genios, poner á los hombres en comunicacion con ellos y obrar prodigios por este medio. A veces servian tambien éstos nombres para expeler á los genios maléficos y eran una especie de exorcismos, porque como se creia que aquellos genios estaban relegados en el centro de la tierra y que hacian mal por haber burlado la vigilancia de los genios encargados de custodiarlos y haberse escapado á la atmósfera, se juzgaba que estos genios maléficos huian cuando oian pronunciar el nombre de los ángeles que los tenian aprisionados en las cavernas subterraneas y debian castigarlos cuando se escapaban.

Como se habia supuesto en el nombre del genio ó en el símbolo que expresaba su oficio, una virtud que le obligaba á acudir á la invocacion de los hombres; se creyó que aquel nombre grabado ó escrito en una piedra fijaria en cierto modo al genio al lado de la persona que le llevase; y este es probablemente el origen de los talismanes hechos con palabras ó figuras simbólicas. Como los demonios tenian órganos y los genios tutelares podian no acudir con celeridad á las instancias de los hombres, se creyó poder librarse de los asaltos de los primeros poniendo en los lugares por donde podian pasar, agujas y espadas que se movian y causaban mucho dolor á los demonios cuando tropezaban con ellas; y como la sutilidad de sus cuerpos podia preservarlos de los tajos y estocadas, se creyó deber ahuyentarlos con malos olores ó encendiendo lumbre.

De la suposicion de que los demonios eran corporeos y sensibles nació el creerlos capaces de apasionarse de las mujeres; de donde probablemente vino la creencia de los demonios íncubos y una infinidad de prácticas supersticiosas que solo podian ejercitar las mujeres: así por ejemplo para alcanzar la lluvia bailaban diez doncellas vestidas de colorado, que se agitaban, alargaban los dedos hácia el sol y hacian ciertas señales. Al contrario para impedir la piedra y el granizo se tendian de espaldas cuatro mujeres, en cuya actitud pronunciaban ciertas palabras; luego levantaban los pies hácia el cielo y los movian. Probablemente depende de estos principios el respeto que se tenia á las mujeres, las cuales hacian un papel considerable en la magia caldaica (1).

§. II. De los principios religiosos de los filósofos persas.

Cuando descubrieron los magos que todos los fenómenos estaban ligados á los sentidos por una cadena invisible, dejaron de atribuirlos á la muchedumbre de genios que habian imaginado en todos los elementos, y los achacaron á la causa comun, á la potencia que animaba á la naturaleza y contenia en sí el principio del movimiento. Los persas creyeron ver esta causa en el fuego, pareciendoles que ningun elemento tenia una influencia mas general que él en la naturaleza: él hacia germinar las semillas, crecer las plantas y madurar los frutos: se encontraba en la madera y en la piedra que frotadas se encendian é inflamaban: se sentia en lo interior de la tierra. Los magos pues juzgaron que el fuego era el principio, la materia de todos los cuerpos y la fuerza motriz que agitaba todos los elementos. El calor bajaba del cielo á la tierra, y ellos sabian que disminuia á medida que se apartaba de su origen: juzgaron que á cierta distancia del sol debia haber algunas partículas de fuego que debian formar elementos diferentes, y en fin la materia bruta é insensible. Luego ha-

(1) Vease la *Hist. de la filosof. orient.* de Stanley.

bia en estos principios un ente sin actividad, insensible, que se resistia al movimiento del fuego y que era esencialmente contrario al principio que animaba á la naturaleza, al alma universal.

Entre la materia bruta y el alma universal, que eran como los dos extremos de la cadena de los seres, habia infinitas partículas de fuego dotadas de infinitos grados de actividad diferentes. En la region que ocupaba la materia, se encontraban seres pensadores; tal era el alma humana, cuyo pensamiento parecia efecto de la actividad. Los magos pues supusieron entre el alma universal y la materia bruta una infinidad de espíritus diferentes, cuya sagacidad é inteligencia disminuian de continuo; á cierta distancia del alma universal no eran mas que sensibles; y por último ciertas fuerzas motrices que disminuian de continuo hasta convertirse en materia bruta.

Asi los magos supusieron en el mundo una alma universal, de donde salian inteligencias puras que solo obedecian á la razon, seres inteligentes y sensibles que obedecian al sentimiento y á la razon, seres puramente sensibles que no seguian mas que sus deseos ó necesidades, fuerzas motrices que no eran ni inteligentes ni sensibles, ni tendian mas que á producir movimiento; en fin seres sin fuerza ni movimiento que formaban la materia. En estos diferentes seres creyeron encontrar principios suficientes para formar todos los cuerpos y producir todos los fenómenos sobre la tierra, en la atmósfera y en el cielo y sobre todo la mezcla de los bienes y los males. Cuando se examina la naturaleza de los males que afligen á los hombres, se descubre que tienen su origen en la materia: de ella nacen nuestros dolores y necesidades. Asi juzgaron los magos que la materia ó las tinieblas eran un principio malo, esencialmente opuesto al principio benéfico que era la luz.

Como concebian la soberana esencia bajo la imagen de un manantial de donde salia incesantemente un torrente de luz, y la imaginacion no podia seguir este tor-

rente en la inmensidad del espacio, ni figurarse cómo no se agotaria aquel manantial si produjera sin reparar sus fuerzas ni reanimar su fecundidad; supusieron que todas las partes tenebrosas volvian de continuo al seno de la soberana esencia, donde recobraban su actividad primera. Asi disminuia sin cesar la inercia de las partes tenebrosas, y la sucesion de los siglos debia volverles su primera actividad, hacer desaparecer la materia y llenar el mundo de un fuego puro y de inteligencias sublimes y dichosas. Este sistema es el que expone Plutarco figuradamente, cuando dice que creen los persas que hay un tiempo marcado en que debe de perecer Arimanes (1).

Otros magos creyeron que en efecto los bienes y los males eran producidos por unos genios que gustaban de hacer bien ó mal á los hombres, y lo achacaron todo á unas inteligencias buenas ó malas por su naturaleza. La desigualdad de sus efectos hizo suponer que eran desiguales sus fuerzas, y se imaginó en los genios una especie de gradacion semejante á la que se veia en los fenómenos de la naturaleza. La imaginacion terminó esta larga serie de genios buenos y malos en dos mas poderosos que los otros; pero iguales entre sí; sin cuya igualdad no se hubiera visto mas que bien ó mal en el mundo. Los magos pues supusieron en la naturaleza dos principios contrarios, á quienes el amor del bien y del mal movia á hacersele á los hombres y á quienes se podia interesar obrando bien ó mal: de ahí vino el uso de inmolar hombres escogidos entre los infelices, á los cuales se les proporcionaban por uno ó mas años cuantos deleites apetecian: por este medio se creia contentar al principio malo sin disgustar al bueno.

Reduciase pues la religion de los filósofos persas á creer un ente necesario, eterno, infinito, del cual habia salido todo por via de emanacion: los hombres, sus pensamientos, sus acciones estaban encadenadas por la

(1) Plutarc., *De Iside et Osiride*.

misma necesidad que producia las emanaciones: no esperaba la virtud ningun premio, ni el delito ningun castigo: en este sistema no habia virtud ni delito, ni por consiguiente religion ni moral para el mago que seguia sus principios filosóficos. En cuanto á los que suponian genios buenos y malos, su religion no se distinguia de la del pueblo, y los principios religiosos de estos magos no guiaban á la piedad ni á la virtud y no hacian á los hombres buenos y religiosos, sino supersticiosos y perversos. Donde quiera que fue un dogma religioso la creencia de los dos principios bueno y malo, se hizo mucho mal para agradar al principio malo y muy poco bien para agradar al bueno.

§. III. De los principios religiosos de los filósofos egipcios.

Los sacerdotes egipcios destinados á investigar los medios de agradar á los genios á quienes se creia que debian los hombres su felicidad, observaron el origen, orden y sucesion de los fenómenos, y descubrieron que una potencia desconocida del vulgo unia los fenómenos, que una fuerza sujeta á leyes constantes los producia prescindiendo de los votos y sacrificios, y que los genios, si existian, no producian nada.

Para conocer las leyes que seguia la causa productiva de los fenómenos, los instrumentos y el mecanismo que empleaba, observaron el nacimiento de los animales y de las plantas; y como Egipto debia su fecundidad al agua, creyeron que este elemento era el agente por cuyo medio producia el alma universal todos los cuerpos. Creyeron encontrarla en todas las producciones que se convertian sucesivamente en tierra, fuego, aire etc. Juzgaron que el alma universal producia todos los cuerpos uniendose á una materia susceptible de tomar todas las formas, y admitieron por principios de todos los seres un espíritu universal y la materia. El movimiento general de esta y la fecundidad inalterable de la tierra y de los animales los hicieron juzgar que el espíritu universal y la materia tendian necesariamente á unirse y producir

seres vivientes y animados. Las irregularidades y deformidades que observaron en las diferentes producciones de la naturaleza, los hicieron juzgar que el espíritu universal y la materia se unian por una atraccion invencible y que el alma universal tendia siempre á producir cuerpos regulares; pero que la materia era indocil á sus impresiones y se resistia á sus designios, ó que se unia con el alma universal por una impetuosidad ciega: asi pues la materia contenia una fuerza ó un principio de oposicion al orden y á la regularidad que queria poner en sus producciones el espíritu universal, y los filósofos egipcios supusieron en la materia un principio maléfico ó dañino. Todo pues era producido segun ellos por la mezcla ó concurso de un principio bueno ó malo, que no eran mas que fuerzas motrices ó físicas.

Los filósofos egipcios no reconocian en estos dos principios ni leyes, ni libertad: el espíritu universal no habia podido dar leyes á los hombres; no podia ni queria premiarlos ó castigarlos: asi sus principios filosóficos eran destructivos de toda religion.

Los filósofos ó sacerdotes egipcios conservaron con mucho sigilo esta doctrina en sus colegios y le exigieron á sus discípulos. Heródoto enseñado por ellos declara que se impuso la ley de no hablar de las cosas divinas de Egipto. De la doctrina oculta no se dejaba transpirar mas que lo que podia acomodarse con la religion nacional, que era util á la sociedad y á la felicidad de los particulares: la irreligion no proporciona ni consuelo en las desgracias anexas á la naturaleza humana, ni recurso contra las pasiones peligrosas.

§. IV. De los principios religiosos de los filósofos indios.

Hemos visto que la India debe su fecundidad á las inundaciones de los rios que la bañan: que los pueblos achacaron estas á unas porciones del espíritu universal, á quienes miraban como el alma de la naturaleza: que veneraron á estos genios; y que aprendieron el arte de con-

ducir las aguas y precaver la esterilidad que se sigue á las inundaciones excesivas ó muy escasas. No obstante estas precauciones y el culto dado á los rios sintieron calores inmoderados, esterilidades y desgracias: sus campiñas fueron asoladas por los animales montaraces, y ellos y sus rebaños acometidos por los tigres y leones de que abunda aquel pais. Suscitaronse disputas para la distribucion de las aguas y el repartimiento de las tierras, y la abundancia misma encendió pasiones contrarias á la tranquilidad de las familias.

Conocieron pues los indios que tenian que temer la irregularidad de las estaciones, los elementos, las fieras, las pasiones y la codicia de los hombres, y trataron de prever y prevenir los fenómenos peligrosos, la esterilidad de la tierra y la inconstancia de los genios, de preservarse ellos, sus rebaños y frutos de los asaltos de los animales y de enfrenar la codicia é injusticia de los hombres. Pusieron guardas de los campos y ganados y establecieron algunos filósofos destinados á pronosticar los fenómenos y dirigir las pasiones de los hombres, mientras otra parte de la nacion cultivaba la tierra, cuidaba de los rebaños y proporcionaba cómoda subsistencia á los guardas y filósofos. Estos últimos consagraron sus indagaciones á la naturaleza y al hombre, y se distribuyeron en diferentes clases que se comunicaban sus observaciones: asi el entendimiento humano no debió hacer en ninguna parte tan rápidos progresos en el conocimiento de la naturaleza y en el estudio de la moral y la legislacion. El tiempo, las revoluciones que ha experimentado la India, y la costumbre que tenian los filósofos de transmitir solamente de viva voz sus observaciones é ideas, nos han privado de saber qué rumbo siguieron aquellos en sus tareas; pero por los monumentos que nos quedan del antiguo estado de dichos pueblos, se conoce que los filósofos encargados de estudiar la naturaleza no descendieron jamas á predecir los acontecimientos particulares, que se aplicaron con mucho conato al arte de pronosticar los tiempos malos, y que eran borrados de

la clase de filósofos los que se equivocaban tres veces seguidas en sus predicciones.

Estos filósofos descubrieron cierta conexion entre los fenómenos, y juzgaron que una fuerza inmensa unia ó separaba los cuerpos: que estos se componian de diferentes elementos, en quienes obraba diversamente la fuerza motriz: que de todos los elementos el agua tenia la principal parte en la produccion de los cuerpos, y aun era el principio universal de nuestro planeta. No descubrieron en el cielo la inconstancia y la irregularidad que se observaba en la atmósfera y en la tierra, y juzgaron que un ente esencialmente diferente formaba el cielo. Así supusieron en este un ente que obraba siempre con sabiduría y regularidad, y en la tierra una fuerza destituida de razon.

Sin embargo como se observaba orden y regularidad en muchas producciones y fenómenos del globo terraqueo, juzgaron que la razon que reinaba en el cielo, habia dirigido la fuerza que agitaba las partes de aquel globo, y que la habia dirigido por medio de porciones desprendidas de ella misma; y como habian notado que todo en la naturaleza estaba ligado, supusieron que un genio mas poderoso que todos los demas habia formado el plan del mundo y destinado genios á cada parte de la naturaleza para dirigir la fuerza motriz segun las leyes que él prescribió.

Los filósofos indios descubrieron al estudiar al hombre que conocia y amaba el orden; pero que solía caer en el desorden á pesar de la voz de la razon. Juzgaron que el hombre tenia en sí mismo una porcion del espíritu celestial que conoce el orden y le ama, y una porcion de la fuerza motriz que no tiene conocimiento ni amor del orden: buscaron los medios de subyugar esta fuerza motriz refrenando el cuerpo en que residia: creyeron que la medicina debia formar parte de la moral, é indagaron los medios de calmar la efervescencia de la sangre y amortiguar la sensibilidad de los órganos, de donde nacia la vehemencia de las pasio-

nes. Segun estas ideas los filósofos indios juzgaron que el alma humana era una porcion del ente soberano, unida al cuerpo para mantener el orden en cuanto podia y para concurrir al objeto general que se habia propuesto dicho ente al formar el mundo; y enseñaron que todo hombre estaba obligado á proporcionar todo el bien que podia, y que solo en cuanto cumplia esta obligacion tenia derecho á los beneficios que derramaba sobre la tierra la esencia soberana. De este principio hicieron los bracmanes la regla de su conducta y siempre estaban en accion: cuando se reunian á comer, los ancianos examinaban á los jóvenes y les preguntaban qué bien habian hecho desde el amanecer, y si no habian hecho nada, salian á practicar alguna accion buena, porque era una ley inviolable no comer antes de haber practicado algun bien. Los bracmanes pues estaban ocupados de continuo en procurar la felicidad de los otros hombres: indagaban con increible empeño las propiedades saludables de las plantas y de los minerales, los medios de perfeccionar las artes y las leyes, las ocasiones de socorrer y consolar á los infelices y defender al oprimido: su beneficencia se extendia á todo lo que era sensible, y hubieran reputado como un delito el comer un animal. Asi concluian los bracmanes su carrera persuadidos de que su beneficencia y la puntualidad con que llenaban sus obligaciones, los elevarian por grados á la clase de los genios superiores y los llevarian por fin al seno de la divinidad.

Los hombres que no cumplian la obligacion contraida al nacer, que se entregaban á los deleites de los sentidos y cedian á sus pasiones, no tenian derecho á estos premios: sus almas desatadas de las ligaduras del cuerpo por la muerte entraban en otros cuerpos, donde eran castigadas y vivian infelices. No habia pues cosa mas funesta para el hombre que ser esclavo de las pasiones; nada mas afortunado que morir despues de haber obrado bien. Mientras el hombre entregado á las pasiones vagaba de cuerpo en cuerpo y era el juguete de los cle-

mentos, el filósofo virtuoso al morir volaba al seno de la divinidad.

Estas ideas hicieron tan profunda mella en algunos bracmanes, que no vacilaron en darse la muerte cuando creyeron haber practicado el bien á que está obligado el hombre: otros para librarse de las pasiones se separaron del trato de los hombres y se retiraron á los montes ó á cavernas inaccesibles donde vivian en silencio: algunos se entregaban á todo género de austeridades y prácticas duras y muchas veces ridículas, que consideraban como sacrificios hechos al ente soberano y como compensaciones del bien que exigia este al hombre. Tales eran los bracmanes que encontró Onesierito en ciertas posturas que guardaban desde la mañana hasta la noche.

Tales eran los principios religiosos de los filósofos indios antes de nacer la filosofía entre los griegos y quizá entre los otros pueblos: á pesar de las revoluciones que ha experimentado la India, estas opiniones se han conservado allí y son aun hoy la religion de una gran parte del Asia.

CAPITULO IV.

DE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS DE LOS FILÓSOFOS DESDE EL NACIMIENTO DE LA FILOSOFÍA ENTRE LOS GRIEGOS HASTA LA CONQUISTA DEL ASIA POR ALEJANDRO.

El tiempo que multiplicaba á los hombres, acercaba sin cesar las grandes naciones á las familias reducidas que por la necesidad, el miedo, la guerra ó la casualidad se habian dispersado y vivian sin artes, sin ciencias, sin leyes y sin costumbres. Los sacerdotes de las grandes naciones no vieron con indiferencia la degradacion y estolidez de la humanidad en aquellos hombres salvajes: los persuadieron con su elocuencia, les infundieron principios de sociedad ó mas bien desenvolvieron aquellas semillas de humanidad, de justicia y beneficencia

que ha puesto la naturaleza en el corazon de todos los hombres y que son sofocadas por la codicia, la ignorancia y las pasiones: les dieron leyes y las hicieron respetables por el temor de los dioses. Tales fueron Prometeo, Lino, Orfeo, Museo, Eumolpo, Melampo y Xamolxis. Los sabios que introdujeron la cultura entre estos pueblos, les llevaron los sistemas de los filósofos caldeos, persas, egipcios etc.; pero cubiertos bajo el velo de la alegoría, y no tenian filósofos que estudiasen la naturaleza.

Las colonias separadas de las grandes naciones que tenian colegios de sacerdotes y filósofos ocupados en perfeccionar la moral y estudiar la naturaleza, conservaron relaciones con su metrópoli y entablaron comunicaciones entre los pueblos que cultivaban las ciencias y los que no las conocian. Por medio de esta comunicacion se formaron entre los últimos la razon y la curiosidad, y se vieron entre ellos algunos hombres que sacrificaron su tranquilidad y bien estar al deseo de ilustrarse y viajaron por las naciones célebres en sabiduría y adelantadas en las ciencias. De este número fueron Ferecides, Tales, Pitágoras, Jenófanes etc., que viajaron por Egipto, Persia y la India: en todas partes se les franquearon los colegios de los sacerdotes. Estos cultivaban y enseñaban todas las ciencias; pero se dedicaban principalmente al estudio del origen del mundo y de la potencia que producia todos los seres y todos los fenómenos. Hácia este gran objeto convirtieron los esfuerzos de su entendimiento los filósofos citados: cada cual adoptó el sistema que le pareció mas satisfactorio, ó reunió, combinó y alteró á su arbitrio las ideas de sus maestros.

Tales adoptó el sistema de los filósofos egipcios: enseñó que el agua era el elemento general de donde salian todos los cuerpos, y que un espíritu infinito agitaba sus partes, las coordinaba y las hacia tomar todas las formas en las cuales se convertia: imitó la prudente cautela de los sacerdotes egipcios, y adoró como el pueblo dioses y genios á quienes no daba su sistema ninguna influencia en la naturaleza.

Ferecides y Heráclito supusieron que el fuego era el principio y la causa de todo.

Jenófanes, mas impresionado de la idea del infinito que admitian todos los filósofos, que de los fenómenos, no supuso en el mundo otra cosa que el infinito, el cual por serlo estaba inmovil; de donde inferia que los fenómenos no eran sino percepciones del alma.

Pitágoras viajó como Tales por Egipto, Persia, Caldea y la India; hizo un sistema que reunia en parte los de sus maestros y con todo se acercaba mas al sentir de los persas; admitió en el mundo una inteligencia suprema, una fuerza motriz sin inteligencia, una materia sin inteligencia, sin forma y sin movimiento. Todos los fenómenos segun Pitágoras suponian estos tres principios; pero él habia observado en los fenómenos una conexion de relaciones, un fin general, y atribuyó el enlace de los fenómenos, la formacion de todas las partes del mundo y sus relaciones á la inteligencia suprema, la única que habia podido dirigir la fuerza motriz y establecer relaciones y conexiones entre todas las partes de la naturaleza: no dió pues ninguna parte á los genios en la formacion del mundo. Pitágoras habia descubierto ciertas relaciones y proporciones entre las partes de este: habia observado que la hermosura, la armonía ó la bondad era el fin que se habia propuesto la suprema inteligencia en la formacion del mundo, y que las proporciones que habia puesto entre las partes del universo, eran el medio empleado para alcanzar este fin. Estas relaciones se expresaban por números: las que existen por ejemplo entre las distancias y los movimientos de los planetas, se expresan por números, porque un planeta está cierto número de veces mas ó menos distante del sol que otro. Pitágoras dedujo que el conocimiento de estos números era el que habia dirigido á la suprema inteligencia. El alma del hombre era segun este filósofo una porcion de la suprema inteligencia, de quien la tenia separada su union con el cuerpo, y se reunia con ella cuando se desprendia de toda aficion á las cosas corporales: la muer-

te que separaba el alma del cuerpo, no le quitaba estos afectos: solo era propio de la filosofía curar de ellas el alma, y tal era el objeto de toda la moral pitagórica.

Donde quiera que llevaron estos filósofos los conocimientos que habian adquirido, fueron tratados con estimacion, abrieron escuelas y reunieron discípulos: asi la filosofía salió de los colegios de sacerdotes y su santuario quedó abierto á todos los hombres que quisieron cultivar la razon.

Los discípulos de aquellos filósofos no quedaron todos plenamente satisfechos de los sistemas de sus maestros. La escuela de Jenófanes se dedicó mucho tiempo á explicar los fenómenos suponiendo en la naturaleza un ente infinito, inmovil, y acabó por admitir una infinidad de corpúsculos dotados de una fuerza motriz que estaba en incesante movimiento. Como en los principios de estos filósofos la naturaleza no se proponia un designio, el hombre (hablando con propiedad) no tenia destino ni deberes; pero propendia á un objeto, queria ser feliz; y los filósofos descubrieron que el hombre no era feliz al acaso y que solamente podia serlo por la templanza, por la virtud, por el deleite que proporciona una buena conciencia.

Anaximandro en vez de admitir por principio del mundo el agua y un espíritu infinito como Tales admitió solo un ente infinito, el cual por lo mismo que lo era, contenia todo, lo producia todo, era todo por su esencia y necesariamente.

Anaximenes creyó que este ente infinito era el aire; y Diógenes de Apolonia enseñó que este aire era inteligente.

Anaxágoras juzgó que los principios de todos los cuerpos eran unos corpúsculos semejantes á ellos, que estaban confundidos en el seno de la tierra y á quienes reunia el espíritu universal; pero como habia irregularidades en el mundo, conoció el filósofo que no bastaba la intervencion de su inteligencia para explicarlo todo; creyó que habia cosas que existian por necesidad, y otras

por el acaso: en fin juzgó que todo estaba lleno de tinieblas y que no habia nada de cierto.

Arquelao, discípulo de Anaxágoras, creyó que el frio y el calor producian todos los cuerpos y agregó el estudió de la física al de la moral.

Sócrates, discípulo de Arquelao, quedó contentisimo de la opinion de Anaxágoras sobre la formacion del mundo; pero este filósofo no explicaba ni por qué la inteligencia suprema habia introducido en la materia el orden que en ella se admiraba, ni cuál era el destino de cada ser y el objeto de todas las partes del mundo: desechó pues un sistema que no daba ningun fin ni sabiduría á la inteligencia que intervenia en la produccion del mundo. La naturaleza no le oponia mas que misterios impenetrables: asi creyó conveniente que el sabio la dejara en las tinieblas en que se habia sepultado, y consagró todas las investigaciones de su entendimiento á la moral. La secta jónica no tuvo mas físicos.

Sócrates buscó en el corazon del hombre los principios que conducian á la felicidad, y halló que este no podia ser dichoso mas que por la justicia, la beneficencia y una conciencia limpia; pero sus discípulos se desviaron de estos principios y buscaron la felicidad ya en el deleite, ya en la serie de los gustos inocentes, á veces en la muerte misma.

Los discípulos de Pitágoras no siguieron mas escrupulosamente los principios de su maestro. Ocelo y Empédocles achacaron la produccion del mundo á unas fuerzas diferentes y contrarias que obraban sin inteligencia ni libertad. Timeo supuso con Pitágoras una materia capaz de tomar todas las formas, una fuerza motriz que agitaba sus partes, y una inteligencia que dirigia la fuerza motriz. Reconoció como su maestro que esta inteligencia habia producido un mundo regular y armónico, y juzgó que habia visto un plan conforme al cual habia trabajado. Sin este plan no hubiera sabido lo que queria hacer, ni hubiera podido poner el mundo en orden y armonía; no se habria diferenciado de la fuerza

motriz ciega y necesaria. Este plan era la idea, la imagen ó el modelo que habia representado á la suprema inteligencia el mundo antes que existiese, que la habia dirigido en su accion sobre la fuerza motriz, y ella le contemplaba al formar los elementos, los cuerpos y el mundo. Este modelo era distinto de la inteligencia productiva del mundo, como lo es el arquitecto de sus planos. Timeo de Lócride dividió ademas la causa productiva del mundo en un espíritu que dirigia la fuerza motriz, y una imagen que la determinaba en la eleccion de las direcciones que daba á la fuerza motriz, y de las formas que daba á la materia.

Asi el alma universal, á la que achacaban la produccion del mundo los caldeos, persas y egipcios, quedó dividida en tres principios diferentes y separados, á saber, una fuerza motriz, una inteligencia y una imagen ó idea que dirigia á la inteligencia y que por consiguiente era como su razon.

Segun Timeo la fuerza motriz no era mas que el fuego: una porcion de este lanzada por los astros sobre la tierra se insinuaba en los órganos y producia seres animados: una porcion de la inteligencia universal se unia á esta fuerza motriz y formaba una alma, que guardaba por decirlo asi el medio entre la materia y el espíritu. Asi el alma humana tenia dos partes; una que no era mas que la fuerza motriz, y otra que era puramente inteligente: la primera era el principio de las pasiones y estaba esparcida en todo el cuerpo para mantener la armonía: todos los movimientos que la mantienen, causan placer; todo lo que la destruye, causa dolor segun Timeo. Las pasiones pues dependian del cuerpo, y la virtud del estado de los humores y de la sangre. Para dominar las pasiones era preciso segun aquel filósofo dar á la sangre el grado de fluidez necesario para producir en el cuerpo una armonía general: entonces se hacia flexible la fuerza motriz, y la inteligencia podia dirigirla: habia pues que ilustrar la parte racional del alma despues de haber cal-

mado la fuerza motriz; y esta era la obra de la filosofía.

Timeo no creia que las almas fuesen premiadas ó castigadas despues de la muerte: segun él los genios, el infierno y las penas no eran mas que errores útiles á aquellos á quienes la razon sola no podia guiar á la virtud.

Platon despues de haber sido discípulo de Sócrates visitó las diferentes escuelas de los filósofos. Tal vez no tuvo opinion fija sobre los sistemas que en ellas se enseñaban; pero su imaginacion se deleitó en explanar el de Timeo de Lócride y ampliar sus consecuencias. Investigó lo que Sócrates habia buscado en Anaxágoras, por qué la inteligencia que era esencialmente distinta de la fuerza motriz, se habia determinado á dirigirla; cómo dirigiendola podia sacar de la materia todos los cuerpos; cuál era la naturaleza del modelo ó plan que habia guiado á la inteligencia en la produccion del mundo; cómo mantenia el orden; de donde venian las almas humanas y cuál era su destino y su suerte.

Segun Platon el mundo es uno; todo está ligado en él, y no subsiste mas que por la armonía de sus diferentes partes: de donde colige que la inteligencia del mundo es una. Esta inteligencia es inmaterial, simple, indivisible; luego no puede ser sensible, y solo por la razon podemos remontarnos al conocimiento de su naturaleza y atributos. Una vez que es inmaterial esta inteligencia, es esencialmente distinta de la fuerza motriz, no tiene ninguna relacion necesaria con estos dos principios y se ha determinado libremente á dar á la materia las diferentes formas bajo de las cuales la vemos.

La fuerza motriz obra sin objeto; la materia cede á su impulso sin razon; y todo el mundo seria un caos si no hubiera en la naturaleza mas que materia y movimiento; por el contrario se ve en el mundo un orden y simetría admirables; contiene criaturas que gozan de

este espectáculo y á quienes hace felices; luego el amor del orden y la bondad son los que han determinado la suprema inteligencia á producir el mundo. Luego esta inteligencia es buena y sabia; ha producido en el mundo todo el bien de que era capaz; y el mal que vemos en él proviene de la indocilidad de la materia á las disposiciones de la inteligencia productiva del mundo.

Para producir el orden que admiramos en este, era preciso que le conociese la inteligencia y que contemplase un modelo que le representaba el mundo. Este modelo es la razon ó el verbo de la inteligencia. Platon habla de él unas veces como de un atributo de la inteligencia; otras parece mirarle como una sustancia distinta de la inteligencia que le contempla; otras cualquiera creeria que considera el verbo como una emanacion de la inteligencia que subsiste fuera de ella.

Como la inteligencia suprema es inmaterial, indivisible é inmovil, conoció que no podia por sí misma dirigir la fuerza motriz, pues esta era material y divisible, y que para dirigirla se necesitaba una alma que tuviese alguna relacion con los seres materiales y la inteligencia y participase de sus propiedades. Asi pues esta inteligencia producia una alma que era inteligente y que habia obrado con designio sobre la fuerza motriz. La suprema inteligencia habia producido esta alma por solo su pensamiento segun Platon, probablemente porque este filósofo concebia que un espíritu que piensa, produce una imagen distinta de él, y parece que Platon atribuia á esta imagen una existencia constante y hacia de ella una sustancia. Esta es una consecuencia de su opinion sobre el verbo ó la razon que dirige la inteligencia suprema en sus producciones. Como esta alma era el agente intermedio por el cual habia producido la suprema inteligencia el mundo; Platon distribuyó aquella alma en todas las porciones del mundo, segun que lo necesitó para la explicacion mecánica de los fenómenos: su centro estaba en el sol y luego se habia situado en todos los astros y sobre la tierra para producir las plan-

tas, los animales etc. Estas porciones del alma del mundo eran genios, demonios y dioses.

Luego que los genios habian formado un cuerpo humano, se introducia en sus órganos una porcion del alma del mundo y formaba una alma humana. Esta encerrada en dichos órganos recibia las impresiones de los cuerpos y se hacia sensible, siendo capaz de conocer la verdad y de sentir pasiones. Las pasiones no tenian mas principio ni objeto que las impresiones de los cuerpos extraños sobre los órganos: alteraban en el alma la parte puramente intelectual ó suspendian su ejercicio; depravaban al alma, y debia combatirlas la razon. Las victorias que alcanzaba esta, asemejaban el alma á los espíritus puros, con los cuales se reunia luego que se desprendia del cuerpo. La muerte era el triunfo de estas almas desprendidas de la materia, que se reunian á su origen ó pasaban á unas regiones donde no sufrian ya la tiranía de los sentidos y gozaban de una perfecta felicidad.

La suma dicha de estas almas era la contemplacion de la verdad y de la hermosura del mundo inteligible: facilmente se comprenden todas las consecuencias que una imaginacion viva y fecunda puede sacar de estos principios para la religion y la moral.

Jenócrates no alteró en nada la doctrina de Platon. Zenon en lugar de todos los seres que hacia concurrir este filósofo á la produccion del mundo, no admitió mas que dos principios, el uno activo y el otro pasivo, una materia sin forma, sin fuerza y sin movimiento y una alma inmensa que la trasladaba y la formaba de mil modos. Esta alma era un fuego segun Zenon, y el fuego obraba con inteligencia: el mundo era su obra, y el mundo tenia un fin: todas las partes de este mundo tendian al fin general; todas por consiguiente tenian sus funciones y sus deberes, y del cumplimiento de ellos dependia la felicidad de los particulares.

Aristóteles se apartó mucho mas del sistema de Platon: reconoció como su maestro la necesidad de un

primer motor inteligente, sabio, inmaterial y sumamente feliz, que habia dado el movimiento á la materia y producido inteligencias capaces de conocer la verdad: algunas estan esparcidas en el cielo y mantienen la armonía que se admira en él. Refuta muy bien á los filósofos que presumian encontrar en la materia sola la razon suficiente de la produccion del mundo; pero cuando quiere establecer un sistema, supone una materia eterna, formas eternas contenidas en el seno de la materia y un movimiento eterno y necesario que desprende estas formas, las une á diferentes porciones de materia y produce todos los cuerpos: el alma humana es una sustancia eterna y necesaria como el movimiento y la materia. Tales son los principios religiosos de la filosofía de Aristóteles (1).

Varios discípulos de la escuela peripatética se apartaron de los principios de Aristóteles y no fueron mas religiosos: entre ellos se cuenta Straton, que no admitió en el mundo mas que una materia esencialmente en movimiento.

Los diferentes sistemas que acabamos de indicar, no satisfacian á la razon, ni aun á los filósofos que los enseñaban. El entendimiento humano inventaba sin cesar nuevos sistemas ó resucitaba los antiguos: algunos filósofos juzgaron que el sabio debia desecharlos todos ó á lo menos dudar de ellos: los unos porque el hombre era incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso; los otros porque no habia llegado aun al grado de ilustracion que debe producir la conviccion.

CAPITULO V.

DE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS DE LOS FILÓSOFOS DESDE LAS CONQUISTAS DE ALEJANDRO HASTA LA EXTINCION DE SU IMPERIO.

Acabamos de ver los progresos que habia hecho en

(1) *Lib. de animâ, de cœlo.*

Grecia el entendimiento humano á la sombra de la libertad y enmedio de las guerras domésticas y extranjeras que lo habian agitado, al paso que el lujo, el fausto, el despotismo y las pasiones levantaban y aniquilaban los imperios de Oriente, asolaban las provincias, corrompian las costumbres, envilecian el alma y subyugaban la razon. Todo el resto del orbe vivia en un estado selvático ó sin leyes, artes ni ciencias. Los grandes hombres de la Grecia juntaban el estudio de las letras y de la filosofía á la ciencia de la guerra y del gobierno: Epaminondas, el varon mas eminente de la Grecia á juicio de Ciceron, tenia por amigos las personas mas virtuosas, y en su casa era donde enseñaba el célebre filósofo Lisidas.

Filipo fue educado en casa de Epaminondas, y en ella se hallaba aun cuando pereció en una batalla su hermano Perdicas, rey de Macedonia. Este dejaba un hijo en la niñez, un pueblo abatido y el estado sumido en el desorden: Filipo tomó las riendas del gobierno á la edad de veintidos años y fue declarado rey por los macedonios, quienes juzgaron que las necesidades del reino no permitian dejar en manos de Amiutas el gobierno.

Filipo no tardó en hacer poderoso y floreciente el reino de Macedonia: consiguió ser declarado general de los ejércitos de toda la Grecia, y formó el proyecto de volver contra los persas las fuerzas que por tanto tiempo habian empleado los griegos unos contra otros; pero fue asesinado cuando iba á poner por obra un pensamiento tan acertado. Este monarca dejaba un hijo, el famoso Alejandro. Apenas nació, pensó su padre en su educacion; sobre lo cual escribia á Aristóteles: «Sabrás que tengo un hijo, y doy gracias á los dioses no tanto porque me le han dado, como porque le han hecho nacer en tu tiempo: espero que le harás digno de ser mi sucesor y de gobernar la Macedonia.»

El éxito sobrepujó las esperanzas de Filipo. Alejandro educado por Aristóteles comprendió admirablemen-

te á la edad de veinte años el plan de su padre, y á pesar de una muchedumbre de enemigos consiguió ser proclamado general de todas las tropas de la Grecia y conquistó el imperio de los persas con una rapidez que pasmará á todos los siglos. El tiempo habia reunido en Alejandro el poder absoluto y la ilustracion, que casi siempre habian andado separados, todas las prendas y dotes del heroe con la grandeza de alma y la generosidad tan difíciles de conciliar.

En sus conquistas no abusó de las victorias que alcanzaba de los pueblos y reyes, ni se apoderó de las riquezas de los unos ó hizo á los otros tributarios. Cuando despues de una obstinada resistencia le envian las ciudades de la India embajadores para someterse á él y pedir la paz, no exige otra condicion que la de darles por rey á Ampis que presidia la embajada. Encuentra en Taxiso un príncipe sabio y benéfico, señor de un pais rico y de un pueblo dichoso, y en vez de combatirle le hace su amigo y aliado, alaba su sabiduría, admira su virtud y compite con él en generosidad: recibe sus presentes, y se los hace mayores añadiendo mil talentos de oro acuñados. De una multitud de estados pequeños desunidos formó provincias y las hizo felices. En todas sus conquistas y viajes le acompañaban sabios, filósofos y literatos: todos ellos, de cualquier pais ó religion que fuesen, llamaban su atencion y se granjeaban su aprecio. En su corte reunió los filósofos griegos, persas é indios; y las mercedes y gracias que otorgó á todos, los dispusieron insensiblemente á estimarse y comunicarse sus ideas (1).

La tierra mudó de aspecto bajo de este conquistador y los pueblos dejaron de ser enemigos: enseñó á los aracosianos á labrar la tierra, á los hircanos á contraer matrimonio, á los sogdianos á mantener á sus ancianos

(1) No obstante mandó ahorcar á algunos filósofos indios que levantaban los pueblos contra él, sin haber podido conseguir que desistiesen de sus declamaciones. Vease á Plutarco.

padres y no quitarles la vida, y á los persas á respetar á sus madres y no casarse con ellas. Despues que Alejandro echó en el Asia las semillas de la cultura griega, fundó mas de setenta ciudades, á las cuales dió leyes, y su comercio amansó á las naciones feroces enmedio de las cuales estaban aquellas establecidas. La proteccion y aprecio que dispensaba á las ciencias y á los sabios, produjeron en infinitos hombres el deseo de ilustrarse. Alejandro entre el estrépito de sus expediciones y conquistas empleaba los ocios en leer los versos de Homero (1).

Muerto el célebre conquistador su imperio fue divi-

(1) El autor francés honra aquí demasiado al conquistador del Asia no solamente atribuyendole la gloria de haber cambiado el aspecto de la tierra, de haber hecho cesar el odio entre las naciones y de haber atraido todos los ánimos á la libertad que habian extinguido la barbarie y la supersticion, sino hasta suponiendole este designio. No negamos que Alejandro en sus rápidas conquistas del Asia dió á conocer los versos de Homero y la filosofía de Platon á aquellos pueblos, que civilizó muchas naciones salvajes y que unió á los macedonios y los persas por medio de casamientos; pero lo que costará mucho trabajo de persuadir al que haya leido la historia de este príncipe, es que hubiese concebido el proyecto de reunir todos los pueblos por una misma doctrina, hacerlos probar á todos los principios de una filosofía virtuosa y formar de todos los hombres una dilatadisima familia regida por las mismas leyes, guiada por los mismos conocimientos, animada de los mismos afectos, y por decirlo asi con un mismo espíritu y un mismo corazon. La autoridad de Plutarco por otra parte tan respetable no puede tener aquí mucho peso; porque los dos discursos en que achaca al rey de Macedonia unos pensamientos tan puros y sublimes, no estan admitidos generalmente como suyos, y aun suponiendo que lo sean, visiblemente se conoce que son obra de sus primeros años: el tono declamatorio usado en ellos, la falta de crítica que se advierte, y la manera muy diferente con que habla de Alejandro en la vida de este príncipe escrita por él en edad mas madura, no dejan la menor duda acerca de lo que decimos.

dido, y sus generales sostuvieron crueles guerras para repartirsele: solo Tolomeo gobernaba el Egipto con sabiduría; y la felicidad que se disfrutaba en aquel reino, atrajo á todos los extranjeros que huian de su patria por la guerra ó por el mal gobierno de los sucesores de Alejandro.

La ciudad de Alejandría que habia escogido para su residencia Tolomeo, llegó á ser el asilo del mérito y del talento perseguidos ó despreciados. Este príncipe concedió algunas prerogativas á los sabios y filósofos de cualquier nacion y secta: instituyó una academia donde se dedicaban sin tregua ni descanso á la indagacion de la verdad; y formó para ellos aquella biblioteca tan célebre que aumentaron sus sucesores y destruyeron los sarracenos á mitad del siglo VII.

Con el tiempo se habian reunido en Alejandría todos los sistemas, todas las opiniones y todos los pensamientos sobre el origen del mundo, las causas de los fenómenos, la naturaleza y el destino de los hombres. En esta especie de confusion de los sistemas y opiniones de todos los filósofos se reunieron todas las ideas que tenian analogía y formaron nuevos sistemas, como en las mixturas químicas se ve que todos los principios que tienen afinidad se unen y forman nuevos compuestos.

Los sistemas filosóficos de Pitágoras, Timeo y Platon tenian principios comunes con los sistemas de los caldeos, persas y egipcios: todos suponian un ente soberano y le concebian ya como una luz ó un fuego de donde salian los seres, ya como una alma esparcida por toda la naturaleza y formando todos los cuerpos por su actividad. Todos miraban la suprema inteligencia como una fuerza que obraba esencialmente, y suponian que la accion de esta fuerza habia producido por sus decrementos sucesivos la materia que habian formado unos genios salidos de aquel ente, y de ella habian sacado todos los cuerpos.

Al contrario Platon hacia obrar á esta inteligencia con designio y sabiduría: su conocimiento y su poder

abarcaban toda la naturaleza: manifestaba orden, armonía, sabiduría y un fin en el mundo y suponia la naturaleza llena de genios. Los filósofos persas, caldeos y egipcios debieron adoptar y adoptaron en efecto los principios de Timeo de Lócride y de Platon sobre el origen del mundo sin abandonar la creencia de los genios.

Los filósofos de Oriente creian que el alma humana era una produccion del soberano ente aprisionada en un rincon del mundo, donde era esclava de la materia y juguete de los genios que la rodeaban. Platon por el contrario enseñaba que el alma humana era una produccion sublime del ente soberano, una porcion del alma del mundo, destinada á buscar su dicha en la contemplacion de aquel ente luego que habia roto las cadenas que la sujetan á la tierra. Esta idea de Platon sobre el origen y destino del alma no era contraria á los principios de los filósofos caldeos, egipcios y persas, y ennoblecia al hombre y le consolaba en sus desgracias. Estos filósofos adoptaron tambien las ideas de Platon sobre el origen y destino del alma humana.

Los sistemas de Pitágoras, Timeo y Platon que no tenian ya casi secuaces en Grecia, volvieron á aparecer con celebridad en Alejandría; pero unidos con la creencia de los filósofos persas, caldeos y egipcios sobre los genios, que fue adoptada por los filósofos platónicos, como los orientales habian adoptado los principios de Platon y Pitágoras. Asi los filósofos caldeos, persas y egipcios congregados en Alejandría no concibieron ya al ente soberano como una simple fuerza, sino como una inteligencia omnipotente que habia producido el mundo con sabiduría y designio, que conocia todas las partes de él, mantenia el orden, se interesaba por el hombre y podia estar en correspondencia con él ó comunicandosele ó por medio de los genios encargados de ejecutar su voluntad y sus disposiciones. El hombre fue una inteligencia degradada por su propia depravacion ó sujeta por unas potestades enemigas; pero podia recobrar su libertad y su perfeccion primitiva.

Alejandría, convertida bajo el imperio de los Tolomeos en asilo de las ciencias y de las letras, encerraba un número infinito de ciudadanos que las cultivaban. Fiscon, séptimo sucesor de Tolomeo Lago, conservó las instituciones de sus predecesores en favor de las ciencias y los sabios, que se perpetuaron en Egipto enmedio de las guerras y aun despues que pasó á ser provincia romana. Pero su reinado tiránico y sanguinario obligó á salir de Alejandría y del Egipto á innumerables familias naturales y extranjeras, que se hallaban establecidas allí desde el tiempo de Tolomeo Lago. Estos egipcios y extranjeros, despojados de sus riquezas por Fiscon y obligados muchas veces á abandonar su hacienda por conservar la vida, se esparcieron por el Oriente y no llevaron otros recursos que su talento y sus conocimientos.

Alejandro al subyugar el Oriente restituyó la libertad intelectual que parecian haber extinguido la supersticion, el despotismo y la barbarie: honró y premió como á bienhechores de la humanidad á todos los que trabajaban en difundir la ilustracion; y si la muerte le impidió desterrar la ignorancia, enseñó á lo menos á estimar las ciencias y buscar á los sabios.

Asi los filósofos que por la tiranía de Fiscon se habian visto precisados á salir de Alejandría y del Egipto, formaron escuelas en las diferentes regiones del Oriente, que llegaron á ser como centros de luz: se esforzaron á hacer inteligibles sus opiniones quitandoles la misteriosa obscuridad en que las habia envuelto Pitágoras: desenvolvieron en infinitos entendimientos aquel principio de curiosidad que lleva el hombre en su interior sobre su origen y destino. Entonces innumerable muchedumbre de hombres de todos estados adoptaron los sistemas de los filósofos platónicos de Alejandría y levantaron por decirlo asi su alma hasta la divinidad para descubrir en el seno de ella los motivos, los designios y las leyes del ente soberano en la formacion del mundo, el objeto particular de cada uno de los seres que contiene, la ley general de todos y principalmente el destino y los

deberes del hombre. Juzgaron conforme á los principios de Platon que el ente soberano se habia propuesto por fin en la produccion del mundo el orden y la armonía; y conforme á los principios de Pitágoras juzgaron que el orden, la armonía y la belleza del universo dependian de las proporciones de sus diferentes partes y que el conocimiento de estas proporciones era el que habia dirigido al ente soberano ó á las potestades á quienes habia encomendado el cuidado de producir ó gobernar el mundo. Como estas proporciones no podian representarse al entendimiento sino por medio de los números, se coligió que estos habian dirigido á las potestades productivas del mundo y que por consiguiente contenian una virtud ó una propiedad capaz de determinar á las potestades productivas del mundo. Creyó pues el hombre haber descubierto un medio de mandar á las potestades del mundo, y buscó en las diferentes combinaciones de los números un secreto para hacer obrar á su arbitrio á los genios, á los espíritus y á los demonios.

Como creian el alma degradada y humillada por su union con el cuerpo humano, buscaron con empeño los medios de emanciparse de la tiranía de los cuerpos y de someter las pasiones y los sentidos por la austeridad de las costumbres y el uso de las plantas ó de los minerales propios para calmar la sangre y la impetuosidad de su fuerza motriz, que eran el origen de las pasiones: por este medio creian purificar el alma y preservarla no solamente de la necesidad de unirse á otro cuerpo despues de su muerte, sino tambien poder elevarse aun en esta vida á la contemplacion del ente soberano, que era el patrimonio de los espíritus puros y exentos de todo afecto terreno. Segun estos filósofos los sentidos y las pasiones no eran los únicos obstáculos á la union del alma con el ente soberano: unos genios malos, ambiciosos ó enemigos de los hombres los sujetaban á la tierra y á su cuerpo: era preciso engañar á estos genios, ganarlos ó vencerlos, ó interesar á los genios amigos de

los hombres para librarse de los malignos; á cuyo efecto se emplearon todas las prácticas de la teurgia caldaica, que naturalmente se unieron con el platonicismo y el pitagoricismo. A estos filósofos los animaba el interés mas grande que cabe en el corazon humano, y sus principios habian encendido el fanatismo: comprendese pues que se separaron de la sociedad para entregarse á la contemplacion y formaron una secta de filósofos puramente religiosos. Todo contribuia á multiplicarlos: eran todos ellos fanáticos y estaban poseidos de entusiasmo, siendo mucho mas á propósito para inflamar los ánimos y comunicar sus opiniones: estas halagaban á la imaginacion, la cual gusta de representarse la guerra continua de los genios y demonios. Todo este sistema era mucho mas adecuado al entendimiento del pueblo. Por último los habitantes de Egipto y del Oriente eran desgraciados, y por consiguiente estaban dispuestos á admitir una doctrina que los enseñaba á despreciar los deleites y las riquezas, los elevaba sobre la potestad civil y les mostraba un manantial de felicidad que no podia arrebatarles ningun poder del mundo.

Asi la filosofía de Platon, mezclada con las ideas de la filosofía caldea, se hizo vulgar en Egipto y en el Oriente hasta la extincion del imperio de los sucesores de Alejandro.

Tambien habia en todas estas regiones filósofos sectarios de Aristóteles, de Straton, de Epicuro y de Zenon; pero sus sectas no eran numerosas.

CAPITULO VI.

DE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS DE LOS JUDIOS.

Los caldeos como casi todos los pueblos de la tierra estaban entregados á la idolatría, cuando Dios mandó á Abraham salir de la Caldea y le llevó á la tierra de Canaan. El Señor hizo alianza con este patriarca y le prometió que su posteridad poseería la tierra que habita-

ba: las mismas promesas hizo á Isaac, hijo de Abraham, y á Jacob, hijo de Isaac (1). Ciertos sucesos dispuestos por la divina providencia condujeron á Jacob y su familia á Egipto: este patriarca al morir predijo á sus hijos todo lo que debia acontecerles: anunció el Mesias, señaló sus caracteres y prometió á Judá que no saldria el cetro de su tribu hasta la venida del Mesias. Los hijos de Jacob se multiplicaron en Egipto y vinieron á ser esclavos. Dios les sacó de la servidumbre de Egipto por medio de los portentos mas asombrosos, les dió leyes y los llevó á la tierra prometida. Allí formaron los judios una sociedad separada de todas las naciones para tributar al Señor su Dios un culto legítimo fundado en estos principios. No hay mas que un solo Dios, que crió el cielo y la tierra y lo gobierna todo por su providencia: á él solo debe amar el hombre con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus potencias: él solo debe ser tenido sobre todas las cosas y su nombre debe ser santificado. Todo lo ve, hasta lo mas recóndito de los corazones: es bueno, justo y misericordioso: crió al hombre libre y le dejó la eleccion entre el bien y el mal: las criaturas deben recibir con gratitud todas las bendiciones como que vienen de Dios, y con sumision todas las calamidades como castigos paternales ó como pruebas. Aunque Dios es misericordioso, los judios no deben esperar que sin un vivo sentimiento de sus culpas les sean perdonadas, ni cesen los males que se atraen con sus pecados (2).

Tal es la religion y la moral que profesaba el pueblo judio sin artes ni ciencias, ignorante y rudo bajo cualquier otro respecto, al paso que las naciones mas adelantadas y célebres por su saber estaban sepultadas en las mas densas tinieblas sobre la naturaleza y existencia de Dios, sobre el origen del mundo y el destino del hombre.

A estas ideas sublimes juntaban los judios las mas magníficas esperanzas: creian que de la tribu y familia

(1) Deuteron, IV, 39, VI, 3: Exodo XXI.
(2) Ibid., VIII, 30: lib. III de los Reyes, VIII, 39.

de David naceria un salvador que los libertaria de todos los males y atraeria todas las naciones al conocimiento del verdadero Dios (1). La religion judaica no consistia solamente en la profesion de estas grandes verdades: tenia sus ritos, sus ceremonias, sus sacrificios, sus holocaustos, sus purificaciones y expiaciones, y prescribia á los judios las leyes mas propias para la dicha de la sociedad civil. Todo era divino en la república y en la sinagoga, porque Dios era el autor asi de los estatutos políticos, como de los ritos y ceremonias religiosas.

A la observancia de las leyes que habia prescripto Dios á los judios, acompañaban premios visibles y presentes mientras llegaban los del cielo. A la cabeza de la sinagoga estaba un sumo sacerdote, en cuyos labios resplandecian la sabiduría y la verdad: llevaba sobre el pecho el *urim* y el *thumim*, por medio de los cuales daba Dios sus oráculos.

La nacion judia encerrada entre montes y separada de los idólatras debia conservar su religion sin mezcla alguna. Todo lo que decia relacion á la religion, á la moral y á la sociedad civil, se les enseñaba á los judios desde la niñez, y se lo explicaban los profetas y levitas los sábados y demas dias festivos: se les hacia una pintura terrible de la teología de las otras naciones, y les estaba prohibido bajo las mas severas penas aprender sus ciencias. En sola una ciudad y en solo un templo se podia dar adoracion á Dios: allí estaba el centro de la religion. La sucesion de los sacrificadores, el continuo cuidado de inmolar víctimas, la necesidad de ofrecer allí sus hijos y de acudir todos los años para purificarse eran otros tantos medios propios para mantener á los judios en la religion de sus padres. Sin embargo la corrompieron, y se vieron en Jerusalem reyes idólatras y sacrificadores que profanaron el templo y la religion con la mezcla del culto del Dios verdadero y del de las falsas deidades. El Señor dejó de proteger á aquel pueblo in-

(1) Génes., XLIX, 10: lib. II de los Reyes, VII, 12: Salmo XXI, 18: Isai., XI, 8: Ezeq., XXXIV, 23.

fiel: los asirios tomaron y arrasaron á Jerusalem, destruyeron el templo y se llevaron los judios cautivos á Babilonia. Despues de un largo cautiverio fueron reedificados el templo y la ciudad.

Cuandó Alejandro conquistó el Asia, pasaron á Egipto muchos judíos y se establecieron en Alejandría bajo el reinado de aquel conquistador y de los Tolomeos, que les otorgaron los privilegios de que gozaban los macedonios, y el libre ejercicio de su religion.

El tiempo que iba aflojando insensiblemente los lazos con que los judios estaban unidos á su patria, debilitaba tambien sin sentir su respeto á la ley de Moisés y su odio á los extranjeros. Salieron de Israel hijos de iniquidad que dieron este consejo á muchos: Vamos y hagamos alianza con las naciones circunvecinas, porque desde que nos hemos apartado de ellas, hemos caido en muchos males; y este consejo les pareció bueno. Fueron pues diputados algunos del pueblo para ir á buscar al rey, y este les concedió permiso de vivir segun las costumbres de los gentiles, y ellos edificaron un colegio en Jerusalem á manera de las naciones (1).

Los sacerdotes mismos, que ya no se empleaban en el ministerio del altar, despreciando el templo y los sacrificios acudian á los espectáculos: no hacian ningun caso de lo que se veneraba y estaba en respeto en su pais, y no habia para ellos cosa mas grande que sobresalir en lo que era estimado de los griegos. Para esto se promovia una peligrosa emulacion entre ellos: tenian envidia de las costumbres de los gentiles y afectaban parecerse en todo á los que habian sido antes los enemigos mortales de su pais.

Hubo judios que adoptaron las ideas y gustos de los griegos y extranjeros esforzandose á conciliarlas con su religion ó para defenderla contra los gentiles é ilustrar los lugares obscuros de los libros de Moisés, ó para descubrir verdades ocultas debajo del velo de la alegoría y

(1) Lib. I de los Macab. c. I, v. 15.

perdidas para los que no conocian la letra de la ley, ó para impugnar y borrar de la religion judaica los dogmas difíciles ó gravosos. Tales fueron los fariseos, saduceos, esenios y filósofos judios.

§. I. De los fariseos.

Los fariseos pretendian que Dios habia añadido á la ley dada en el Sinai una porcion de ritos y dogmas que Moisés habia transmitido á la posteridad sin escribirlos: á las tradiciones verdaderas añadieron infinitos cuentos ridículos, ideas falsas y principios tomados de los filósofos y corrompieron los dogmas y la ley.

Los fariseos (dice Josefo) creian que todo se hacia por el destino; sin embargo no quitaban á la voluntad la libertad de determinacion, porque segun ellos Dios usaba de este temperamento; y aunque todas las cosas acontecen por decreto suyo ó por su consejo, el hombre conserva la facultad de elegir entre el vicio y la virtud. Creian que las almas de los malos eran encerradas despues de la muerte en calabozos y sufrian suplicios eternos, al paso que las de los buenos volvian fácilmente á la vida y animaban otro cuerpo. No nos engolfaremos en el laberinto de sus infinitas tradiciones asombrosamente multiplicadas con el tiempo en términos de haberse reunido en treinta y dos volúmenes en folio: estas tradiciones componen lo que se llama el Talmud (1).

(1) El rabino Judas apellidado el santo recopiló todas las tradiciones desde el tiempo de Moisés hasta mitad del siglo II, y compuso un volumen que se llama la *Misna*. Otro rabino llamado Jocanan, de la sinagoga de Jerusalem, añadió á la Misna un comentario que lleva el nombre de *Gemara:* estas dos partes forman juntas el Talmud de Jerusalem. Habiendo transmigrado despues los judios á Babilonia erigieron allí célebres escuelas y trabajaron en un nuevo suplemento de la Misna, que se acabó á fines del siglo V y se llama tambien Gemara ó Talmud babilónico. Budd., *Hist. phil. hebræor.*

Distinguense en este siete órdenes de fariseos: los del primero no obedecian sino por la esperanza del lucro y de la gloria: los del segundo no levantaban los pies para andar: los del tercero se golpeaban la cabeza contra la pared para hacerse sangre: los del cuarto llevaban metida la cabeza en una capilla ó cogulla: los del quinto preguntaban arrogantemente: *¿Qué debo de hacer y lo haré? ¿Qué he dejado de hacer?* Los del sexto obedecian por amor á la virtud y al premio; y los del último cumplian los preceptos del Señor solamente por temor del castigo. Todos oraban prolijamente y se privaban hasta del descanso necesario: unos se acostaban en una tabla angosta, para que cuando se durmiesen profundamente, no pudieran evitar una caida peligrosa; y otros aun mas austeros echaban espinas y guijarros sobre aquella tabla: ayunaban dos veces á la semana y se desgarraban el cuerpo á azotes: rezaban largas oraciones con los ojos clavados en el suelo y el cuerpo inmovil. Andaban con la cabeza baja por no tocar los pies de Dios que no se alzan de la tierra mas que cuatro pies: no levantaban ellos los suyos para manifestar el poco cuidado que tenian de cuanto podia lastimarlos; y á fin de aparecer á los ojos del pueblo atentos únicamente á las cosas del cielo cubrian sus vestidos de filacterios que contenian ciertas sentencias de la ley: se lavaban mas á menudo que los demas para manifestar de este modo que tenian sumo cuidado de purificarse.

El zelo de los fariseos por hacer prosélitos era ardiente é infatigable, y este zelo unido á sus mortificaciones los hacia venerables ante el pueblo: se les daba el título de sabios por excelencia y sus discípulos decian entre sí: *el sabio explica hoy.* Tenian en una especie de esclavitud á sus discípulos y arreglaban con una potestad absoluta todo lo que tocaba á la religion: disponian del ánimo de las mujeres y del pueblo, alborotaban á su arbitrio las olas de este mar borrascoso y se hicieron temibles á los reyes (1).

(1) Mat., XV, 16, IX, 2, XXIII, 13, 33: Luc., IV,

§. II. De los saduceos.

Probablemente los saduceos no eran al principio mas que lo que son hoy los caraitas, es decir que desechaban las tradiciones de los antiguos y se atenian solamente á la palabra escrita. Tomaban pues á la letra todos los libros de Moisés: reconocian que Dios habia criado el mundo por su poder y le gobernaba por su providencia: que habia obrado infinitos prodigios en favor de los judios y que habia establecido premios y castigos para gobernarlos; pero creian que estos premios y castigos eran puramente temporales y se limitaban á esta vida.

Estos judios enemigos de las tradiciones no creian hallar nada en Moisés que supusiera que las almas sobreviven á los cuerpos: el sentir de los epicureos, que sientan que el alma muere con el cuerpo y que no es otra cosa que una propiedad de su organizacion, no pareció mas conforme á la religion de Moisés que la opinion de Platon, Pitágoras y Zenon: se adhirieron pues á la letra de la religion judaica y negaron la inmortalidad del alma.

Este error de los saduceos no era tal vez el de todos los caraitas ó escriturarios que seguian la letra de la ley; pero los fariseos que eran sus enemigos y enemigos violentos, le imputaban á toda la secta, sin duda para hacerla aborrecible ó porque le consideraban como una consecuencia de sus principios sobre la necesidad de desechar toda especie de tradicion; consecuencia que quizá no admitian todos los caraitas (1).

30, XV, 2, XI, 38, 52, etc.: Josef., *Antiq.*, l. XII, c. 22, l. XIII, c. 23, l. XVII, c. 3: Tivin, *Scriptorum illustrium de tribus judæorum sectis syntagma*: Samuelis Basnagii, *Annal. politico-eccles.*, t. I: Buddæi, *Introd. ad philosoph. hebr.*: Basnag., *Hist. de los judios*, t. I: Prideaux, t. V.

(1) Mat., XXII: Marc., XXII: Luc., XX: Josefo, *Antiq.* l. XIII, c. 9. Veanse los autores citados.

§. III. De los esenios.

Los esenios veneraban á Moisés como el primer legislador y miraban como blasfemos á los que hablaban mal de él, condenandolos á muerte: eran contrarios á los fariseos en cuanto desechaban las tradiciones, y á los saduceos en cuanto creian la inmortalidad del alma. Este punto, el mas importante para la felicidad del hombre, habia fijado la atencion de los esenios: era enseñado en la religion judaica y ellos buscaron la prueba en el discurso y en la naturaleza misma del alma, ya para convencerse mas sólidamente de esta verdad, ya para responder á los sofismas de los saduceos, que parecian haber tomado sus principios de los epicureos haciendo residir como estos el pensamiento en la materia, la cual se hacia inteligente por la disposicion y orden de las partes.

Los esenios buscaron probablemente entre las opiniones de los filósofos griegos un sistema que explicase la inmortalidad y espiritualidad del alma: la opinion de Zenon los satisfizo, y la adoptaron: á lo menos se sabe de cierto por Filon y Josefo que creian que la sustancia del alma era la parte mas sutil que hay en el eter, y que esta porcion atraida al cuerpo por una especie de hechizo natural quedaba encerrada en él como en una carcel. Asi la muerte que destruia el cuerpo, no aniquilaba el alma, como decian los saduceos, sino rompia las cadenas y quebrantaba la prision de esta, que libre de la materia volaba hácia los cielos y gozaba de su libertad natural.

De estos principios sobre la naturaleza del alma pa-

Aun hay de esos caraitas ó escriturarios, que aguardan como los demas judios un Mesias conquistador, cuya venida se retarda por los pecados del pueblo, ó porque Saturno que es la estrella del sábado y del pueblo judio, camina á pasos lentos. Vease en el *Syntagma* una disertacion de M. Trigland sobre esta secta.

saron los esenios á la moral del estoicismo, y juzgaron que todo lo que halagaba los sentidos y encendia las pasiones, aumentaba la servidumbre del alma. Todas las leyes ceremoniales y los ritos de Moisés se presentaron pues á los esenios como unas alegorías, cuyo fin era enseñar á los hombres el medio de hacerse superiores á las necesidades del cuerpo, emanciparle del imperio de los sentidos y triunfar de las pasiones: los bienes y la prosperidad que prometia á los judios aquel legislador, no eran mas que el emblema de la felicidad preparada á los que observaban los preceptos encubiertos bajo la corteza de la ley. Los esenios se alejaron de las ciudades para preservarse de la corrupcion que reinaba ordinariamente en ellas, y que se comunicaba á los habitantes como se comunican las enfermedades á los que respiran un aire infestado: se reunieron y formaron una sociedad particular. No atesoraban oro ni plata; no apetecian mas que lo necesarío y vivian del trabajo de sus manos. Se dedicaban mucho á la moral, y sus preceptos se referian todos al amor de Dios, de la virtud y del prójimo. Daban, dice Filon, una infinidad de pruebas de su amor de Dios: guardaban castidad constante é inalterable toda la vida: no juraban ni mentian jamas: atribuian á Dios todo lo bueno y no le hacian autor del mal. Manifestaban su amor á la virtud en su desinterés, en su aversion á la gloria y la ambicion, en su abstraccion de los deleites, en su paciencia y simplicidad, en su facilidad de contentarse, en su modestia, en su respeto á las leyes, en la firmeza de ánimo etc. Por último mostraban su amor al prójimo en su caridad, en su conducta igual para con todos, en la comunidad de bienes y en su humanidad. Segun los esenios la naturaleza como madre comun producia y sustentaba á todos los hombres del mismo modo y los habia hecho verdaderamente hermanos á todos: la concupiscencia habia destruido este parentesco, y los esenios pretendian restablecerle.

Esparciéronse estos por la Palestina y formaron di-

ferentes hermandades, entre las cuales todas las cosas eran comunes. Como las pasiones y la concupiscencia nacian de la organizacion del cuerpo, creian los esenios que al estudio de la moral se debia juntar el conocimiento de los simples propios para calmar la efervescencia de la sangre ó curar las enfermedades, y habian descubierto plantas y minerales que tenian singulares propiedades. Habia esenios donde quiera que existian judios, en la Palestina, en la Siria, en el Egipto. Todos aguardaban la muerte como un cautivo su libertad.

Los esenios de la Palestina creian que despues de rotas las ataduras de la carne su alma volaria á los cielos y encontraria una morada donde no habria lluvia, ni nieve, ni calor molesto, sino un céfiro agradable que los refrescara continuamente, al paso que las almas de los malos serian precipitadas en un lugar profundo y tenebroso; allí estarian expuestas á todas las injurias de un invierno continuado y sufririan penas y tormentos jamas interrumpidos.

Los esenios de Egipto tenian una idea mas alta del alma: no la concebian como un aire leve y sutil, sino como una sustancia destinada á conocer la verdad y ver á Dios que es la fuente de las verdades, y la luz que iluminaba los espíritus como el sol alumbra á los cuerpos. Esta luz no se comunicaba mas que á las almas exentas de pasiones, libres de los cuidados que aficionan el alma á la tierra, y superiores á las distracciones que causan en nuestros órganos las impresiones de los objetos.

El esfuerzo que hacian para llegar á este estado de impasibilidad, les causaba éxtasis: creian ver aquella luz por què suspiraban, y se embriagaban de delicias: ardia en ellos el fuego del entusiasmo, y se consideraban ya como muertos al mundo: renunciaban sus bienes, dejaban sus amigos y el trato de la sociedad y se retiraban á alguna alquería ó á una casa abandonada para entregarse á la contemplacion. Filon dice que habia ermitaños de estos en los mas paises del mundo; pero don-

de abundaban mas era en Egipto: los habia en todas las provincias, en especial á las inmediaciones de Alejandría y principalmente hácia el lago Moria en una eminencia muy cómoda y segura donde se respiraba un aire salubérrimo. Cada uno tenia un oratorio pequeño llamado *monasterion*, sin mas muebles ni alhajas que la ley, los profetas, algunos himnos y otros libros. Al salir el sol imploraban la bendicion de Dios, esa bendicion que ilumina é inflama las almas infundiendó la luz celestial: al caer el dia suplicaban al Señor que sus espíritus desprendidos de los sentidos y de las cosas sensibles pudiesen descubrir la verdad en un entero recogimiento. El resto del dia le empleaban en el estudio de las santas escrituras, cuyo texto miraban como una cifra que ocultaba las verdades mas sublimes é importantes y que habia que interpretar alegóricamente para encontrar la clave. No comian ni bebian hasta despues de puesto el sol, y algunos arrebatados de un deseo extraordinario de averiguar lo que buscaban, se olvidaban de tomar alimento por tres dias enteros. El objeto de todas sus meditaciones era Dios, y hasta en sueños su imaginacion no les representaba mas que las bellezas y la excelencia de las perfecciones divinas: muchas veces durmiendo hacian discursos admirables de esta divina filosofía. Pasaban seis dias seguidos en su oratorio sin salir de él, ni aun mirar fuera: al séptimo se reunian en un oratorio comun, donde uno de los mas hábiles pronunciaba un discurso: despues comian en comunidad, es decir, tomaban un poco de pan con sal é hisopo. Durante la comida se guardaba un profundo silencio: concluida uno de los presentes proponia una cuestion sobre algunos pasajes de la Escritura, otro respondia, y el presidente declaraba si estaba resuelta la cuestion y añadia lo que le parecia conveniente: todos aplaudian, se levantaban y cantaban un himno. El resto del dia se pasaba en pláticas sobre las cosas divinas y la noche en cantar hasta salir el sol.

Los meditaciones de los esenios de Egipto versaban

sobre la sagrada escritura, que segun ellos se componia de alma y cuerpo como el hombre. El cuerpo de la Escritura era el sentido literal, y el alma el místico ú oculto; y en este último estaba la verdad y la vida. Filon dice que estudiaban la Escritura como filósofos y que tenian muchos escritos antiguos de los corifeos de su secta, que eran monumentos de esa especie de ciencia alegórica que ellos estudiaban y trataban de imitar.

Todas las extravagancias que puede discurrir el entendimiento humano, se ocurrieron sin duda á unos hombres ocupados de continuo en la meditacion de la Escritura, guiados por tales principios, extenuados por los continuos ayunos, exaltados con la soledad y animados por los motivos que obran mas poderosamente en el corazon humano, la esperanza de una inmortalidad bienaventurada y el deseo de la perfeccion. Estos motivos parece que habian hecho á los esenios superiores á la humanidad, porque nunca ni el rigor de los tormentos, ni el fuego, ni la rueda, ni los mas atroces suplicios no les arrancaron una palabra contra su legislador ó su conciencia (1).

Facil es de juzgar por lo que dejamos dicho, cuánto se apartan de la verdad los que sientan que los cristianos no son mas que una rama de los esenios. La religion cristiana tiene por autor al Mesias prometido á los judios, verdadero Dios y verdadero hombre, y en los dogmas de los esenios no se ve ninguna cosa semejante; la religion cristiana tiene sacramentos desde su origen, y los esenios no los tenian: Jesucristo enseñó la resurreccion de la carne, y los esenios la negaban. Si los cristianos no fueran mas que una rama de estos, Jesucristo deberia haber sido un esenio disidente y enemigo de su secta, porque habria enseñado dogmas contrarios á los principios fundamentales de ella. Los esenios tenian sus templos y juntas separadas; no comunicaban con los

(1) Josefo, *De bel. jud.*, l. I, c. 12: Fil., *De vit. contemp.*

judios porque no les parecian bastante santos; no ofrecian víctimas y condenaban los sacrificios que se hacian en el templo. ¿Cómo los fariseos, los escribas y los saduceos que continuamente armaban lazos á Jesus y decian en público que era un impostor, no habian de haberle recordado su origen y echado en cara que destruia la ley de Moisés? ¿Cómo tantas sectas enemigas del cristianismo que se levantaron entre los judios y en Egipto, no hicieron jamas semejante cargo á los cristianos?

§. IV. De los samaritanos.

El antiguo reino de Samaria era habitado por los israelitas de las diez tribus que Jeroboam desmembró del reino de Jerusalem en tiempo de Roboam, hijo de Salomon.

Salmanasar ocupó el reino de Samaria, transportó sus habitantes á las llanuras de Caldea y envió cuteos para repoblar aquella region. Esta colonia fue devorada por los leones, porque habia llevado sus ídolos á la tierra santa. Essaradon les envió un sacerdote judio con una nueva colonia para restablecer el culto de los samaritanos; pero este sacerdote no pudo apartar absolutamente á los nuevos habitantes de su culto primero, y se hizo una mezcla de su antigua religion y de la de Samaria. Por fin esta colonia abrazó la religion judaica y los nuevos samaritanos fueron llamados los prosélitos de los leones, porque el miedo de estos animales los habia determinado á seguir la religion judaica, de la que se separaban sin embargo en los puntos siguientes:

1.° De todos los libros canónicos de los judios no admitian mas que el Pentateuco.

2.° Sacrificaban en el monte Garizim y no en Jerusalem, pretendiendo que no hacian mas que conformarse con el culto de los patriarcas anteriores á Moisés.

3.° Esperaban al Mesias como los judios y creian que seria no solo un rey, sino un doctor enviado por Dios para iluminarlos.

4.º Observaban la ley de Moisés con mucha puntualidad y miraban el Pentateuco con tanto respeto como los judios; pero su fidelidad á la ley no resistia á la prueba de las persecuciones y tormentos.

5.º Los samaritanos desechaban toda especie de tradiciones y se atenian á la palabra escrita, conviniendo en esto con los saduceos. Los judios les han imputado, pero calumniosamente, que estaban en el error de los saduceos con respecto á la inmortalidad del alma.

Cuando los Tolomeos se hicieron dueños de la Judea y de Samaria, los samaritanos se establecieron en Egipto como los judios y tomaron gusto como ellos á las ciencias y á la filosofía, especialmente á la filosofía platónica mezclada con la caldea, que consistia principalmente en obrar cosas sorprendentes por las virtudes secretas de las plantas, por la astrología y por la invocacion de los genios. Algunos samaritanos habian mezclado esta filosofía con los dogmas de su religion, y se vieron en Samaria una especie de mágicos que se fingian enviados de Dios y seducian al pueblo con sus prestigios. No deja duda alguna acerca de esto la historia de Dositeo y de Simon.

CAPITULO VII.

ESTADO POLÍTICO DEL GÉNERO HUMANO DESDE LA EXTINCION DEL IMPERIO DE ALEJANDRO HASTA EL NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

El Oriente habia sido la cuna del género humano, y las grandes familias establecidas allí habian inventado las artes y las ciencias, edificado ciudades y formado estados ó imperios, mientras que el Occidente era habitado por pueblos pastores ó salvajes. Las guerras, la excesiva poblacion y una infinidad de accidentes desmembraron de las naciones cultas algunas colonias, que se embarcaron en busca de nuevos climas y formaron en los paises marítimos y principalmente en Italia di-

ferentes fundaciones. Aquellas colonias morigeraron las costumbres de los pueblos salvajes entre quienes fijaron su residencia, y se establecieron en Italia una muchedumbre de estados pequeños é independientes, que tenian cada uno sus leyes, sus costumbres y su religion y solian estar en guerra por su situacion.

Asi mientras el lujo corrompia y debilitaba á los pueblos orientales, el tiempo formaba en un rincon de Occidente guerreros robustos, audaces y codiciosos de botin, para quienes la guerra era una especie de necesidad. Solo pues faltaba un hombre denodado, ambicioso y de grande ánimo para formar en Italia un estado puramente belicoso, que por su constitucion y sus costumbres propendiese continuamente á dilatarse y despojar á sus vecinos. Este guerrero fue Rómulo y este estado Roma, que en su origen no era mas que una especie de campo habitado por guerreros ó aventureros, á quienes reunió la esperanza del botin y muchas veces de la impunidad; pero que por su primitiva constitucion y su situacion debia subyugar y subyugó en efecto á la Italia, la Grecia, el Oriente, la España y las Galias. Todos los pueblos conocidos tomaron parte en la guerra de Cesar y Pompeyo.

Los romanos bebieron en los pueblos vencidos los principios de corrupcion que penetraron en todos los estados y órdenes de la república: se extinguieron el honor y el amor de la libertad y de la patria: no se conocieron en Roma otros verdaderos bienes que las riquezas; y la república encerraba en su seno todas las causas que habian destruido á los grandes imperios.

Roma á pesar de su corrupcion debia formar por una consecuencia de su constitucion grandes capitanes, políticos hábiles, ambiciosos que propendieran á subyugar su patria y convertir la república en monarquía. Cesar lo intentó y lo consiguió. Los ciudadanos que quitaron á Cesar la suprema potestad y la vida, no restituyeron la libertad á su patria. Augusto, sucesor de aquel, fue mas poderoso: sofocó todas las discordias ci-

viles y reinó pacíficamente en el mundo conocido desde la India hasta Alemania.

Tiberio sucedió á Augusto y fue todavia mas poderoso que él: quitó al pueblo la eleccion de los magistrados que le habia dejado Augusto: él nombraba los cónsules, los pretores y todos los oficiales y magistrados que ejercian una porcion cualquiera de autoridad. Reunió en su persona todas las clases de magistratura que se habian creado en Roma para equilibrarse, para conservar la libertad y evitar la opresion del pueblo por el senado y la del senado por el pueblo. Asi Tiberio tenia la autoridad mas absoluta é ilimitada en el imperio, sin que hubiese cosa capaz de reprimirla. Mientras fue simple particular ó capitan de los ejércitos de Augusto, observó una conducta irreprensible: ocultó mañosamente sus vicios mientras vivieron Germánico y Druso: fue alternativamente bueno y malo en vida de su madre, cruel en extremo, pero reservado en sus infames deleites en tanto que amó ó temió á Seyano. Mas cuando ya no temió á nadie, todos sus vicios se desenfrenaron y el universo tuvo por señor á un príncipe disoluto hasta la infamia, avaro, cruel, suspicaz hasta el punto de sacrificar infinitos ciudadanos á sus recelos y sospechas. Roma estaba llena de delatores, y todo hombre virtuoso ó rico era culpable. Se vió á un padre acusado de crimen de estado por su hijo sin prueba, sin fundamento y sin mas testigos que el infame acusador; y Tiberio protegió á aquel hijo desnaturalizado. Nadie se atrevia á interesarse por los acusados, ni á condolerse de los muertos; la corrupcion y el miedo habian sofocado la voz de la naturaleza é interrumpido la correspondencia y los deberes de la vida civil.

No eran mas felices las provincias, expuestas á las incursiones de los bárbaros ó víctimas de la rapiña y crueldad de los oficiales enviados por Tiberio, que los elegia entre sus libertos ó entre sus compañeros de infamias en Caprea. El gobierno de las provincias se encargó á unos ministros de insaciable codicia, sin honor, sin humani-

dad, que daban los empleos á otros tan viciosos y perversos como ellos y disponian como dueños absolutos de las vidas y haciendas de los habitantes, porque sabian con qué indiferencia miraba el príncipe las calamidades de sus vasallos, y estaban seguros de la impunidad.

Tiberio nombró sucesor en el trono á Cayo Calígula. Este príncipe se habia criado en los campamentos y juntaba á la arrogancia de su elevada condicion la ferocidad del soldado y una índole violenta, impetuosa y cruel: era inconstante, inconsiderado é ignorante; y no tuvo mas compañeros y amigos que histriones, farsantes y gente disoluta. Calígula hizo echar menos el reinado de Tiberio y murió asesinado.

Desde entonces las tropas dieron ó quitaron el imperio á su antojo: los diferentes ejércitos nombraban cada uno su emperador; y á los vicios del gobierno imperial y á la corrupcion de que estaban inficionadas todas las clases y estados, se juntaron los horrores de la guerra civil que asoló toda la tierra hasta el tiempo de Trajano.

Asi la ambicion de los romanos, que eran un pueblo guerrero é ignorante y despreciaban las ciencias y las artes, aniquiló la virtud y llevó la desolacion y la calamidad por todo el ámbito del mundo á donde se dilataron sus conquistas.

«Aquí es la ocasion (dice un escritor) de considerar lo que son las cosas humanas: veanse en la historia de Roma tantas guerras acometidas, tanta sangre derramada, tantos pueblos destruidos, tantas hazañas, tantos triunfos, tanta política, tanta prudencia y sabiduría, tanta constancia y valor, el proyecto de conquistar todo el mundo, formado, sostenido y llevado á cabo tan bien: ¿en qué viene á parar esto si no en la felicidad de cinco ó seis monstruos? ¿Con que el senado no habia hecho desaparecer tantos reyes mas que para caer él en la mas baja esclavitud de algunos ciudadanos de los mas indignos y exterminarse por sus propios decretos? ¿Con que no ensalzó su poderío si no para verle destruido mejor?»

CAPITULO VIII.

ESTADO DEL ESPÍRITU HUMANO CON RESPECTO Á LA RELIGION, Á LA MORAL Y Á LAS CIENCIAS DESDE LA DESTRUCCION DEL IMPERIO DE ALEJANDRO HASTA EL NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Rómulo, fundador de Roma, estableció en ella el culto de los dioses que habian llevado á Italia Eneas, Evandro etc. Roma ruda, ignorante, pobre y guerrera adoptó sucesivamente los dioses de las naciones que subyugaba, y estos dioses tuvieron sus sacerdotes, sus sacrificios y sus fiestas. Se les hicieron votos y ofrendas y se consultó con ellos lo futuro: hubo áugures, arúspices, adivinos y pronosticadores como en todas las naciones idólatras.

Las continuas disensiones del pueblo y del senado, las guerras exteriores y el amor de la libertad llamaron mucho tiempo la atencion de los romanos y los hicieron discurrir los medios de conservar ó extender sus privilegios dentro y su dominacion fuera: por espacio de muchos siglos no tomaron de los pueblos sometidos mas que sus ceremonias religiosas ó sus supersticiones, y aunque habian cultivado la elocuencia, la legislacion y la historia, despreciaron las artes y las ciencias: dos siglos antes de la era cristiana Caton se desataba aun en invectivas contra los poetas y la poesía. Pero estaban rodeados de pueblos que cultivaban las bellas artes, las letras, la filosofía y las ciencias: todos los sistemas de los filósofos se enseñaban en Grecia, en Egipto, en Africa, en las Galias, á donde las habian llevado las colonias griegas. Era imposible que los romanos no cobrasen aficion á las ciencias y las letras: la conquista del Egipto, de la Grecia y de las Galias los puso en comunicacion con los filósofos célebres: muchos adoptaron los principios filosóficos de Sócrates, Zenon y Platon: la virtud de los romanos ilustrada por la filosofía adquirió una elevacion,

una firmeza, una moderacion y una sencillez que no dan ni la educacion, ni la naturaleza. Tal fue la virtud de Escipion el Africano, de Lelio y de Furio.

No tardó en cundir y hacerse mas viva la aficion á las ciencias y á la filosofía: se estudiaron en Roma los sistemas de los filósofos griegos y todos tuvieron partidarios. La filosofía no quedó encerrada en las escuelas, sino que vino á ser el asunto de las conversaciones y se trató de dar á las materias filosóficas el órden, la claridad y la gracia propias para hacerlas inteligibles é interesantes á todos.

Los sistemas de los filósofos combatian el politeismo, y la filosofía debilitó en muchos ánimos el respeto y el temor de los dioses, los principios y los sentimientos de moral y de virtud: todos los ambiciosos, todos los voluptuosos, todos los que tenian que temer la justicia de los dioses, abrazaron unos sistemas que los libraban de los remordimientos y de los temores de la otra vida; y la corrupcion de las costumbres no contribuyó poco á ganar partidarios de la filosofía, en especial de la de Epicuro. «Yo creo, dice un escritor, que la secta de Epicuro introducida en Roma hácia el fin de la república contribuyó mucho á corromper el corazon y el entendimiento de los romanos. Los griegos estaban inficionados de ella antes que estos; por eso se habian corrompido mas pronto (1).»

Sin embargo algunos filósofos defendian la existencia de los dioses y habian dado mucha solidez y claridad á las pruebas que confirman la necesidad de una suprema inteligencia para la produccion del mundo. Los estoicos habian encontrado en la naturaleza un orden y unas proporciones que suponian que el mundo era obra de una causa inteligente: conocian ellos que el hombre tenia un destino y unos deberes que consistian en concurrir al bien general: creian que los mortales no

(1) Montesquieu, *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos*.

podian ser felices sino cumpliendolos, y que eran infelices cuando se desviaban de ellos. Este sistema tenia distinguidos partidarios hácia el fin de la república. Pero iba disminuyendo su número á medida que se aumentaba la corrupcion de las costumbres y se aniquilaba la virtud. Despues de la extincion de la república y bajo el imperio de Augusto florecieron las ciencias y las artes: aquel príncipe honró todòs los talentos y premió los esfuerzos del saber: su reinado fue el reinado de las letras, y tanto los poetas como los oradores fueron filósofos. Horacio, Ovidio, Virgilio expusieron en sus obras los sistemas de los filósofos griegos y los vulgarizaron en la corte y fuera de ella.

Roma sujeta al poder arbitrario de Augusto, entregada á los deleites y encenagada en el lujo y la corrupcion no tuvo mas que espíritus superficiales y caracteres débiles. La filosofía de Aristipo y de Epicuro era la dominante.

Bajo el imperio de Tiberio todavia declinaron mas los caracteres y se debilitaron los ánimos, y el príncipe mismo se admiró mas de una vez de la bajeza del senado. El pueblo, los caballeros y los senadores pasaban su vida con los comediantes é histriones: los acompañaban á todas partes, los servian y segun el dicho de Séneca eran los esclavos de los pantomimos. Roma estaba dividida en diferentes partidos sobre el mérito y preeminencia de los actores: muchas veces se convirtió el espectáculo en combate, y el senado se dedicó formalmente á discurrir los medios de reprimir tales desórdenes, ya disminuyendo el salario de los cómicos, ya prohibiendo á los senadores visitarlos. Asi en la mayor parte del imperio romano todos los hombres que tenian algun poder y autoridad, alguna autoridad con el emperador, eran impelidos por las necesidades que engendra el amor excesivo del lujo y de los deleites, sin que los contuviese ningun principio de moral, de honor, de religion, ni aun de humanidad. Las proscripciones y los suplicios innumerables que habia visto Roma desde el

tiempo de Sila hasta Neron, habian sofocado casi en todos los corazones aquella preciosa semilla de sensibilidad que recibimos todos de la naturaleza, y que produce en nosotros todos los sentimientos que vemos en los demas.

La idea de la libertad se habia borrado de casi todos los espíritus y la virtud se habia extinguido en casi todos los corazones; sin embargo todavia subsistia en algunas almas privilegiadas á quienes la filosofía estoica habia preservado de la corrupcion. Estas almas vigorosas y elevadas por la filosofía sintieron las desgracias del mundo y comunicaron su denuedo; y bajo los reinados de Claudio, Neron, Vespasiano y Domiciano hubo ciudadanos filósofos que contradijeron el vicio y la tiranía sin que los arredrasen los tormentos, y murieron con una muerte capaz de ilustrar los mejores tiempos de la república.

Esta filosofía dominaba en Roma hácia fines del siglo primero. Neron, Vespasiano y Domiciano para atajar los progresos de ella desterraron de la ciudad á todos los filósofos, porque los principios del estoicismo unidos con la idea de la libertad podian hacerse sediciosos y eran aborrecidos de unos emperadores tan perversos como Neron y Domiciano.

Asi en la época que acabamos de examinar, habia en los pueblos idólatras 1.° filósofos que solamente suponian en la naturaleza fuerzas motrices y materia, ó que reconocian un ente soberano, sabio, inteligente, que habia formado el mundo y le gobernaba por leyes inmutables ó encomendando su gobernacion á unos genios: todos estos filósofos divididos en cuanto al origen del mundo se reunian contra el politeismo. 2.° Habia otras personas que sin ser filósofos de profesion cultivaban su razon, las letras y la filosofía, y viviendo con aquellos participaban algo de sus ideas: 3.° el pueblo, cuyo entendimiento se ejercitaba únicamente en objetos de interés y que propiamente hablando no hace esfuerzos para ilustrarse tocante á la religion ó á las mate-

rias especulativas; pero el tiempo le lleva las verdades é ideas de los filósofos despues de haberlas hecho pasar por todos los órdenes de talentos que separan al pueblo del filósofo, y despues de haberles dado por este medio la claridad y simplicidad proporcionadas á la inteligencia de las clases populares.

Asi el esfuerzo general del espíritu humano tendia á la destruccion de la idolatría, y el del pueblo habia llegado al grado de ilustracion necesaria para conocer lo absurdo del politeismo y la solidez de las pruebas de la existencia y unidad del ente soberano. Esta época era la que habia escogido la divina providencia para que naciese el cristianismo.

SIGLO PRIMERO.

CAPITULO I.

NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO; SUS PROGRESOS ENTRE LOS JUDIOS; OBSTÁCULOS CON QUE TROPIEZA.

Habian llegado los tiempos señalados para el nacimiento del Mesias, y los judíos oprimidos por los romanos y por Herodes, á quien Augusto habia confirmado en la posesion del reino de Judá, estaban en la mas viva expectacion del libertador que les habia sido prometido. Al fin nació este con todos los caracteres que debian distinguirle y darle á conocer; pero los mas de los judios, persuadidos de que el Mesias habia de ser un famoso conquistador, le desconocieron en Jesucristo y creyeron verle en algunos fanáticos que tomaron el título de Cristo y rey de Israel y causaron revueltas en Jerusalem y en toda la Judea (1).

Luego que llegó el tiempo de su predicacion, Jesu-

(1) Josefo, *Antiq.*, l. XVII, c. 12: *De bello*, l. II, c. 4, §. 6.

cristo recorrió la Judea y descubrió á los judios hasta dónde llegaba la corrupcion humana: anunció un Dios en tres personas: enseñó que él era la segunda de estas tres personas y que habia encarnado para redimir á los hombres: manifestó todo lo que debian á la Trinidad beatísima; y prometió á los que creyesen su doctrina, no una felicidad temporal como la esperaban los judios carnales y rudos, sino una dicha espiritual, una felicidad pura y eterna. La beneficencia, la simplicidad de corazon, la verdad, la indulgencia, el perdon de las injurias, el amor de los enemigos son los deberes que prescribe con respecto á los hombres; y por lo que toca á Dios establece un culto de amor, de respeto, de temor y de esperanza: instituye sacramentos que proporcionan á los hombres los auxilios necesarios para cumplir los deberes prescriptos: prueba con milagros la divinidad de su mision y la verdad de su doctrina: elige apóstoles para que la prediquen por toda la tierra; muere, resucita y sube al cielo.

Los apóstoles anuncian en Jerusalem la doctrina de Jesucristo y su resurreccion y confirman la verdad de su predicacion con las pruebas mas claras y los milagros mas patentes: tres mil judios creen y son bautizados. Estos nuevos discípulos se reunen y oran todos los dias en el templo: no tienen mas que un corazon y una alma: ninguno se apropia lo que posee, sino que todos los bienes son comunes: entre ellos no hay pobres, porque los que poseen fincas y haciendas, las venden y ponen el precio á disposicion de los apóstoles, quienes lo distribuyen despues á cada uno segun su necesidad (1).

Los progresos del cristianismo, la predicacion de los apóstoles, los milagros que obran y la virtud de los fieles excitan el odio de los judios; la iglesia es perseguida; los cristianos de Jerusalem se dispersan por toda la Palestina y parte del Oriente donde los judios estaban establecidos, y pronto pasan á predicar á todos los pueblos.

(1) Hechos de los apóstoles, c. IV.

Vióse pues una sociedad de hombres que contradecian abiertamente el paganismo y anunciaban que no hay mas que un Dios criador del cielo y de la tierra, el cual gobierna el mundo con su sabiduría: que el hombre se corrompió por haber abusado de la libertad que habia recibido de su Dios y señor: que esta corrupcion se comunicó á la posteridad del primer hombre: que Dios condolido de la desgracia de las criaturas envió su hijo á la tierra para redimirlas: que este hijo es igual al Padre, que se hizo hombre y prometió una felicidad eterna á los que creyesen su doctrina y practicasen su moral, probando la verdad de sus promesas con milagros. Aquellos varones singulares anunciaban lo que habian visto ó aprendido de los que lo vieran: preferian perder la vida antes que desconocer las verdades que estaban encargados de enseñar: su moral era sublime y sencilla y sus costumbres irreprensibles.

Algunos filósofos habian contradicho el politeismo; pero con precaucion ó por medio de chanzas y sin instruir al hombre acerca de su origen y destino: habian descubierto en el hombre algunas semillas de virtud en medio de su corrupcion; pero habian buscado sin fruto el remedio de esta, un freno para las pasiones, un motivo para la virtud en todos los estados y circunstancias.

Los que se habian sobrepuesto á las pasiones, solamente se sostenian por el fanatismo ó el orgullo. Pero no se habia visto una sociedad entera de hombres rudos é ignorantes los mas, que explicaran lo que los filósofos habian indagado en vano sobre el origen del mundo y la naturaleza y el destino del hombre; que enseñaran una moral cuya tendencia es á producir en la tierra un amor general, una amistad constante, una paz perpetua; una moral que pone de continuo al hombre delante de un ente soberano y omnipotente, el cual aborrece el delito y ama la virtud, premia con una felicidad infinita el culto que se le tributa, el bien que uno practica con sus semejantes, y la paciencia y resignacion en los males anexos á la constitucion humana, y castiga con

suplicios sin fin la impiedad insultante, el vicio depresivo de la dignidad del hombre y el delito perjudicial á la dicha de la sociedad.

Por último los cristianos practicaban la moral que enseñaban, y mejor querian morir que quebrantar los preceptos de ella ó dejarlos de enseñar á los hombres: los milagros y la gracia favorecian sus esfuerzos, y una asombrosa muchedumbre de judios y paganos abrazaban el cristianismo.

Asi la iglesia de Cristo presentó al mundo el espectáculo mas admirable é interesante: veamos las herejías que la perturbaron.

CAPITULO II.

DE LOS CISMAS, DISENSIONES Y HEREJÍAS QUE SE LEVANTARON ENTRE LOS CRISTIANOS DURANTE EL PRIMER SIGLO.

Mucho tiempo hacia que habia penetrado entre los judios y samaritanos la filosofía de Alejandría. En los principios de esta la soberana esencia era una luz inmensa de infinita pureza y fecundidad: de su seno habian salido un número infinito de espíritus, que habian formado el mundo, le gobernaban y producian todos los fenómenos. Ya hemos visto que estos principios llevados á Jerusalem y Samaria se unieron con la creencia de los judios y sirvieron para explicar los milagros de Moisés y toda la historia del pueblo judio. Muchas personas achacaban todos los sucesos á unos genios encargados del gobierno del mundo.

Los judios y samaritanos esperaban entonces al Mesias con las mas vivas ansias: sus desgracias y la opresion en que gemian, los hacian volver de continuo los ojos hácia el libertador prometido: los que estaban infatuados con los principios de la filosofía alejandrina, creyeron que el Mesias no libertaria á los judios sino por medio de los genios, y juzgaron que el Mesias seria el que

pudiese mandar á aquellos. Asi pues algunos hombres buscaron en el estudio de la magia el arte de mandar á los genios y de obrar prodigios: á lo menos se descubrió el de alucinar la imaginacion con ejercicios de destreza ó con prestigios, y algunos judios y samaritanos se empeñaron en imitar los milagros de los apóstoles pretendiendo ya ser el Mesias, ya una inteligencia á quien Dios habia cedido todo su poder, y otras veces un genio benéfico bajado á la tierra para proporcionar á los hombres una inmortalidad bienaventurada no despues de la muerte, sino en esta vida. Tales eran Dositeo, Simon y Menandro.

Como al Mesias se le debia conocer no solo por los milagros, sino por los caracteres con que le habian anunciado los profetas, unos como Dositeo los alteraron para apropiarselos; otros que no podian aplicarselos, negaron su autoridad, combatieron la doctrina de Jesucristo por los principios de los filósofos y sustituyeron al dogma del cristianismo el sistema de las emanaciones, por las cuales trataron de explicar todos los hechos que no podian disputar á los cristianos. Tales fueron Simon, Menandro, Cleóbulo, Teodoto y Gorteo.

Otros admitian la doctrina de los apóstoles, cuyos principios mezclaban unas veces con la religion judaica, otras con los principios de la filosofía alejandrina: consideraban á los apóstoles como unos testigos que atestaban hechos, y buscaban la explicacion de estos en los principios de la filosofía que habian adoptado. Tales eran aquellos cristianos á quienes reprendia san Pablo que se entretenian con fábulas y genealogías sin cuento (1). Muchos negaron ó alteraron por medio de explicaciones alegóricas todo cuanto no podian conciliar con los principios del sistema religioso que se habian forjado. Asi los nazareos preteudian que los apóstoles no habian entendido la doctrina de Jesucristo, y unian el cristianis-

(1) S. Pablo, epíst. I á Timot., VI, 20, III, 4; á Tito, III, 9; á los colos., VI, 1, 6.

mo y el judaismo. Asi Himeneo, Alejandro, Hermógenes etc. desecharon el dogma de la resurreccion de la carne, porque miraban la union del alma y del cuerpo como un estado de degradacion que no podia ser la recompensa de la virtúd.

Fundados algunos en estos principios no veian en la religion cristiana mas que una moral destinada á levantar el hombre sobre los sentidos y pasiones, llevaban al extremo todos los consejos del Evangelio y acriminaban que se atendiese á sustentar el cuerpo, al paso que otros persuadidos de que el alma es incapaz por su naturaleza de ser corrompida por el cuerpo se entregaban sin escrúpulo á todos los gustos de los sentidos. Estos miraban á Jesucristo como un genio bajado del cielo, que habia tomado la apariencia de la humanidad para ilustrar á los hombres; aquellos le tenian por un hombre mas perfecto que los otros y dirigido por un genio celestial. Tales fueron los nazareos, Cerinto, los ebionitas, y aquellos á quienes moteja san Pablo que suscitaban cuestiones mas propias para originar disputas que para fundar por la fé el edificio de Dios (1).

Todos fueron condenados por los apóstoles y separados de la iglesia como corruptores de la fé. Sin embargo todos tuvieron discípulos, los cuales lo mismo que sus maestros presumian enseñar únicamente la doctrina de Jesucristo; y para justificar sus presunciones los unos afirmaban que el Señor habia enseñado dos doctrinas, la una pública proporcionada á la capacidad del pueblo y contenida en los libros del nuevo testamento, y la otra secreta que solo habia confiado á un cierto número de discípulos, que no podia ser entendida sino por los hombres ilustrados y que les habia sido transmitida por algunos discípulos de san Pablo y san Mateo (2). Los otros quitaban de los libros del nuevo testamento

(1) Epíst. I á Timot., I, 4, IV, 2, 7; á Tito, I, 14.
(2) Ireneo *adversùs hæres.*, l. I, c. 25, l. III, c. 5: Clem. Alex., *Strom.*, l. VII, c. 17.

todo lo que contradecia sus opiniones, y compusieron nuevos evangelios y cartas atribuyendolas á los apóstoles: algunos pretendieron que no enseñaban mas que la doctrina enseñada por Moisés, Zoroastres, Abraham y Noé y contenída en algunas obras que llevaban su nombre.

Se vieron pues entonces no solo diferentes sectas que se llamaban cristianas, sino evangelios falsos, cartas y libros apócrifos atribuidos á los apóstoles, á los hombres célebres de la antigüedad y á los patriarcas (1).

Todas estas sectas compuestas de entusiastas y fanáticos empleaban cuanto podia hacer triunfar sus sistemas religiosos, que difundieron por las provincias de Oriente. Los filósofos miraron á Jesucristo como una inteligencia que dominaba á los genios por medio de la magia, y se esforzaron á imitar los milagros obrados por el Señor y á practicar una moral mas perfecta que la de los cristianos. Tales fueron Apolonio de Tiana y sus discípulos (2).

Al contrario los filósofos epicureos que no admitian en la naturaleza mas que una materia y un movimiento eterno y necesario, desechaban sin examen lo que oian de los cristianos.

Los académicos que hacian profesion de dudar de todo y veian que la verdad ó la falsedad de la religion no tenia ninguna trascendencia con respecto al estado del hombre despues de la muerte, se interesaron poco en lo que oian de los cristianos.

Los sacerdotes y los devotos idólatras, todos cuantos vivian del culto de los falsos dioses, como arquitectos, escultores, músicos, mercaderes de aromas y perfumes etc., se levantaron contra los cristianos, achacandoles todas las calamidades y desórdenes y no omitiendo medio para hacerlos odiosos.

(1) Fabric., *Codex apocryph.*: Clem. Alex., *Strom.*, l. I, c. 15, l. VI, c. 6: Euseb., *Hist. eccles.*, lib. III, c. 25: *Const. apost.*, l. VI, c. 16: *PP. apost.*, t. I.
(2) Vit. Apol. Tyan.

Los mundanos miraron el cristianismo como una nueva supersticion. Los magistrados y los políticos persuadidos de que toda religion que acusa á las otras de tributar á Dios un culto impío y sacrílego, propende á perturbar la paz de los estados y armar á los ciudadanos unos contra otros, miraron como hombres peligrosos á los cristianos (1). Decretaronse leyes contra ellos, y estas leyes se ejecutaron con todo rigor bajo el imperio de Neron. Galba, Oton, Vitelio, Vespasiano y Tito no instaron por su cumplimiento; pero se renovaron en tiempo de Domiciano. Nerva, enemigo de la efusion de sangre, puso término á las persecuciones y violencias contra toda clase de personas y contra los cristianos. A pesar de todos estos obstáculos la iglesia fundada por los apóstoles, inalterable en su doctrina é incorruptible en su moral, hacia rápidos progresos en todo el imperio romano, mientras que la mayor parte de las sectas anteriores se extinguieron ó quedaron sepultadas en el olvido (2).

CAPITULO III.

CONSECUENCIAS QUE NACEN DE LOS PROGRESOS DEL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

Los apóstoles y los primeros predicadores del Evangelio tropezaron con enemigos de toda especie en Jerusalem, en el Oriente, en todo el imperio romano.

1.° Los judios animados de un odio violento contra Jesucristo y los apóstoles, siendo asi que Jesucristo habia enseñado enmedio de ellos y obrado los milagros que atestaban los apóstoles.

2.° Algunos discípulos de estos separados de la iglesia cristiana y llevados del deseo de la venganza, que conocian á fondo la religion y no podian menos de des-

(1) Tácito, *Annal.*, l. XV, c. 36: Sueton.
(2) Ibid., l. V, c. 44: Sulpic. Sev., l. II: Oros., l. VII, c. 7: Lact., *De mort. persec.*, c. III: Euseb., *Hist. eccles.*, l. III, c. 20.

cubrir la impostura de los apóstoles si estos hubieran cometido alguna.

3.° Algunos corifeos de sectas instruidos, ejercitados en la disputa, diestros en el arte de persuadir al pueblo, animados del mas desmedido amor de fama, que ponian á los apóstoles todas las dificultades que podian ponerseles, y no omitian medio para hacerlas palpables y salir triunfantes, que discutieron con la mayor escrupulosidad los hechos fundamentales del cristianismo y los examinaron con el mas severo rigor.

4.° Algunos filósofos enemigos de los apóstoles, que combatian la doctrina de estos achacando á la magia los milagros de Jesucristo y de sus discípulos.

5.° Los paganos adictos á la idolatría por conviccion, supersticion ó interés, que perseguian encarnizadamente á los cristianos.

Tenian pues entonces los milagros de Jesucristo y de los apóstoles un grado incontestable de certeza y evidencia. Si no le hubieran tenido; si los apóstoles hubieran cometido la mas leve infidelidad; lo habrian manifestado sus enemigos, y no necesitaba ser bien probada esta infidelidad para atajar absolutamente los progresos de una religion que estribaba en aquellos milagros y combatia las pasiones en un siglo de extremada corrupcion.

Sin embargo en aquel tiempo mismo hace los progresos mas rápidos y asombrosos, y desaparecen y se aniquilan todas las sectas que la contradicen. Asi la evidencia de los hechos que anunciaban los apóstoles, está evidentemente ligada con los progresos del cristianismo y la extincion de las sectas que la combatieron en su origen. Tenemos pues á la vista unos hechos subsistentes, que estan necesariamente ligados con la verdad del testimonio de los apóstoles, y tan necesariamente ligados como lo estan los monumentos mas auténticos con los hechos mas incontestables. El transcurso del tiempo y la infidelidad de los testimonios no han podido alterar estos hechos ligados con las predicciones de los apósto-

les. La certeza de estos hechos es para nosotros igual á la que tenian los contemporaneos de los mismos após- toles.

Solo hay dos medios de explicar el progreso de la religion cristiana y la extincion de las sectas que se separaron de ella y la combatieron en su origen: estos medios son ó la imposibilidad de obscurecer la evidencia de los hechos en que se fundaba, ó una vigilancia continua de la potestad secular para impedir que todos cuantos se separaban de la iglesia y de los apóstoles, revelasen la falsedad de dichos hechos. Pero si hay alguna cosa cierta es que la potestad secular empleaba toda su vigilancia y todas sus fuerzas coutra los cristianos. Asi si la religion cristiana fuera falsa, sus progresos y la extincion de las sectas contrarias serian un efecto no solamente sin causa, sino un hecho acontecido no obstante el curso de todas las causas que debian necesariamente impedirle. Muchos de aquellos sectarios forjaron sistemas para explicar cómo Jesucristo era hijo único de Dios; luego Jesucristo habia enseñado que era hijo único de Dios y habia confirmado esta doctrina con milagros. Los apóstoles separaron de la iglesia á todos los que creian que Jesucristo no era sino una criatura mas perfecta que las otras: asi desde el tiempo mismo de los apóstoles se creia que Jesucristo era eterno y verdadero Dios y no era una criatura; y esta creencia era un punto fundamental del cristianismo. Todas las interpretaciones que dan los socinianos á los pasajes de la Escritura en que se habla de la divinidad de Jesucristo, son contrarios al sentido que les daban los apóstoles: el ejemplo de un solo hereje separado de la iglesia por los apóstoles porque consideraba á Jesucristo como una criatura, destruye todos los comentarios de los hermanos polacos.

SIGLO SEGUNDO.

CAPITULO I.

ESTADO POLÍTICO Y CIVIL DEL MUNDO.

Los desórdenes que reinaban en el imperio romano desde Tiberio hasta Domiciano, parecian anunciar su destruccion ó disolucion inmediata. La eleccion de un emperador virtuoso le conservó. Este emperador fue Nerva, cuyo advenimiento al trono reanimó el valor y la esperanza en todos los corazones: los primeros dias de su reinado presentaron la imagen del siglo de oro, y empleó toda su vida en sentar la felicidad del imperio sobre sólidos fundamentos, uniendo dos cosas que hasta él habian sido incompatibles, la potestad suprema del emperador y la libertad de los pueblos. Buscó en todo el imperio el hombre mas distinguido por su pericia militar, su bondad y su virtud, y le hizo su colega y sucesor.

Nerva tenia hijos, parientes y amigos; sin embargo no encontró estas cualidades mas que en un extraño, en Trajano. Nunca fue Roma tan poderosa ni estuvo tan arrogante como bajo el reinado de este emperador: él hizo reinar las leyes en el imperio, sojuzgó á los dacios, dió reyes á los partos y conquistó la Armenia, la Arabia feliz y la petrea, la Asiria y un número increible de naciones desconocidas hasta entonces. Recorrió, subyugó y taló casi todas las regiones á donde habia dilatado Alejandro su dominacion. Todos estos pueblos aborrecian la de los romanos y solamente eran contenidos por la fuerza y la violencia. El Egipto, la Arabia y la Libia estaban á punto de levantarse, y los marcomanos y los sármatas invadian el imperio.

Adriano abandonó casi todas las conquistas de Trajano y puso por límite de los dominios imperiales el Eufrates: aunque era excelente general, fijó todas sus

miras en la consolidacion de la paz; concedió pensiones á varios reyes bárbaros, hizo reinar la justicia dentro del imperio y mantuvo considerable número de tropas, á las que dió una disciplina admirable ejercitandolas continuamente como si se preparase á hacer la guerra.

Su sucesor Antonino no se separó de este plan y pensó mas en defender las fronteras del imperio que en dilatarlas. Nunca hubo en Roma un emperador mas justo y virtuoso: nunca tuvo ningun emperador tanta autoridad entre las naciones extrañas, ni menos guerras que sostener.

No fue tan pacífico el reinado de Marco Aurelio, sucesor de Antonino: los partos y los armenios invadieron el imperio en Oriente, y por Occidente penetraron los marcomanos, los nariscos, los hormonduros, los cuados, los moros y una muchedumbre increible de pueblos bárbaros, entrando á saco las ciudades y provincias. Marco Aurelio alcanzó grandes triunfos de todos estos enemigos; pero tuvo que permitir á muchos de aquellos pueblos establecerse en las provincias del imperio.

Cómodo que succdió á su padre Marco Aurelio, se aventajó en vicios, en crueldad y en extravagancia á todos los emperadores perversos que le precedieran. El imperio estuvo en guerra con el Oriente y el Occidente y sostuvo el empuje de los bárbaros y de los pueblos enemigos; pero en lo interior era devastado por Cómodo y los que gobernaban á su nombre.

Unos conjurados libraron á la tierra de este monstruo que habia nacido para desgracia é ignominia de la humanidad. Le sucedió Pertinax y fue asesinado por los pretorianos, que sacaron el trono imperial á pública subasta. Compróle Juliano, hombre opulento y dado á los deleites, sin virtud, sin talento, sin dotes recomendables, y fue proclamado emperador en Roma. Con la noticia de la muerte de Pertinax y de la promocion de Juliano al solio imperial los ejércitos de Oriente, de Iliria y de Inglaterra eligieron á Niger, Albino y Severo. Asi el imperio tuvo cuatro soberanos que se hicieron la guerra

con furor hasta fin del siglo, y fueron vencidos todos por Severo.

CAPITULO II.

ESTADO DE LA RELIGION DURANTE EL SIGLO SEGUNDO.

Antes de nacer el cristianismo el género humano estaba dividido entre el politeismo, los sistemas de los filósofos y la religion judaica. Los idólatras, los filósofos y los judios se opusieron igualmente á los progresos del cristianismo; mas á pesar de sus esfuerzos se multiplicaron los cristianos y formaron una sociedad que se extendia por casi todo el imperio romano.

Asi al principio del siglo segundo se vieron sobre la tierra cuatro religiones, es á saber, el politeismo, los sistemas religiosos de los filósofos, el judaismo y el cristianismo. Cada religion de estas se esforzaba á destruir las otras y enseñorearse de todo el orbe.

Del politeismo en el siglo segundo.

El politeismo era la religion dominante en el imperio romano y en toda la redondez de la tierra cuando nació el cristianismo: en todas partes se obedecian los oráculos y los agüeros, se adoraban las estatuas de piedra y de madera, se hacian aun sacrificios infames á Serapis y se inmolaban víctimas humanas; pero empezaba á conocerse lo absurdo y horrendo de este culto. Los egipcios fueron expulsos de Roma y Serapis arrojado al Tiber por decreto del senado; y los sacrificios humanos que ya antes habian sido prohibidos, quedaron abolidos bajo el imperio de Claudio. Asi habia una especie de pugna entre la supersticion y la razon sobre el politeismo.

Enmedio de las agitaciones y revoluciones del imperio se vió en Leon de Francia un hombre natural del Borbonés, que se anunció como el libertador de las Galias y tomó el nombre de Dios. Este fanático adquirió

muy pronto discípulos, y todo el territorio de Autun estaba próximo á levantarse, á adorarle y obedecerle, cuando las cohortes de Vitelio y la milicia de Autun embistieron á aquellos ilusos y los dispersaron: su caudillo fue aprehendido y echado á las fieras que no le hicieron ningun mal. El pueblo le creia invulnerable; pero se desengañó viendo que fue atravesado de una estocada.

Bajo el imperio de Vespasiano era venerada como diosa Valleda, á quien llama Tácito la virgen de los bructeros, y por sus profecías hacia tomar las armas á todos los pueblos de Alemania ó los mantenia en paz.

Trajano respetó la divinidad, y sin embargo permitia que se ofreciesen sacrificios á sus estatuas y se jurase por su vida y su eternidad. Se habian vedado los sacrificios humanos, y para conjurar las desgracias que amenazaban al imperio por la infidelidad de tres vestales, fueron enterrados vivos en la plaza de los bueyes dos hombres y dos mujeres de las Galias y de la Grecia.

Adriano era uno de los hombres mas instruidos de su siglo y al mismo tiempo de los mas supersticiosos: recurrió á todas las especies de adivinacion y de magia; se consagró él mismo templos; y ahogó á Antino con la esperanza de alargar su vida con este sacrificio. Despues de la muerte de aquel infame favorito le erigió templos, le dió sacerdotes y mandó tributarle culto.

Antonino observó religiosamente todas las ceremonias del paganismo.

Marco Aurelio adoptó todas las supersticiones de Roma y de las otras naciones; creia los presagios, los sueños y todas las prácticas gentílicas y supersticiosas, en términos que hasta los paganos se burlaban de él. Aun se conserva un dístico en que los bueyes blancos desean que no vuelva victorioso, para que no extermine su raza. Severo colocó á Cómodo en el número de los dioses, instituyó fiestas en honor suyo y le dió un pontífice, mientras que echaba á los leones á Narciso que habia ahogado á aquel monstruo.

Asi el politeismo se destruia por sí mismo, al paso que la razon se ilustraba y minaba los fundamentos de aquel. Veiase por los dioses de nueva creacion qué es lo que se debia pensar de los antiguos, y los defensores del cristianismo emplearon utilmente este argumento contra el politeismo.

CAPITULO III.

DE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS DE LOS FILÓSOFOS Y DEL ESTADO DEL ENTENDIMIENTO HUMANO CON RESPECTO Á LAS CIENCIAS Y Á LA MORAL EN EL SIGLO SEGUNDO.

Domiciano, uno de los emperadores mas viciosos, mas crueles y despreciables que tuvo Roma, fue tambien uno de los mayores enemigos de las letras y la filosofía. Las crueldades de este príncipe privaron al senado de sus miembros mas ilustres, y dejando aterrados á los demas los redujeron ó á permanecer silenciosos, porque nadie se atrevia á manifestar su sentir, ó á la triste necesidad de decir lo que no pensaban. Se reunia el senado para no hacer nada ó para autorizar los crímenes mas enormes, de suerte que los mejores ingenios estaban abatidos, paraliticados y como embotados.

En todas partes reinaban la misma consternacion y el mismo silencio: nadie se atrevia á decir su sentir, ni á escuchar el de otro á causa de los espías desparramados por donde quiera; y asi como los romanos habian visto el punto mas alto de libertad en los buenos tiempos de la república, veian el último grado de la servidumbre bajo Domiciano. Habrian perdido hasta la memoria con el uso de la palabra, si estuviera tan en la mano olvidar como enmudecer. Domiciano para aniquilar, si pudiera, hasta la idea de virtud sobre la tierra desterró ó mandó quitar la vida á los filósofos cuyas lecciones habian formado ciudadanos virtuosos, que habian insultado y perseguido el crimen protegido por el emperador, que no se habian aterrado por los tormen-

tos, y cuya muerte hubiera honrado los mejores siglos de la república. Tales fueron Helvidio, Rústico, Senecion etc.

Muchos filósofos abandonaron su profesion; otros huyeron á los confines mas occidentales de las Galias, á los desiertos de la Libia y de la Scitia; pero dejaron en Roma discípulos que cultivaron en secreto las letras y la filosofía. Estas fueron las que dieron al imperio el justo y virtuoso Nerva, Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio.

Trajano se habia aplicado poco á las letras; pero amaba á los sabios y literatos y respetaba á los filósofos. Bajo este emperador salieron los ingenios poco á poco del entumecimiento en que los habia tenido la tiranía de Domiciano: ningun hombre de talento ó de mérito fue ignorado ó quedó sin premio en tiempo de Trajano. Bajo su reinado florecieron las letras y se vieron muchos y buenos historiadores, poetas, oradores y filósofos.

Adriano, Antonino y Marco Aurelio eran hábiles en las letras y en la filosofía. Su reinado fue el reinado de los sabios, de los literatos y de los filósofos. Roma, Atenas y Alejandría tenian célebres escuelas; las habia en Oriente y en las Galias: los filósofos expulsos por Neron, Vespasiano y Domiciano llevaron la luz de la filosofía á los paises bárbaros.

Desde el tiempo de Tiberio se habian desenfrenado y estaban autorizados todos los vicios y todas las pasiones fatales al género humano. La sociedad no ofrecia ningun remedio contra estas calamidades, porque el tiempo habia puesto todas las fuerzas de la sociedad en manos de un solo hombre que lo sacrificaba todo á su dicha. Tuvo pues que buscar cada individuo este recurso en sí mismo, en su razon, en su corazon, y los esfuerzos del entendimiento humano en este siglo se convirtieron hácia la filosofía moral. Cada cual adoptó la moral que era adecuada á su caracter, á sus costumbres, á sus inclinaciones y situacion: los caracteres duros abrazaron

la moral de los cínicos, y los caracteres frios, firmes y mansos la de Epicuro.

La filosofía de los cínicos y epicureos puede impedir que el hombre murmure y se queje de sus desgracias; pero no puede quitarle ni mitigar el sentimiento de ellas. La moral de Pitágoras, de Platon y de Zenon le exime de las desgracias ó le consuela; pone por decirlo asi al hombre fuera del alcance de los malos, sostiene su debilidad é inflama su imaginacion. Asi la moral de estos tres filósofos fue la que mas generalmente se adoptó y la que mas se propagó.

El espíritu humano que no habia buscado en la filosofía otra cosa que un recurso contra la desgracia, unió á la moral adoptada el culto de los dioses, la invocacion de los genios, la magia, el arte de la adivinacion, en una palabra todo lo que habian discurrido contra las desgracias la supersticion y la debilidad. El emperador Adriano recurria (como ya hemos dicho) á las adivinaciones de toda especie, á la magia y á la astrología judiciaria. Aun hubo algunos filósofos platónicos como Apuleyo, que buscaron el arte de obrar prodigios en los principios de la magia; y algunos discípulos de Apolonio de Tiana como Alejandro, que se erigieron profetas y con su descaro y por medio de prestigios sedujeron á muchas personas del pueblo y aun de las clases distinguidas. Tal fue Rutiliano, hombre de la primera categoría, que se casó con la hija de Alejandro, porque este impostor le habia persuadido á que él era un profeta y su hija hija de la luna.

Aunque la filosofía oriental, la de Pitágoras, Platon y Zenon, separadas y desunidas, fuesen las dominantes; habia sin embargo epicureos, peripatéticos, pirrónicos; pero ocupados en combatir á los estoicos, á los platónicos y á los cristianos ó en conciliar la filosofía de Aristóteles con la de Platon. Asi el entendimiento humano empleaba parte de sus esfuerzos en impugnar los errores que habia discurrido, y las verdades que habia descubierto, y el resto le consagraba á defender el conjunto de las verdades y errores que habia mezclado.

CAPITULO IV.

ESTADO DE LOS JUDIOS EN EL SIGLO SEGUNDO.

Despues de la muerte de Herodes la Judea se convirtió en una provincia del imperio romano. Los judios sometidos á este conservaron la pureza de su culto, y aquel pueblo que antiguamente tenia tan fuerte inclinacion á la idolatría, estaba dispuesto á levantarse y dar su vida antes que consentir en Jerusalem otro culto contrario al de su Dios. Levantaronse en efecto cuando supieron que Pilato habia hecho entrar en la ciudad las banderas romanas con las águilas pintadas, y ofrecieron morir antes que ver colocar en el templo la estatua de Calígula. La mezcla de los idólatras con los judios en toda la Judea junto con la tiranía de los gobernadores produjo en los judios un odio violento á los romanos y á los idólatras, sosteniendose con la esperanza siempre subsistente de un libertador que debia sojuzgar todas las naciones. Asi no tardó en estallar la rebelion en Jerusalem y en toda la Judea, en la Siria y en el Egipto.

Vespasiano salió al encuentro de los rebeldes y Tito tomó á Jerusalem y arrasó el templo y casi toda la ciudad: mandó vender cuantos judios fueron apresados en ella, y dispersó á los demas por la Palestina y por toda la tierra. La destruccion de Jerusalem y de su templo aniquiló lo mas augusto que habia en el culto judaico: todos los judios estaban desunidos y confundidos con los demas pueblos. En todas partes conservaban un odio implacable contra el resto del género humano, y la esperanza de la venida del Mesias, que juzgaban seria un conquistador y sojuzgador de todas las naciones, se mantenia mas viva que nunca.

Asi pues las ideas religiosas y el estado político de los judios los incitaban de continuo á la rebelion, y para que esta disposicion produjese su efecto no se necesitaba mas que un impostor que se dijese el Mesias y

pudiese inflamar los ánimos é infatuar á la muchedumbre con algun prestigio. Asi se sublevaron el año 115 bajo el imperio de Trajano en Alejandría, en todo el Egipto, en la Tebaida, en la Libia cirenaica, en Chipre y en la Mesopotamia.

Cuando Adriano quiso enviar una colonia á Jerusalem, el impostor Barcochebas se anunció á los judios como el Mesias. Tenia en la boca una estopa encendida, por cuyo medio exhalaba fuego, y asi persuadió al pueblo que en efecto era el Mesias: los rabinos principales publicaron que era el Cristo, y los judios le ungieron y le instituyeron su rey. Al pronto despreciaron los romanos á este impostor; pero cuando le vieron al frente de un ejército y que los judios estaban prontos á unirsele, envió Adriano tropas contra él. Perecieron un número asombroso de ellos, y á los demas se les prohibió la entrada en Jerusalem y la residencia en ningun lugar desde donde pudiera avistarse esta ciudad. Sin embargo los judios no perdieron la esperanza de salir de su estado; se esforzaron á ganar prosélitos y se levantaban en cuanto les parecia favorable alguna circunstancia. Severo tuvo que hacerles guerra al fin del siglo segundo. Tal fue el estado de los judios despues de la ruina de Jerusalem: dispersos por toda la tierra y no pudiendo ya ofrecer sacrificios en la ciudad santa tuvieron en todas partes sinagogas donde se instruian y celebraban sus festividades. Conservaron la circuncision, el sábado, la Pascua y algunas otras ceremonias.

Los sacerdotes que se libraron de la destruccion de Jerusalem, se escondieron en la Palestina y trataron de reunir las reliquias de su nacion: como estaban mas instruidos en la religion y la ley que los otros judios, recurrian á ellos los dispersos. Los sacerdotes residentes en la Palestina escogieron los mas hábiles de entre ellos para que fueran á arreglar en diferentes sinagogas lo que pertenecia á la enseñanza, la ley, las ceremonias y el culto. Era presidente del colegio de los sacerdotes el que se habia quedado en la Palestina y no queria ale-

jarse de Jerusalem, donde esperaban ver establecido el templo. Este sacerdote fue el patriarca de los judios dispersos y visitaba las sinagogas, las cuales pagaban los gastos de visita.

CAPITULO V.

ESTADO Y PROGRESOS DEL CRISTIANISMO EN EL SIGLO SEGUNDO.

La religion cristiana penetró en todas las provincias del imperio romano y en todos los pueblos con quienes comerciaban los habitantes de él: los templos de los idólatras estaban desiertos y casi interrumpidos sus sacrificios. El pueblo levantado por los sacerdotes y por cuantos estaban interesados en el culto de los falsos dioses, pedia la muerte de los cristianos; y los magistrados tenian que castigar á estos por precaver la sedicion. No obstante esta severidad se aumentaba de dia en dia el número de los cristianos, de suerte que las rigurosas medidas tomadas contra ellos podian despoblar el imperio. Trajano tuvo noticia de esto y prohibió las pesquisas contra los cristianos; pero mandó castigarlos cuando fuesen delatados.

La ley de este emperador no era capaz de atajar los progresos del cristianismo: los milagros, la pureza de costumbres, el zelo con que anunciaban los fieles su religion, la constancia con que morian antes que renegar, la dicha eterna que prometian á los que daban su vida por Jesucristo, las gracias sobrenaturales que coadyuvaban á sus esfuerzos, produjeron infinito número de neófitos. ¿Qué poder habian de tener contra una religion tal los edictos imperiales y la pena de muerte, siendo asi que corrian en busca de ella los cristianos? La ley que prohibia las pesquisas, la miraron muchos de ellos como una desgracia que los privaba de la corona del martirio: ellos mismos iban á acusarse y declarar á los magistrados que eran cristianos.

La virtud de estos no tardó en ser conocida de los gobernadores de las provincias, quienes escribieron á Adriano manifestandole su inocencia: los cristianos, mismos presentaron al emperador apologías de su religion. Asi Adriano prohibió atender á las acusaciones tumultuosas del pueblo y quitar la vida á los cristianos, si no se probaba que hubiesen cometido algun delito digno de muerte (1).

Los sacerdotes y el pueblo supersticioso no perdonaban diligencia para conseguir la revocacion de este edicto: pintaban á los cristianos con los mas negros colores y les imputaban los temblores de tierra que habian afligido á varias provincias. Las de Asia y otras pidieron á Antonino la facultad de hacer pesquisas contra ellos y condenarlos á muerte; pero no pudieron alcanzar nada: Antonino creia que los tormentos y los suplicios eran mas propios para multiplicar los cristianos que para acabar con ellos: que era injusto castigar á unos hombres que no tenian otro delito que el de no profesar la religion del imperio; y que debia dejarse á los dioses el cuidado de destruir á los cristianos y vengarse de una secta á quien el cielo debia aborrecer mas que los hombres (2).

Marco Aurelio fue mas propicio al zelo de los idólatras: confundió á los cristianos con los gnósticos cuyas costumbres eran infames, y miró á aquellos como unos fanáticos que corrian en busca de la muerte. No habia cosa mas contraria á los principios de la filosofía estoica, la cual creia que el hombre debe esperar la muerte sin impaciencia y ocupar el lugar que le ha señalado la naturaleza, hasta que le saque de él la ley del destino. Asi aquel emperador miraba el anhelo de los cristianos por la muerte como un desorden religioso y político y permitió perseguirlos. Gozaron de algunas treguas de paz bajo el imperio de Cómodo y durante las revueltas

(1) Justin., *Apol. I pro christ.*: Rufin., *Hist. eccles.*, l. IV, c. 8.

(2) Justin., *Apol. I:* Rufin., *Hist.*, l. IV, c. 14.

que quitaron el solio á Pertinax, Juliano, Niger y Albino; pero Severo renovó la persecucion, aunque sin retardar los progresos del cristianismo.

Mientras que las potestades perseguian asi á los cristianos, los filósofos cínicos, epicureos etc. combatian la nueva religion y á los que la profesaban. De este número fueron Crescente, Celso, Fronton y una multitud de sofistas, algunos de los cuales pedian con encarnizamiento la muerte de los cristianos (1).

Enmedio de todos estos obstáculos se estableció el cristianismo en todas las partes del mundo, en Roma, en Atenas, en Alejandría, en el seno de aquellas escuelas celebérrimas de los filósofos de todas las sectas, cuyos esfuerzos eran apoyados por el furor del pueblo, la autoridad de las leyes y la potestad soberana.

Esta propagacion del cristianismo la atestiguan todos los autores cristianos y hasta los paganos. Plinio escribia á Trajano que el cristianismo no solamente se habia extendido por las ciudades, sino por los campos: Luciano confesaba que todo estaba lleno de cristianos. Y no eran estos unos hombres crédulos y deseosos de novedad, ni un populacho vil, supersticioso y estúpido, sino personas de todos estados y condiciones, cuya sagacidad hacia temblar á los impostores que querian seducir al pueblo. El impostor Alejandro de quien ya hemos hablado, no los temia menos que á los epicureos, y prohibia igualmente celebrar sus misterios delante de ellos (2).

CAPITULO VI.

DE LAS HEREJÍAS Y SECTAS QUE SE LEVANTARON EN EL SIGLO SEGUNDO.

El Oriente y el Egipto estaban llenos de filósofos

(1) Orígen. *contra Cels.*: Justin., *Apol. pro christ.*, 23: Euseb., *Hist. eccles.*, l. IV, c. 16: Min. Fel.

(2) Plin., *Epist.*, l. X, ep. 97; Luciano, *Pseudomant.*, §. 25: Justin.: Tert., *Apol.*

que indagaban el origen del mundo, la causa del mal, la naturaleza y el destino del hombre, y habian adoptado los diferentes sistemas forjados sobre estos objetos.

La religion cristiana explicaba todo lo que habia buscado sin fruto el entendimiento humano: sus dogmas eran anunciados por hombres de una conducta irreprensible y confirmados por los milagros mas patentes. Asi el entendimiento humano encontró en la religion cristiana la luz que inutilmente habia buscado en los sistemas filosóficos, la cogió con ansia, y muchos filósofos orientales se hicieron zelosos cristianos.

El descubrimiento de una verdad fundamental hace honda mella en el ánimo: suspende en cierto modo la actividad del entendimiento y desaparecen todas las dificultades que detenian. Luego que se atenúa esta primera impresion renace la curiosidad: quieren emplearse los principios descubiertos para resolver todas las dificultades que habian embarazado; y si el principio que se ha adoptado no las resuelve, vuelve el entendimiento hácia sus antiguos principios que amalgama con las nuevas opiniones. Asi los filósofos orientales que adoptaron el cristianismo y no hallaron en él la ilustracion de infinitas cuestiones que forma la curiosidad humana sobre el origen del mal, la produccion del mundo etc., se replegaron por decirlo asi á sus antiguos principios, que vinieron á ser como un suplemento de los dogmas del cristianismo y que se unieron con ellos de mil maneras diferentes. Asi es como el sistema de las emanaciones de los caldeos, la creencia de los genios y la doctrina de los dos principios se mezclaron en parte con los dogmas del cristianismo, sirvieron para explicar la historia de la creacion, el origen del mal, la historia de los judios, el origen del cristianismo, la redencion de los hombres por Jesucristo y formaron los sistemas teológicos de Saturnino, Basílides, Carpócrates, Eufrates, Valentin, Cerdon, Marcion, Hermógenes, Hermias, Bardesanes, Apeles, Taciano, Severo, Heracleon, los setianos, los cainitas y los ofitas. Casi todos admitian una suprema inte-

ligencia y unos genios cuyo número aumentaban ó disminuian, y los hacian obrar al antojo de su imaginacion. Vieronse pues empleados los dogmas de la filosofía oriental, pitagórica, platónica y estoica, los principios de la cábala y las prácticas de la magia no solo para explicar los milagros y dogmas del cristianismo, sino para hacerse propicios los genios y para encumbrarse á la perfeccion. Aquí creen unos atraer la gracia y hacerla bajar del cielo por medio de talismanes: allí llevan otros ciertos números: los unos se abstienen de todos los gustos para desasirse de la tierra y remontarse al cielo: los otros los miran como un tributo que hay que pagar á los ángeles creadores ó como cosas indiferentes que nó pueden degradar el alma, y no se privan de ninguno: estos andan desnudos como Adam y Eva en el estado de la inocencia: aquellos condenan como un delito el uso de los manjares propios para excitar las pasiones.

Todos pretendian practicar lo que Jesucristo habia venido á enseñar á los hombres para guiarlos al cielo: los unos reconocian que era hijo de Dios; otros que era un angel; algunos le creian un hombre sobre quien Dios habia derramado sus dones mas abundantemente que sobre ningun otro elevandole sobre la condicion humana: todos sin excepcion confesaban la verdad de los milagros de Jesucristo, y todos habian hecho alguna variacion en sus sistemas para explicarlos. Muy incontestables pues eran estos milagros, cuando el amor del sistema no se atrevió á disputarlos. Ve ahí el testigo mas incorruptible, mas ilustrado é intachable que puede deponer á favor de un hecho, el amor propio de una muchedumbre de filósofos sistemáticos, ansiosos de gloria y de celebridad, á quienes este hecho obliga á alterar sus sistemas, como puede verse consultando sus artículos.

Todos estos corifeos de sectas se esforzaban á hacer triunfar sus opiniones y enviaban á todas partes predicantes, que por la austeridad de su vida ó por su moral licenciosa y algunos prestigios seducian á los pueblos y les comunicaban su fanatismo. Algunos formaron socie-

dades muy extendidas: tales fueron las de los basilidianos, valentinianos y marcionitas, que se sostenian principalmente por su moral enderezada á refrenar las pasiones y libertar al hombre del imperio de los sentidos, porque á este objeto propendia el impulso general de los ánimos en este siglo como hemos visto. Esta disposicion ó tendencia general de los ánimos hácia la perfeccion y la gloria que nace de una moral rígida y austera, produjo entre los verdaderos cristianos algunos hombres que llevaban el espíritu de mortificacion y de zelo por la religion mas allá de las obligaciones impuestas á los fieles.

Estos varones zelosos no formaban una sociedad aparte; pero se distinguian: bien pronto creyeron que eran mas perfectos que los otros cristianos y que su moral era mas acendrada que la de estos. Levantóse entre ellos un ambicioso y pretendió que esta doctrina era mas perfecta que la de Jesucristo: se anunció como el reformador de la religion cristiana: supuso que el Salvador prometia en el Evangelio enviar el Espíritu Santo para enseñar una religion mas perfecta que la suya: dijo ser él el Espíritu Santo ó el profeta por cuya boca daba á conocer este á los hombres aquella religion mas perfecta: tuvo éxtasis, adquirió discípulos que se fingieron inspirados y formaron una secta muy dilatada, la cual bien pronto se dividió en diferentes ramas distinguidas solo por algunas prácticas ridículas. Uno de los dogmas de esta secta era que no se podia huir del martirio: asi muchos montanistas sufrieron la muerte en la persecucion, y sin embargo se perpetuó la secta hasta el siglo quinto. Montano y sus sectarios fueron condenados en un concilio y separados de la iglesia. Esta, incorruptible en su moral lo mismo que en sus dogmas, estaba igualmente distante de los extremos y de los excesos.

La mayor parte de las herejías del siglo segundo eran una mezcla de filosofía con los dogmas del cristianismo: los cristianos filósofos las habian combatido por

los principios de la razon y de la filosofía. La excelencia de sus escritos, sus triunfos y su celebridad convirtieron naturalmente la atencion de sus hermanos hácia la filosofía; se trató la religion con método y se defendió con pruebas sacadas de la razon y de los principios de los filósofos mas distinguidos. Hubo pues algunos cristianos que para hacer creibles los misterios quisieron hacerlos conformes á las ideas que nos sugiere la razon, los acomodaron á las suyas y los alteraron. Tales fueron Artemon y Teodoto que impugnaron la divinidad de Jesucristo, y los melquisedecianos que defendieron que este era inferior á Melquisedec.

Artemon, Teodoto y los melquisedecianos fueron condenados por la iglesia y separados de la comunion de los fieles; y su doctrina se impugnó por la sagrada escritura, por los himnos y cánticos que habian compuesto los cristianos en los principios de la iglesia, y por los escritos de los autores eclesiásticos anteriores á aquellos sectarios. Asi el dogma de la divinidad de Jesucristo era un dogma fundamental enseñado muy distintamente en la iglesia, pues entraba en los cánticos compuestos casi al nacer el cristianismo. La iglesia pues enseñaba contra Marcion, Cerdon, Saturnino etc. que no habia mas que un solo Dios, principio de todo lo que es, y contra Cerinto, Artemon y Teodoto que Jesucristo era verdadero Dios.

Praxeas, contemporaneo de Teodoto, reunió estas ideas y concluyó que Jesucristo no era distinto del Padre, porque entonces seria preciso admitir dos principios con Cerdon etc. ó conceder á Teodoto que Jesucristo no era Dios. Praxeas fue condenado como Teodoto y no formó secta.

Entonces pues creia distintamente la iglesia cristiana 1.º la consustancialidad del Verbo, pues creia que no habia mas que una sustancia eterna, necesaria é infinita, y que Jesucristo era verdadero Dios. Ademas es claro que Praxeas no hubiera pensado nunca en confundir al Padre con el Hijo y hacerlos una sola persona

que obraba diferentemente, si se hubiese creido que el Hijo era una sustancia distinta de la sustancia del Padre.

2.º La iglesia creia el misterio de la santísima Trinidad tan distintamente como la divinidad de Jesucristo y le miraba como un dogma fundamental.

Por este solo paralelo vienen á tierra y se reducen á la nada todas las opiniones de los socinianos y el sistema de Clarke, Wisthon etc. sobre la Trinidad y sobre la consustancialidad del Verbo.

CAPITULO VII.

DE LOS EFECTOS DE LAS SECTAS QUE SE LEVANTARON EN EL PRIMER SIGLO, Y DE LOS PROGRESOS DE LA FILOSOFÍA ENTRE LOS CRISTIANOS EN EL SEGUNDO.

Los últimos errores que hemos expuesto, malquistaron á muchos cristianos con la filosofía, cuya obra creian ser aquellos. Los unos pretendian que era perniciosa y que la habia inventado el diablo para destruir la religion: otros creian que los ángeles echados del cielo habian traido la filosofía á los hombres: muchos confesaban que esta habia producido algunos conocimientos útiles y no la miraban como invencion del diablo; pero la atribuian á unas potestades que sin ser malas eran de un orden inferior y no podian elevar el alma á las verdades de la religion que son de un orden sobrenatural: en fin varios obligados á reconocer cosas sublimes en los filósofos suponian que los ángeles expulsos del cielo habian traido á los hombres la filosofía: que por consiguiente era una especie de hurto de que un cristiano no debia ni podia en conciencia hacer uso; y que aun cuando no fuese un hurto, seria indigno de un cristiano usar de un presente hecho por los ángeles réprobos (1).

(1) Euseb., *Hist. eccles.* l. V, c. 28: Clem. Alex., *Strom.*, l. I.



Los cristianos filósofos creian al contrario que no siendo la filosofía otra cosa que la investigacion de la verdad era util á todos los hombres; á los que no eran cristianos para guiarlos á la verdad, y á los que lo eran para defender la religion contra los sofistas, porque ejercita el alma y la hace propia para la contemplacion (1). Los que presumen que es inutil la filosofía y que basta la ley (decian los cristianos filósofos), se parecen á un hortelano que sin cultivar los árboles pretendiera tener tan buenos frutos como un agricultor inteligente y laborioso (2).

La filosofía pues no es la obra del diablo, ni un presente hecho por las potestades inferiores; y aun cuando fuera un hurto de los ángeles rebeldes que la hubieran traido á la tierra, ¿por qué no se habia de sacar el bien del mal? ¿No entra en la conducta de la Providencia sacar el bien del mal? La filosofía traida por los demonios seria como el fuego robado por Prometeo. Ella sacó á los griegos de la barbarie; ella fue entre los infieles lo que era la ley entre los hebreos y lo que es el Evangelio entre los cristianos (3). Si la filosofía fuera un presente de los demonios, ¿habria inclinado los hombres á la virtud? Y los hombres mas virtuosos entre los paganos ¿se habrian educado en las escuelas de los filósofos (4)?

No menos habia alabado san Justino la filosofía, y la religion habia tenido por defensores algunos otros filósofos distinguidos, Atenágoras, Milciades, san Cuadrato, san Arístides, san Ireneo y san Panteues. Estos varones tan recomendables por sus virtudes como por sus conocimientos y que habian defendido la religion cristiana con tanta gloria y acierto, encomendaban á sus discípulos que juntasen el estudio de la filosofía al de la religion. El ejemplo y la autoridad de estos esclarecidos

(1) Clem. Alex. *Strom.*, l. I.
(2) Ibid.
(3) Ibid.
(4) Ibid., l. VI.

cristianos prevaleció sobre las declamaciones de los enemigos de la filosofía, y los cristianos se dedicaron á ella con mucho ahinco á fines del siglo segundo.

Pero esta filosofía no era el sistema de Platon, de Aristóteles, de Zenon, ni de Pitágoras, sino la eleccion que hacia el cristiano de las verdades descubiertas por aquellos diferentes filósofos y de que se valian los cristianos ó para vencer la repugnancia de los gentiles, ó para explicar los misterios y hacer inteligibles los dogmas de su religion, como se ve por Clemente de Alejandría y por las obras de los autores que hemos citado. Este plan de convertir á los gentiles por la conformidad de los dogmas de los filósofos con los dogmas del cristianismo no se contuvo siempre dentro de justos límites. Como se sabia que los griegos y romanos tenian mucho respeto á las predicciones de las sibilas, se forjaron ocho libros sibilinos que anunciaban la venida de Jesucristo.

Los cristianos seguian en esto el ejemplo de los filósofos egipcios, platónicos y pitagóricos, que para dar peso á sus opiniones forjaron obras atribuyendolas á autores respetados, segun hemos notado ya. Se creia que á los hombres tocados del error se los debia mirar como unos enfermos, á quienes es cosa loable curar, aunque sea engañandolos (1).

SIGLO TERCERO.

CAPITULO I.

ESTADO POLÍTICO DEL MUNDO EN EL SIGLO TERCERO.

Las guerras del emperador Severo contra Juliano, Niger y Albino, la cruel venganza que ejerció con todos

(1) Fabr., *Bibl. græc.*, t. I: Blondel, *De las sibilas:* Orígen. *contr. Cels.*, l. V: Lactant., *Institut. div.*, l. XI, c. 15: Const., *Orat. ad sanctos*: Cudwort, *System. intel.* t. I.

sus amigos y partidarios, su avaricia y ferocidad devastaron el imperio é hicieron pasar á los pueblos bárbaros un número infinito de ciudadanos y soldados romanos. Sin embargo como era excelente militar y hombre de talento, todavia conservó el imperio pujante y temblaron todos los pueblos comarcanos. Mas en realidad se iba debilitando el imperio, al paso que se aumentaban los brios y fuerzas de los otros pueblos por los romanos que se expatriaban y llevaban las artes, y en especial el de la guerra, junto con el odio al emperador y el conocimiento de la debilidad del imperio. Asi el reinado de Severo llevó semillas de guerra á los pueblos circunvecinos é introdujo principios de discordia y rebelion en el interior del imperio. Caracalla su sucesor no tuvo ninguna de las dotes de su padre y fue mas vicioso, avaro y cruel. Todos los principios de rebelion que habia sofocado Severo con su habilidad, tomaron incremento, y se desenfrenó todo el odio de los pueblos que aquel habia contenido. Caracalla hizo la guerra con una perfidia que indignó y obligó á levantarse á la mayor parte de las naciones extranjeras. Al mismo tiempo crecian de dia en dia el lujo, el amor de las riquezas, la ambicion y la sensualidad, llevadas al extremo aun antes de su reinado. Asi todas las pasiones que producen las revoluciones y trastornan los estados, fermentaban en todas las provincias del imperio, y la mas leve circunstancia podia encender el fuego de la sedicion y de la guerra.

No podian faltar estas circunstancias en un estado donde estaban en pugna todas las pasiones y donde chocaban todos los intereses. En este siglo se vieron mas de veinte emperadores y casi todos se sentaron en el solio por la sedicion ó por el asesinato de los que le ocupaban. Apenas era asesinado un emperador, se ceñia su asesino la diadema, y cuatro ó cinco conquistadores, cada uno al frente de un ejército, le disputaban el imperio. Muchas veces estando todo tranquilo se encendia de pronto el fuego de la sedicion en cuatro ó cinco provincias, á la manera que enmedio de la serenidad de la at-

mósfera suele levantarse una tempestad que asuela los campos y destruye ó atierra á los habitantes.

En esta confusion del estado no puede el político ni prever, ni precaver la sedicion, asi como no puede el físico determinar donde caerá el rayo, ni los efectos que producirá. Tres emperadores de los mas esclarecidos que tuvo Roma, Alejandro, Aureliano y Probo, fueron asesinados como Heliogábalo y Caracalla. Lo mismo perecia un emperador tratando á los romanos como padre y haciendo reinar la justicia y el orden que dando rienda suelta á los vicios y los desórdenes.

Mientras el imperio era el blanco de los enemigos interiores y se despedazaba por decirlo asi las entrañas con sus propias manos, fue invadido sin interrupcion por los escitas, los partos, los persas, los godos, los hérulos, los germanos y esa muchedumbre de pueblos conocidos con el nombre de francos. Todos ellos penetraron en el imperio por diferentes partes, y se compró la paz á aquellos mismos á quienes antes se habia concedido; pero esta paz no era durable. El rico botin que hacian en sus incursiones, excitó mas y mas su codicia y encendió entre ellos y los romanos una guerra que no tuvo término sino con la destruccion del imperio.

Asi tanto en las naciones salvajes como en los pueblos cultos no habia ni humanidad, ni amor de la patria, ni virtudes civiles: las pasiones que segun dicho de Ciceron envia la locura como otras tantas furias á la tierra para desgracia de los hombres, habian aniquilado los talentos, corrompido los corazones, extinguido la ilustracion y roto todos los vínculos que unen á los mortales: ninguna potestad política era capaz de atraerlos á la justicia, á la conveniencia y al amor del orden.

CAPITULO II.

ESTADO DE LA RELIGION Y SISTEMAS RELIGIOSOS DE LOS FILÓSOFOS EN EL SIGLO TERCERO.

El politeismo continuaba siendo la religion nacional.

La supersticion, la lisonja y el interés adoraban á todas las deidades imaginables y colocaban en el número de ellas á los emperadores mas aborrecibles. El senado decretó los honores divinos á Caracalla, execrable parricida y fratricida, verdugo del pueblo y del senado y baldon del género humano: los mas de los emperadores consiguieron el mismo culto. Ofrecianse sacrificios á todos los dioses en las calamidades; sin embargo los desórdenes y las desgracias eran extremadas como hemos visto. Los defensores del politeismo, los perseguidores de los cristianos eran los hombres mas perversos.

Los cristianos combatian el politeismo por todos estos motivos: habian evidenciado hasta lo sumo lo absurdo de él; habian impugnado á todos los filósofos; habian contradicho sus principios, y sobre todo les habian objetado las contrariedades de sus sistemas.

Reunieronse pues los paganos y los filósofos contra los cristianos, y colocados por decirlo asi entre la fuerza de las dificultades de los cristianos y las razones que los aficionaban á sus opiniones y á la defensa de la religion nacional, trataron de paliar lo absurdo del politeismo y desvanecer la oposicion que existia entre los sistemas filosóficos. En fin Ammonio formó el proyecto de conciliar todas las religiones y todas las escuelas de los filósofos. Supuso que todos los hombres buscaban la verdad, y miró á los sabios y á todas las personas virtuosas y benéficas como una familia. La filosofía que habian enseñado estos sabios no era contradictoria: los diferentes modos de considerar la naturaleza habian dividido á sus discípulos y obscurecido sus principios comunes, como la supersticion habia desfigurado su religion. La verdadera filosofía consistia en separar la verdad de las opiniones particulares y en purgar la religion de lo que le habia añadido la supersticion. Jesucristo no se habia propuesto otra cosa segun Ammonio. Este tomaba de la doctrina del Salvador todo lo que concordaba con la doctrina de los filósofos egipcios y de Platon, y desechaba como alteraciones introducidas por los discí-

pulos del Señor todo lo que era contrario al sistema que él se habia forjado. Reconocia un ente necesario é infinito que era Dios. Todos los seres habian salido de su sustancia, y entre sus diferentes producciones suponia una infinidad de genios y demonios de toda especie, á los cuales atribuia todas las inclinaciones propias para explicar todos los prodigios y maravillas que contaban las diferentes religiones.

El alma humana era una porcion de la soberana esencia asi como los demonios, y suponia con los pitagóricos dos partes en el alma, una puramente inteligente y la otra sensible. Toda la filosofía segun Ammonio debia tender á hacer superior el alma á las impresiones que la unen al cuerpo, y á dar impulso á la parte sensible para ponerla en comunicacion con los demonios que tenian un cuerpecillo muy sutil y delgado, el cual podia ser percibido por la parte sensible del alma purificada y perfeccionada (1).

Asi algunos filósofos buscaban en los alimentos, en las plantas, en los minerales etc. los medios de dar al alma sensible un grado de sutileza que la hiciese capaz de ver á los demonios, al paso que otros atentos á la grandeza del origen y destino de aquella despreciaban la comunicacion con los demonios para subir por la contemplacion hasta el ente soberano y unirse íntimamente á él (2).

El cristianismo pues obligó á los filósofos mas célebres á variar la religion popular y reconocer la verdad de los milagros de Jesucristo; pero negaban que fuese Dios, y solamente le reconocieron como un hombre extraordinario que por su ciencia en la teurgia habia podido obrar prodigios (3). Para autorizar esta opinion su-

(1) Fabric., *Bibl. græc.*, l. IV, c. 26: Euseb., *Hist. eccles.*, l. IX, c. 19: Bruker, *Hist. phil.*, t. II: Mosheim, *De rebus christ. ante Const. Magn.*, sæc. II, §. 27.
(2) Aug., *De civit.*, l. X, c. 9: Jambl., *De myst.*
(3) Aug., l. *De consensu Evang.*, t. III, part. II, c. 6,

pusieron que Pitágoras, Empédocles, Arquitas y Apolonio de Tiana habian obrado prodigios, predicho lo futuro y enseñado una moral tan pura como la de Jesucristo: se atrevieron á imaginar y atribuir á estos filósofos todo lo que podia igualarlos á Jesucristo; y esto produjo las vidas de Pitágoras y de Apolonio de Tiana por Porfirio y Filóstrato, las que indudablemente se compusieron para oponer á los cristianos unos adoradores de los demonios que habian tenido comunicaciones con las potestades celestes y eran hombres virtuosos. Demas reconocian que el culto dado por estos hombres célebres á los genios era muy diferente del politeismo grosero del pueblo, el cual habia tomado á la letra las alegorías bajo de las cuales habian representado los filósofos la operacion de los genios para hacerlos inteligibles. Todo lo absurdo del politeismo purgado de estas cosas repugnantes se convirtió en una religion filosófica que daba culto á los genios á quienes estaba encomendado el gobierno del mundo, y los que la profesaban creian que su alma era una porcion de la sustancia divina á la que debian reunirse cuando se hubiesen hecho superiores á las pasiones y á las impresiones de los sentidos (1).

Tales fueron la filosofía y la religion de los filósofos del siglo tercero, porque la secta ecléctica habia absorbido casi todas las sectas, excepto la de Epicuro; mas esta era reducida.

Longino, Herennio, Orígenes, Plotino, Porfirio, Amelio, Hierocles y Jámblico sostuvieron con aplauso la escuela de Ammonio: sus sectarios eran muchos, y se contaban entre ellos senadores y sugetos poderosos (2).

§. 11; *De civit. Dei*, l. XIX, c. 23: Lact., *Instit. div.*, l. IV, c. 13.

(1) Porphyr., *De antr. nymph.*

(2) Vease la Vida de Plotino ó de Porfirio: Fabricio, *Bibl. græc.*, t. IV.

De los judios en el siglo tercero.

Los judios estaban dispersos por toda la tierra: asi los cristianos encontraron en todas partes contradictores y enemigos capaces de confundirlos si se hubieran valido de engaños y de imposturas.

Los reinados de Severo y Caracalla fueron favorables á los judios, que alcanzaron muchos privilegios. Heliogábalo, Alejandro y otros varios emperadores los toleraron: multiplicaronse ellos á la sombra de esta tolerancia, y pudieron tranquilos establecer escuelas y cultivar las ciencias. Su escuela de Tiburias se hizo famosa, y tuvieron célebres doctores en Babilonia y controversistas de nombradía.

CAPITULO III.

DEL CRISTIANISMO EN EL SIGLO TERCERO.

Severo que parece haber considerado como político las religiones en que estaba dividido el imperio, toleró al principio á los cristianos como á los judios; pero temeroso de que aquellos creciendo en número dejasen de ser sumisos como hasta allí creyó que debia mantenerlos en un estado de debilidad, y prohibió á sus vasallos abrazar el cristianismo. Tal vez le parecia conveniente que la religion nacional fuese la pagana por depender mas del soberano que la judia y la cristiana.

Caracalla y Heliogábalo no se opusieron á los progresos del cristianismo, y Alejandro Severo, príncipe excelente, los protegió, los admitió en su palacio y recurrió á sus consejos.

Maximino los persiguió; pero Gordiano y Filipo los favorecieron. Decio que temió vengasen la muerte de Filipo, los persiguió con rigor. Galo, sucesor de Decio, dió la paz á la iglesia y luego la persiguió. Valeriano los trató del mismo modo.



Galieno dió la paz á la iglesia, permitió por un edicto el libre ejercicio de la religion cristiana é hizo restituir á los cristianos sus iglesias y cementerios. Este emperador fue asesinado á los quince años de reinado, y su sucesor Claudio II persiguió á los cristianos; pero reinó poco tiempo. Aureliano los favoreció. Muerto este emperador profesaron su religion en paz casi hasta fines del siglo.

El número de cristianos se habia aumentado prodigiosamente, en especial bajo de los emperadores que les habian permitido el libre ejercicio de su religion. Practicabanla dentro del palacio imperial donde desempeñaban empleos y dignidades; se habian ganado el afecto y la confianza de los emperadores y gozaban de mucho valimiento. En un imperio donde todo estaba sometido á la riqueza y al favor, se tuvieron consideraciones con una religion que contaba secuaces en palacio y entre los validos de los emperadores. Los obispos respetados en las provincias levantaron iglesias, y se aumentó en un grado asombroso el número de los cristianos.

No se redujo el cristianismo á los límites del imperio romano, sino que algunos cristianos zelosos le llevaron á las naciones bárbaras con quienes estaba el imperio en comunicacion: á veces los ejércitos enemigos se llevaron cautivos algunos cristianos que introdujeron el Evangelio entre aquellos pueblos.

CAPITULO IV.

DE LAS DISPUTAS Y DE LOS ERRORES QUE SE SUSCITARON ENTRE LOS CRISTIANOS.

Ya hemos visto cómo hácia fines del último siglo se habia unido el estudio de la filosofía al de la religion y que esta filosofía no era ni el platonicismo, ni el estoicismo, sino la eleccion de todo lo verdadero que encontraba la razon en aquellos sistemas. Conforme á estas ideas cada cual se creyó con derecho de adoptar de

los filósofos antiguos todo cuanto le pareció propio para defender la religion y hacer inteligibles sus misterios, porque la obscuridad de estos era una de las grandes dificultades de los filósofos y paganos.

Los misterios no son contrarios á la razon; pero la sobrepujan: asi no nos sugiere aquella ninguna idea que pueda hacernoslos inteligibles, y no pudiendo nosotros subir por la serie de nuestras ideas hasta aquellas verdades sublimes, para hacerlas inteligibles se trabajó por conciliarlas con las ideas que nos sugiere la razon, y muchos las alteraron. Tales fueron Berilo, Noeto, Sabelio, Pablo de Samosata y Hierax, quienes para hacer comprensibles los misterios de la Trinidad y de la encarnacion dieron explicaciones que los destruian. Otros como los arábigos para explicar la resurreccion supusieron que el alma no era mas que una afeccion de los cuerpos.

Todos estos errores fueron condenados por la iglesia y echados de su gremio los sectarios de ellos: asi la Trinidad y la divinidad de Jesucristo, la espiritualidad é inmortalidad del alma se enseñaban claro y distintamente en la iglesia, porque por estos actos de separacion se ha de juzgar de su doctrina.

Mientras algunos cristianos filósofos desbarraban por esforzarse á hacer inteligibles los misterios, otros mas felices impugnaban á todos los gnósticos que se habian levantado en los siglos anteriores, y los convertian.

La iglesia no habia promulgado leyes sobre el modo con que se debia recibir á los herejes convertidos, y las iglesias de Oriente y de Africa los ponian en el número de los catecúmenos y los rebautizaban: en Occidente no se volvia á bautizar á los herejes contentandose con imponerles las manos. Esta diferente práctica suscitó una disputa y casi ocasionó un cisma.

No solo se convertian los herejes, sino que solicitaban volver al gremio de la iglesia los que habian apostatado en tiempos de persecucion: los unos querian que se los admitiese sin hacer penitencia, y los otros que la

hiciesen antes de ser admitidos. Estas diferentes opiniones formaron partidos, facciones y sectas: tales fueron los novacianos.

SIGLO CUARTO.

CAPITULO I.

ESTADO POLÍTICO DEL IMPERIO EN EL SIGLO CUARTO.

El imperio romano semejante á las regiones bañadas de un mar borrascoso y defendidas por unos diques que las olas y los vientos destruyen de continuo en muchos parajes, estaba rodeado de innumerables naciones cultas ó salvajes, pero todas guerreras, que hacian incesantes esfuerzos para penetrar en sus provincias. A la manera de los terrenos impregnados de azufre y betun que se inflaman á cada instante y se consumen ellos mismos, encerraba aquel imperio en su seno principios de corrupcion y destruccion que le debilitaban insensiblemente. El hábito del lujo y de la sensualidad habia hecho tan necesarias las riquezas como el sustento, y la voluntad arbitraria de los emperadores las repartia entre indignos validos que eran ministros de sus pasiones, ó entre soldados cuya fidelidad necesitaban desde que las leyes no tenian fuerza, ni los pueblos virtud.

Aquella milicia desenfrenada, por cuyo medio habian destruido los emperadores las leyes, daba y quitaba la diadema imperial á su antojo. Casi todas las naciones subyugadas, los persas, los escitas, los godos, los francos, los germanos etc., atraidos por la esperanza del botin se desparramaban por las provincias á manera de una inundacion: asi el imperio romano no podia resistir á sus enemigos sino por la potencia militar, la cual tenia siempre en su mano el aniquilar á los emperadores y el imperio. Era pues preciso conservar y contener la fuerza militar.

Diocleciano conoció la situacion y creyó prevenir

las desgracias que amenazaban á los emperadores y al imperio, dividiendole con Maximino, excelente guerrero, y creando dos Césares, Galerio y Constancio Cloro. Por este medio creyó evitar asi las facciones de los ejércitos muy débiles cada una de por sí para dar la corona á su general, como los efectos de la ambicion de los capitanes y emperadores, ninguno de los cuales se atreveria á intentar predominar á los otros. Diocleciano no hizo mas que obligar á la ambicion á tomar caminos torcidos y ocultos, y el imperio romano tuvo cuatro señores que aspiraban todos á la suprema potestad, se aborrecian, se coligaban y se hicieron la guerra hasta Constantino. Este emperador reunió todo el mando y le dividió entre sus hijos, los cuales descontentos á poco de la division se hicieron la guerra, fueron embestidos por algunos usurpadores y perecieron en estas luchas, excepto Constancio que volvió á reunir todo el imperio. Asi estuvo reunido y dividido en todo este siglo bajo el cetro de Valentiniano, de Graciano, de Teodosio, de Arcadio y de Honorio.

Los pueblos bárbaros hicieron incursiones casi continuas en el imperio, y son increibles las desgracias ocasionadas por estas guerras y el número de hombres que perecieron en ellas. Sin embargo el imperio subsistia 1.º porque Constantino habia sofocado las causas interiores de las revoluciones destruyendo la autoridad de los prefectos del pretorio: 2.º porque las tropas imperiales tenian grande superioridad sobre los pueblos bárbaros: 3.º porque estos no llevaban otro objeto que el botin y no trataban de hacer conquistas.

CAPITULO II.

ESTADO DE LA RELIGION EN EL SIGLO CUARTO.

Diocleciano, capitan habil, político profundo, dotado de un ingenio vivo y capaz, dueño siempre de sus acciones é impenetrable en sus designios, fue á un

tiempo cruel, avaro, desconfiado y de una insufrible vanidad. Arruinó con tributos á los pueblos: quiso que le adoraran como Dios: derramó torrentes de sangre con sus edictos contra los cristianos: disimulando con destreza las pasiones que le impelian á obrar, tuvo siempre el arte de cubrir sus injusticias y crueldades con la apariencia del bien público ó achacar todo lo odioso de ellas á sus colegas y ministros. Durante los diez y ocho años primeros de su reinado no dió Diocleciano ley alguna contra los cristianos, y aun les manifestaba alguna consideracion al principio contandose muchos entre los primeros oficiales de su palacio (1). Mas luego fue descubriendo un odio violento contra ellos, y por fin decretó una sangrienta persecucion general, que figura entre las mas terribles que han afligido á la iglesia.

Maximino y Valerio, competidores de Constancio, aborrecian á los cristianos y los perseguian en Oriente, mientras que Constancio los protegia en Occidente: asi el interés de las religiones que existian en el imperio, se unió con las miras políticas de los emperadores. Constantino, hijo de Constancio, protegió á los cristianos: Licinio, su competidor y su enemigo, los persiguió.

El número de ellos se habia aumentado prodigiosamente en Occidente y era considerable en Oriente. Constantino vino en auxilio de los cristianos y declaró la guerra á Licinio, bien resuelto á no soltar las armas hasta quitar á este una potestad de que abusaba tan indignamente contra los cristianos y aun contra todos los súbditos del imperio. Vióse pues este dividido y armado para combatir é insultar el cristianismo tres siglos despues de su existencia (2). Licinio habia llamado una multitud de áugures, de sacrificadores, de adivinos y de sacerdotes egipcios, que conjuraban á los dioses, les ofrecian víctimas y sacrificios de toda especie y prometian la victoria á aquel emperador. Constantino rodeado de

(1) Euseb., *Hist. eccles.*, l. VIII, c. 2.
(2) Ibid., l. X, c. 2; *Vit. Const.*, l. II, p. 3.

sacerdotes cristianos y precedido de la cruz imploraba los auxilios de Dios y solo de él esperaba la victoria (1). Este príncipe tenia grandes dotes y profundos pensamientos, y conoció que trayendo su origen las desgracias del imperio de la corrupcion de las costumbres solo la religion podia remediarlas. Ninguna de las que existian le pareció á propósito para este objeto sino la religion cristiana. El judaismo habia perturbado el mundo y contenia principios de division y de odio á los demas hombres: los judios esperaban un rey que debia destruir todos los imperios: en fin aquel culto era odioso y estaba cargado de prácticas que repugnaban á los romanos y á los griegos. Asi un emperador romano debia destruir el judaismo lejos de hacerle la religion dominante. El politeismo era absurdo y por consiguiente inutil para la reforma de las costumbres. El cristianismo tenia una moral pura y sublime: no habia en todo el imperio súbditos mas fieles, ni ciudadanos mas virtuosos y justos que los cristianos: ninguno de ellos habia tomado parte en las conspiraciones fraguadas aun contra sus perseguidores. Asi Constantino obrando por fines políticos debia formar el plan de hacer el cristianismo la religion dominante en el imperio. A estos motivos puramente humanos se juntaron los milagros obrados por Dios á favor de aquel emperador contra Licinio. Constantino pues mandó restituir á los cristianos sus iglesias y edificar otras nuevas, concedió algunos privilegios á los obispos y clérigos y dotó ricamente los templos; pero sin obligar á los paganos á abandonar su religion (2).

En un edicto se dirige á Dios y protesta el zelo que le anima por el culto del Señor; pero declara que quiere que bajo de su imperio gocen de paz y tranquilidad hasta los impíos, persuadiendose á que este es el medio

(1) Euseb. *Hist. eccles.*, l. X, c. 2; *Vit. Const.*, l. II, p. 3.

(2) Ibid., *Vit. Const.*, l. IV; *Teod.*, l. V, c. 10: Oros., l. VII, c. 28: *Cod. Theod.*

mas seguro de traerlos al buen camino: prohibe molestarlos y exhorta á sus súbditos á que se sufran unos á otros no obstante la diversidad de sus opiniones y que se comuniquen mutuamente sus conocimientos sin emplear la violencia ni la coaccion, porque en punto de religion es cosa excelente sufrir la muerte, pero no darla. Sin embargo mas adelante hizo algunas concesiones al zelo de los cristianos, porque prohibió los sacrificios y mandó cerrar los templos y derribarlos.

El poderío y la gloria de Constantino, sus victorias, el establecimiento público del cristianismo, los milagros obrados en favor de aquel y la traslacion de la silla del imperio á Constantinopla llamaron la atencion del mundo entero: el emperador recibió embajadores de los iberos, y los etiopes se convirtieron y pidieron obispos. La religion cristiana progresó entre los godos, y la abrazaron la mayor parte de los pueblos bárbaros que de mucho tiempo atras hacian incursiones en el imperio romano y se habian llevado cautivos algunos cristianos: estos los convirtieron.

La nacion judia no perdia nada del afecto á su religion y quemaba ó apedreaba á los que apostataban de ella: los judios enemigos de todo el género humano y siempre infatuados con la esperanza de conquistar y subyugar la tierra se levantaban y rebelaban en cuanto se les ofrecia una ocasion oportuna. Constantino promulgó leyes severas contra ellos y sus hijos les hicieron la guerra: bajo el imperio de Valentiniano fueron tratados con menos rigor: Teodosio les concedió el libre ejercicio de su religion y prohibió á los cristianos saquear ó derribar las sinagogas. Tenian un juez civil y otro eclesiástico, oficiales y magistrados de su religion, cuyas providencias se ejecutaban en todo lo relativo á su culto y disciplina; y sobre todos los demas objetos estaban sujetos á las leyes del imperio.

CAPITULO III.

ESTADO DEL ENTENDIMIENTO HUMANO CON RESPECTO Á LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LA MORAL EN EL SIGLO CUARTO.

Desde Diocleciano hasta que Constantino quedó único soberano del imperio, se vió este despedazado por la guerra civil é invadido por las naciones limítrofes, las cuales estaban tambien en pugna perpetua unas con otras. Entre el tumulto y la agitacion de la guerra y de las facciones los filósofos y los cristianos cultivaban casi solos las ciencias y las artes.

Los filósofos paganos habian abrazado casi todos el sistema de Platon acomodandole á los principios de la filosofía caldaica sobre la esencia de la divinidad, el origen del mundo, la Providencia y la naturaleza del alma: todos admitian un espíritu infinito que se bastaba á sí mismo y del cual habian salido una infinidad de espíritus y el alma humana. Todos estos espíritus tenian su oficio y su destino segun su naturaleza y cualidades. El mundo y los elementos estaban llenos de ellos. Los hombres podian estar en comunicacion con todos estos órdenes de espíritus, verlos, conversar con ellos, subir hasta el conocimiento íntimo de la divinidad y penetrar lo futuro por medio de diferentes prácticas. Se habian hecho esfuerzos para justificar los sacrificios y supersticiones del paganismo: aun en las mas repugnantes y obscenas se habian discurrido alegorías ó preceptos de moral. Segun Jámblico los sacrificios de Priapo y Venus eran ó unos homenajes rendidos á los atributos del ente soberano, ó unos consejos destinados á enseñar que muchas veces el medio mas seguro de librarse de la tiranía de las pasiones es satisfacerlas, y que aquel espectáculo lejos de irritarlas era á propósito para reprimirlas, asi como los vicios representados en una trajedia ó en una comedia corregian á los espectadores. Casi toda la filosofía

pues se habia vuelto teológica; el libro de Jámblico sobre los misterios es un tratado de teología, en el cual el platonicismo está visiblemente ajustado al cristianismo, viendose entre mil absurdos mucho ingenio y sagacidad y á veces una moral sublime.

Como la religion cristiana se fundaba en las profecías y se habia establecido por los milagros, creyeron los filósofos paganos poder sostener el politeismo con prodigios ó predicciones favorables al culto de los ídolos; persuadiendose á que todo se hacia en el mundo por medio de genios discurrieron el arte de interesarlos, de obrar por su intervencion cosas extraordinarias y de predecir lo futuro: asi los platónicos del siglo cuarto fueron no solo entusiastas, sino mágicos y adivinos. Predijeron que Valente tendria un sucesor cuyo nombre empezaba por las letras *Teod.* Esta prediccion fue funesta al platonicismo, porque Valente mandó quitar la vida á cuantos filósofos pudo descubrir, y quemar todos los libros: perecieron infinito número de estos, y era tan grande el terror, que se destruyeron sin examinarlas innumerables obras de todas clases. Un hombre poseido de entusiasmo se esfuerza á comunicar sus ideas é infundir los sentimientos de que está animado. Asi los filósofos platónicos cultivaron el arte de persuadir y se hicieron sofistas y retóricos.

Desde fines del siglo tercero los cristianos cultivaron las ciencias con mucho ahinco y gran fruto: obligados á defender la religion contra las impugnaciones de los filósofos, las imposturas de los sacerdotes y las dificultades de los historiadores profundizaron todos los sistemas filosóficos y se hicieron historiadores y cronologistas: confirmaron la verdad de la religion por todas las pruebas que sugieren la razon y la historia: demostraron que los principios que habian admitido por verdaderos los filósofos mas célebres, no eran contrarios á la religion: que en los puntos en que lo eran, los filósofos se contradecian unos á otros ó eran desmentidos por la razon. Asi los cristianos lo mismo que los filósofos platónicos

no admitian los principios filosóficos sino en cuanto eran conformes á los de la teología cristiana, que vino á ser como la basa en que estribaron todos los sistemas filosóficos formados dentro del cristianismo.

Como el establecimiento de la religion cristiana era el principal objeto de la Providencia y nada era importante en comparacion de ella, los cristianos zelosos refirieron á este objeto todos los sucesos políticos y todos los fenómenos de la naturaleza, y creyeron que todo se obraba por una providencia particular de Dios, por la intervencion de los ángeles, por los demonios á quienes Dios permitia obrar sobre los elementos y los espíritus, y que estaban continuamente ocupados en combatir á los cristianos. Se descuidó pues absolutamente el estudio de la naturaleza, y algunos dominados de la ignorancia y del terror se inclinaban á la creencia de la magia, de los sortilegios y de las adivinaciones y á un miedo ridículo de los espíritus y hechiceros.

Mas hubo entre los cristianos varones eminentes por su talento y sabiduría, cuyos escritos podrian ilustrar á todos los siglos: tales fueron Pánfilo, Eusebio, Arnobio, Lactancio, los Gregorios etc. Estos escritores célebres se dedicaban mucho á la instruccion de los pueblos; y enmedio de las facciones y la guerra que agitaban el imperio y perturbaban todo el mundo, los obispos, los sacerdotes y los autores cristianos, animados de los motivos mas poderosos que pueden obrar en el corazon humano, se esforzaban á ilustrar á los hombres acerca de su origen, de las verdades de la religion, de la verdadera felicidad del hombre y de los premios destinados á los buenos cristianos. Todos los delitos contrarios á la dicha de la sociedad humana eran castigados con suma severidad.

Los filósofos paganos, confundidos con las sólidas razones de los cristianos, se habian visto necesitados de cambiar toda la religion pagana ó mas bien de hacer religiosa la filosofía y en cuanto podian conforme al cristianismo. Asi el entendimiento humano se ilustraba por

todas partes y se perfeccionaba la moral: ya no se vieron los desórdenes y los crímenes que bajo el reinado de Tiberio.

Desde que la potestad temporal habia tomado parte en las disputas de religion, los paganos, los cristianos y las diferentes sectas nacidas entre estos trataron de ganar á la corte y á los príncipes prodigandoles alabanzas en las arengas públicas y sobre todo en los panegíricos de los emperadores que mandaban pronunciar las ciudades principales. Asi se cultivó cuidadosamente el arte de hablar, de persuadir y de mover, y las ciencias fueron abandonadas ó cultivadas por algunos filósofos que no llamaron la atencion del pueblo ni de la corte y se obscurecieron.

Los cortesanos se curan principalmente de agradar y lisonjear al príncipe: son superficiales y poco ilustrados; pero cultos y elegantes: piensan poco, pero con sagacidad, y se expresan con gracia. Asi en este siglo degeneró la elocuencia y se perfeccionó el arte de hablar: los filósofos, los oradores, los literatos que quisieron agradar en la corte ó aspiraron á ganar nombradía, se hicieron ingeniosos, elegantes y superficiales. Los cortesanos frívolos encenagados en la molicie y el lujo halagaron las pasiones de los príncipes para captarse su confianza y conseguir sus beneficios: los emperadores se hicieron débiles, voluptuosos y vanos y fueron dominados por sus ministros y validos.

En una corte donde reinaban el lujo y la molicie, fueron temidos ó despreciados el mérito y el ingenio: la agudeza y las habilidades de adorno consiguieron la proteccion y el valimiento: las riquezas fueron escalon para las dignidades: el arte de formar partidos, de alejar á un competidor, de desbancar á un adversario dió nombradía y poder. Todos los partidos, todos los hombres propendian insensiblemente á atesorar riquezas ó á urdir intrigas para medrar y engrandecerse. Desaparecieron la virtud, el mérito y el ingenio; degeneraron los talentos; y á fines del siglo cuarto se vieron los

principios de la noche que cubrió los siglos siguientes, y los desórdenes que aniquilaron al imperio romano. Hasta los cristianos cedieron sin sentir al torrente que todo lo arrebataba.

De las herejías del siglo cuarto.

Los obispos gozaban de mucha consideracion en toda la iglesia y de una autoridad casi absoluta sobre los fieles (1). No todos los cristianos estaban libres de la ambicion y de la codicia que habian infestado todos los órdenes del imperio; y algunos codiciaron con ansia las dignidades eclesiásticas y formaron facciones y cismas cuando no podian obtenerlas de otra manera. Tales fueron Donato, Coluto y Arrio.

En los lugares donde eran cultivadas las ciencias y la filosofía, los cristianos se dedicaban á explicar los misterios, y sobre todo á desembarazarlos de las dificultades de Sabelio, Praxeas y Nocto, que en el siglo anterior habian sentado que las tres personas de la santisima Trinidad no eran sino tres nombres dados á la misma sustancia segun el modo con que se la consideraba. La iglesia habia condenado estos errores; pero no habia explicado cómo existian las tres personas de la Trinidad en una sola sustancia. La curiosidad y el deseo de hacer creibles estos dogmas á los que los desechaban, impelieron á indagar las ideas que podian explicar este dogma altisimo.

Arrio intentó esta explicacion. Al establecer la distincion de las personas contra Sabelio era preciso no admitir muchas sustancias increadas como Marcion, Cerdon etc. Arrio creyó evitar ambos escollos y hacer inteligible el dogma de la Trinidad suponiendo que las tres personas eran tres sustancias; pero que solo el Padre era increado. Hizo pues de la persona del Verbo una

(1) Ignat., *ep. ad Smyrn.*: Cypr., *ep. ad pap. Steph.*: Conc. arel., can. 7, t. I conc.

criatura, y Macedonio despues de él combatió la divinidad del Espíritu Santo. Impugnaronse estos errores; pero sus partidarios los hicieron especiosos: hubo disputas y se formaron partidos. Las disputas y los errores son comunmente sencillos en su origen. Formados ya los partidos, cada cual hace esfuerzos para defender su opinion, y los hombres lo consideran todo bajo el aspecto que les es favorable. Se encuentran pues infinitas pruebas diferentes para la opinion que se ha abrazado: cada cual hace de la prueba descubierta un principio fundamental, saca de ahí consecuencias, cae en nuevos errores y vuelve á aquel que quiso evitar. Asi los arrianos se dividieron en eusebianos, semiarrianos etc.: asi Marcelo de Ancira, Fotino y Eunomio cayeron otra vez en el sabelianismo combatiendo y defendiendo á Arrio, el cual habia errado queriendo huir del sabelianismo. Apolinar, impugnando á Arrio con infinitos pasajes que dan á Jesucristo todos los atributos de la divinidad, juzgó que esta habia dirigido todas las acciones del Salvador, el cual solamente habia tenido una alma sensitiva y no una alma humana.

La parte que tomaron los emperadores en las disputas de los cristianos, y la fama que dieron á los defensores ó contradictores de la verdad, excitaron el deseo de la celebridad en una porcion de hombres medianos que se esforzaron á llamar la atencion por un zelo ciego é inmoderado, ó por la austeridad de sus costumbres, ó por algunas prácticas extravagantes, ó contradiciendo la disciplina de la iglesia y el culto tributado á la virgen Maria. Tales fueron Coluto, Audio, Bonoso, Helvidio, Joviniano, los coliridianos, los descalzos, los mesalienses, Prisciliano etc.

Casi todos estos fanáticos tuvieron secuaces, y enmedio de las disputas de los arrianos y demas herejes se vieron una muchedumbre de hombres que fundandose en algun pasaje de las santas escrituras vendian sus bienes, andaban descalzos, se creian rodeados de los demonios y peleaban con ellos ó permanecian ociosos é inmó-

viles pretendiendo que un cristiano no puede trabajar por un sustento perecedero.

Desde el tiempo de Tiberio era despedazado el imperio por las guerras civiles y las facciones; y los súbditos eran oprimidos aun bajo de Constantino por los gobernadores de las provincias, los validos y los oficiales del fisco. Tres siglos de tiranía, de guerra civil, de revueltas y desgracias habian hecho contraer á todos el hábito de las facciones é irritado los ánimos, predisponiendolos extraordinariamente á la violencia y la sedicion.

Las disputas de los cristianos soberbios y rebeldes á la autoridad de la iglesia produjeron guerras civiles en el imperio, y el Africa y el Oriente fueron perturbados por el cisma de los donatistas y la herejía de Arrio. Los cristianos componian la mayor parte del imperio. Constantino previó los efectos de sus discordias, y procuró prevenirlas por vias pacíficas y últimamente reprimirlas con la fuerza. Hizo congregar concilios, desterró y confinó sin restablecer la paz. Cada partido se esforzó á ganar los ministros, los validos, los eunucos y las mujeres que rodeaban al emperador. El ejemplo de Constantino, la proteccion que habia concedido á la iglesia, los elogios de que se le habia colmado, hicieron juzgar á sus sucesores que no habia medio mas seguro para alcanzar gloria que apaciguar los disturbios de la iglesia. Las mujeres de la corte, los eunucos, los ministros y los validos que vendian su proteccion, ó que declarandose por un partido figuraban en el imperio, mantuvieron á los emperadores en estas disposiciones; y todas las disputas de religion fueron asuntos de estado bajo de los sucesores de Constantino.

Asi el interés mismo movió á estudiar los dogmas; se sucedieron las herejías y llegaron á ser un principio de destruccion en el imperio romano. Infinitos súbditos pasaron á la Arabia, la Persia y las naciones bárbaras comarcanas, y los que quedaron, se dieron á urdir intrigas y formar facciones.

La diferencia de espíritu y caracter originó bien

pronto divisiones en estos partidos, y se vieron cismas en el seno mismo de las herejías, observandose cuantas formas toman las pasiones y las preocupaciones.

SIGLO QUINTO.

En el siglo anterior hemos visto infestado el imperio de las naciones bárbaras comarcanas y gobernado por cortesanos y validos que vendian los empleos, los honores y dignidades á hombres sin probidad y sin mérito, mas funestos al estado que los mismos bárbaros. Las guerras que tenian que sostener los emperadores, servian de pretexto para oprimir con tributos á los pueblos, y obligaban á mantener un crecido número de tropas, azote de las provincias.

Teodosio se empeñó, aunque en vano, en corregir estos desórdenes. Sus hijos fueron educados por validos ambiciosos, avaros y frívolos segun los habia producido el siglo anterior. Este príncipe los dejó, siendo todavia muy jóvenes, dueños del imperio; dió á Arcadio el Oriente y á Honorio el Occidente, y encargó la gobernacion á Rufino y Stilicon. Asi pues en este siglo se notaron todos los desórdenes que se habian visto en el precedente.

CAPITULO I.

DEL ESTADO POLÍTICO Y CIVIL DE ORIENTE EN EL SIGLO QUINTO.

Rufino era soberano absoluto en el imperio de Oriente: se sabia captar la voluntad, era habil y adulador, y tenia una codicia insaciable y una ambicion desapoderada. Agobió á los pueblos, vendió los empleos á sugetos indignos é hizo odioso el gobierno á todo el mundo. Se granjeó enemigos, y creyendose que aspiraba al solio fue asesinado de orden del emperador. Le sucedió un hombre tan malo como él, el eunuco Eutropio, á quien

hizo despedir la emperatriz Eudoxia no porque habia arruinado el imperio y cometido inauditas fechorías, sino porque le habia faltado al respeto y consideracion debidos. Toda la autoridad de Eutropio pasó á manos de Eudoxia, princesa avara y dominada por las mujeres y eunucos de su servidumbre. Se vieron todos los desórdenes que en tiempo de Rufino y Eutropio.

Arcadio promulgó muchas leyes que luego fueron ratificadas, prohibiendo las juntas de los herejes; renovó tambien la proscripcion de los sacrificios y de las otras ceremonias paganas, y en el año 399 mandó derribar los templos en despoblado recomendando solamente que se usase de prudencia para no excitar conmociones, porque en algunas provincias existian aun bastantes idólatras en las aldeas. Prôdujeron estas medidas los mas felices efectos: muchos paganos abandonaron sus errores, y un gran número de herejes volvieron al gremio de la iglesia católica, sobre todo los sectarios de Arrio. Pero como Arcadio era debil é irresoluto y en los trece años de su reinado estuvo siempre dominado por su mujer y sus eunucos, se inclinó á proteger á los arrianos por instigacion del valido Gainas, sucesor de Eutropio, y ya iba á concederles una iglesia en Constantinopla si no se hubiera interpuesto con firme zelo el elocuente S. Juan Crisóstomo.

Las desgracias del imperio fueron en aumento bajo el reinado de Teodosio, hijo de Arcadio, educado como él y entregado igualmente á los eunucos y cortesanos que le tenian sumergido en los deleites, mientras que los bárbaros y los oficiales del fisco saqueaban las provincias. El amor de la patria se apagó en el corazon de todos los súbditos, y muchos se pasaron á las naciones bárbaras. Marciano, sucesor de Teodosio, quiso corregir estos desórdenes; pero vivió muy poco para poner por obra su intento. Las facciones y los soldados dieron y quitaron el imperio. Leon I, Zenon, Basilisco y Anastasio ocuparon sucesivamente el trono y fueron avaros, crueles, viciosos, débiles y dados á los deleites sensuales.

Desde el tiempo de Constantino poseia l. iglesia grandes riquezas y gozaba de muchos privilegios é inmunidades. La piedad de Teodosio concedió grandes honores y dió mucho valimiento á los obispos, los cuales le emplearon en favor de la religion. Aquel príncipe promulgó quince leyes contra los herejes y seis contra los paganos.

Arcadio y Honorio persuadidos á que su padre debia los triunfos y la gloria de su reinado al zelo que habia manifestado por la religion católica, confirmaron todas las leyes de Teodosio. Sus sucesores los imitaron: los paganos y los herejes fueron desterrados, despojados de sus bienes y declarados incapaces de obtener empleos. Los emperadores se persuadian á que nunca se trabajaba con mas provecho por el estado que cuando se trabajaba por la iglesia; y que la verdadera fé era el fundamento del imperio. Sabiendo ademas cuánto sobrepujan las cosas de Dios á las de los hombres, se creian obligados á poner todo su conato en la conservacion de la fé. Confiado en este amor humilde de Marciano á la iglesia exhortó san Leon á Anatolio, obispo de Constantinopla, que emprendiese cuanto juzgara util á la religion sin temer nada. «Estoy seguro, decia, que poniendo ellos toda su gloria en ser los siervos de Dios recibirán con cariño todos los consejos que quieras darles tocante á la fé católica (1).» Despues de muerto Marciano coronó Anatolio á Leon.

Cuando Anastasio fue declarado emperador por el senado, se opuso Eufemio, sucesor de Anatolio en la silla de Constantinopla, alegando que era hereje y como tal indigno de gobernar á cristianos ortodoxos; y no cedió á las instancias del senado sino con la condicion de que el emperador prometiera por escrito conservar la fé en su integridad.

Asi pues se levantó en el imperio de Oriente una potestad distinta de la de los emperadores, que no tenia

(1) Leo. epist. 65.

soldados, pero que mandaba en las almas y podia excluir del imperio á aquellos que habia separado de su comunion. Este siglo pues fue la época de una variacion en el estado civil y político del imperio de Oriente.

CAPITULO II.

DEL ESTADO CIVIL Y POLÍTICO DEL OCCIDENTE EN EL SIGLO QUINTO.

Mientras Rufino reinaba en Oriente en nombre de Arcadio, mandaba Stilicon en Occidente bajo el de Honorio y pereció como aquel. El imperio estaba lleno de descontentos, de herejes á quienes Honorio y sus antecesores habian despojado de su hacienda y sus empleos, y de gente arruinada por las vejaciones de los gobernadores y oficiales del fisco y por los tributos inmoderados. Estos descontentos se levantaron á la muerte de Stilicon: los ministros que le sucedieron, no se hallaban en estado de atajar el desorden y cayeron en desgracia. Los que los reemplazaron no fueron mejores, ni mas hábiles, ni mas afortunados. Honorio no podia elegir un ministro capaz, y los que le rodeaban no se curaban de buscarle.

De pronto se vieron tres emperadores disputandose el trono en Italia, en España y en las Galias. La Inglaterra y la Armórica sacudieron el yugo del imperio, y las ciudades de las Galias formaron estados libres que se reunieron contra los alanos, los vándalos y los suevos, los cuales temiendo á los pueblos se abrieron paso por los Pirineos y penetraron en España, donde al fin fundaron reinos.

Asi el imperio de Occidente se halló en la mas horrible confusion bajo el reinado de Honorio, que hizo esfuerzos inútiles contra sus enemigos. Alarico tomó y saqueó á Roma: Ataulfo que sucedió á este general se apoderó del Languedoc: los borgoñones se enseñorearon de Leon y ocuparon parte de las Galias. Tal fue el es-

tado en que Honorio dejó el império. Juan, su primer secretario, usurpó la dignidad imperial y fue reconocido por todo el imperio. Aspar enviado por Teodosio contra Juan le hizo prisionero y le remitió á Valentiniano, sobrino de Honorio, quien mandó cortarle la cabeza y fue proclamado emperador.

Valentiniano se dejó gobernar de su madre, de sus ministros y validos y de los eunucos. Bajo su reinado los vándalos ocuparon gran parte del Africa: las Galias y la Italia fueron devastadas por los hunos; y la Inglaterra por los escoceses. Máximo resentido de que Valentiniano hubiese violado á su mujer le asesinó y se alzó con la corona casandose con Eudoxia, la cual en venganza llamó á Genserico á Italia. Este asoló el territorio del imperio y entró á saco la ciudad de Roma. Máximo fue muerto por los romanos cuando iba en persecucion de Genserico. Avito hizo que le proclamaran emperador; mas tuvo que abdicar bien pronto la corona. Mayorino que le sucedió, fue muerto por Ricimero. El patricio Severo, amigo de Mayorino, se apoderó del solio y fue envenenado por su amigo Ricimero. Despues de veinte meses de interregno se sentó Antemio en el trono: mas de allí á cinco fue asesinado por Ricimero, quien dió la diadema imperial á Olibrio. Glicerio, conde de los domésticos, despojó á aquel del imperio y fue expulso poco despues por Nepote.

A este le obligó Orestes á abandonar el trono é hizo sentar en él á su hijo Rómulo, á quien dió el nombre de Augustulo. Los amigos de Nepote llamaron á Italia á Odoacro, rey de Bohemia, quien derrotó á Orestes y le quitó la vida. Odoacro se enseñoreó de Italia sin tomar el título de emperador: conservó el de rey y fue adorado de sus vasallos.

Mientras reinaba en Italia este Odoacro, otro rey de los sajones del mismo nombre ocupó parte de la Bretaña: los godos y visigodos se apoderaron de una parte de las Galias; y el poder romano quedó aniquilado en el Occidente.

CAPITULO III.

ESTADO DEL ENTENDIMIENTO HUMANO CON RESPECTO Á LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LA MORAL EN EL SIGLO QUINTO.

No obstante los edictos de los emperadores y los esfuerzos de los cristianos el politeismo tenia partidarios que trabajaban con empeño en justificarle y achacaban á la extincion de él todas las calamidades del imperio. Los cristianos refutaban á los paganos, y estas disputas mantenian el estudio de la filosofía y el gusto de la erudicion entre los unos y los otros. La filosofía era toda teológica y absolutamente relativa á la religion: era el pitagoricismo y el platonicismo unidos con el paganismo para justificarle y empleados por los cristianos para impugnar al mismo paganismo (1). El estudio de la física y de la naturaleza estuvo aun mas abandonado que en el siglo anterior: los físicos de este no hicieron mas que compilar á Aristóteles y los antiguos filósofos. Tales fueron Siriano, Proclo, Marino etc.

La erudicion y la aficion á las ciencias que la necesidad de defender la religion y el aprecio público habian mantenido entre los cristianos y que habian producido tantos hombres grandes en este siglo, se acabaron; y las ciencias eran poco cultivadas á fines de él. La poesía, la elocuencia y la historia, que se habian estudiado con aplauso en el siglo anterior y en el presente, se cultivaron en la corte porque servian para celebrar y ensalzar á los emperadores. Eudoxia, mujer de Teodosio II, compuso poesías sagradas y declamó arengas en público. Teodosio remuneró siempre con magnificencia á sus panegiristas y hasta les erigió estatuas: estableció en Constanti-

(1) Chrysost., *advers. judæos et ethnicos:* Theod., *de cur. græc. affect.*: Ambr., *ep.* 30, 31: Paulin., *advers. gentil.:* Aug., *De civit.:* Paul. Oros., *advers. pagan.:* Prud., *advers. Symmach.*



nopla veinte catedráticos de humanidades griegos y latinos, tres de retórica latinos y cinco griegos, dos de derecho y un filósofo encargado de investigar los secretos de la naturaleza, probablemente las cualidades y las virtudes ocultas de las plantas, minerales etc., porque esta investigacion gustaba mucho á Teodosio. Vieronse pues en este siglo pocos filósofos y muchos oradores, poetas é historiadores rivales y consagrados casi todos á la adulacion, á las intrigas y á la ambicion.

La ignorancia de la filosofía, el desprecio de las ciencias exactas, la costumbre de adular, el temor de ofender y el deseo de agradar en la corte de unos príncipes débiles y afeminados aniquilaron casi todos los sentimientos elevados y vigorosos y las ideas grandiosas y sublimes, apagaron el fuego de la imaginacion, proscribieron el espíritu filosófico y sustituyeron los relumbrones, las frases epigramáticas, las alusiones violentas, la hinchazon del discurso, los pensamientos altisonantes, el amor de lo extraordinario, de lo increible y de lo maravilloso, que suplen siempre á los pensamientos delicados, al estilo noble y elegante y á la sublimidad de las ideas en un siglo en que se pierden y corrompen el espíritu filosófico y el gusto. Esta es una especie de medio por donde el entendimiento humano desciende necesariamente de la ilustracion y del buen gusto á la ignorancia y la barbarie.

Los poetas, los historiadores y los oradores que tenian necesidad de lo maravilloso para mover, interesar y admirar, lo buscaron en todos los objetos; y como no los contenia el espíritu filosófico, ni los ilustraba el estudio de la física, ni los guiaba la crítica, vieron lo maravilloso donde quisieron verlo: todos los fenómenos algo raros fueron acontecimientos sobrenaturales: añadieron á los mas comunes cuanto creyeron capaz de aumentar el interés ó la sorpresa; inventaron milagros, forjaron historias falsas, y el pueblo aficionado á lo maravilloso las recibió sin examinarlas.

Las costumbres se relajaron entre los cristianos á

medida que disminuia la ilustracion. Enmedio de la corrupcion general el cristianismo habia mantenido en los que le profesaban el amor de la justicia, la probidad, el desinterés y una caridad tierna para con los desgraciados. Estas virtudes privadas habian hecho soportables los estragos de los bárbaros, los desaciertos del gobierno y las calamidades públicas é impedido tal vez la extincion del amor patrio, sin el cual no puede subsistir ningun estado, y solo la religion puede conservarle en un pais desdichado.

Bajo la capa de un zelo falso ó exajerado se ocultaron muchas veces los vicios: corrompieronse las costumbres, y muchos cristianos alteraron la moral pura de su religion.

CAPITULO IV.

DE LAS HEREJÍAS DEL SIGLO QUINTO.

Desde el origen del cristianismo la aficion á la filosofía platónica y pitagórica habia convertido los ánimos hácia el estudio y examen del misterio de la Trinidad, de la divinidad de Jesucristo, de la union de la naturaleza divina y de la naturaleza humana: estos misterios estan colocados por decirlo asi entre dos abismos, en que se habian precipitado la curiosidad indiscreta ó el zelo temerario. Unos habian creido que Jesucristo no habia tomado cuerpo, ni se habia unido á la naturaleza humana: otros habian supuesto que no era mas que un hombre dirigido por el espíritu de Dios.

Praxeas y Noeto por conservar el dogma de la Trinidad habian hecho del hijo de Dios una sustancia distinta de la sustancia del Padre. Sabelio por defender la unidad de la sustancia divina habia hecho de las tres personas divinas tres atributos. Arrio por evitar el error de Sabelio y desembarazar de dificultades el misterio de la Trinidad habia supuesto que Jesucristo era un Dios creado y distinto de la sustancia del Padre. Apolinar defendiendo la consustancialidad del Verbo por to-

dos los pasajes en que la Escritura da á Jesucristo todos los atributos de la divinidad, juzgó que este no tenia alma humana y que la divinidad hacia todos los oficios de ella. Teodoro de Mopsuestia para impugnar á Apolinar buscó en la Escritura todo lo que podia probar que Jesucristo tenia una alma distinta del Verbo. Reuniendo todas las acciones y afectos que la Escritura atribuia á Jesucristo, creyó haber encontrado algunas que no solo suponian que Jesucristo tenia una alma humana, sino que habia hecho actos que solo eran propios de esta. Tales son los dolores y privaciones, el progreso de sus conocimientos, la infancia etc. De aquí inferia Teodoro que Jesucristo no solo tenia una alma humana, sino que esta era distinta y separada del Verbo que la instruia y dirigia; sin lo cual seria preciso admitir que la divinidad padeció y adquirió conocimientos.

Imbuido en estos principios Nestorio, discípulo de Teodoro de Mopsuestia, concluyó que la divinidad habitaba en la humanidad como en un templo y que no estaba unida de otro modo al alma humana: que por consiguiente habia dos personas en Jesucristo, el Verbo que era eterno, infinito é increado, y el hombre que era finito y creado: todo lo que reunia en una sola persona el Verbo y la naturaleza humana, le pareció contrario á la idea de la divinidad y á la fé de la iglesia. Condenó como contrario á esta fé el título de madre de Dios que se daba á la vírgen santa María. El zelo por la pureza de la fé ardia en todas las almas y habia penetrado en todos los estados: el pueblo se levantó contra Nestorio, y este poderosísimo en la corte hizo que fuesen castigados los descontentos con carcel y azotes. Divulgóse la novedad de Nestorio: los monjes defendieron la prerogativa de María: san Cirilo escribió contra Nestorio; y no tardó en difundirse por toda la iglesia la noticia de esta controversia. Formaronse partidos en las provincias y en la corte, y Teodosio II hizo que se congregara un concilio en Efeso.

Los obispos disputaron: de la discusion se pasó á los insultos y de estos á las armas; y estuvo á pique de estallar una guerra sangrienta entre los dos partidos. Nestorio y san Cirilo tenian amigos poderosos en la corte, y Teodosio se veia muy apurado para calmar aquella agitacion: por fin despues de muchos disturbios en Efeso y en las provincias el emperador condenó los escritos de Nestorio, prohibió la reunion de los sectarios de este, confinó los principales de ellos á la Arabia y les confiscó los bienes. Muchos cedieron á las circunstancias y mantuvieron por decirlo asi el fuego de la discordia oculto bajo las cenizas del nestorianismo sin tomar el título de nestorianos.

Uno de ellos refugiado en Persia se aprovechó del odio de los persas contra los romanos para establecer sobre las ruinas de la iglesia católica el nestorianismo, que desde allí se difundió por toda el Asia, donde quizá se mezcló en los siglos posteriores con la religion de los lamas y dió origen á la singular potestad del preste Juan.

El concilio de Efeso no habia acabado con el nestorianismo: las destituciones y los destierros habian producido en el Oriente infinitos nestorianos secretos, que cedian á la tempestad y conservaban vivos deseos de vengarse de san Cirilo y sus secuaces. Por otro lado los defensores del concilio de Efeso andaban muy diligentes para descubrir á los nestorianos. Habia pues dos partidos en pie; el de los herejes nestorianos que trataban de librarse de la persecucion sin abjurar su error, valiendose de fórmulas de fé capciosas y ambiguas; y el de los católicos que seguian á los nestorianos en todos sus subterfugios.

Por la regla tan cierta y constante de que los extremos se tocan resultó de las disputas entre católicos y nestorianos una nueva herejía contraria á la que sostenian estos, y se formó otra secta pertinaz, fanática y peligrosa. El monje Eutiques que tenia fama de santidad y gozaba de mucho valimiento en la corte, disputó contra Nestorio en los términos mas vehementes, y hu-

yendo de separar en Jesucristo las dos naturalezas divina y humana como aquel heresiarca las confundió y enseñó que no habia en el hijo de Dios hecho hombre mas que una sola naturaleza, la divina, porque la humana habia sido absorbida por aquella como una gota de agua por el mar.

El valimiento de Eutiques en la corte le sostuvo contra un concilio de Constantinopla y logró que se congregase otro cuya presidencia se dió á Dióscoro, patriarca de Alejandría. En él fue rehabilitado Eutiques y depuestos sus enemigos: la violencia, las intrigas y el favor de los cortesanos fueron el movil y el alma de este concilio, justamente llamado el latrocinio de Efeso. Teodosio II confirmó todos los decretos de él.

Marciano, sucesor de Teodosio, hizo congregar en Calcedonia otro concilio que condenó el error de Eutiques; pero sin destruir el partido de este heresiarca, que sembró en el Oriente la confusion, la sedicion y la muerte. Enmedio de todos estos horrores los eutiquianos ventilaban mil cuestiones frívolas, se dividieron y formaron infinitas sectas ridículas y obscuras que se perseguian cruelmente.

Asi Nestorio y Eutiques encendieron el fuego de la discordia en todo el imperio oriental, y los sectarios de entrambos llevaron por todas partes las turbulencias y sediciones, derramaron torrentes de sangre y ahuyentaron ó arrojaron de aquellos paises á infinitos súbditos que se fueron á otros extraños con sus riquezas é industria, dispuestos á vengarse de un gobierno tan debil que no sabia proteger á los ciudadanos pacíficos.

Mientras la curiosidad humana alteraba en Oriente los misterios queriendo explicarlos, el deseo de la perfeccion combatia en Occidente los dogmas del cristianismo sobre la gracia, la libertad del hombre y su corrupcion, y pretendia hacerle capaz de llegar por sus solas fuerzas al grado mas sublime de virtud ó despojarle de toda eficacia y actividad para el bien y someterle á un destino que no le dejaba libertad ni eleccion. Tales fue-

ron los pelagianos, predestinacianos y semipelagianos. Ningun error de estos turbó los estados.

SIGLO SEXTO.

CAPITULO I.

DEL IMPERIO DE ORIENTE EN EL SIGLO SEXTO.

Reinaba al principio del siglo sexto Anastasio, en quien se descubrieron ciertos vicios que habia contenido ú ocultado siendo particular, tal vez con miras ambiciosas. Vendió los empleos, agobió á los pueblos con tributos y se hizo aborrecible: hubo sediciones en las provincias y en Constantinopla. En lo exterior el imperio fue invadido por los persas, los búlgaros, los árabes y los pueblos septentrionales que devastaron las provincias, al paso que los gobernadores romanos las esquilmaban con sus exacciones y vejámenes partiendo el fruto con Anastasio.

Los eutiquianos y los enemigos del concilio calcedonense, á quienes inutilmente habia querido Zenon reunir con los católicos, mantenian otra guerra intestina; y Anastasio se declaró al fin por los eutiquianos. Los católicos se levantaron, y puesto á su frente Vitaliano, general del imperio, formó de improviso un ejército, derrotó las tropas del emperador y le obligó á desistir de la persecucion contra los católicos.

Tal era el estado del imperio cuando Justiniano le recibió de manos de los soldados. Este príncipe gobernó con mucha sabiduría é hizo en favor de la religion católica todo lo que Anastasio habia hecho contra ella. Su zelo le enemistó con Teodorico, rey de Italia y arriano furioso. Justiniano sucedió á su tio y estuvo en guerra con los persas y los hunos, los cuales devastaron la Iliria y la Tracia. Belisario y Narses defendieron el imperio

con gloria y conquistaron la Italia del poder de los godos. Persuadido este emperador á que unas leyes sabias contribuyen á la felicidad de los pueblos mucho mas que las ruidosas victorias hizo un nuevo código que lleva su nombre.

El imperio continuaba siendo perturbado por los eutiquianos: Justiniano promulgó severisimas leyes contra ellos y echó á los obispos herejes de sus sillas; con lo que pareció extinguido el eutiquianismo en el imperio; pero resucitó en los últimos tiempos de este emperador, que desgraciadamente cayó tambien en la herejía.

Fue su sucesor Justino, su sobrino, príncipe debil y entregado á los deleites, que dejó asolar el imperio. La consideracion de sus desgracias y la imposibilidad de atajarlas le trastornaron el juicio. Tiberio fue encargado del gobierno del imperio y á la muerte de Justino le sucedió en el trono: despues de él reinó Mauricio que alcanzó algunos triunfos y tuvo la gloria de reponer en el solio á Cosroas; pero él fue despojado de sus estados por Focas, á quien el ejército dió el título de augusto.

Del estado de Occidente en el siglo sexto.

Al principio de este siglo se hallaba la Italia bajo la dominacion de los godos. Belisario y Narses la redujeron á la obediencia de Justiniano despues de una guerra larga y sangrienta. Roma fue tomada diferentes veces por los romanos y los godos alternativamente.

En las Galias los borgoñones, visigodos y francos estuvieron casi siempre en guerra. Los francos que el siglo precedente se habian dividido en diferentes tribus, como las de los salios, los ripuarios, los chamavos, los chatos etc., se reunieron bajo el cetro de Clodoveo, excepto los ripuarios que formaban una tribu aparte, aunque reconocian por rey al mismo príncipe. Este despues de haber reunido todos los francos y conquistado la mayor parte de las Galias sentó la silla de su imperio en Paris, donde murió el año 511. Sus hijos se repartieron

los estados: Teodorico, hijo de una concubîna, fue rey de Metz, Childeberto de Paris, Clotario de Soissons y Clodomiro de Orleans. Clotario á fuerza de crímenes y asesinatos reunió todos aquellos estados, divididos luego entre sus cuatro hijos que estuvieron en continua guerra ó por su propia inclinacion, ó por sugestiones de Fredegunda, mujer de genio inquieto, de valor extraordinario y de una ambicion tal, que no reparaba en los crímenes siempre que tuviesen feliz éxito.

En España y Africa los godos y vándalos se hacian perpetuamente la guerra unos á otros ó la hacian á los romanos.

En todo este siglo la Gran Bretaña defendió su libertad contra los sajones, los juttas y los anglos, que despues de un siglo de combates fundaron allí su imperio, conocido con el nombre de heptarquía.

CAPITULO II.

ESTADO DE LAS LETRAS Y DE LAS CIENCIAS EN EL SIGLO SEXTO.

Anastasio, Justino, Justiniano y sus sucesores no tenian la aficion á las letras que hemos visto en Arcadio, Honorio, Teodosio, Marciano etc. Los talentos y los conocimientos no fueron útiles, ni honrosos. El trono imperial era presa de la ambicion: un oficial del ejército se apoderaba de él formando partidos en el senado, en el pueblo ó entre las tropas, ó excitando la sedicion. Los maniqueos, los arrianos, y los eutiquianos sobre todo estaban animados de un vivisimo odio contra los católicos, los cuales oponian á unos enemigos tan fogosos un zelo infatigable y una firmeza incontrastable. Asi se llenó el imperio de ambiciosos, de partidos y de facciones, y solo siguiendo un partido se gozaba consideracion y valimiento. Todos fueron arrebatados por esta especie de torrente y se ocuparon de continuo en ganar á un protector, en perder á un ene-

migo ó en hacer prosélitos. La calumnia, las delaciones, las imposturas y los falsos testimonios, todo se empleaba sin escrúpulo. Enmedio de una agitacion tan general y violenta pocos hombres cultivaron su ingenio y su razon: la aficion á las letras y las ciencias no subsistió mas que en unos cuantos sabios que resistieron al torrente, y que por su moderacion y cordura fueron olvidados y tal vez despreciados.

No se encuentran en este siglo mas que algunos retóricos é historiadores estimados, que eran fruto del anterior, como Nonoso, Hesiquio, Procopio, Pablo el silenciario, Agatias el escólastico, algunos filósofos paganos que no tomaban parte en las cuestiones y se ocuparon en conciliar las opiniones de Aristóteles, Platon y Pitágoras: tales fueron Simplicio y otros varios á quienes Justino permitió habitar en Atenas. Sin embargo los católicos tuvieron buenos escritores, teólogos hábiles, hablistas correctos, pero en muy corto número y ninguno comparable á los excelentes autores del siglo anterior.

En Occidente la Italia fue teatro de una guerra sangrienta y continua entre los griegos, lombardos y romanos. Las Galias estaban sujetas á los borgoñones, los visigodos y los francos, cuya dominacion se extendia casi desde los Pirineos hasta los Alpes. La España se veia despedazada por las guerras de los godos, vándalos y suevos. En fin la Gran Bretaña fue invadida por los jutlas, anglos y sajones.

Todos estos conquistadores sin artes y sin ciencias hábian subyugado á unos pueblos que cultivaban las unas y las otras. Debian á su valor y muchas veces á su perfidia sus triunfos y victorias, y solo estimaron el denuedo y el arte de engañar al enemigo. Las ciencias, las letras y las artes fueron el patrimonio de los vencidos, y como se reputaban por ocupacion propia de los hombres faltos de valor, fueron despreciadas de los guerreros que habian conquistado el Occidente. Asi no hubo motivo que inclinase á cultivar las letras, y la ig-

norancia hizo rápidos progresos al principio del siglo sexto: ya no se oian versos latinos, y todo lo que no estaba escrito en estilo tosco y rústico, sobrepujaba la inteligencia de los lectores.

Las letras y las ciencias buscaron un asilo en los monasterios y entre el clero: conservaronse en las ciudades episcopales y en los monasterios escuelas donde se enseñaban las letras y la teología: estas casas religiosas fueron el refugio de la virtud como lo habian sido de las letras. Los obispos no miraron con indiferencia la ignorancia de la verdadera religion en que estaban sumergidos sus vencedores, y emprendieron doctrinarlos.

La rudeza y barbarie de los conquistadores los hacia poco capaces de instruccion. «Se necesitaba (dicen los autores de la Historia literaria de Francia) en los designios que tenia Dios de traerlos á la fé católica, una cosa que los prendiese por los sentidos; escogió pues los milagros como el medio mas á propósito para hacer saludable mella en aquellos pueblos. Obrabanse innumerables prodigios en los sepulcros de san Martin en Tours, de san Hilario en Poitiers, de san German en Auxerre y de otros muchos santos, y eran tan patentes y probados, que los obispos los proponian como una señal cierta y distintiva de la verdadera religion. Es sabido que esto fue lo que determinó al gran Clodoveo á abrazarla.» Los efectos que habian producido estos milagros verdaderos, hicieron suponer otros imaginarios adornados de las circunstancias mas propias para dirigir los ánimos al objeto que se intentaba.

Vieronse innumerables colecciones de historias maravillosas y de vidas de santos atestadas todas de prodigios, apariciones y revelaciones aun para los menores sucesos de la vida privada. Estas historias hacian profunda mella en los espíritus y los encendian en deseos de ser el objeto de todas las maravillas que se contaban: infinitas personas se esforzaron á atraer sobre sí estos auxilios extraordinarios de la Providencia. Un hombre que desea ardientemente una cosa, se la representa con

vehemencia: si tiene la imaginacion viva, desaparecen todos los objetos ajenos de aquella cosa; la ve, cree que existe: si la refiere, se posee de un entusiasmo que se comunica á todos los oyentes fáciles de impresionar. Asi la ignorancia y una imaginativa exaltada creen ver maravillas donde no las hay, y las persuaden á otros.

Como la ignorancia era tan profunda y la supersticion habia cundido tanto; y como la ignorancia no inventa; se adoptaron todas las adivinaciones usadas entre los idólatras y no parecieron criminales porque no tenian por objeto á los demonios, sino al mismo Dios, á los ángeles ó á los santos. Asi se creyó que abriendo al acaso algun libro de la sagrada escritura la Providencia guiaba la mano del que le abria, y que el primer versículo contenia la respuesta apetecida sobre algun punto dificultoso. Adriano habia empleado antes la Eneida para este objeto. Chilperico escribió una carta á san Martin de Tours y la mandó poner sobre su sepulcro: en ella le pedia que le participase si podria sin culpa sacar á Boson de su iglesia donde se habia refugiado.

De que la Providencia intervenia de un modo extraordinario por requerimiento ó á instancias de los cristianos, se coligió que no dejaria impune un perjurio, una mentira ó un crimen cuyo justo castigo se le pidiese, y que no permitiria que pereciese la inocencia, aunque estuviese expuesta á cualquier peligro: de ahí provinieron todas las especies de pruebas por el agua, el fuego, el juramento y el duelo, conocidas con el nombre de juicio de Dios. Los culpables ó los malos que querian saber lo futuro ó que fueron sujetos á estas pruebas, buscaron en la asistencia del demonio un auxilio que no se atrevian á esperar de Dios ó de los santos, y recurrieron á la nigromancia, la magia etc.

Asi en el siglo sexto crecieron y tomaron cuerpo todas las semillas de supersticion, magia y hechicería que hemos visto formarse en el precedente.

El espíritu humano que en todas estas prácticas encontraba el medio de saber ó de producir todo lo que le

interesaba, no tuvo razon ni motivo alguno para cultivar las letras y las ciencias; y asi pereció en Occidente la aficion á los estudios (1).

CAPITULO III.

DE LAS HEREJÍAS DEL SIGLO SEXTO.

En el siglo tercero no pudiendo Arrio conciliar el misterio de la Trinidad con la unidad de la divina sustancia habia supuesto que el Verbo no existia en la sustancia del Padre, aunque era Dios y fundaba su opinion en algunos pasajes en que se dice que Jesucristo era inferior á su padre ó producido en el tiempo. Los católicos por el contrario habian probado que el Verbo era consustancial al Padre por infinitos pasajes que establecian una perfecta igualdad entre el Padre y el Hijo, y habian hecho ver que los arrianos se apartaban del sentido verdadero de la Escritura. Estos por su parte para eludir la fuerza de los pasajes que les objetaban los católicos, habian tenido que recurrir á explicaciones violentas. Cuando Apolinar pretendió que Jesucristo no tenia alma humana; fue preciso para combatirle y defenderle examinar los diferentes principios que concurrian en los actos de Jesucristo. Cuando Nestorio enseñó que este reunia la naturaleza divina y la humana; pero que ambas naturalezas hacian dos personas; fue preciso para defender y contradecir su opinion examinar cuál era la idea ó la esencia de la personalidad, y cómo dos naturalezas tan diferentes podian unirse de modo que no formasen mas que una sola persona. Cuando Eutiques defendió que estaban confundidas las dos naturalezas divina y humana; fue preciso para contradecir y defender su opinion indagar cómo podia unirse una sustancia á otra de modo que despues

(1) Greg. Turon., *Hist.*, l. IV, V, VII: Balus., *Capit.*, t. I: Fredeg., *Chron.*

de la union no hubiese mas que una, y si esta union se verificaba en Jesucristo.

Los errores pues de Arrio, de Apolinar, de Nestorio y de Eutiques habian introducido en la teología las sutilezas de la dialéctica y llevado los entendimientos á examinar la union de la naturaleza divina y de la humana. Levantada el alma á la consideracion de estos grandes objetos indagó las causas, los efectos, las propiedades y las resultas de esta union ya con respecto á la humanidad, ya con respecto á la divinidad; pero como el entendimiento se habia apocado con las sutilezas y abatido con la ignorancia, examinó estos objetos solamente bajo respectos pueriles: inventaronse locuciones extraordinarias y se ventilaron cuestiones que lo eran todavía mas. Asi los eutiquianos examinaron si el cuerpo de Jesucristo transpiraba y necesitaba de sustento, dividiendose sobre esta cuestion, al paso que Timoteo averiguaba si despues de la union de la naturaleza divina y de la humana habia ignorado Jesucristo alguna cosa.

Unos monjes escitas para explicar mas claramente la union de las dos naturalezas contra los nestorianos sentaron que debia decirse que *uno de la Trinidad habia padecido*, y que era necesario hacer de esta proposicion una fórmula de fé. Temieron algunos católicos que este modo de expresarse favoreciese el eutiquianismo, y le condenaron. El clero, el pueblo y la corte se dividieron acerca de esta proposicion: los ánimos se acaloraron: el emperador se declaró contra los monjes; y Vitaliano que ya habia tomado las armas bajo el reinado de Anastasio en favor de los católicos, se decidió por aquellos. Hubo agitacion y sediciones, y por fin se condenó el uso de una proposicion que excitaba turbaciones en el estado y amenazaba con una guerra civil. De la prohibicion de esta proposicion dedujeron otros monjes que era falso que hubiese padecido uno de la Trinidad: que si era verdad que no habia padecido, lo era tambien que no habia nacido; y por consiguiente que la virgen Maria no

era verdaderamente madre de Dios. Esta nueva consecuencia no causó menos turbacion que la proposicion que la habia ocasionado; y se declaró que uno de la Trinidad habia padecido (1).

Cuando empezaba á apagarse el fuego del eutiquianismo, unos monjes de Palestina que habian leido las obras de Orígenes, adoptaron muchos de sus errores; otros monjes los contradijeron: cada cual hizo fogosos prosélitos, y esta controversia causó violentas conmociones en la Palestina. Era sabido que el emperador gustaba mucho de tomar parte en las cuestiones eclesiásticas y hacer estatutos y reglamentos sobre las disputas que se suscitaban con respecto á la religion.

Pelagio, apocrisario de Roma, se aprovechó de esta disposicion del emperador, para que condenase las obras de Orígenes, de quien era zeloso partidario Teodoro de Cesarea, enemigo del concilio calcedonense y que gozaba de mucho valimiento en la corte imperial. Teodoro para vengarse persuadió al emperador que hiciese condenar á Teodoro de Mopsuestia y sus escritos, los de Teodoreto contra san Cirilo y la carta de Ibbas que se habia leido en dicho concilio. Justiniano publicó un edicto y condenó á estos tres autores.

El papa Vigilio, habiendo apurado todos los miramientos que le sugirió la prudencia, excomulgó á los que recibiesen aquel edicto. Esta disputa fue muy acalorada y muy larga, y no se terminó hasta el quinto concilio general (2).

El semipelagianismo que habia hecho progresos en Francia sin causar disturbios civiles, fue condenado por el concilio de Orange. La Francia, los anglos y los sajones abrazaron la religion cristiana, y los godos, suevos, hérulos etc. abandonaron el arrianismo: asi todo el Occidente era católico y estaba unido y sumiso á la santa

(1) Noris, *Hist. pelag.*, l. II, c. 20: Baron., *Annal.*, t. VI y VII.

(2) Liberat., *Breviar.*, c. 23: Baron., t. VII: Nicephor., *Hist. eccles.*, lib. 17: Noris, *Dis. de quint. synod.*

sede, que habia tenido la parte principal en la conversion de los infieles y herejes.

Enmedio del desorden y de la agitacion que reinaban en Oriente y en Occidente, la fé de la iglesia era tan pura como su moral; combatia igualmente todos los errores, abusos y desórdenes. Los decretos y cánones de los concilios son una prueba incontestable de ello. En todas partes produjo la religion católica hombres ilustres por su santidad y ejemplares de virtud que no habia producido ninguna otra. Al catolicismo debemos no encontrarnos en el estado en que se encontraban los pueblos bárbaros que invadieron y destruyeron el imperio de Occidente.

SIGLO SEPTIMO.

CAPITULO I.

ESTADO DEL ORIENTE EN EL SIGLO SÉPTIMO.

Focas que reinaba al principio del siglo séptimo, tenia todos los vicios que deshonran á la humanidad sin ninguna prenda estimable. Los bárbaros devastaron el imperio mientras Focas arruinaba á sus vasallos y vertia arroyos de sangre. Heraclio libró al imperio de este monstruo, y recobrando todas las provincias conquistadas por los persas hizo formidable su poder en Oriente y Occidente. El imperio de Constantinopla comprendia aun parte de la Italia, la Grecia, la Tracia, la Mesopotamia, la Siria, la Palestina, el Egipto y el Africa; pero estas vastas posesiones estaban despobladas por las continuas guerras que habian sostenido los emperadores, por las devastaciónes de los bárbaros, por la arbitrariedad de unos gobernadores avaros é inhumanos y por la severidad inmoderada de los príncipes. Los habitantes que aun se mantenian en su propio pais, gemian bajo de la opresion. Asi el imperio no era ya la patria de nadie, y para desmembrarle en Oriente como lo habia si-

do en Occidente, no se necesitaba sino que lo acometiese una potencia mediana.

Hacia mucho tiempo que los mismos emperadores trabajaban para la formacion de esta potencia: los árabes habian conservado la paz y la libertad enmedio de las guerras que asolaban el resto del mundo. Entre ellos buscaron un asilo los descontentos y desdichados y los herejes proscriptos por las leyes imperiales desde Constantino hasta Heraclio. Allí todos profesaban libremente su religion: habia tribus de idólatras, algunas de judios y otras de cristianos; en fin se veian allí todas las sectas que se habian levantado desde el nacimiento del cristianismo. La Arabia pues contenia fuerzas capaces de hacer conquistas en el imperio romano; pero el amor de la independencia y de la libertad las tenia desunidas y las imposibilitaba para conquistar: asi los árabes se mantenian en sus antiguos límites, hasta que alguno reuniese aquellas fuerzas y las condujese contra los estados vecinos, v. g. la Persia y el imperio griego, igualmente incapaces de resistirse á semejante empuje. Los mismos emperadores lo habian preparado todo para la reunion de dichas fuerzas contra el imperio.

La Arabia estaba llena de judios y cristianos de toda especie y de sectarios de todas las herejías que se habian levantado desde el nacimiento del cristianismo. Habia muchos nazareos, ebionitas y otros sectarios que habian contradicho la divinidad de Jesucristo y que le creian un hombre divino enviado por Dios para enseñar á los demas: los semiarrianos que le querian hacer un Dios creado, se contradecian y destruian la unidad de Dios. Los nestorianos que reconocian ser Jesucristo Dios, pretendian sin embargo que la divinidad no se habia unido á Jesucristo sino como se hubiera unido á un profeta. Todas estas sectas concordaban en dos puntos: que no habia mas que un Dios y que Jesucristo habia sido enviado para darle á conocer y enseñar á los hombres una moral perfecta.

Es imposible que enmedio de la agitacion en que

estaban todos los ánimos, no se encontrase alguno en todas estas sectas que redujera el cristianismo á estos dos puntos, considerando tal reduccion como un medio de reunir á todos los cristianos de Arabia contra los católicos. Igualmente era imposible que de esta primera consideracion no coligiese alguno que todo lo que creian demas los cristianos, era añadido á la doctrina de Jesucristo: que por consiguiente aquellos discurriendo habian corrompido el cristianismo; y que era menester reformarle trayendo los hombres á la unidad de Dios, á la beneficencia y á las virtudes morales que habia venido á enseñar Jesucristo.

El tiempo pues habia reunido en la Arabia todas las ideas que debian conducir al entendimiento humano á borrar del cristianismo todos los misterios y á sacar de las sectas cristianas relegadas en Arabia una secta reformadora que no admitiese otros dogmas fundamentales que la unidad de Dios y los premios y castigos de la otra vida, que mirase á Jesucristo como un enviado de Dios, y que pretendiese reducir los hombres á la beneficencia, á la práctica de las virtudes morales y á un nuevo culto diferente del de los cristianos.

Muchos de estos refugiados en Arabia habian sido despojados de sus bienes y proscriptos de su patria por los edictos imperiales; otros muchos eran enemigos ardientes de los católicos; y parecia imposible que en el proyecto de reunion indicado no entrase el de armar á estos cristianos reunidos contra el imperio, hacer admitir su doctrina á los árabes y asociarse asi una nacion belicosa ó á lo menos propagar en toda la Arabia esta reforma del cristianismo. Asi los reformadores debieron buscar entre los árabes un hombre capaz de predicar y difundir la nueva doctrina en su nacion reservandose el cuidado de dirigirle secretamente. Esta doctrina no debia presentarse como una reforma del cristianismo, sino como una religion nueva, y el árabe que habia de enseñarla como un profeta. Para esto no se necesitaba mas que encontrar un hombre ignorante; pero que tuviese inge-

nio, simplicidad, una imaginacion viva, propénsion al entusiasmo y un corazon ambicioso y apasionado, á quien se pudiese hacer conocer lo absurdo de la idolatría, persuadiendole al mismo tiempo á que era enviado de Dios para enseñar á los hombres una religion pura que le habia sido revelada.

Mahoma juntaba todas estas calidades: como negociante era conocido de los cristianos de Siria, de Oriente y de Arabia, y fue escogido para apostol de la reforma que se habia discurrido. Se le instruyó; se acaloró su cabeza, y creyó ó fingió creer que el angel Gabriel se le habia aparecido ordenandole enseñar á su tribu la unidad de Dios y una moral pura; supuso raptos y éxtasis, los contó, inflamó las imaginaciones, comunicó su entusiasmo y prometió las recompensas mas magníficas á los que recibiesen su doctrina. Hizoles la pintura mas viva de las delicias destinadas á los creyentes y ganó algunos prosélitos; pero tuvo contradictores y se vió precisado á huir: en fin venciendo dificultades sin cuento fue reconocido por su tribu como profeta y apostol de Dios. El vencimiento de estas dificultades, sus triunfos, su fanatismo y sin duda las sugestiones de sus inspiradores y directores aumentaron su resolucion y denuedo y le infundieron nuevos y mas atrevidos planes: asi formó el proyecto de hacer admitir su secta á todas las tribus y á todo el mundo. En una nacion ignorante y belicosa el entusiasmo y el zelo religioso se mezclan con las ideas militares y toman el caracter del valor guerrero. Mahoma y sus discípulos intentaron propagar su doctrina por la fuerza mas que por la persuasion, y Mahoma fue un profeta guerrero y sus discípulos unos apóstoles sanguinarios. «Profeta de Dios, le decia Alí al prestar juramento de fidelidad, yo quiero ser tu visir: quebraré los dientes, sacaré los ojos, abriré el vientre y romperé las piernas á los que se te resistan.»

Mahoma prometia el paraiso á los que murieran por su religion: el cielo se abria por decirlo asi á vista del musulman que peleaba: su imaginacion le transportaba

al centro de los deleites que el impostor pintaba tan al vivo. Todos los discípulos de Mahoma se hicieron soldados intrépidos é invencibles: en menos de diez años reunió bajo de su ley á todas las tribus árabes, recibió embajadores de los soberanos de toda la península, envió apóstoles y lugartenientes á regiones remotas y escribió á Heraclio, rey de Persia, y á los príncipes comarcanos exhortandolos á que abrazaran su religion.

Abubeker, sucesor de Mahoma, despues de haber destruido algunas facciones que se habian levantado, dirigió toda la diligencia y valor de los árabes contra los estados limítrofes, y escribió á los príncipes del Yemen, á los próceres de la Meca y á todos los musulmanes de la Arabia que levantasen el mayor número posible de tropas y las enviasen á Medina. «Tengo intento, les decia, de sacar la Siria de manos de los infieles, y quiero que sepais que peleando por la propagacion de nuestra religion obedeceis á Dios.» Bien pronto llegaron á Medina un número prodigioso de árabes que carecian de provisiones y aguardaban sin quejarse ni mostrar impaciencia que se completase el ejército para marchar á donde les ordenara el califa. Abubeker envió los musulmanes contra los griegos y los persas, y dado una vez el impulso á los fanáticos sarracenos arrojaron de la Arabia á todos los judios y cristianos, subyugaron parte de la Persia, se derramaron por Egipto y por el Africa, se establecieron allí, destruyeron cuatro mil templos de cristianos, idólatras y persas, y edificaron mil cuatrocientas mezquitas durante el califado de Omar, sucesor de Abubeker.

Bajo el mando de Otman, que sucedió á Omar, la Persia quedó enteramente sometida á los árabes, y el rey de Nubia fue tributario de aquel califa. En tiempo de Alí se suspendieron las conquistas por las discordias y guerras de los árabes: al fin los reconcilió Moavic y divulgó una tradicion que declaraba que los musulmanes tomarian la capital de los Césares y que serian perdonados los pecados de todos los que asistiesen al cerco. Los mahometanos volaron á alistarse bajo el estandarte

del califa sin que los arredrasen los peligros, ni las dificultades de la empresa, que no obstante se frustró. Heraclio hizo en vano grandes esfuerzos para contener á aquellos formidables enemigos, y su hijo Constantino les cedió las provincias que habian ocupado, imponiendoles un tributo.

Jiazid, sucesor de Moavic, adelantó sus conquistas por la parte del Oriente y sojuzgó todo el Korasan y el Kowarsan haciendo tributarios los estados del príncipe de Samarcanda. Sin embargo los árabes no estaban en paz entre sí.

CAPITULO II.

ESTADO DEL OCCIDENTE EN EL SIGLO SÉPTIMO.

Los emperadores griegos poseian aun algunos paises de Italia cuya mayor parte ocupaban los longobardos. La porcion de Italia sometida á los emperadores se dividia en ducados dependientes de los exarcos de Ravena, asi como estos lo eran del emperador: cada uno de ellos trabajaba por hacerse independiente. Los longobardos por su parte procuraban ensanchar su dominacion é hicieron inútiles los esfuerzos de los emperadores para restablecer su pujanza en Italia.

La Francia estaba dividida en varias provincias, cuyos reyes ó caudillos se declararon al principio una guerra cruel; mas luego se entregaron á los deleites, se sumergieron en la molicie y dejaron el gobierno del estado á un ministro principal llamado mayordomo de palacio.

En España casi estaba destruido el poder romano; los príncipes que habian sucedido á los emperadores, recibian la soberanía de manos de los grandes señores, los cuales formaban intrigas y facciones. Muchas veces un ambicioso asesinaba al soberano y se sentaba en el solio. En este siglo le ocuparon catorce reyes, y la mitad de ellos fueron destronados ó asesinados por las intrigas de algunos ambiciosos. El zelo de la religion sirvió á veces de pretexto á los conjurados. Casi todos es-

los reyes hicieron convocar concilios, los cuales decretaron cánones muy sabios y muy útiles para la moral y hasta para el gobierno del reino. Se fulmina excomunion contra los vasallos que quebranten la fé prometida á los reyes; pero se pide á estos que gobiernen á sus pueblos en la justicia y la piedad y se pronuncia anatema contra los monarcas que abusaren de su potestad para hacer mal. El cuarto concilio de Toledo añade á este decreto general un juicio particular acerca de Suintila, el que segun el consentimiento de toda la nacion se privó de la corona confesando sus faltas. Otros concilios ordenan que los reyes juren no consentir infieles y fulminan anatema contra los que quebrantaren este juramento.

Los sajones que habian conquistado la Inglaterra y divididola en siete reinos, eligieron un monarca que no era mas que su general. Los soberanos de la heptarquía estuvieron perpetuamente en guerra: abrazaron la religion cristiana y fundaron muchos monasterios. Algunos de estos príncipes bajaron del solio para retirarse al claustro.

CAPITULO III.

ESTADO DEL ENTENDIMIENTO HUMANO CON RESPECTO Á LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LA MORAL EN EL SIGLO SÉPTIMO.

Hemos visto que en el Oriente el entendimiento humano pasó sucesivamente del estudio de la filosofía y de las letras á un amor excesivo de lo maravilloso y de este al desprecio de la filosofía, y que forjó infinitas cuestiones inútiles y temerarias sobre los misterios: pues este sistema se siguió en el siglo séptimo.

Los emperadores entregados á las disputas teológicas no estimulaban el talento literario, y la aficion á lo maravilloso destituida de conocimientos apocó el entendimiento; sin embargo subsistieron los colegios y en la capital se perpetuó el estudio de la gramática y de las lenguas. Ya no se hicieron esfuerzos para subir á

las verdades generales y perfeccionar la razon: apènas se tènia un conocimiento superficial de las opiniones de Aristóteles: los filósofos no pasaron de ahí. No hay cosa tan futil como los tratados de Filopono y de los otros filósofos de este siglo. Las obras polémicas carecen casi todas de solidez y de método.

Publicaronse diversos libros, en general bien escritos, que mantuvieron la aficion á lo maravilloso y fueron leidos con ansia, porque en una nacion frívola y dada al lujo subsiste aun la elegancia mientras se extingue la ilustracion, y los escritores superficiales y agradables son en cierto modo los doctores de ella.

El fanatismo de los califas habia hecho de todos sus vasallos unos soldados arrojados, que se creian encargados por el cielo de establecer el mahometismo en toda la tierra y subyugar á todas las naciones. Os requerimos, decian los lugartenientes del califa, que declareis que no hay mas que un Dios y Mahoma es su profeta: que habrá un dia de juicio; y que Dios hará salir los muertos de los sepulcros. Luego que hayais hecho esta declaracion, ya no podremos derramar vuestra sangre, ni quitaros vuestros bienes y vuestros hijos: si os negais á esto, consentid en pagar el tributo y someteos incontinenti: si no, haré que os acometan unos hombres á quienes gusta mas la muerte que á vos el beber vino.

Antes de entrar en batalla el general hacia oracion al frente de las tropas: O Dios, decia, confirma nuestras esperanzas y asiste á los que defienden tu unidad contra los que la desechan. Enmedio de la pelea gritaba Kadel: *Paraiso, paraiso.*

Los cristianos por su parte oraban y celebraban procesiones; los obispos acompañaban á los ejércitos y dirigian sus súplicas al Señor diciendo: Dios mio, si nuestra religion es la verdadera, asistenos y no nos entregues á nuestros enemigos; mas destruye al opresor porque ya le conoces. Asiste, ó Dios, á los que profesan la verdad y andan por el buen camino.

Los musulmanes, testigos de las procesiones y ple-

garios de los cristianos, exclamaban: O Dios, esos infelices hacen súplicas idolátricas y te asocian otro Dios; pero nosotros reconocemos tu unidad y declaramos que no hay mas Dios que tú: asistenos contra esos idólatras, te lo suplicamos por nuestro profeta Mahoma. Si en la pelea cejaban los musulmanes, les decia su general: ¿No sabeis que el que vuelve la espalda al enemigo, ofende á Dios y á su profeta? ¿Ignorais que este dijo que las puertas del paraiso no se abrirán mas que á los que hayan peleado por la religion? ¿Qué importa que haya muerto vuestro capitan? Dios está vivo y vé lo que haceis.

En esta situacion del Oriente, en que los secuaces de la verdadera religion tenian que pelear para defenderse de los feroces y fanáticos sectarios de Mahoma, no habia modo de cultivar las ciencias y las letras: así que unas y otras se extinguieron.

En Occidente tambien se habia sofocado la aficion á ellas por las guerras de los bárbaros: la Italia habia sido devastada por los godos, los visigodos y los longobardos, por los esfuerzos de los emperadores para echar á estos nuevos conquistadores y por las guerras intestinas que se encendieron entre los diferentes caudillos y gobernadores.

Solo la religion ofrecia un recurso contra estas desgracias: el zelo y la piedad de los obispos, de los clérigos y de los monjes habian aliviado á los infelices, consolado á los afligidos y contenido el furor de los guerreros, que no obstante su ferocidad respetaban la virtud y se atemorizaban con los castigos de la otra vida. Así los eclesiásticos y los monjes convirtieron todos sus esfuerzos hácia la piedad y la práctica de las virtudes propias para hacer recomendable la religion á los señores de Occidente y sacarlos de la corrupcion y de los vicios en que estaban encenagados. En este siglo se fijó mucho la atencion en los ritos y ceremonias, y este fue el objeto principal de los concilios de todo el Occidente, que estaba sometido á unos soberanos ignorantes y fero-

ces. Estos si bien habian abrazado la religion cristiana, pero no habian contraido aun el hábito de la virtud, y obedecian alternativamente á sus pasiones y á sus remordimientos, siendo crédulos y supersticiosos, precipitandose en todos los crímenes y estando dispuestos para repararlos á hacer todo lo que no requeria ilustracion ni hábito de virtud.

Estos soberanos no soltaban jamas las armas de las manos ya para acometer, ya para defenderse: á su valor y diligencia debian todas sus ventajas: como habian subyugado á unos pueblos ilustrados y elocuentes, miraban con desprecio las ciencias y las letras, que solo fueron cultivadas por los eclesiásticos y los monjes. Mas estos se hicieron al fin guerreros por la necesidad de defenderse, y cayeron los mas en las tinieblas de la ignorancia.

La religion sola oponia un dique á las pasiones, á la ignorancia y á la barbarie: ella sola producia los intervalos de virtud que se veian en la tierra: ella sola proporcionó á las ciencias y á las letras los asilos donde se trabajaba ocultamente por morigerar las costumbres, disipar la barbarie, restituir á la razon sus fueros formando hombres esclarecidos que con su virtud se captaron la confianza de los soberanos y de los pueblos y que se hicieron necesarios por su ilustracion. Tales fueron muchos papas y obispos, san Isidoro, san Julian, arzobispo de Toledo, san Sulpicio, san Columbano etc., que fundaron casi en todas partes monasterios y escuelas.

CAPITULO IV.

DE LAS HEREJÍAS DEL SIGLO SÉPTIMO.

La iglesia habia definido contra Nestorio que no hay mas que una persona en Jesucristo y contra Eutiques que en el mismo hay dos naturalezas; sin embargo todavia quedaban nestorianos y eutiquianos. Estos pretendian que no se podia condenar á Eutiques sin

renovar el nestorianismo y sin admitir dos personas en Jesucristo. Los nestorianos por el contrario sostenian que no se podia condenar á Nestorio sin incurrir en el sabelianismo y sin confundir como Eutiques las dos naturalezas divina y humana. El ruido que habian metido el nestorianismo y el eutíquianismo, y las turbulencias y la agitacion que habian ocasionado en la iglesia y el estado, fueron causa de que se tratara de estas heregías aun despues que no eran considerables por el número de sus partidarios. Ya no se trataba de establecer la verdad contra los nestorianos y eutiquianos, porque la iglesia habia decidido y estaba probada la verdad del dogma: se buscaba su explicacion. Esta es la conducta del espíritu humano en todas las disputas religiosas.

Se intentó pues explicar cómo dos naturalezas no componian mas que una persona, aunque fuesen distintas; y se creyó resolver la dificultad suponiendo que la naturaleza humana era realmente distinta de la divina; pero que estaba tan unida á ella que no tenia accion propia: que el Verbo era el solo principio activo en Jesucristo: que la voluntad humana era absolutamente pasiva como un instrumento en las manos de un artífice. Esta explicacion pareció desvanecer las dificultades de los eutiquianos y nestorianos, y Heraclio la consideró como un medio de extinguir las reliquias de las dos sectas que se habian resistido á las anatemas de los concilios y al poder de los emperadores. Prendado de esta idea congregó un concilio y dió un edicto que hacia regla de fé y ley del imperio el monotelismo ó sea el error que supone una sola voluntad en Jesucristo.

Heraclio se olvidó de la gloria que habia adquirido contra los sarracenos y los persas, y no vió otros enemigos mas peligrosos para la religion y el estado que los que contradecian ó no querian obedecer su edicto conocido con el nombre de ectesis. Todos sus sucesores se dedicaron á defender ó combatir el monotelismo, mientras que las provincias eran oprimidas por los go-

bernadòres y devastadas por los bárbaros en sus incursiones generales.

En este mismo siglo una mujer maniquea refugiada en los montes de la Armenia infundió á su hijo el pensamiento de hacerse apostol de su doctrina. Este hijo se llamaba Pablo y era entusiasta; adquirió prosélitos y dió nombre á su secta. Su sucesor Silvano reformó el maniqueismo é intentó acomodar el sistema de los dos principios á la Escritura; de suerte que pareció fundarse en ella; y no queria otra regla de fé que la misma Escritura. Acusaba á los católicos de que incurrian en los errores del paganismo y que adoraban á los santos como deidades: afectaba grande austeridad de costumbres; y esta nueva secta se presentó á la gente sencilla como una sociedad que profesaba un cristianismo mas perfecto. Los paulicianos progresaron mucho en este siglo.

SIGLO OCTAVO.

CAPITULO I.

ESTADO DEL ORIENTE EN EL SIGLO OCTAVO.

El imperio de los califas era sin disputa el mas pujante de Oriente: extendiase desde Canton hasta España y comprendia varias provincias del imperio de Constantinopla. Los califas enviaron á los paises conquistados gobernadores que al principio trataron muy bien á los pueblos; pero luego los oprimieron. Encendieronse sediciones y guerras civiles, que no se sofocaron sino con mucho trabajo y derramando torrentes de sangre. En la conquista de España y en la invasion de las Galias perecieron una muchedumbre sin cuento de árabes, godos, francos etc.

El imperio de Constantinopla era el blanco de los sarracenos, godos, hunos y lombardos y de las intrigas y

facciones que se formaban, se extinguian y renacian perpetuamente en su seno. Justiniano echado de sus estados hácia fines del siglo anterior fue repuesto al principio de este y muerto á los ocho años de su reposicion. Filípico que le sucedió, fue depuesto, y su sucesor Anastasio encerrado en un monasterio por Teodoto, á quien el pueblo obligó á aceptar la corona imperial: Leon Isáurico se la quitó. Leon reinó veinte años, Constantino Coprónimo veinticuatro, y su hijo Leon cinco: Constantino Porfirogénito fue asesinado á los diez y siete años de reinado, y su esposa Irene fue depuesta despues de haber gobernado cinco años. Estas revoluciones tan frecuentes y funestas al imperio no eran producidas por un cuerpo de magistrados émulos del poderío de los emperadores, sino que tenian su origen en la corrupcion de las costumbres, en los vicios del gobierno, en la indiferencia con que los emperadores miraban las calamidades del imperio, en la ambicion de los grandes y cortesanos, en su frivolidad que los hacia incapaces de buscar remedios á los males del estado, en su amor insensato del lujo que los impelia á vender su proteccion y sustraer de la severidad de las leyes á los oficiales y gobernadores que habian estrujado las provincias y extinguido el amor patrio en todos los súbditos del imperio.

Ninguno de los emperadores que ocuparon el solio en este siglo, no procuró remediar tantos males: casi todos se dedicaron á hacer triunfar el error que habian abrazado, ó á restablecer la paz en la iglesia: asi Filípico no pensó mas que en los medios de establecer el monotelismo, Leon Isáurico y Constantino Coprónimo en abolir el culto de las imágenes é Irene en restablecerle.

CAPITULO II.

ESTADO DEL OCCIDENTE EN EL SIGLO OCTAVO.

El edicto de Leon el Isáurico contra las imágenes

causó en Italia conmociones de que se aprovecharon los longobardos para su engrandecimiento. El papa Gregorio excomulgó al exarco que intentó cumplir dicho edicto, y escribió al rey de los longobardos Luitprando, á los venecianos y á las ciudades principales exhortandolos á que perseveraran en la fé. Casi toda Italia se levantó: el emperador condujo todas sus fuerzas á la península: el papa llamó en auxilio de Roma á Luitprando y Carlos Martel, y fueron expulsos de ella todos los oficiales del emperador. En fin bajo el reinado de Astolfo se apoderaron del exarcado los longobardos y emprendieron la conquista de Roma. Los papas, los obispos y los monjes habian adquirido mucho valimiento en Occidente; y ¿cómo no habian de adquirirle si tenian grandes riquezas y ellos profesaban por su estado no hacer mal á nadie, sino bien á todo el mundo? Enmedio de los desórdenes de Occidente los papas, los obispos, los clérigos y los monjes cumplian todas sus obligaciones, aliviaban á los menesterosos, los consolaban é instruian á los pueblos.

Asi mientras los soberanos, los señores y los guerreros ejercian un imperio de fuerza y de violencia, la religion levantaba una potestad que influia en el alma y en el corazon por la via de la persuasion, por los motivos mas eficaces que pueden obrar sobre los hombres. El progreso de la potestad religiosa ignorado de la mayor parte de los soberanos del siglo anterior debia ser notado por los hombres virtuosos que trataban de gobierno y deseaban la gloria de la religion y la felicidad de los pueblos: todos debian igualmente conocer las ventajas que podian proporcionarse estas dos potestades, y todos debian igualmente procurar conciliarlas y unirlas. El tiempo pues lo habia preparado todo para formar pactos y ajustar una alianza entre el sacerdocio y el imperio dando á la potestad eclesiástica un estado diferente del que tenia en Oriente.

Asi Pipino el gordo para remediar los desórdenes, ganarse la nacion y dar vigor á las leyes trató de unir

entrambas potestades civil y eclesiástica. Convocó un concilio en el que se arregló todo cuanto era necesario para contener los desórdenes, proteger á los débiles y defender á la iglesia. Carlos Martel que debia sus triunfos á su pericia militar y cuya ambicion temia el poder de la iglesia, trató de destruirle; pero al fin de su vida se reconcilió con ella. Pipino el breve que habia hecho declarar incapaz de reinar á Childerico y recibido la corona de los estados, fue coronado por san Bonifacio arzobispo de Maguncia, auxilió á los sumos pontífices Zacarías y Estevan contra los longobardos y dilató sus dominios; el papa por su parte le coronó nuevamente y le consagró excomulgando á los francos si elegian jamas otros reyes que los descendientes de Pipino.

En fin el papa Adriano acometido por los longobardos llamó á Carlo Magno que destruyó la pujanza de aquellos en Italia, confirmó las donaciones hechas por Pipino á la iglesia y fue coronado emperador de Occidente. Este príncipe dilató su imperio mucho mas allá de los límites del imperio romano en Occidente; poseyó la Italia hasta la Calabria y la España hasta el Ebro; reunió bajo su cetro todas las Galias, conquistó la Istria, la Dalmacia, la Hungría, la Transilvania, la Valaquia, la Moldavia, la Polonia hasta el Vístula y toda la Germania que comprendia la Sajonia. Este vasto imperio estaba habitado por pueblos sediciosos, ignorantes, casi sin costumbres ni virtudes: parte de las naciones conquistadas eran idólatras y feroces, estaban acostumbradas á vivir del pillaje y en una licencia desenfrenada, y aborrecian toda autoridad que propendiese á reprimirla, hallándose siempre prontas á armarse contra sus soberanos y no teniendo en nada los pactos y compromisos mas solemnes.

Carlo Magno con su vasto y profundo talento conoció que la fuerza sola no podia contener á todos aquellos pueblos y que él no podia tenerlos pacíficos y hacerlos felices sino sometiendolos á unas leyes que obedeciesen por persuasion é interés: juzgó que para pro-

ducir esta obediencia en los hombres habia que ilustrar su razon, reprimir con castigos las pasiones que no podia dirigir aquella, y hacer temible la infraccion de las leyes por la autoridad de la religion. Hizo pues que concurrieran la fuerza, la instruccion y la religion como otras tantas potencias que se auxilian y suplen para la felicidad de la sociedad civil.

Mientras Carlo Magno se dedicaba á procurar la dicha de sus estados con sabias leyes; su vigilancia, su diligencia, su valor y su política le defendian y resguardaban de los insultos de los enemigos extranjeros, ya repeliendolos á la fuerza, ya celebrando con ellos oportunos tratados de alianza y amistad. Tal es el plan de gobierno que Carlo Magno se propuso establecer en Occidente y que fue desenvolviendo en todo su reinado: de este plan nacieron todas las leyes conocidas con el nombre de capitulares, todas las instituciones para la enseñanza y educacion de sus vasallos, todos los actos de fortaleza y de vigor que empleó para que abrazasen el cristianismo las naciones idólatras sojuzgadas por él; actos que le valieron el renombre de apostol armado.

La Inglaterra estaba dividida entre varios soberanos sin leyes y casi siempre batallando unos con otros, cuyas impetuosas pasiones solo podian ser reprimidas por el temor de la religion, y cuya ferocidad solo podia amansarse por la caridad cristiana. Algunos hombres verdaderamente apostólicos trabajaron para este objeto y prepararon los ánimos para la formacion de una sociedad culta.

Al principio de este siglo la España era gobernada por reyes que abusaron de su poder, no respetaron las leyes é hicieron infelices á sus vasallos. Uno de estos resentido de un agravio del monarca llamó á los sarracenos: Rodrigo fue derrotado en la famosa batalla del Guadalete y su reino pasó á poder de los califas que extendieron sus conquistas á las Galias, de donde fueron echados por Carlos Martel y Carlo Magno. Un puñado de españoles refugiados en los montes de Asturias y

acaudillados por Pelayo se decidieron á resistirse á los sarracenos y luego formaron el plan de despojarlos de sus conquistas, como lo consiguieron con el tiempo á fuerza de un valor heroico y de una admirable constancia.

CAPITULO III.

ESTADO DEL ESPÍRITU HUMANO EN EL SIGLO OCTAVO.

Todo parecia contribuir á extinguir en la tierra la aficion á las ciencias y las artes: el entusiasmo religioso y militar de los musulmanes estaba aun en su auge. Se levantaron entre aquellos infinitos rebeldes y sectarios que hacian igualmente la guerra á las letras, á la idolatría y á todas las religiones diferentes de la de Mahoma. Asi las ciencias y las letras no tuvieron proteccion ni estímulo y hubieron de ocultarse en todos los dominios de los sarracenos, que se extendian desde Canton á España de oriente á occidente y desde el archipiélago hasta el mar de la India del septentrion al mediodia.

Al nacer el mahometismo los musulmanes declararon la guerra á todos los que no querian recibir su secta, y condenaron á muerte á los vencidos. Pasados los primeros ímpetus del entusiasmo abolieron una ley que hubiera convertido en desiertos los paises conquistados, y se contentaron con hacer el mahometismo la religion dominante: si se exceptúa la bárbara idolatría, permitieron el libre ejercicio de todas las religiones y en especial de aquellas en cuyo favor se habia escrito, persuadiendose probablemente á que una religion defendida con escritos tenia ciertos lados especiosos para seducir á la razon y que es una desgracia, pero no un delito á los ojos de los hombres errar cuando se va en busca de la verdad. Esta tolerancia mantuvo en el imperio de los califas gran muchedumbre de cristianos, judios y sabios ilustrados é instruidos en las ciencias y las artes, que cultivaban ocultamente su razon durante el reinado de los

Ommiadas hasta el califado de Almanzor (año 757).

Al principio de él se observaron algunos eclipses y la aparicion de algunos cometas, y hubo temblores de tierra. A estos fenómenos se siguieron desórdenes, y se creyó que aquellos eran la causa ó señal de estos. El califa quiso conocer tales fenómenos y aprender á pronosticarlos y recurrió á los astrónomos y filósofos sacandolos de la obscuridad donde los habia tenido la barbarie de sus antecesores: pronto gustó de su trato y los llamó á su corte. Por último el proyecto de edificar á Bagdad y sus achaques le hicieron necesarios los geómetras, los matemáticos y los médicos: los buscó, los llenó de riquezas y honores, los llevó á Bagdad y mandó traducir en arábigo y siriaco las obras de los autores griegos.

Sus sucesores Mahadi Hadi y Harun Al-Raschid estimularon y protegieron á los sabios: estos califas tenian siempre consigo un astrónomo y le consultaban, porque al mismo tiempo era astrólogo: asi la astronomía debió hacer mas progresos que las otras ciencias entre los árabes. Los premios y el favor de los soldanes no ilustraron mucho la razon; pero despertaron el deseo de leer los autores griegos. Los esfuerzos de los sabios y califas no disipaban las tinieblas sino con suma lentitud: la mayor parte de los mahometanos que ejercitaban su talento, se dedicaban solo á explicar el Koran y entablaban infinitas cuestiones sobre los dogmas y ceremonias del mahometismo y las leyes y obligaciones que impone. Estas cuestiones se hacian mas difíciles á medida que los árabes se apartaban de la simplicidad de los primeros musulmanes. El pueblo ignorante y supersticioso se dividia entre estos doctores ó se entregaba al primer impostor que queria seducirle con algun prestigio ó con alguna cosa singular: asi los rawadianos veneraron como una divinidad á Almanzor y maquinaron asesinarle porque condenaba la impiedad de ellos. En el reinado de Mahadi un impostor seducia al pueblo con juegos de manos y fue llamado *hacedor de luna*, porque hacia salir de un

pozo un cuerpo luminoso parecido á la luna. A vista de este prestigio el pueblo le tuvo por un profeta, luego por un hombre en quien habitaba la divinidad, y en fin le tributó los honores divinos. Fue preciso enviar tropas contra todos estos impostores.

El imperio de Constantinopla estaba lleno de facciones civiles, políticas y teológicas, que traian ocupados todos los ánimos. Los emperadores desplegaban toda su autoridad y toda su política bien para el triunfo de la opinion que habian abrazado, bien para conciliar los diferentes partidos. Su zelo no se limitaba á su imperio: Heraclio entró en negociaciones con los reyes de España para que obligaran á los judíos á abjurar de su religion. Las personas que habian cultivado las letras en el siglo anterior, no hicieron discípulos, y la aficion al estudio de las ciencias y las letras se acabó en casi todo el imperio de Constantinopla ó se conservó solo en algunos hombres obscuros, cuya ilustracion y talento no tuvo ninguna influencia en su siglo. Viéronse pocos autores aun eclesiásticos, y san Juan Damasceno es el único que reunió erudicion, método é ingenio. La aficion á lo maravilloso dominante en los siglos anteriores se hizo aun mas vehemente en este: hubo mas credulidad: una revelacion ó una aparicion supuesta podia causar un gran efecto en el pueblo, y las disputas de religion fueron mas interesantes que las guerras de los sarracenos y los bárbaros que invadian un imperio cuya conservacion se miraba con indiferencia hacia mucho tiempo.

Desde la invasion de los longobardos la Italia estaba dividida en diferentes principados, y los que los poseian no pensaban mas que en conservar ó aumentar su poderío. Los pueblos gemian bajo el yugo de los tiranos y derramaban su sangre por satisfacer la ambicion de estos: tantos desórdenes habian aniquilado las ciencias y pervertido las costumbres en Italia. Los papas, los obispos y los eclesiásticos, únicos que cultivaban la razon, no se ocupaban mas que en restaurar las costumbres, contener las pasiones por el temor de los castigos de la

otra vida y hacer respetable la religion por la conducta de sus ministros y el aparato augusto de sus ceremonias, capaces de imponer á las almas mas impetuosas y feroces en aquel siglo ignorante y supersticioso.

En Francia las ciencias y las artes que habian buscado un asilo en los monasterios, fueron echadas de ellos en el siglo octavo. La tiranía de los mayordomos de palacio, las guerras de Carlos Martel contra Eudis de Aquitania y contra los sarracenos hicieron guerrera á la mayor parte de la nacion, y todos los que no tomaban las armas, fueron víctimas de la ferocidad de los militares. Carlos Martel ocupó los bienes de las iglesias y los dió á los seglares, que en vez de mantener allí clérigos mantenian soldados. Los monjes y los eclesiásticos obligados á vivir con los militares tomaron las costumbres de estos y al fin sirvieron en los ejércitos para conservar sus rentas. Llegó pues el desorden al extremo, y la ignorancia fue general á mediados del siglo octavo. No quedó en Francia ni en casi todo el Occidente ningun vestigio de ciencias y bellas artes: los clérigos y monjes no sabian apenas leer.

Ya hemos visto cómo enmedio de esta obscura noche el talento vasto y perspicaz de Carlo Magno, abarcando todo cuanto podia elevar un estado al grado mas alto de pujanza, de gloria y de felicidad, formó el plan de combatir la ignorancia y de ilustrar la razon: no omitió diligencia para instruir á todos los hombres sujetos á su dominacion; fundó escuelas gratuitas en las ciudades, lugares y aldeas; y escribió á todos los obispos y abades exhortandolos á que las fundasen en todas las catedrales y abadías. El mismo estudió las ciencias y las artes, y llamó á Francia los hombres mas célebres de Italia é Inglaterra como Walnefrido, Alcuino, Clemente etc. Bien pronto se llenó el imperio de Carlo Magno de escuelas, donde se perfeccionó el método de leer el latin y se enseñaron algunos principios de gramática, de aritmética, de lógica, de retórica, de música y de astronomía, que la religion habia conservado en los claus-

tros y entre el clero para la inteligencia de la sagrada escritura y el arreglo del calendario y del oficio divino.

Todo lo restante del siglo se empleó en comunicar al pueblo estas nociones superficiales. El entendimiento humano no se eleva en los siglos en que hace esfuerzos para difundir la ilustracion, á la manera de los rios que pierden en profundidad á medida que eusanchan su alveo.

CAPITULO IV.

DE LOS ERRORES DEL ESPÍRITU HUMANO CON RESPECTO Á LA RELIGION CRISTIANA EN EL SIGLO OCTAVO.

La ignorancia y el desorden sofocando la razon y proscribiendo las ciencias soltaron el freno á todas las pasiones y pusieron en movimiento todos los principios de superticion que se habian formado en el siglo anterior. Las pasiones y la supersticion combinadas lo intentaron todo, se arrojaron á todo, lo creyeron todo: pusieronse en práctica todas las supersticiones del paganismo y se inventaron otras nuevas: se supusieron apariciones de ángeles y de demonios haciendolos intervenir á su antojo para producir en los ánimos el efecto que se deseaba. Asi se vió á Adalberto llevar en pos de sí un gran séquito de pueblo asegurando que un angel le habia traido de los confines del mundo unas reliquias de admirable santidad, por cuya virtud podia alcanzar de Dios todo cuanto queria. El impostor repartia al pueblo sus uñas y sus cabellos y las hacia respetar como las reliquias de los apóstoles; y el pueblo abandonaba los templos por reunirse en torno de las cruces que erigia aquel en el campo. Mientras la gente que no discurria, recibia sin examen todo cuanto inventaba la impostura para seducir, vieronse algunos hombres entre los que cultivaban su razon, que desechan como Clemente la autoridad de los concilios y de los santos padres y combatian el dogma de la predestinacion, la disciplina y la moral de la iglesia.

En España el deseo de convertir á los musulmanes que miraban como una idolatría el dogma de la divinidad de Jesucristo, precipitó en el arrianismo á Felix de Urgel, el cual enseñaba que Jesucristo no era hijo de Dios por naturaleza, sino por adopcion. No parece que Clemente tuviese discípulos, ni que hiciese progresos el error de Felix. La iglesia no solo condenaba todas estas imposturas y hacia ver la falsedad de las pretendidas maravillas que servian de apoyo á los impostores y de pábulo á la credulidad, sino tambien los errores que combatian los dogmas. Clemente y Felix de Urgel fueron condenados y refutados sólidamente: todos los concilios y todos los escritos atestiguan esta verdad.

Asi enmedio de los desórdenes y de las tinieblas que cubrian la tierra, la iglesia encargada del depósito de la fé conservaba inalterable la doctrina y la moral de Jesucristo y el culto que estableciera el Señor.

SIGLO NONO.

CAPITULO I.

DEL ORIENTE EN EL SIGLO NONO.

Los sarracenos continuaban siendo la potencia dominante. El califa Harun Al-Raschid repartió entre sus tres hijos el gobierno de sus estados. Amini que era el mayor, llevó la Siria, el Irak, las tres Armenias, la Mesopotamia, la Asiria, la Media, la Palestina, el Egipto y todo lo que habian conquistado sus predecesores en Africa desde las fronteras de Egipto y Etiopia hasta el estrecho de Gibraltar, con la dignidad de califa.

Mamun, su hijo segundo, obtuvo la Persia, el Kerman, la India, el Korasan y el Tabrestan con la dilatada provincia de Manwaralinhar.

Kasen, hijo tercero, se quedó con la Armenia, la

Anatolia, la Georgia, la Circasia y todo lo que poseian los musulmanes en las inmediaciones del Ponto Euxino.

Amin, sucesor de Harun, abandonó el gobierno en manos de un visir, el cual obligó con su desgobierno á Mamun á rebelarse contra su hermano. Mamun deshizo las tropas de Amin, quien perdió la vida y el imperio.

El reinado de aquel príncipe fue agitado por sediciones y revueltas que logró reprimir. Los califas que le sucedieron, gustaban de los placeres, del lujo, del fausto, de la música, de las pláticas festivas y de los hombres graciosos, y abandonaron el gobierno del imperio á sus ministros, los cuales daban los empleos sin eleccion y sin atender al bien público. Estos califas habian escogido para guardia de su persona un cuerpo de turcos, cuyo jefe tuvo parte en los negocios del estado. Este jefe y los cortesanos dispusieron de los empleos y hasta del califa; destituyeron, nombraron y mataron califas, se hicieron dueños del mando y no dejaron mas que las apariencias de la potestad á los soberanos. De la corte no tardó en pasar la corrupcion á toda la nacion: las virtudes y grandes prendas de algunos califas no pudieron restablecer el orden en el gobierno y volver los árabes á su primitiva sencillez: el valor se afeminó y una multitud de rebeldes despedazaron el imperio: los pueblos comarcanos y los griegos hicieron irrupciones en el imperio musulman. Por fin se levantó un reformador del mahometismo, el cual acrecentó rápidamente su secta y declaró la guerra al califa. Hacia aquel una vida muy austera, y pretendia que Dios le habia ordenado orar cincuenta veces al dia: adquirió gran número de discípulos, y el gobernador de Kurzestan que advirtió que los labradores suspendian el trabajo para orar cincuenta veces, mandó prender al reformador: este pudo evadirse de la prision, huyó á otra provincia donde ganó prosélitos, y volvió á desaparecer. Sus discípulos fingieron que habia subido al cielo y que era un verdadero profeta enviado para reformar el Koran ó mas bien para explicarle á los musulmanes, los cuales tomaban en un sentido car-

nal y literal lo que Mahoma habia dicho en el alegórico y espiritual.

Durante este siglo no se ve en el solio de Constantinopla mas que emperadores entronizados y depuestos por las facciones como entre los musulmanes: el imperio siempre invadido por los bárbaros y los emperadores casi siempre ocupados en derribar ó restablecer las imágenes.

CAPITULO II.

DEL OCCIDENTE EN EL SIGLO NONO.

Carlo Magno que reinó durante los cuatro años primeros de este siglo, fue temible á todos sus vecinos y querido de sus pueblos; pero no basta la vida de un hombre para ilustrar á infinitos y diversos pueblos sumergidos en la ignorancia y para dar á naciones belicosas el hábito de la virtud, de la moderacion y de la justicia. Su sabiduría habia contenido en cierto modo á sus pueblos, y con su justicia habia subyugado á sus enemigos. Asi por pocas de estas grandes prendas que faltasen al sucesor de Carlo Magno, el imperio de Francia debia caer otra vez en la confusion y el desorden de donde le habia sacado este soberano.

La naturaleza no ha producido quizá aun de seguida dos hombres como Carlo Magno. Su hijo Luis el benigno con excelentes dotes tenia grandes defectos: era benéfico y religioso; pero inconstante, debil y voluptuoso: incapaz de abarcar el plan general que habia formado su padre, solo tomó de él algunas partes pequeñas mirandolas como esenciales y fundamentales. Todo aquel grandioso edificio se hundió: los obispos y los señores se levantaron, y los propios hijos de Luis aprovechandose de los defectos y debilidad del soberano y de las disposiciones de los pueblos maquinaron contra él, formaron partidos y facciones y le quitaron y restituyeron muchas veces la corona. Dividieron el imperio en tres estados, Italia, Francia y Alemania. No se vió ni en los hijos de

Luis, ni en su posteridad ninguna de las grandes prendas de Carlo Magno: todos sus descendientes fueron faltos de ingenio y de talento; casi siempre carecieron de virtud y grandeza de alma y estuvieron dominados por sus pasiones, por los deleites y por los validos. El desorden iba cada vez mas en aumento. La Italia, la Francia y la Alemania estuvieron continuamente en guerra y fueron despedazadas por las facciones intestinas, al paso que todas las naciones comarcanas, los dinamarqueses, normandos y sarracenos, devastaban las provincias del imperio de Occidente. Desapareció el admirable plan de gobierno establecido por Carlo Magno: las leyes no tuvieron vigor; y se eclipsaron los conocimientos y la ilustracion.

Solo los papas y los obispos virtuosos reclamaban los derechos de la humanidad á favor de los pueblos oprimidos: solo ellos podian atajar los males con su virtud y por el temor de los castigos de la otra vida. No obstante la ignorancia y el desorden de este siglo aquel temor espantaba á los malos, y su conciencia asustada los volvia al seno de la religion y los llevaba á los pies de los obispos. A estos los hacian jueces de sus derechos ó se unian á ellos para reformar el estado y la iglesia: asi los estados congregados en Aix, habiendo tomado en consideracion los desórdenes de Lotario, le privaron de su porcion de territorio y se la dieron á sus dos hermanos despues de hacerlos prometer que gobernarian segun los mandamientos de Dios.

Todos los concilios de estos siglos abundan en exhortaciones y amenazas á los soberanos que perturbaban la paz y abusaban de su poder y autoridad contra la iglesia, contra los fieles y contra el pro comun: á los soberanos y potentados se les recuerda la hora de la muerte. Asi los eclesiásticos eran los únicos protectores de la humanidad: sin ellos, sin la religion se hubiera acabado en Occidente toda idea de justicia y de moralidad.

Roberto reinaba en toda Inglaterra al principio del

siglo nono: sus sucesores hasta Alfredo el grande fueron unos príncipes á veces piadosos, siempre débiles.

En todo este tiempo los dinamarqueses hicieron desembarcos en Inglaterra, penetraron hasta el interior y fijaron allí su residencia, mientras otros nuevamente desembarcados inundaban la isla: todas las costas estaban desiertas y el interior devastado.

Alfredo tuvo que luchar con sus enemigos casi todo el tiempo de su reinado, y solo hácia el fin libró de ellos á Inglaterra estableciendo una flota que cruzaba en las costas y destruyó la dinamarquesa.

CAPITULO III.

ESTADO DEL ESPÍRITU HUMANO EN EL SIGLO NONO.

Harun Al-Raschid que reinaba á fines del siglo precedente y al principio de este, amaba á los sabios y cultivaba las ciencias: sus beneficios y atenciones atrajeron á aquellos y resucitaron estas en Oriente; pero no salieron de las paredes de su palacio; y como era sumamente superticioso, trató á los cristianos con extremado rigor. No queria que se comunicase la ilustracion, y los sabios tuvieron valor de combatir su vanidad. Debiendo el doctor Malec explicarle un dia una de sus obras el califa quiso mandar cerrar la puerta; pero se opuso Malec, y le dijo que la ciencia no aprovechaba á los grandes si no se comunicaba á los pequeños. El califa encomendó la educacion de su hijo Al-Mamon á uno de aquellos sabios. Al-Mamon miró la ilustracion y las ciencias como los dones mas preciosos que podia conceder el cielo á los príncipes encargados de gobernar y hacer felices á los hombres, y buscó la sabiduría entre los sabios, á quienes creia destinados y separados en cierto modo de los demas hombres por el mismo Dios para que descubriesen y comunicasen la verdad. Pero sabia que el hombre mas sabio no es infalible: que puede errar y poseer sin embargo conocimientos importantes: juzgó

pues que un príncipe amante de la verdad debia buscarla entre todos los sabios célebres de cualquier religion y nacion que fuesen: así compró las obras famosas escritas en todos idiomas y mandó traducirlas en arábigo. Al-Mamon que creia que todas las ciencias y artes podian ser útiles, no las miraba sin embargo como igualmente aptas para proporcionar la felicidad de los hombres. Hacia mucho mas caso de la moral que enseña á reprimir las pasiones ó á preservarse del lujo y del fausto, que de las artes ó ciencias que los irritan ó halagan, que satisfacen la vanidad y han producido males sin cuento sin haber hecho nunca feliz á nadie. Estableció muchas escuelas ó academias públicas donde se enseñaban las ciencias. Los teólogos mahometanos no se atrevian á oponerse á esta institucion; pero decian en voz pública que Al-Mamon seria ciertamente castigado en la otra vida por haber introducido las ciencias entre los árabes.

Los sucesores de este califa sin tener sus luces protegieron las instituciones que él habia planteado en favor de las ciencias: muchos astrónomos publicaron observaciones muy exactas, varios se dedicaron á la astrología judiciaria, y esta fue una de las causas del progreso de la astronomía, mientras que en las otras ciencias no se hizo mas que traducir y explicar los autores que las habian tratado. No se cultivaban ni con mucho las ciencias con el mismo ahinco en el imperio de Constantinopla: Leon el Isáurico habia destruido todas las fundaciones favorables á ellas, y solo las profesaban hombres obscuros, desconocidos y despreciados. Por los esfuerzos que hizo el califa Amon para llevarse á su corte al filósofo Leon, supo el emperador Teófilo que poseia un grande hombre. Teófilo le estimuló y aprovechó su talento y saber encargandole la enseñanza.

Bardas que gobernaba en tiempo del emperador Miguel, animado por el ejemplo de los califas é inducido por los consejos de Focio intentó resucitar las ciencias y las letras en el imperio griego: estableció maestros de todas y les señaló sueldos y distinciones; con lo que

no tardaron en florecer las ciencias y se restauró el buen gusto. Por los monumentos que se conservan de aquellos filósofos y literatos, se ve que no se proponian mas que entender é imitar á los antiguos.

En Occidente Carlo Magno fomentaba todas las fundaciones que habia hecho en favor de las letras. En las escuelas sin número que estableció, se cultivaba la literatura sagrada y profana y se leian los buenos autores latinos, consagrando todos estos conocimientos á la inteligencia de la Escritura y de los padres: asi que este siglo abundó en comentadores de los libros santos. Al contrario entre los árabes se empleaban estos conocimientos en explicar los mejores filósofos de la antigüedad. Se estudiaron la aritmética, la astronomía y la física como en el imperio de los musulmanes; pero estos por la observacion de los astros y de la naturaleza trataban de pronosticar lo futuro y de conocer las leyes de los fenómenos, y en Occidente todas las ciencias se proponian por objeto la reforma del calendario y el arreglo de las fiestas, asi como la música se destinaba á cantar el oficio de la iglesia, y entre los árabes se consagraba á cantar los versos de sus poetas.

Carlo Magno proponia cuestiones sobre diferentes puntos de literatura, de filosofía ó de teología para dar emulacion á los literatos y ejercitar los ingenios. Este primer impulso intelectual continuó, y los hombres mas ilustrados se ocuparon en formar infinitas cuestiones sutiles, que por lo mismo que se hacian en un siglo ignorante y para ejercitar unos entendimientos faltos de ideas, debian ser muy frívolas y producir infinitas disputas pueriles, entorpeciendo los progresos de la razon y gastando inutilmente las fuerzas intelectuales.

El desorden y la confusion que se siguieron á la muerte de Carlo Magno, destruyeron en la nacion el gusto de las ciencias y las letras, que se volvieron á refugiar en las catedrales y las abadías. Los disturbios civiles y políticos las desterraron de aquellos retirados asilos, y se apagaron hasta los últimos destellos de luz

que Carlo Magno habia hecho brillar en Occidente.

Bajo el reinado de Alfredo empezaron á renacer en Inglaterra las escuelas, que las guerras intestinas y las incursiones de los dinamarqueses habian casi destruido durante la mitad y mas de este siglo. Aquel príncipe que poseia todas las virtudes y prendas recomendables de un rey eminente, era buen gramático, filósofo, arquitecto, geómetra é historiador. Estaba animado de la mas acendrada piedad, y habia dirigido todos sus conocimientos á la felicidad del género humano. Por este medio creó la marina, fortificó las plazas de guerra, é instituyó leyes muy sabias que aun rigen en parte en Inglaterra. Alfredo que sabia por sí mismo cuán necesarias son para el bien estar de la sociedad la sabiduría y la religion, fundó escuelas de teología, de aritmética, de música y de astronomía. Convidó á todos los sabios extranjeros para que fuesen á su reino, atrajo todos los artífices célebres, y no perdonó diligencia para infundir en los ingleses la aficion á las ciencias y letras.

CAPITULO IV.

DE LAS HEREJÍAS, DE LOS CISMAS Y DE LAS DISPUTAS TEOLÓGICAS EN EL SIGLO NONO.

Hemos visto restablecido el culto de las imágenes bajo el reinado de Irene y confirmado por el segundo concilio de Nicea. Leon el armenio no omitió medio ni diligencia para abolir el culto de ellas: Miguel el tartamudo y Teófilo abrazaron todas estas opiniones, y esta disputa perturbó aun el imperio de Constantinopla hasta el reinado de la emperatriz Teodora, la cual dió fuerza de ley á aquel concilio, acabó con la secta de los iconoclastas y empleó toda su autoridad contra la de los maniqueos. Dió órden de hacer pesquisas contra ellos en todo el imperio y de quitar la vida á los que no se convirtiesen. Mas de cien mil perecieron en diferentes suplicios: cuatro mil que pudieron salvarse, se unieron á los

sarracenos, devastaron el territorio del imperio y construyeron plazas fuertes donde se refugiaron los maniqueos que se habian escondido por miedo del castigo, formando una potencia formidable por su número y por su odio contra los emperadores y los católicos. Muchas veces talaron las provincias del imperio y pusieron en rota los ejércitos de este; mas habiendo perecido en una batalla su jefe, quedó destruido aquel partido poderoso que habia hecho temblar el trono de Constantinopla.

Cuando Teodora entregó las riendas del gobierno á Miguel, este príncipe las abandonó en manos de su tio Bardas, el cual se casó con una sobrina suya. Opusose á este casamiento el patriarca de Constantinopla Ignacio: Bardas le depuso y dió la mitra á Focio. Formaronse dos partidos, uno en favor de cada patriarca: el papa se declaró por Ignacio, que era el legítimo, y la iglesia de Constantinopla se separó de la latina, no habiendo podido terminarse el cisma hasta el octavo concilio general.

El impulso que habia dado Carlo Magno al ingenio y á la curiosidad proponiendo cuestiones á los teólogos, á los sabios y á los literatos, continuaba en este siglo. Cuando las ciencias se refugiaron en los claustros, el objeto de las investigaciones fue principalmente la religion: se procuraron descubrir los misterios, explicar los dogmas é interpretar la Escritura; pero sin formar sistemas y casi siempre abrazando algunas ideas ó explicaciones de los santos padres y de los autores eclesiásticos. De aquí dimanaron una porcion de cuestiones ó disputas entre los teólogos. Godescalco suscitó largas y acaloradas controversias sobre la predestinacion. Un monje de Corbia, fundado en el libro de san Agustin *De la cantidad del alma*, pretendió que no habia mas que una sola alma en todos los hombres. Un clérigo de Maguncia enseñó que Ciceron y Virgilio se habian salvado. Ratramno y Pascasio tuvieron una gran controversia sobre el modo con que Jesucristo está en la Eucaristía, sobre qué viene á ser de las especies eucarísticas, y sobre la manera cómo la virgen Maria habia dado á luz su hijo Jesus. Amalario

examinó profundamente si la palabra Jesus se debia escribir con aspiracion, y si la voz *querubin* era masculino ó neutro.

Los esfuerzos hechos para explicar la sagrada escritura y buscar en ella las opiniones que se habian abrazado, condujeron á suponer sentidos místicos, espirituales y ocultos é hicieron dar especificaciones ridículas. Asi Hincmaro halló verdades ocultas en los números 10, 30 etc.: asi una mujer pretendió haber encontrado en el Apocalipsis que el fin del mundo ocurriria el año 848; y creyendo tener mision del cielo para anunciarlo lo anunció y adquirió prosélitos.

SIGLO DECIMO.

CAPITULO I.

ESTADO DEL ORIENTE EN EL SIGLO DÉCIMO.

El imperio musulman estaba dividido en diferentes gobiernos, sobre los cuales no ejercia el califa su antiguo poder absoluto. Despues de Mahoma se habian levantado una multitud de impostores que habian hecho menos respetable á aquel sectario: los califas sumergidos en el lujo y los deleites no tenian ya nada de aquellas costumbres austeras, ni de aquella sencillez que hizo poderosisimos á los primeros sucesores del fundador del islamismo.

Cuando Omar iba á tomar posesion de sus conquistas, montaba en un camello cargado de dos alforjas llenas de arroz, de trigo cocido y de frutas: delante llevaba un pellejo de agua y detras una escudilla de madera. Cuando comia, comian con él en la misma escudilla sus compañeros de viaje. Sus vestidos eran de pelo de camello. Sabia muy bien el Koran y predicaba con vehemencia. Sus sucesores tenian diez mil caballos y cuarenta mil criados.

La sumision al califa y el respeto á la religion se fueron debilitando insensiblemente. Aquellos califas que

desde el interior de su mezquita habian hecho volar los árabes hasta España, se presentaron en vano con el Koran y con todo el aparato de su religion para contener á los facciosos, y eran asesinados enmedio de sus doctores. Los fanáticos, los sediciosos y los descontentos excitaban rebeliones en el imperio que le inundaban de sangre de los musulmanes. En fin á mediados de este siglo la vasta extension del imperio estaba dividida en infinitas provincias ó gobiernos, sobre los cuales no poseia el califa sino una especie de preeminencia concerniente mas bien á las cosas de la religion que á la gobernacion política. Toda la autoridad del califa pasó luego á manos de sus visires ó validos, que solamente conservaron á aquel como una especie de fantasma para embaucar á los pueblos, poco mas ó menos como eran los reyes francos al fin de la primera dinastía en manos de los mayordomos de palacio.

Al principio del siglo décimo reinaba en Constantinopla Leon el filósofo: sus virtudes y talentos y la sabiduría de su gobierno no le libraron de las conspiraciones. Quiso casarse en cuartas nupcias y le excomulgó el patriarca Nicolás: dió un edicto para autorizar dichas nupcias y se opuso el clero: Leon no hizo caso de esta oposicion. Un hombre de la hez del pueblo intentó asesinarle; pero no le mató. Puesto el reo en el tormento no descubrió ningun cómplice. A Leon le sucedió en el trono su hijo Alejandro que pereció por sus liviandades al cabo de trece meses, nombrando por su sucesor á su sobrino Constantino. Los validos de este príncipe se apoderaron de la autoridad y excitaron turbulencias en el imperio, mientras las provincias eran el blanco del furor de los sarracenos.

Roman obligó á Constantino á asociarle al imperio: á Roman le depuso su propio hijo, que tambien fue depuesto y ordenado. Luego que Constantino recobró la autoridad, envió á Leon y Nicéforo contra los sarracenos. Su hijo Roman seducido por su mujer Teofana conspiró contra su propio padre y le propinó un veneno.

Cometido este parricidio se encenagó en la sensualidad y las disoluciones mientras Nicéforo se cubria de gloria peleando con los sarracenos. El ejército proclamó emperador á Nicéforo, el cual no tardó en ser víctima de una conjuracion tramada por Zimisces que se sentó en el trono. Achacó el asesinato de Roman á Teofana y Ablantio: el patriarca le obligó á desterrarlos, le hizo prometer que revocaria todos los edictos contrarios al bien y á los fueros de la iglesia, y le coronó. Su reinado fue perturbado por conspiraciones, guerras y levantamientos de muchas ciudades de Oriente oprimidas con las vejaciones del eunuco Basilio, primer ministro imperial. Este valido que temia la justicia de Zimisces, le envenenó y continuó mandando bajo el reinado de Constantino y Basilio, hijos de Roman, que Zimisces habia nombrado para imperar.

En el reinado de Constantino y Basilio abundaron las rebeliones y guerras como en el anterior.

CAPITULO II.

DEL OCCIDENTE EN EL SIGLO DÉCIMO.

La Italia ardia en guerras civiles: las diferentes facciones llamaban á los príncipes comarcanos y muchas veces á los bárbaros, se cansaban bien pronto de ellos é invocaban el auxilio de otros que se les hacian inaguantables.

Por fin Oton llamado por el papa Juan XII destruyó todos estos partidos, conquistó del poder de los griegos la Pulla y la Calabria, reunió la Italia á la Alemania y fijó aquí el imperio.

La Francia estuvo expuesta á las incursiones de los normandos, á quienes abandonó Carlos el Simple la parte de la Neustria que luego se llamó Normandía. Los señores disgustados de Carlos eligieron rey á Roberto, hermano de Eudis: Carlos y Roberto se coligaron con sus vecinos. Despues de la muerte de Roberto los esta-

dos eligieron á Rodulfo; y Carlos abandonado de todos murió cautivo en Perona.

Muerto Rodulfo, el conde de Paris y de Orleans Hugo el Blanco llamó á Luis, hijo de Carlos, que habia pasado á Inglaterra despues de la desgracia de Carlos el Simple. Luis de Ultramar formó el proyecto de humillar á los señores y celebró alianzas: los señores se coligaron tambien, unos con los búlgaros, otros con los normandos. Luis á su muerte dejó la Francia hecha el blanco de todas estas facciones.

Su hijo Lotario fue activo y guerrero; pero falto de buena fé, y murió envenenado. Dejó la tutela de Hugo Capeto á su hijo Luis que falleció á los diez y siete meses de reinado, y Hugo Capeto ocupó el solio. Los vasallos se habian hecho poderosos en los reinados anteriores: cada señor construia castillos y fortalezas, los mas en las alturas: ocupaban el paso de los rios, violentaban á los mercaderes, exigian tributos, imponian censos á veces extravagantes y ridiculos. Hugo Capeto les hizo la guerra, y hubo hombres virtuosos y denodados que combatieron á aquellos tiranos y los obligaron á reparar los daños que habian causado, creando asi la caballería andante.

La Alemania no gozó de mas tranquilidad: los grandes estuvieron casi siempre armados unos contra otros ó contra los emperadores. Cuando estos se desembarazaron de sus enemigos, tomaron parte en la guerra de sus vecinos: asi la Alemania estuvo casi siempre guerreando.

En Inglaterra hubo algunos intervalos de paz: los dinamarqueses la talaron muchas veces y se vió despedazada por guerras intestinas.

CAPITULO III.

ESTADO DEL ESPÍRITU HUMANO EN EL SIGLO DÉCIMO.

Por aficion, por costumbre ó por vanidad los califas protegian el talento y llamaban á su corte los hombres célebres. Los soldanes que se apoderaron de la au-

toridad de los califas, quisieron como ellos tener astrónomos, médicos y filósofos y hacer florecer cada uno en sus estados las ciencias y las artes. Asi la desmembracion del imperio de los califas y las guerras de los visires, soldanes, emires y omras nò hicieron mas que multiplicar las escuelas y favorecèr á muchos talentos que hubieran quedado enterrados, si hubiesen estado lejos de la vista del soberano. La ilustracion se difundió en Oriente por medio de los soldanes y emires. Buena parte de los sabios se ocuparon solamente en traducir las obras de los antiguos filósofos ó estudiar las traducciones hechas en el siglo anterior: otros comentaron los tratados de Aristóteles y de los antiguos y aun se recopilaron sus mejores pensamientos.

Entre los teólogos musulmanes se levantó una secta de letrados que pretendian que no se podia llegar á la perfeccion sino por la union de la filosofía con el Koran, y formaron en el mahometismo un nuevo sistema de teología filosófica. Los teólogos musulmanes estaban divididos en diferentes partidos: tenian sus predestinacianos, sus pelagianos, sus optimistas, sus origenistas, teólogos que combatian las leyes generales en lo moral y en lo físico: algunos negaban que pudiesen condenarse los musulmanes. Hubo sectas que defendian que la divinidad residia en todas las criaturas y particularmente en los hombres en cuanto lo permitia su naturaleza: que Alí participaba de la naturaleza divina mas que ninguna criatura y que era Dios tambien. En fin hubo un poeta cuyos versos eran tan tiernos y hacian tal efecto en los lectores, que se le tuvo por inspirado: él mismo lo creyó, se anunció como profeta y le reconocieron tal varios tribus. Se le mandó prender, y para conseguir él la libertad desistió de sus pretensiones y no hizo mas sectarios.

En el imperio de Constantinopla movido Bardas del ejemplo de los príncipes árabes y sugerido por Focio habia empezado á restaurar las ciencias y las letras á fines del siglo último. Constantino Porfirogénito entró

en sus miras y llamó de todas partes filósofos, geómetras y astrónomos que enseñaron en Constantinopla; pero no se ve que este siglo produjese filósofos ó escritores célebres en aquel imperio: dominaba la aficion á lo maravilloso, y tal vez era este el único recurso que podian emplear los hombres ilustrados y virtuosos contra las pasiones y vicios del siglo. Asi se determinó el Metafraste á recopilar las leyendas de los santos esclarecidos por sus virtudes y por innumerables prodigios extraordinarios, á las veces supuestos.

En Occidente se habian formado infinitos estados que hacian continuos esfuerzos para su engrandecimiento ó para defenderse de los limítrofes, de los normandos, los sarracenos, los búlgaros, que penetraban por todos lados en Francia, en Italia y en Inglaterra. Una guerra tan general y continua habia esparcido el desorden por toda Europa: no era respetada la humanidad, ni los asilos de la virtud, ni el retiro de las ciencias y las letras. Todo el mundo habia tenido que armarse para su propia defensa: la guerra habia producido la licencia, inflamado todas las pasiones y extinguido todos los conocimientos en los señores, en los guerreros, en la mayor parte del clero secular y regular y en el pueblo. Mas los desórdenes no habian destruido en los ánimos las verdades de la religion. Algunos hombres virtuosos aprovecharon estas preciosas reliquias de ilustracion, y pintaron con vigor los castigos reservados al crimen representandolos bajo las imágenes mas terribles y las únicas capaces de hacer efecto en unos hombres sin costumbres, sin principios, sin ideas é incapaces de reflexion.

Los castigos de la otra vida hacian una mella profunda y durable y colocaban el alma entre la impetuosidad de las pasiones y el terror de las penas eternas. Estas dos potencias se equilibraban por decirlo asi y triunfaban alternativamente. Cuando era extremada la pasion, borraba en cierta manera toda idea de la otra vida; pero cuando se moderaba aquella, volvia á apare-

cer la imagen del infierno, obraban los remordimientos, y los hombres apasionados cuyo caracter es casi siempre debil, recurrian á todos los medios imaginables para expiar sus pecados incurriendo á veces en la superstición: el mas leve accidente, todos los fenómenos eran presagios ú obra de los demonios. A mediados de este siglo se tuvo por una aparicion de demonios vestidos de caballeros un huracan extraordinario que hubo en Montmartre cerca de Paris y que derribó algunas paredes antiquisimas, arrancó las viñas y asoló los sembrados. Se recurrió á todas las especies de adivinaciones y pruebas practicadas en los siglos anteriores.

Algunos clérigos de Rotario, obispo de Verona, solamente concebian á Dios bajo una forma corporea y como un hombre infinitamente poderoso, sentado en un trono de oro y rodeado de ángeles, que no eran mas que unos hombres vestidos de blanco. Se creia que en el cielo pasaba todo como en la tierra, y se decia que san Miguel cantaba misa todos los lunes en la gloria. La imaginacion familiarizada con estos objetos recibió sin examinar como en el siglo precedente una porcion de visiones y apariciones discurridas muchas veces por hombres virtuosos y sencillos.

Enmedio de la agitacion y de los disturbios habia ocios de paz y tranquilidad. En estos intervalos necesita entretenimiento el espíritu humano: esta necesidad es la que ha producido en todos tiempos y en todos los pueblos el crédito de los sucesos interesantes y de las famosas hazañas de los heroes y guerreros. Tal habia sido el origen de la comedia, de la tragedia y de una parte de las fábulas entre los antiguos, de los bardos y escaldos entre los galos, los germanos y dinamarqueses, de los trobadores, cantores, juglares y bufones en el siglo anterior. Todos estos hombres añadian á los hechos verdaderos las circunstancias mas á propósito para interesar á aquellos ante quienes los relataban: estos cuentos eran unas novelas cortas que extendió la necesidad de recreacion en una nacion falta de artes y cien-

cias, y ofrecieron una mezcla de valor militar, de pasiones, de virtudes civiles, de galantería y de religion.

Aunque el desórden era grandísimo, sin embargo no habia destruido todas las instituciones planteadas en favor de las ciencias y las letras: hubo ademas escuelas célebres en Lieja, Paris, Arras, Cambrai, Laon y Luxeuil. En ellas se leian los antiguos y se procuraba explicarlos: las obras de este siglo no fueron mas que unas compilaciones de pasajes de aquellos.

Al fin los príncipes árabes establecidos en España sacaron al Occidente de la indiferencia en que yacia respecto de las ciencias y la filosofía, por las embajadas que enviaron. Propusieron dificultades contra la religion cristiana; se buscaron sabios para responder á ellas; y estos sabios acompañaron á los embajadores despachados.

El comercio con los sarracenos de Oriente y de Occidente engendró la aficion á las lenguas orientales, que se estudiaron en muchas escuelas, asi como la filosofía de Aristóteles que era el oráculo de los árabes; pero solo se pensó en su lógica.

El siglo décimo, tan fecundo en desgracias y sumergido en una ignorancia profunda, no produjo ninguna herejía.

SIGLO UNDECIMO.

CAPITULO I.

ESTADO POLÍTICO DE LOS IMPERIOS EN EL SIGLO UNDÉCIMO.

El imperio musulman estaba tal como le hemos pintado á fin del siglo décimo. Los califas eran unas fantasmas sin autoridad: los soldanes gobernaban como señores absolutos: una multitud de descontentos y ambiciosos turbaban el estado. Mahmud, soldan de Bagdad, llevó sus armas á la India y la subyugó: allí destruyó

la idolatría é introdujo el mahometismo hasta el reino de Samorin y Guzarate, donde hizo degollar mas de cincuenta mil idólatras. Mientras Mahmud extendia el imperio musulman, los turcos seljucidas ocuparon varias provincias sujetas á los soldanes. El califa oprimido por el de Bagdad los llamó y declaró á su caudillo señor soberano de todos los estados que le habia confiado Dios, proclamandole rey de Oriente y Occidente. Sus sucesores dilataron sus dominios, hicieron una guerra larga y cruel al imperio de Constantinopla, se apoderaron de la Georgia y extendieron su dominacion desde la Siria hasta el Bósforo.

El emperador Basilio que habia empezado á restablecer el imperio de Constantinopla, tuvo por sucesor á su hijo Constantino, que dejó el gobierno á sus ministros para entregarse á los deleites. Todos los que se habian distinguido en el reinado de Basilio, fueron despojados de sus empleos ó condenados á muerte. En todo este siglo la perfidia, el hierro y el veneno fueron los medios ordinarios para dar y quitar el trono. Por estas vicisitudes se puede juzgar de los vicios del gobierno y de la desgracia de los pueblos, que ademas estaban continuamente expuestos á las incursiones de los búlgaros, de los sarracenos y de los turcos, á quienes no podian resistir los emperadores, y sin duda hubieran conquistado el imperio sin las discordias que se suscitaron entre ellos y que solo podian precaverse ó atajarse por la autoridad de las leyes.

El Occidente estaba tan dividido y agitado como el Oriente: algunos soberanos virtuosos y de un ingenio aventajado que aparecieron de cuando en cuando, no pudieron restablecer el orden, ni comunicar sus virtudes y talentos á sus sucesores.

En la silla de san Pedro se sentó un pontífice de extraordinaria virtud y firmeza, que se atrevió á combatir el desorden en la persona misma de los soberanos. Gregorio VII juzgó que las calamidades de Europa tenian su origen principalmente en la corrupcion de las

costumbres, en el desenfreno de los pasiones y en el abuso del poder, y formó el proyecto de someter aquella potestad á las leyes del cristianismo y á la cabeza visible de la iglesia y de refrenar las pasiones por los motivos mas eficaces que pueden influir en un cristiano, el temor del infierno, la separacion de la iglesia y la excomunion acompañada de las circunstancias mas terribles. La pureza del motivo que le animaba, y su misma virtud no le dejaron prever que la cabeza de la iglesia podria abusar de la inconmensurable potestad cuyos cimientos echaba: no vió mas que un remedio para curar las desgracias que afligian á la Europa.

Las pasiones no habian extinguido la fé: los pueblos estaban oprimidos de males y carecian de los conocimientos necesarios para discernir los límites de la autoridad de la iglesia. No se vió en un príncipe excomulgado ó depuesto por el papa mas que un tirano, un réprobo, un enemigo de la religion, un satélite de Satanás, un hombre poseido de este espíritu infernal. Obedecerle á él era obedecer al demonio: asi la sentencia del papa que deponia á los reyes, y la excomunion que los separaba del gremio de la iglesia, fueron un oráculo para los pueblos y un rayo para los soberanos.

Las peregrinaciones á la tierra santa eran frecuentes en este siglo, y los peregrinantes eran embestidos por los turcos que se habian enseñoreado de la Palestina. A su regreso hicieron los peregrinos una pintura patética de lo que habian padecido, y del estado lamentable de los cristianos en la tierra santa. El papa en un concilio exhortó á los fieles á que la sacasen del poder de los infieles: los obispos, los señores y los pueblos se inflamaron en zelo: mas de seiscientos mil combatientes se partieron sucesivamente para la Palestina, la conquistaron y establecieron un nuevo imperio en Oriente. La empresa en sí era digna de alabanza, y ademas la reunion de los cristianos para un objeto religioso y de interés comun podia contribuir á cortar los celos, los

odios y las discordias que armaban á los príncipes y los pueblos de Europa unos contra otros.

CAPITULO II.

ESTADO DEL ESPÍRITU HUMANO EN EL SIGLO UNDÉCIMO.

Los turcos que subyugaron la Persia, la Siria y la Palestina, protegieron á los sabios y los consultaron; fundaron academias y tuvieron en su corte astrónomos, poetas, filósofos y médicos. Sus conquistas en la India llevaron á esta region las ciencias y la filosofía de los árabes y les comunicaron á ellos y á los demas filósofos griegos la filosofía de la India. Los filósofos de Oriente no eran ya unos simples traductores de los antiguos, sino que los comentaron, los examinaron, discutieron sus opiniones y principios, los ordenaron, les dieron enlace y unidad y formaron sistemas.

Las ciencias fueron poco cultivadas en el imperio de Constantinopla, cuya juventud se dedicaba á la caza, al baile y á la vanidad y miraba con sumo desprecio las ciencias y las letras, hasta que bajo el reinado de Constantino Monomaco restauró Pselo el estudio de las letras, de la filosofía y de la gramática; pero la filosofía no era mas que el arte de hacer silogismos y sofismas sobre todas materias: era un ejercicio intelectual que apocaba el entendimiento lejos de dilatarle é ilustrarle.

En Occidente las anatemas de la iglesia, el temor del infierno y las virtudes de muchos papas, obispos y abades disminuyeron los delitos y los vicios: viéronse menos vejámenes, menos rapiñas y pillaje: las iglesias y monasterios fueron mas respetados: se restablecieron la disciplina y el orden: las ciencias y las letras se cultivaron en paz: las escuelas estuvieron abiertas para todos los que querian aprender: la generosa piedad del clero y de los monjes suministraba á los hombres de talento, pero pobres, cuanto les era necesario. Poco tardaron en

llenarse las escuelas de estudiantes aplicados y que ardian en emulacion; circunstancias que comunicaron á todos los estados y condiciones. Los reyes, príncipes y señores, las princesas y las damas de la corte cultivaron las letras: la ilustracion encerrada hasta entonces en los claustros se difundió por toda Europa y produjo una mudanza súbita en las ideas, en los gustos y en las costumbres. La consideracion anexa á los talentos literarios, á los conocimientos y á la virtud disminuyó la aficion que habia al valor feroz y á los ejercicios violentos, que son siempre el recurso de la ignorancia y de la barbarie contra el fastidio: el valor se volvió humano y fue premiada asi la virtud como el denuedo: los torneos se sustituyeron á los salteamientos y los duelos, que la ociosidad y la necesidad de ocuparse en algo habian hecho tan frecuentes en el siglo anterior.

Durante este se siguió en las escuelas el método de Alcuino, llamado *trivium* y *quadrivium*. Se enseñaba la gramática, la lógica y la dialéctica que era el *trivium*, y luego se estudiaban la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, que era el *quadrivium*.

Como las ciencias se enseñaban al principio en las iglesias catedrales y en los monasterios, se dirigieron todas hácia la religion y las costumbres. Luego que se multiplicaron las escuelas y se hubo comunicado al exterior la emulacion, vinieron á ser una especie de palestra donde cada cual procuraba distinguirse, y la filosofía fue el objeto principal de la aplicacion, en especial cuando á mediados de este siglo se multiplicaron en Occidente las obras de Aristóteles, de Avicena y de Averroes, las introducciones de Porfirio y las Categorías atribuidas á san Agustin.

El arte de raciocinar no es mas que el arte de comparar las cosas desconocidas con las conocidas para descubrir por medio de esta comparacion las que no se conocen. Aristóteles habia observado que de los diferentes modos de comparar los objetos de nuestros conocimientos habia algunos que no podian ilustrarnos jamas acer-

ca de lo que procurabamos saber, y que eran falsas todas las inducciones sacadas de estas comparaciones. Redujo á ciertas clases todos los modos de comparar estas ideas, y señaló aquellas cuyas consecuencias eran falsas. Por medio de estas especies de fórmulas se veia de un golpe si una consecuencia era exacta; que es lo que se llama en las escuelas las figuras de los silogismos. En estas fórmulas se creyó hallar un medio infalible y breve para conocer si uno se equivocaba, y cerciorarse de la verdad de los juicios y de las opiniones examinadas. Las categorías no eran mas que ciertas clases bajo las cuales se habian reducido los atributos, las propiedades y las calidades que pueden admitir todos los entes; de suerte que para discurrir sobre un objeto y conocer su esencia, sus relaciones y sus diferencias respecto de otro no habia mas que ver por medio de las reglas de los silogismos á cuál de estas clases generales se referia. Asi por ejemplo una *sustancia* hacia una categoría en la cual se examinaba la naturaleza de la sustancia en general; y para juzgar si tal objeto era una sustancia se examinaba si tenia las propiedades esenciales comprendidas en la categoría de esta. Se creyó pues que conociendo las categorías y las figuras de los silogismos podia discurrirse acerca de todo, porque se tenian definiciones ó nociones generales de todas las especies de entes y podian compararse estas definiciones generales con las ideas ó las definiciones de los entes particulares. Asi todos los raciocinios de estos filósofos estribaban en ideas abstractas, en definiciones de nombre, en nombres y no en ideas tomadas del examen ó de la observacion de la cosa misma sobre que se discurria.

Juan el sofista echó de ver que estas ideas abstractas no tenian existencia mas que en el entendimiento y no expresaban nada que existiese en la naturaleza; de donde inferia que la lógica no tenia por objeto mas que ideas abstractas ó mas bien las palabras que las expresaban. Muchos filósofos se ofendieron de una opinion que degradaba la dialéctica ó mas bien la filosofía, y preten-

dieron que el objeto de la lógica eran las cosas y no las palabras. La idea de Juan el sofista, que debia naturalmente dar á conocer la inutilidad de la filosofía de este siglo y conducir al estudio de las cosas, es decir, á la observacion y á los hechos, haciendo ver que la filosofía de las escuelas no podia dar nunca á conocer la naturaleza, ni el hombre, produjo un efecto enteramente contrario. Los enemigos de Juan pretendieron que los objetos de las ideas generales y abstractas existian real y efectivamente en la naturaleza. Los partidarios de aquel filósofo impugnaron semejante opinion; y de ahí se formaron las sectas de los nominales y realistas, cuyas disputas absorbieron casi todos los esfuerzos del entendimiento humano por algunos siglos. La idea de Juan el sofista quedó sepultada en estas disputas, y hasta seiscientos años despues no la descubrió Bacon y sacó esta consecuencia tan inmediata: que la razon solamente puede ilustrarse por la observacion y el conocimiento de los hechos, por el estudio de la naturaleza.

La física era absolutamente ignorada, si se exceptua alguna parte de la historia natural, como la historia de los animales y de las piedras preciosas, sobre que escribieron Hildeberto y Marbonio, obispos del Mans y de Rennes. No se estudió el mecanismo de la naturaleza, y los fenómenos extraordinarios eran siempre presagios ó efectos particulares de la Providencia que se explicaban por razones místicas y morales.

La crítica era tan ignorada como la física: asi en este siglo hubo disposicion á ver maravillas en todos los sucesos y á creer todo lo que se contaba. Asi el entendimiento se ejercitó mucho sin ilustrarse, y se extendió sobremanera la credulidad.

CAPITULO III.

DE LAS HEREJÍAS Y CISMAS EN EL SIGLO UNDÉCIMO.

La ciudad de Constantinopla se entregaba á las di-

versiones y pasatiempos mas frívolos, y por satisfacer estos gustos y placeres se fraguaban intrigas, se formaban partidos y se tramaban conjuraciones: todos se dejaban arrastrar de este movimiento general, y no se vieron herejías en el imperio de Constantinopla; pero el cisma levantó la cabeza. El patriarca Cerulario formó el plan de declararse patriarca universal; mas viendo que la iglesia de Roma seria un obstáculo invencible á sus pretensiones resucitó las acusaciones que habia hecho Focio á dicha iglesia, de haber caido en errores perniciosos. Cerulario fue excomulgado por el papa y él excomulgó al pontífice. Ganó al pueblo, adquirió secuaces en la corte, excitó sediciones, alborotó ó apaciguó el pueblo á su antojo, hizo temblar al emperador y dispuso del trono. Despues de su muerte el fuego que habia encendido abrasó el imperio, sin que pudiera apagarle el poder de los emperadores.

En Occidente los que seguian la carrera eclesiástica hacian sus estudios en las escuelas dedicandose especialmente á la dialéctica. Hemos visto que el que la estudiaba se consideraba con aptitud para discurrir sobre todas las cosas cuyos nombres sabia: asi no se juzgó ya necesario para ser teólogo el conocimiento de los santos padres y de los autores eclesiásticos: al estudio de estos se sustituyó el arte de silogizar, con el cual se intentaron tratar los dogmas y explicar los misterios. Por este método tendia el entendimiento á asemejar los misterios á las nociones ó ideas que da la razon: asi es que Berengario incurrió en el error de la impanacion queriendo explicar el misterio de la Eucaristía, y Roscelino en el triteismo queriendo explicar el misterio de la Trinidad.

Despues de la rota del ejército de Crisoquir las reliquias de la secta de los maniqueos se habian dispersado por la Italia estableciendose en Lombardía, de donde pasaron á los diferentes estados de Europa.

Estos nuevos maniqueos habian hecho variaciones en su doctrina y profesaban mucho amor á la pobreza

y la virtud. Estas apariencias sedujeron á algunas personas virtuosas. Fueron presos y arrojados á la hoguera algunos maniqueos; pero no pudo acabarse con la secta: sus reliquias se ocultaron y diseminaron en todo el Occidente, y ya veremos los efectos en los siglos posteriores.

SIGLO DUODECIMO.

CAPITULO I.

ESTADO POLÍTICO Y CIVIL DEL IMPERIO EN EL SIGLO DUODÉCIMO.

Las turbulencias y la confusion llegaron al extremo en Oriente: el nuevo estado que habian formado los cristianos, fue una ocasion continua de guerras: los soldanes estaban siempre con las armas en la mano para contener á los cruzados que inundaban la Siria, la Palestina y el Africa. Los emires que no tomaron parte en las guerras de los cruzados, se la hacian entre sí ó estaban ocupados en repeler á los turcos que llegaban en tropa al imperio musulman. En fin del interior del Tibet vinieron los tártaros mandados por el preste Juan, quien extendió su dominacion hasta las orillas del Tigris. No parece sino que los pueblos diseminados en la superficie del globo se empujan como los elementos y se inclinan por su propio peso á los lugares donde el lujo, la tiranía y la corrupcion han enervado las almas, asi como el aire, el agua y el fuego se precipitan en los espacios vacíos ó llenos de un aire sin elasticidad ó de cuerpos sin resistencia. Los antiguos dominios de los emperadores romanos en Asia debilitados por el lujo, las turbulencias, las vejaciones de los gobernadores, el desprecio y violacion de las leyes y las incursiones de los bárbaros parece que eran el lugar de concurrencia de todas las naciones.

El emperador de Constantinopla incapaz de resistir

á los sarracenos y temiendo á los cruzados se unia alternativamente á los unos ó á los otros sin poder aprovecharse ni de sus victorias ni de sus derrotas, y estuvo en guerra con los turcos, los sarracenos, los príncipes normandos establecidos en Italia y las tropas de los cruzados. En lo interior estaba agitado el imperio por facciones, revueltas y cismas, y los emperadores educados los mas en la molicie y entregados á los deleites aun enmedio de las desgracias del estado agobiaban á los pueblos con tributos y eran depuestos ó asesinados. Asi sucedió á Andrónico y á Isaac Angelo.

El Occidente estaba dividido como en el siglo anterior en infinitas provincias, soberanías y estados, cuyos jefes se hacian la guerra. El hábito de la disipacion y de la ociosidad la habia hecho necesaria á los señores y á los nobles, y los soberanos de estados pequeños la miraban como un medio de evitar el incremento de las grandes potencias. Asi hubo aun muchos disturbios y guerras en este siglo en Occidente.

Los papas se oponian á estos desórdenes, convidaban á los soberanos á la paz y procuraban convertir aquella pasion general de la guerra contra los usurpadores, los opresores de los pueblos y los infieles. Es pues una injusticia atribuir á la ambicion ó á la codicia los esfuerzos que hicieron los papas para extender su poderío y limitar el de los príncipes temporales. Leibnitz que habia estudiado la historia como filósofo y político y conocia mejor que nadie el Occidente en aquellos siglos de desorden, confiesa que este poder de los papas evitó muchas veces grandes males. Para procurar mas certeramente el bien y la paz quisieron tomar todo cuanto pudieron de la potestad y de los derechos que gozaban los príncipes temporales y de que abusaban entonces casi siempre: tal fue el derecho de las investiduras, que sugeria á los soberanos un pretexto para vender los beneficios, las mitras y las abadías. Gregorio VII contradijo este derecho y se le quitó al emperador Enrique IV: quiso recobrarle Enrique V y fue excomulgado: viendose aban-

donado de la mayor parte de sus vasallos y despues de veinte años de guerra en Alemania é Italia, en la que tomaron parte todos los príncipes cristianos, tuvo que conceder á todas las iglesias de su imperio las elecciones canónicas y las consagraciones libres, desistir de las investiduras por el báculo y el anillo y recibir licencia del papa para asistir á las elecciones á fin de conservar el orden. Las mismas disputas turbaron la paz en Inglaterra.

Asi la contienda sobre las investiduras aumentó el poder del papa y del clero, que gozaban con independencia de los emperadores infinitos estados, tierras y señoríos. El poder de los papas elevado á este grado de grandeza vino á ser objeto de la ambicion y de la intriga: su influencia en los negocios civiles y políticos de Europa hacia interesante para todos los soberanos la eleccion de los pontífices. Asi se vieron en este siglo algunos antipapas que causaron cismas, dividieron á los soberanos de Europa y fulmináron los rayos de la iglesia contra sus competidores y contra los príncipes que los protegian. La potestad eclesiástica habia venido á ser la dominante en Europa, pues que era como el alma de todas las fuerzas que contenia esta: asi la potencia religiosa iba unida á todos los proyectos políticos en Occidente, y desde entonces debió producir todas las revoluciones ó contribuir á ellas, ser combatida ó defendida por los príncipes temporales segun sus intereses, debilitarse por poco que abusara de su valimiento y fuese á parar á manos de hombres ambiciosos y sin virtud ó virtuosos y sin talento y perder por falta de moderacion, de ilustracion ó de virtud todo lo que le correspondia justamente y hubiera sido conveniente conservase para el bien de la humanidad segun Leibnitz.

CAPITULO II.

ESTADO DEL ESPÍRITU HUMANO DURANTE EL SIGLO DUODÉCIMO.

Las ciencias y las artes se cultivaban en Oriente no obstante las guerras: los califas, los soldanes, los emires y los visires eran casi todos poetas, filósofos ó astrónomos: las escuelas ó academias esparcidas por el imperio musulman fueron respetadas, y hubo algunos teólogos entre los árabes que impugnaron todas las religiones y todas las opiniones de los filósofos, al paso que otros trataban de justificar el mahometismo por los principios de la filosofía. Estas disputas no impidieron que tuviesen filósofos, geómetras, astrónomos y químicos; mas ninguno de ellos fue tan afamado como Averroes, grande admirador de Aristóteles, á quien miraba casi como un Dios ó como el ser que mas se habia acercado á la divinidad, que habia conocido todas las verdades y no habia incurrido en ningun error. Las continuas guerras del imperio de Constantinopla con los sarracenos, las frecuentes negociaciones entre los emperadores y los soldanes, que siempre encargaban de aquellas á hombres distinguidos, reanimaron un tanto la aficion á las letras, y las disputas de la iglesia de Oriente con la de Occidente ejercitaron á los teólogos en discurrir, escribir é instruirse para justificar su cisma. En este siglo se vieron algunos filósofos, teólogos y jurisconsultos.

El anhelo por las ciencias que hemos advertido en Occidente en el siglo anterior, la proteccion de los soberanos, la eleccion de los hombres célebres para los primeros oficios de la iglesia y los progresos que hicieron las órdenes del Cister, de Cluny y de la Cartuja y los canónigos reglares, multiplicaron asombrosamente las escuelas y academias en todo el Occidente: en todas las abadías y en casi todos los monasterios hubo muchas escuelas menores. Los sabios y literatos se atrevieron á

combatir la ignorancia y la barbarie en infinitos lugares á donde no hubiera penetrado jamás la luz á no ser por ellos. Si no comunicaron sus conocimientos ni infundieron su anhelo por saber, á lo menos destruyeron en parte las preocupaciones de la ignorancia: las guerras no fueron ya fatales á las letras como en los primeros siglos. Ademas los soberanos en sus guerras querian á lo menos tener la apariencia de la justicia, y la pujanza de los papas, tan temible á los soberanos, siempre se fundaba en alguna razon de orden, de justicia ó del bien comun: asi las guerras mismas hicieron necesarios los sabios á la iglesia y á los soberanos para defender sus derechos y combatir los de los demas. El arte de hablar y escribir descuidado en el siglo anterior se habia hecho mas necesario en este, porque los decretos de los papas se dirigian á los señores, á los simples fieles y á los pueblos, que en cierto modo se habian convertido en jueces de las disputas de los soberanos. Cultivóse pues mas que en el siglo precedente el arte de escribir, bastando citar como muestra á un san Bernardo.

Las disputas de los papas y los soberanos y las de los diferentes institutos regulares incitaron á estudiar el derecho civil y canónico y la historia eclesiástica y profana: se compusieron las vidas de muchos santos ilustres y aun algunas historias universales.

Las escuelas de filosofía conservaron parte de su celebridad: se tradujeron las obras de Aristóteles y de los árabes que le habian comentado, en especial de Averroes: todas las ideas de los aristotélicos pasaron á Occidente, donde hubo filósofos que quisieron reducirlo todo, hasta la religion, á los principios de aquellos. Los teólogos filósofos por defender la religion se esforzaron á explicar los misterios por los principios de la razon y combatir por los de la filosofía y por la autoridad de los filósofos las dificultades de los nuevos dialécticos.

El espíritu humano no adelantó nada en las demas ciencias.

CAPITULO III.

DE LAS HEREJÍAS EN EL SIGLO DUODÉCIMO.

Por lo que hemos manifestado del estado del espíritu humano en este siglo se ve:

1.° Que los teólogos que querian conciliar los dogmas de la religion con los principios de la filosofía y con las opiniones de los filósofos, caminaban entre unos escollos en que podia estrellarlos una indiscreta curiosidad.

2.° Las disputas de los papas con los soberanos y las pretensiones del clero habian producido infinitos escritos y declamaciones contra este, contra el sumo pontífice y contra los obispos, en que se combatian su potestad y sus derechos. Con la multiplicacion de las escuelas se difundieron los tales escritos, é infinitas personas se hicieron capaces de leerlos y entenderlos.

3.° Los esfuerzos hechos para ilustrar y reformar este siglo no disiparon la ignorancia ni restablecieron el orden: parte del clero habia quedado sumergido en una crasa ignorancia y entregado á la disipacion y muchas veces á la liviandad.

4.° Se habian hecho versiones de la sagrada escritura en lengua vulgar, y con la multiplicacion de las escuelas se pusieron infinitas personas en estado de leerla y abusar de tal leccion.

5.° El deseo ardiente de celebridad era bastante general en los teólogos, los filósofos, los literatos y los hombres vulgares.

6.° Los maniqueos perseguidos en Occidente se habian hecho mas reservados y aborrecian al clero de muerte: el deseo de la venganza ardia en el corazon de todos aquellos fanáticos.

Asi pues el siglo duodécimo contenia muchos principios de error y de discordia sobre los dogmas de la religion, la potestad de la iglesia y la reforma de las costumbres.

El tiempo que junta y combina sin cesar las ideas y las pasiones, reunió estos diferentes principios y produjo en la persona de Abelardo y Gilberto de la Porrea errores sobre los dogmas y misterios, en Arnaldo de Brescia el proyecto de despojar al papa y al clero de sus bienes y restablecer en Roma el antiguo gobierno republicano, en Valdo el de inducir á los cristianos á hacer dejacion de sus haciendas, en Eon de la Estrella la persuasion de que él era Jesucristo, en Pedro de Bruis, en Tanquelino, en Terrico y en los apostólicos una porcion de errores y prácticas siempre ridículas, muchas veces insensatas y contrarias entre sí sobre los sacramentos y sobre todo cuanto podia conciliar consideracion á los obispos y al clero: la reunion de todas estas sectas se vió en los albigenses, contra la cual hicieron una cruzada los católicos.

SIGLO DECIMOTERCERO.

CAPITULO I.

ESTADO POLÍTICO DE LOS IMPERIOS EN EL SIGLO DÉCIMOTERCERO.

El Oriente estaba ocupado por los mogoles, los turcos, los sarracenos y los diferentes pueblos de Occidente que habian formado un nuevo estado en Palestina y en Siria. Estos pueblos estaban continuamente en guerra. Gengiskan y sus sucesores arruinaron parte del imperio musulman. Alexis, emperador de Constantinopla, fue asesinado por Juan Ducás: los príncipes de Occidente se apoderaron de Constantinopla y pusieron un emperador. Hasta mitad del siglo décimotercero (año 1261), no se recobraron los emperadores griegos, y estuvieron en guerra continua con los turcos, que ocuparon parte de los estados imperiales.

La Alemania fue perturbada por los diferentes príncipes que aspiraban al imperio. Al fin Oton fue reconocido y coronado por Inocencio III, en cuyas manos prestó juramento de proteger el patrimonio de san Pedro. El emperador descontento de los romanos taló los estados de la iglesia. El papa congregó un concilio ecuménico y depuso al emperador: varios príncipes de Alemania eligieron á Federico: Oton abandonado por algunos señores se coligó con otros; mas fue derrotado, y por su muerte quedó Federico pacífico poseedor del imperio. Hizo voto de pasar á la tierra santa y dió estados á la iglesia de Roma; despojó de los suyos á dos condes de Toscana que se refugiaron en aquella ciudad; se enemistó con el papa y quiso echar á los obispos nombrados por este en muchas ciudades de Italia. El pontífice le excomulgó, hizo que se coligasen contra él los príncipes y estados de Italia, congregó un concilio y pronunció sentencia de deposicion contra Federico, haciendo elegir al landgrave de Turingia y despues al conde de Holanda. Excomulgó á Conrado elegido por una parte de la Alemania despues de la muerte de Federico, le quitó el reino de Sicilia y se le dió á Eduardo, hijo del rey de Inglaterra, y luego á Cárlos de Anjou, hermano de Luis, á quien se le quitó despues. Las turbulencias de Alemania cesaron por la eleccion de Rodulfo, conde de Apsburgo.

No estuvieron mas tranquilas Francia é Inglaterra. El papa quitó, dió y volvió á tomar la corona de Inglaterra; absolvió á los vasallos del juramento de fidelidad, y estos abandonaron á sus soberanos. Algunas provincias de Francia fueron devastadas por las guerras religiosas. Todas estas turbaciones despertaron en Occidente la aficion á la guerra.

Enmedio de esto no se vieron los horrores y crueldades que antes de Constantino y en tiempo de las incursiones de los bárbaros antes que abrazasen el cristianismo: no se vió la desolacion que produjeron durante este siglo en Oriente las armas de los mogoles, hunos,

tártaros y de todos los pueblos cuyas pasiones no eran reprimidas por la religion.

CAPITULO II.

ESTADO DEL ESPÍRITU HUMANO EN EL SIGLO DÉCIMOTERCERO.

Las ciencias se cultivaron al principio en Oriente como en el siglo anterior: los mogoles protegieron á los sabios y en su imperio florecieron las ciencias: las conquistas de los turcos las destruyeron insensiblemente en una parte del Oriente. Hubo en el imperio de Constantinopla algunos literatos y algunos filósofos; pero casi todos los esfuerzos del entendimiento se emplearon en justificar el cisma de los griegos y refutar los escritos de los teólogos de la iglesia latina. Los viajes que hicieron á Oriente los eclesiásticos, asi seculares como regulares, y los cruzados, multiplicaron en Occidente las obras de los filósofos griegos: se habia hecho mas comun la lengua griega y fueron traducidas las obras de Aristóteles, Platon etc. El emperador Federico II las mandó traducir y las tradujo él mismo: fundó escuelas en Italia y Alemania.

En Francia se adquirieron y tradujeron no solo las obras de los griegos, sino las de los árabes, y no se enseñó otra filosofía en las escuelas. Hubo luego una especie de frenesí por los filósofos griegos, y en especial por Aristóteles, cuyos tratados se estudiaron y cuyas doctrinas se abrazaron: algunos teólogos y filósofos enseñaron el dogma del alma universal, la eternidad del mundo y la fatalidad absoluta. Otros trataron de conciliar las opiniones del estagirita con la religion, y sin advertirlo se quiso acomodar esta á los principios aristotélicos. Asi Amalrico y David de Dinant creyeron ver la explicacion de la historia del Génesis en el sistema de Aristóteles sobre el origen del mundo: la materia primera era Dios: todo lo que habia pasado en el

mundo, todas las religiones y la religion cristiana eran fenómenos que el movimiento y las calidades de la materia primera debian producir.

Otros entraron en el estudio de la teología con aquella curiosidad que la aficion á la dialéctica habia engendrado y mantenia, y examinaron si la esencia de Dios seria vista por los hombres; si esta esencia en cuanto forma estaba en el Espíritu Santo; si este no procedia del Hijo en cuanto es amor, sino solamente del Padre; si habia verdades eternas que no eran Dios mismo; si las almas bienaventuradas y la de la Virgen estarian en el cielo empireo ó en el primer cristalino. Sobre todos estos objetos se sostuvieron errores que fueron condenados. Se prohibió leer la física y metafísica de Aristóteles, y la prohibicion irritó la curiosidad: Aristóteles continuó siendo admirado de una muchedumbre de filósofos, y le defendieron algunos teólogos célebres por su sabiduría y virtudes, como Alberto Magno y santo Tomás. Las herejías que se suscitaron en este siglo, y las disputas de los papas fueron causa de que se estudiasen con mucho empeño el derecho canónico y la teología.

Las provincias meridionales de Francia estaban plagadas de albigenses, contra los cuales no habian adelantado nada los misioneros; y fueron llegando en tropa flamencos, normandos, borgoñones etc. capitaneados por los obispos, por los duques de Borgoña, por los condes de Nevers, Montfort etc. Aquellas provincias fueron teatro de una guerra cruel: los soberanos que protegian á los albigenses, fueron despojados de sus estados, y hubo como es consiguiente incendio de pueblos, degüello de habitantes y gran desolacion. Para acabar con los restos de la herejía se restableció la inquisicion.

Los inquisidores animados de un zelo infatigable corrieron todas las ciudades mandando exhumar los herejes enterrados en sagrado y quemar á los vivos. Los desobedientes eran condenados al viaje de la tierra santa. Nuevas calamidades se siguieron á las calamidades de la guerra: los pueblos se levantaron y degollaron á los in-

quisidores, y hubo que suspender el ejercicio de este tribunal.

Nada habia contribuido mas al progreso de los albigenses, valdenses y demas sectarios del siglo duodécimo que su aparente conducta arreglada y la vida licenciosa de muchos católicos y de algunos clérigos. Se conoció pues que era menester contraponerles ejemplares de virtud y hacer ver que todas aquellas de que se preciaban los sectarios, eran practicadas por los católicos; y como los valdenses hacian profesion de renunciar sus bienes, tener una vida pobre, entregarse á la oracion, á la leccion de la sagrada escritura y á la meditacion y practicar á la letra los consejos de la vida evangélica, algunos católicos zelosos dieron sus bienes á los pobres, vivieron de su trabajo, meditaron las santas escrituras, predicaron contra los herejes y guardaron continencia. Tales fueron los pobres católicos, los humillados etc.

Estas asociaciones aprobadas y protegidas por los sumos pontífices produjeron en muchos católicos el deseo de formar nuevas instituciones religiosas: todas ellas se preciaban de la mayor perfeccion. En este siglo se formaron las cuatro órdenes mendicantes, la de la redencion de cautivos etc.; y se hubieran visto otras si en el concilio lateranense no hubiera prohibido Gregorio IX fundar nuevos institutos (1).

(1) No debemos pasar en silencio la gran parte que tuvo en el combate y vencimiento de los albigenses nuestro esclarecido compatricio santo Domingo de Guzman. Con motivo de haber acompañado á Francia á su prelado D. Diego de Acebes, obispo de Osma, tocó por sus manos el progreso que hacia en Langüedoc la herejía de aquellos sectarios. Malograda la negociacion que era objeto del viaje de dicho obispo, él y su santo compañero se dirigieron á Roma á pedir licencia al papa para anunciar el Evangelio á los infieles ó combatir en Langüedoc la herejía de los albigenses. El pontífice aceptó este segundo partido, y con la bendicion apostólica vinieron ambos á convertir á los herejes, continuando Domingo con ejemplar zelo y teson aun despues de la muerte del obispo. En el discur-

Las religiones, especialmente las cuatro mendicantes, se propagaron mucho. Estos regulares tan respetables y útiles no vivian en los bosques y desiertos, sino en las ciudades, y se mantenian de los donativos de la piedad de los fieles. Quisieron trabajar en la salud espiritual de sus bienhechorés, y su zelo diligente estableció prácticas devotas propias para reanimar la piedad: predicaban, confesaban y en sus iglesias se ganaban in-

so de su predicacion se le agregaron muchos obreros; mas como observase que unos por antojo, quién por miedo de los herejes y aborrecimiento del trabajo, quién por otros respetos humanos le abandonaban en la mayor necesidad, se determinó á ejecutar un proyecto que tenia pensado antes de la muerte de su obispo, y era fundar una orden de fraíles que tuviese por fin la predicacion del Evangelio, la conversion de los herejes, la defensa de la fé y la propagacion de la cristiandad. En efecto asi lo puso por obra, y pasó á Roma para obtener la aprobacion de S. Santidad, que se mostró algo renitente porque el concilio de Letran reunido entonces queria mas bien la reforma de los institutos ya establecidos que la fundacion de otros nuevos. Pero habiendo visto en sueños que se caia la iglesia de Letran y Domingo arrimaba el hombro y la sostenia, prometió confirmar el nuevo instituto, si bien la muerte le impidió cumplir su promesa. Su sucesor Honorio III la cumplió en el año 1216. Domingo y sus religiosos trabajaron con incansable afan y apostólico zelo en la extirpacion de las herejías y propagacion de la fé católica, y la orden de predicadores extendida por todo el orbe ha poblado el cielo de santos, ha dado ilustres pontífices á la silla de Roma y una multitud sin cuento de varones eminentes en santidad y letras. A Domingo de Guzman le cabe la gloria de haber sido uno de los mas denodados atletas que combatieron á los herejes albigenses y de haber fundado una religion que con la predicacion de la divina palabra y la enseñanza de la sagrada teología ha aumentado y vigorizado las filas de los defensores de la fé. Solo el angel de las escuelas bastaba para hacer gloriosa y memorable eternamente la orden de predicadores. (*Nota de los RR. de la B. R.*)

dulgencias. El zelo de algunos de estos regulares los llevó á arrogarse los derechos de los párrocos: era muy natural que unos hombres que se creian mas perfectos que el clero, se considerasen mas á propósito para dirigir el pueblo á la perfeccion.

El clero secular se opuso á las pretensiones de los regulares, reclamó la observancia de las leyes y se quejó declarando que se infringia la disciplina. Los regulares por su parte se fundaban en ciertos privilegios y los pontífices los protegieron.

Los albigenses y maniqueos no se habian acabado con el rigor de la inquisicion y los ejércitos de los cruzados: habianse propagado en Alemania y allí sembraban secretamente sus errores contra la iglesia, el culto y los sacramentos. De resultas de un altercado que tuvo un aleman con el cura de su parroquia, como la justicia no le satisficiese segun queria, mató al cura, tomó las armas y puesto á la cabeza de una multitud de descontentos taló el pais. Predicada contra estos rebeldes una cruzada, el obispo de Brema, el duque de Brabante y el conde de Holanda con sus tropas destruyeron en una batalla la secta de Studigh.

Mientras los albigenses y valdenses combatian asi la autoridad de la iglesia, otros sectarios se contentaban con combatir al papa y á los obispos y pretendian que eran herejes y que habia pasado á ellos la potestad de conceder indulgencias.

Todos se ocupaban en estas cosas: solo unos pocos, desviandose del rumbo general, se dedicaron al estudio de la teología y la filosofía como san Buenaventura y santo Tomas ó al de la física como Rogerio Bacon. Este último fue tratado de mágico y perseguido por los frailes de san Francisco sus hermanos.

SIGLO DECIMOCUARTO.

CAPITULO I.

ESTADO POLÍTICO DE LOS IMPERIOS EN EL SIGLO DÉCIMOCUARTO.

El imperio de Constantinopla se hallaba en un continuo estado de desorden. Desde el reinado de Andrónico Paleólogo no se encuentran mas que sediciones y conjuraciones, tramadas muchas veces por los mismos hijos de los emperadores: el pueblo indiferente á las calamidades y desórdenes políticos se ocupaba en el cisma de la iglesia de Constantinopla y sacrificaba el estado á su odio contra la iglesia latina. En fin los turcos se establecieron en Europa y los príncipes de Occidente no tuvieron ya ejércitos en la Palestina.

Italia, Francia, Alemania é Inglaterra estuvieron casi siempre en guerra: los sumos pontífices excomulgaron á los reyes é impusieron tributos á las iglesias: se vieron antipapas como en los siglos anteriores, y se dividieron entre ellos los soberanos.

Los papas decidieron que tenian derecho de deponer á los monarcas: tal era el derecho público reconocido entonces por los soberanos de Europa; pero la iglesia no ha definido jamas nada de un modo general y para todos tiempos.

CAPITULO II.

DEL ESTADO DEL ESPÍRITU HUMANO Y DE LAS HEREJÍAS EN EL PRESENTE SIGLO.

Las conquistas de los turcos sofocaron la emulacion entre los sabios: algunos de sus príncipes protegieron

las ciencias; pero la nacion era bárbara y feroz; y como nada se las hacia estimables, se acabaron en el imperio. Habia en el de Constantinopla muchos monjes que vivian en el retiro y en la contemplacion, habiendo establecido máximas y prácticas para la vida contemplativa; mas algunos se alucinaron y cayeron en una especie de deliquio creyendo que veian una luz extraordinaria como un rayo de la gloria de los bienaventurados.

Al principio del siglo décimocuarto Gregorio Palamas, monje del monte Atos, pretendió que aquella luz era la que apareció en el Tabor y que era increada, incorruptible y la esencia misma de Dios. El monje Barlaam impugnó esta opinion, y los quietistas la defendieron difundiendo sus escritos en Constantinopla y logrando persuadir al pueblo. La ciudad se llenó de quietistas que oraban continuamente y que con la vista fija en el ombligo esperaban todo el dia la luz del Tabor: los maridos abandonaron á sus mujeres para entregarse sin distraccion á este sublime ejercicio: quejaronse las mujeres y todo fue turbacion y discordia. Se congregaron cinco concilios y se decidió que la luz del Tabor era increada (1).

Durante todos estos disturbios los turcos habian atravesado el Helesponto y se habian establecido en Europa: tomaron varias plazas fuertes de la Tracia y se hicieron dueños de Andrinópolis, donde fijaron la silla de su imperio. Entonces conocieron los emperadores griegos cuánta necesidad tenian de los latinos, y no cesaban de negociar para procurar la reunion de la iglesia griega con la latina; pero encontraban en sus vasallos una oposicion invencible, y no se trató mas que de justificar el cisma y hacer algunas obras de piedad. Sin embargo se escribia bastante bien y subsistian en Constantinopla las escuelas de gramática y retórica.

(1) Adic. á la *Bibliot. de los santos padres*, 1762, última parte: Dupin, siglo XIV: Alex., siglo XI: Panop., *adversùs schism. græc.*: Fabr., *Bibl. græc.*, t. X.

El ardiente deseo de distinguirse por una santidad extraordinaria que habia en Occidente durante el siglo décimotercero, vino á ser en el décimocuarto una especie de pasion epidémica en el pueblo y entre los religiosos. Los franciscanos se dividieron respecto de la forma de sus hábitos: los unos querian usarlos cortos y de una tela burda; los otros los querian mas largos y no tan ordinarios. Muchos pretendieron que no tenian la propiedad ni aun de lo que comian. Los papas y los soberanos tomaron parte en estas disputas; y hubo excomuniones y aun hogueras.

Aquí algunos frailes y seglares ponian la perfeccion en la práctica de la pobreza mas rigurosa, y por no tener derecho á nada no trabajaban pretendiendo que su conciencia no los permitia trabajar por un sustento perecedero. Allí se veian algunos hombres que para llevar mas al extremo que san Francisco la semejanza con Jesucristo hacian que los pusieran en mantillas y en la cuna, que les dieran de mamar y los circuncidaran. Unas veces presumia uno ser san Miguel, y sus discípulos creyeron despues de muerto que era el Espíritu Santo. Estos aseguraban que todos los que vistiesen el hábito de san Francisco se salvarian, y que el santo bajaba todos los años al infierno para sacar á los frailes de su orden. Aquellos suponian que un angel habia traido una carta en que Jesucristo declaraba que para alcanzar el perdon de los pecados era preciso abandonar su patria y darse disciplina durante treinta y cuatro dias en memoria del tiempo que habia vivido el Señor en el mundo. Todas estas opiniones tuvieron secuaces y se esparcieron por todas las provincias de Europa.

Estos hombres que tendian á la perfeccion, formaban una sociedad cuyos individuos se amaban con mas ternura que los de la sociedad general: advirtieron que sus esfuerzos hácia la perfeccion no los habian preservado de la tiranía de las pasiones, las consideraron como una orden de la naturaleza que era preciso obedecer, y se privaron de todo fuera de lo estrictamente necesa-

rio. La fornicacion era un acto loable ó á lo menos inocente cuando uno era tentado: un beso era un pecado enorme. Todas estas cuadrillas de hombres y mujeres formaron las sectas de los begardos, fratricelos, hermanos espirituales, apostólicos, dulcinistas, flagelantes y turlupinos.

Juan XXII excomulgó á los fratricelos y sus fautores. Los sectarios combatieron la autoridad que los condenaba, y distinguieron dos iglesias: una que era toda exterior, rica y poseedora de los estados y dignidades. En esta iglesia (decian los sectarios) dominan el papa y los obispos y pueden excluir de ella á los que excomulgan; pero hay otra iglesia toda espiritual, que no tiene mas amparo que su pobreza, ni mas tesoro que su virtud. Jesucristo es la cabeza de esta iglesia y los fratricelos sus miembros: el papa no tiene ningun dominio sobre ella. Para ganar á los príncipes mezclaron en sus errores proposiciones contrarias á las pretensiones de los papas, y sostenian que el pontífice no era el sucesor de san Pedro mas que los otros obispos, que no tenia ninguna potestad en los estados de los príncipes cristianos y que en ninguna parte tenia la potestad coactiva.

En todas partes se desplegó un justo rigor con estos sectarios, muchos de los cuales fueron condenados á la hoguera; pero no se acabó con ellos: se dispersaron y se unieron á los albigenses que quedaban; de donde salieron los lolardos.

El odio que tenian á los papas, les valió la proteccion de los enemigos de Roma en una parte de Europa: fermentaron las semillas del cisma y los principios de la rebelion contra la santa sede y contra la iglesia; y estos principios para producir sectas mas ruidosas y peligrosas no necesitaban sino un hombre que pudiese coordinarlos y hacerlos especiosos. Era dificil que no saliese un hombre de esta clase en un siglo en que se cultivaba la filosofía y en que se habia ventilado con pasion todo lo que se referia á los papas y los soberanos. En efecto apareció Wiclef que insultó á la santa sede en

sus escritos y sermones reuniendo cuanto se habia dicho contra el papa, contra el clero, contra la iglesia, contra las ceremonias y contra los sacramentos.

En las escuelas estudiaban los filósofos á Aristóteles y los comentadores árabes: muchas personas abrazaron sus principios sobre la astrología judiciaria, achacaron todos los sucesos á los astros y presumieron encontrar en la disposicion de estos la explicacion de todos los acontecimientos civiles y del origen y progresos de todas las religiones, aun de la cristiana. Tal fue Ceco Asculano.

Otros abrazaron los principios metafísicos de estos filósofos y aun intentaron conciliarlos con la religion y desbarraron. Tales fueron Utricourt, Mercourt y Ekard.

SIGLO DECIMOQUINTO.

CAPITULO I.

ESTADO POLÍTICO DE LOS IMPERIOS EN EL SIGLO DÉCIMOQUINTO.

Despues de la muerte de Bayaceto sus hijos se dividieron y se mantuvo en paz el imperio de Constantinopla. Cuando Mahomed reunió los estados de sus hermanos, comenzó de nuevo la guerra contra los griegos. Tocaba á su ruina el imperio griego, y el emperador imploró el auxilio de los príncipes de Occidente, resolvió reunir la iglesia griega con la latina, y la union se efectuó. El decreto de union proporcionaba grandes auxilios al imperio de Constantinopla, no variaba nada de la disciplina de los griegos, ni alteraba en nada la moral; sin embargo el clero no quiso acceder al decreto, ni admitir al ministerio eclesiástico los que le habian firmado. No tardó en levantarse contra los partidarios de la union una conspiracion general del clero y pueblo

y sobre todo de los monjes, que dirigian solos las conciencias y alborotaron hasta al mas vil populacho. Este levantamiento general obligó á retractarse á la mayor parte de los que habian trabajado en la union: fue combatido el concilio de Florencia y todo el Oriente condenó la union acordada. El emperador quiso defender su obra, y se le amenazó con la excomunion si continuaba comunicando con los latinos. Tal era el estado del sucesor de Constantino el grande.

Mientras los griegos se despedazaban asi, Amurates y Mahomed II se apoderaban de las plazas del imperio y todos los anuncios eran de que seria conquistada Constantinopla; pero el cisma y la herejía no tienen en nada la destruccion de los imperios, y los griegos consideraban como una impiedad vacilar entre la ruina de la nacion y la separacion de la iglesia latina. Mahomed se aprovechó de estos desórdenes, puso el cerco á Constantinopla y se apoderó de ella á mitad del siglo XV.

El imperio de Alemania estaba lleno de turbulencias y discordias: los emperadores no mandaban ya en Italia: Juan II se habia unido al duque de Anjou contra el rey Ladislao de Nápoles: el duque de Milan queria enseñorearse de Florencia, Mantua, Bolonia etc. Roberto el breve ó el benigno, sucesor de Wenceslao, no pudo restablecer el orden en el imperio como tampoco sus sucesores.

Al principio de este siglo reinaba Carlos VI en Francia: todo era aquí confusion por la imbecilidad del monarca, la ambicion de los duques de Borgoña y Orleans, el asesinato de este último que fue causa de que pasase la corona al rey de Inglaterra, los esfuerzos de Carlos VII para recobrar el reino, las disensiones del delfin con el rey su padre, en fin las contiendas de Luis XI con los duques de Borgoña, Berry, Bretaña etc. y las guerras de Carlos VIII con una parte de estos soberanos y en Italia.

En tanto que los reyes y señores se hacian la guerra unos á otros, Gregorio XII y Benedicto XIII se disputaban la silla de Roma. El concilio de Pisa depuso á ambos

y nombró á Juan XXIII. Vieronse entonces tres papas entre los cuales se dividió la Europa. Todos los soberanos se interesaron en la extincion del cisma, al que puso término el concilio de Constanza. Habia en el estado eclesiástico desórdenes como en los estados políticos, y el concilio constanciense señaló la convocacion de otro en Pavía para procurar la restauracion del orden y de la disciplina. Por diferentes razones se trasladó este concilio de Pavía á Sena y de aquí á Basilea, desde donde quiso trasladarle á Ferrara el papa Eugenio. Los padres congregados en Basilea se opusieron: el papa anuló el concilio; este depuso al pontifice y eligió á Amadeo de Saboya, que tomó el nombre de Felix V. Eugenio excomulgó al antipapa y al concilio. Los padres de Basilea casaron este decreto, y el Occidente se dividió en la obediencia de Felix y de Eugenio hasta la muerte de este. Habiendole sucedido en el pontificado Nicolás V restituyó la paz á la iglesia con su mansedumbre: Felix renunció y se acabó el cisma.

Los sucesores de Nicolás tomaron mucha parte en las guerras de Italia y se ocuparon en reunir á los príncipes cristianos contra los turcos ó en el engrandecimiento de sus familias.

CAPITULO II.

DE LAS HEREJÍAS DEL SIGLO DÉCIMOQUINTO.

Las cuestiones que se habian ventilado con mucho calor en el siglo precedente, absorbian la atencion y dividian casi todos los ánimos en este. La mayor parte de los teólogos y jurisconsultos combatian ó defendian los derechos y pretensiones de los papas y los soberanos: los regulares se esforzaban á extender sus privilegios y ganarse la confianza del pueblo: el clero secular se resistia enérgicamente á tales pretensiones.

Las turbaciones y la confusion de Occidente habian engendrado en todos los estados y aun en el clero ciertas pasiones y á veces una licencia que los enemigos de

la iglesia exageraban, y que los hombres virtuosos querian reprimir restableciendo el orden y la disciplina.

Habia pues tres opiniones dominantes que traian divididos los ánimos. Segun la primera se intentaba someterlo todo á la potestad del papa y de la iglesia: segun la segunda se trataba de despojar de todo al uno y á la otra: segun la tercera se queria reducir á justos límites el poder del papa y del clero y reformar los abusos que se habian introducido en la disciplina de la iglesia.

Esta última opinion prevaleció entre los hombres instruidos y moderados; pero donde triunfó la segunda, hubo acaloradas reyertas, discordias ó guerra abierta segun la disposicion de los ánimos.

El respeto debido al sucesor de san Pedro, á los obispos y á los concilios se habia debilitado con las continuas quejas y clamores contra la relajacion de la cabeza y de los miembros de la iglesia. De lo interior de la Bohemia salió un hombre vano, presuntuoso, amigo de la novedad, no menos audáz para caminar adelante que incapaz de retroceder, maquinador tenebroso, hipócrita habil y dotado de una profunda malignidad, en una palabra Juan Huss, que poseia en el mas alto grado todas las funestas dotes de los heresiarcas. En el siglo anterior Wiclef habia propagado en Inglaterra una doctrina, que so pretexto de reforma destruia toda potestad legítima, ya política, ya eclesiástica: echaba por tierra con el libre albedrío todos los principios de las costumbres y combatia hasta nuestros mas sagrados misterios: encendió el fuego de la rebelion en aquel reino y mas de una vez le puso á dos dedos de su ruina. Sus escritos se habian multiplicado y esparcido por toda Europa. En el riñon de la Bohemia Juan Huss á manera de aquellos asquerosos reptiles que recogen la ponzoña de todos los lugares infectos, halló medio de tragar á sus anchas aquellos jugos impuros y se los apropió é incorporó por decirlo asi, encontrando diferentes bohemios animados de las mismas disposiciones que él y especialmente Gerónimo de Praga, con cuyo auxilio inficionó en muy

poco tiempo buena parte de esta ciudad y su universidad, que hallandose entonces en su infancia no podia estar muy prevenida.

Primeramente concitó á los pueblos contra los eclesiásticos de ambos estados, á quienes acusaba en general de ignorantes y disolutos, y luego contra todo el orden gerárquico sin perdonar á los primeros prelados ni al sumo pontífice. Afirmaba y defendia en términos formales que si el papa, un obispo ó cualquier otro prelado estaba en pecado mortal, ya no era papa, ni obispo, ni prelado. Segun él ni aun bastaba estar en gracia para tener parte en la jurisdiccion eclesiástica, sino que era preciso ser predestinado, porque componia la iglesia de solos predestinados y para tener un caracter de autoridad en el orden eclesiástico era preciso á lo menos ser miembro de la iglesia. Sus dogmas sediciosos los expresaba con imágenes y palabras injuriosas y enseñaba que el papa, cuando está en pecado, cuando no es predestinado, debe ser llamado como Júdas ladron, hijo de perdicion, ministro de Satanás y de ningun modo cabeza de la santa iglesia militante. Acerca del entredicho y de las demas censuras publicaba que las habia introducido el clero para esclavizar á los pueblos ó asustar á los que se oponian á su depravacion, y que provenian del Antecristo. Estas doctrinas causaron tumultos y discordias sangrientas en unos pueblos ignorantes y feroces. Juan Huss y Gerónimo de Praga pagaron sus delitos en un suplicio; pero sus compatriotas fascinados no abrieron los ojos.

La secta canonizó á estos dos renegados, y para vengarlos promovió inmediatamente una sedicion que desde Praga se propagó por toda la Bohemia: la anarquía vino á ser el estado permanente de esta infeliz nacion por una larga serie de reinados. Trocznou, tan famoso despues bajo el nombre de Ziska, se puso á la cabeza de una vil tropa de campesinos y vagamundos, á quienes hizo en poco tiempo los mas valientes, pero tambien los mas feroces guerreros del norte. El pillaje, el incendio y las

crueldades ordinarias no causaban ya un placer muy vivo á aquellos monstruos hartos de sangre y carnicería, y así necesitó su gusto embotado quemar sacerdotes á fuego lento ó arrojarlos desnudos en un estanque helado, tender en el suelo señores de la clase mas distinguida con los pies y manos cortadas y pasarles por encima el trillo, poner fuego á los sagrados ornamentos y á las iglesias y quemar dentro de ellas á los habitantes de las ciudades, de todas edades, condiciones y sexos. El aspecto solo de estos monstruos salvajes, sus siniestras miradas, su modo de andar feroz, su horrible barba larga, su cabellera desgreñada, la casi desnudez de sus cuerpos denegridos por el sol, su piel endurecida por el rigor de las estaciones que parecia una escama, todo infundia terror, todo manifestaba una perversidad y atrocidad habituales.

Sin embargo estos eran, segun ellos afirmaban con arrogancia, los hombres suscitados para restablecer en la iglesia la pureza del Evangelio y de la disciplina primitiva. Edificaron una ciudad que llamaron el Tabor como destinada á la manifestacion de las verdades mas sublimes de la religion. Emulos de los taboritas los orebitas, llamados asi de un monte que asemejaron á aquel donde diera el Señor las tablas de la ley á Moisés, no se arrogaron menos autoridad que la que habia tenido este primer legislador del pueblo de Dios. Otros tambien se establecieron en una caverna abierta en la cumbre del monte que llamaron Sion como un lugar querido del cielo, desde donde se debian difundir por todo el universo la virtud y la verdad. Hasta los obscenos adamitas vendieron por reforma de la iglesia y renovacion de la inocencia original el uso infame de andar enteramente desnudos en cuadrillas de hombres y mujeres todos confundidos; lo cual los hizo caer en una corrupcion tan espantosa, que horrorizó aun á los otros sectarios, conteniendose á duras penas para vindicar á la naturaleza tan indignamente ultrajada.

¿Cuáles fueron los recursos de la iglesia en tan difi-

SIGLO DECIMOSEXTO.

CAPITULO I.

ESTADO DE LA SOCIEDAD POLÍTICA.

La conquista del imperio no satisfizo los deseos ambiciosos de los otomanos, que invadieron los estados de Occidente y se establecieron en Hungría. El furor de conquistar no era tan vehemente como en los primeros tiempos de su instalacion; pero revivia de cuando en cuando: sus proyectos de guerra traian inquieta y desasosegada á toda Europa y suspendian ó cambiaban los de los soberanos de Occidente, y en especial de Alemania, para la cual eran peligrosos los movimientos de los turcos.

Los sumos pontífices se esforzaron á reunir los príncipes cristianos contra estos enemigos de la cristiandad; pero sin mucho fruto: cobraron al principio décimas del clero; mas encontraron resistencia.

Los franceses habian abandonado la Italia en el reinado de Carlos VIII: desde entonces los venecianos, el papa y los Sforzias se habian hecho enemigos. Luis XII se aprovechó de las discordias de ellos para volver á Italia. Alejandro VI se unió á él y se enseñoreó del Milanesado en veinte dias.

El emperador Maximiliano de Austria temia que Luis unido con el papa se hiciese dueño de Italia y transfiriese la corona imperial á la casa de Francia. Fernando temia por el reino de Sicilia y no podia ejecutar el plan de ocupar el de Nápoles mientras dominasen en Italia los franceses.

Asi esta península fue el teatro de la guerra y el objeto de la ambicion de los reyes de Francia y de España y de los emperadores hasta la abdicacion de Carlos V.

El poder del papa fue importante en Italia y en to-

de Europa por sus estados, por su influencia en el ánimo de los pueblos, por la facilidad que tenia de negociar en todas las cortes de Europa, por los obispos y eclesiásticos asi seculares como regulares que le estaban sometidos y que dirigian las conciencias de los reyes y eran poderosos en todas las cortes. Con estas ventajas fue buscada por los príncipes la alianza del papa, y sus intereses no le permitian guardar neutralidad entre potencias formidables: tuvo pues que tomar partido como príncipe temporal.

El pontífice hubo de cumplir al mismo tiempo las reglas que le prescribia la política como príncipe temporal, y las obligaciones que le imponia la religion como cabeza de la iglesia. En el primer concepto no tenia otro objeto que su engrandecimiento, ni mas ley que las máximas de la política: como papa y cabeza de la iglesia no se proponia mas objeto que el bien de la religion, la paz de los cristianos y el bien estar de la Europa, ni mas ley que la caridad, la justicia y la verdad.

El deber de cabeza de la iglesia cedió alguna vez al interés del soberano temporal: asi se afea en Julio II que se condujese como príncipe italiano y no como papa cuando intentó echar de Italia á los franceses, porque el padre comun de los cristianos debe evitar la guerra y la efusion de sangre y tratar bien igualmente á todos los príncipes de la cristiandad. En fin hubo algunos papas que emplearon su poderío en el engrandecimiento de sus parientes y deudos ó en la satisfaccion de sus pasiones. Tales fueron al principio de este siglo Alejandro VI y Julio II.

Para sufragar los gastos de la guerra habian cargado con un cánon ó censo los bienes eclesiásticos en todo Occidente y sacado sumas cuantiosas de todos los paises cristianos. El clero se sometia con mucha dificultad á estas contribuciones, y en Francia y en Alemania se resistió á pagarlas cuando conoció claramente que los papas destinaban tales sumas para defender ó acrecentar sus intereses temporales.

El poderío del papa y del clero tenia en Occidente muchos y muy poderosos enemigos. Los hombres instruidos sabian que la potestad eclesiástica habia inspirado la humanidad y dado costumbres á los pueblos bárbaros conquistadores del Occidente y creian que los abusos contra los cuales se clamaba, eran menos funestos al bien estar del género humano que el estado anterior á la época de grandeza y poderío temporal de la iglesia de Roma y del clero. Algunos teólogos y jurisconsultos habian escrito á favor de los derechos de la una y del otro, y los papas los defendian con las anatemas y rayos de la iglesia. Habia pues en todos los paises católicos un principio de interés material, que tendia continuamente á concitar los ánimos contra Roma, y un motivo de religion, de amor del bien público y de temor que los sometia. Pero como no se corregian los abusos, se aumentaba la fuerza del partido contrario, que con halaracas, exageraciones y protestas de zelo hacia creer que aun eran mayores sus brios y mas crecidas sus huestes.

CAPITULO II.

ORIGEN DE LA REFORMA.

En tal estado de cosas mandó Leon X publicar indulgencias en todo el orbe cristiano (año de 1517) en favor de los que contribuyesen con sus limosnas tanto para el sosten de la guerra contra el sultan Selim, que hacia temblar á toda Europa despues de haber subyugado el Egipto, como para la construccion de la soberbia basílica de san Pedro de Roma, que habia resuelto acabar aquel pontífice. Aunque los frailes agustinianos eran comunmente los encargados de predicar las indulgencias en Alemania, asi como se habia dado igual comision á los franciscanos bajo el pontificado de Julio II en tres diferentes ocasiones; Leon X ó mas bien el arzobispo de Maguncia prefirió esta vez á los dominicos. Juan Stau-

pitz, vicario general de la orden de san Agustin, sin embargo de que la publicacion de las indulgencias no constituia un privilegio exclusivo de su religion, concibió un bajo despecho que comunicó al fogoso Martin Lutero, uno de sus súbditos. Los abusos que cometian los colectores y las proposiciones exageradas que sentaban en el púlpito sobre su potestad, presentaron á este fraile envidioso la ocasion de propagar la ponzoña de los errores que contenian las conclusiones públicas defendidas por él en Witemberg el año 1516. El innovador despues de combatir el abuso de las indulgencias contradijo las indulgencias mismas: tales fueron las primeras chispas del vasto incendio que bajo el nombre de reforma abrasó á gran parte de Europa.

Para proceder con orden en la narracion y á fin de que el lector pueda formar alguna idea, juzguemos á los autores de la reforma, su objeto y sus medios, si es que es posible concebir lo que nuestros ojos, testigos de la realidad, tienen todavia dificultad en no considerar como una ilusion. Los autores de la reforma que precipitó en la apostasía la tercera parte de Europa, fueron Lutero y Calvino por excelencia, aquel auxiliado por Melanchthon y este por Teodoro de Beza; por otro lado Zuinglio con la ayuda de Ecolampadio y luego la turba de seductores subalternos, Carlostadio, Bucero, el impío Osiander, el atroz Juan de Leyden, los dos Socinos y otros muchos blasfemadores ya de la divinidad de Jesucristo, ya de los demas puntos capitales de la fé cristiana.

¿Y cuáles eran las virtudes ó el caracter de autoridad de estos hombres que pretendian ser suscitados por Dios, de estos restauradores de la iglesia, de estos nuevos profetas? Lutero, fraile apóstata y corruptor de una monja renegada, amigo de la crápula y de la embriaguez, gracioso insípido y grosero ó mas bien impío y obsceno bufon, que no perdonó ni al papa, ni á los reyes, arrebatado del furor de un energúmeno contra todos los que se atrevian á contradecirle, sin mas ven-

tajas que una erudicion literaria que podia seducir á su siglo ó á su nacion, con una voz de trueno, con un aire altanero y un tono magistral; tal fue el nuevo evangelista ó como él se llamaba el nuevo Eclesiastés, que introdujo el fuego de la herejía y de la rebelion en la iglesia so pretexto de reformarla; y para prueba de su singular mision que requeria ciertamente milagros de primer orden, alegó los de que se prevale el Koran, es decir, el triunfo del alfanje y el progreso de las armas, los desmanes de la discordia, de la rebeldía, de la crueldad, del sacrilegio y del latrocinio.

Calvino menos licencioso ó mas contenido por su debil complexion, pues no dejó de adherirse al anabaptista Idelette, menos arrebatado, menos arrogante y sujeto á la jactancia que Lutero, era tanto mas soberbio cuanto mas se preciaba de modesto, y su modestia misma hacia la materia de su ostentacion; infinitamente mas artificioso, maligno y acrimonioso, con una serenidad mil veces mas odiosa que todos los ímpetus de su precursor; orgulloso en tal extremo que se le traslucia el orgullo á pesar del velo con que queria cubrirse, y se pintaba en su sobrecejo, en sus miradas altaneras, en la grosería de sus modales, en todo su trato, aun en el de la amistad, porque entregado á su genio arisco y mohino trataba á sus compañeros los ministros con la dureza que un señor á sus esclavos. Mas ¿en qué se fundaba el reformador para arrogarse esta mision? En el despecho que le causó el que se hubiese conferido al sobrino de los condestables de Francia el beneficio que ambicionaba para sí en su extravagante orgullo el nieto de un barquero. Es cosa sabida que antes de la repulsa habia declarado que si la sufria, tomaria tal venganza que se hablase de ella en la iglesia por mas de quinientos años. En cuanto la sufrió puso manos á la obra de su reforma.

El partidario mas recomendable á la par que el mas ciego de Lutero fue Melanchthon, hombre erudito, elegante, literato y laborioso, aficionado á las lenguas sa-

bias: no tuvo otro título que estos talentos para mezclarse en el régimen de la iglesia y penetrar en las terribles profundidades de la religion; y aun su conciencia le remordia continuamente por su temeridad y por los espantosos desvaríos en que le precipitaba su guia. En una palabra Melanchthon aparece como un hombre débil arrebatado por un frenético que le hace temblar, y de quien no se atreve á separarse. Teodoro de Beza, cooperador apacible del tétrico Calvino, mostró él mismo el título de su mision escrito en los ojos de la joven disoluta que le tuvo aprisionado en sus redes hasta la decrepitud.

Y ¿qué caracter evangélico encontraremos en el crapuloso Carlostadio, el fraudulento Bucero y el impudente Hosen ú Osiander? Carlostadio propio únicamente para hacer cara á Lutero en un bodegon, para volverle trago por trago é injuria por injuria, para responder al deseo de la rueda con el deseo de la soga ó la hoguera; Bucero, apóstata de la orden de santo Domingo y de la reforma luterana, hoy partidario de Lutero, mañana sacramentario, unas veces luterano y zuingliano á un mismo tiempo, otras de una creencia tan sutil que su fé pasaba por problemática en todos los partidos; pero siempre complaciente con tal que su infame amor á una virgen del Señor se transformase en amor conyugal, y que se contasen entre los abusos los votos solemnes que él habia hecho y no tenia valor de observar. Osiander, desenfrenado en sus vicios y blasfemo insensato, tenia tan pocos títulos al apostolado, que el mismo Calvino le colocó en la clase de los ateos.

Zuinglio que de la profesion militar pasó de pronto al estado eclesiástico donde no tardó en fastidiarse del celibato, no tuvo mejor motivo para enarbolar el estandarte de la impiedad sacramentaria que esta instabilidad licenciosa, ni otro derecho á la enseñanza que su presuncion fundada en el don de afluencia ó verbosidad de que le habia dotado liberalmente la naturaleza: era tan boto é ignorante, que unia el luteranismo al pelagianis-

mo, y un restaurador tan extravagante de la pureza del Evangelio; que colocaba en el cielo al lado de Jesucristo y de la reina de las vírgenes á Hércules, hijo de la adúltera Alcmene, á Numa, padre de la idolatría romana, á Escipion, discípulo de Epicuro, y al suicida Caton con una porcion de adoradores iguales é imitadores de sus abominables deidades. Tuvo un cooperador de otra importancia y de un talento propio para hacer triunfar una secta: hablamos de Ecolampadio. Tenia este una destreza y habilidad tal para persuadir, un modo de discurrir tan especioso, una elocuencia tan apacible y una diccion tan amena y urbana, que sus escritos en decir de Erasmo hubieran seducido, si fuese posible, á los mismos escogidos; pero Ecolampadio que antes de su apostasía era un religioso de insigne piedad, Ecolampadio que bien á su pesar interrumpia sus dulces comunicaciones con Dios y hablaba luego con tanta uncion que no se le podia oir sin penetrarse de los mismos sentimientos, no fue mas que un fraile licencioso en cuanto su imprudente y presuntuosa curiosidad le llevó á dar oidos á las novedades de la reforma: se echó fuera del claustro, cedió á los atractivos de una jóven descocada y fue el primero entre los apóstatas reformadores que revistió su sacrilegio con las formalidades del matrimonio.

No nos extenderemos mas en una enumeracion que se encuentra en la historia eclesiástica. Todos los anabaptistas en general, así como sus corifeos Stork, Muncero y Juan de Leyden, y todos los impíos adornados con los nombres de socinianos, unitarios y antitrinitarios se pintaron ellos mismos con sus verdaderos colores en la horrible doctrina que destruye todos los principios de las costumbres, asi como los dogmas fundamentales del cristianismo. Por sus obras aun mejor que por sus dogmas puede juzgarse su mision. Dejando pues ya á los autores de la reforma consideremos cuál es el objeto de ella.

¿Qué es lo que Lutero intentó reformar, quitar ó destruir, ó hablando con mas propiedad qué es lo que

no trató de destruir bajo el pretexto de reforma? ¿Se creeria si no se hubiera visto en sus escritos, en su conducta, en las revoluciones tristemente famosas que atestan todavia todos los monumentos mas fidedignos? ¿Se daria fé á tantos testimonios irrefragables, si tantos reinos y repúblicas no presentasen siempre á nuestra vista ese trastorno? Justo cielo, ¿quién creeria que se hubiese vendido por reforma, por restauracion y perfeccion del cristianismo, por el Evangelio mas puro la prostitucion de la iglesia virgen, que hacia mil y quinientos años era las delicias de su divino esposo? La profanacion del celibato eclesiástico y de los votos sagrados de religion, el desprecio de los santos padres y doctores, de los mas célebres concilios, de toda tradicion y de toda enseñanza pública, la abolicion de casi todos los sacramentos, es decir, de los conductos saludables por donde se derraman sobre nosotros las gracias del cielo, el desprecio de las imágenes y reliquias de los santos, del culto del santo de los santos, del sacrificio adorable de nuestros altares, del orden sacerdotal y de todos los órdenes eclesiásticos, la degradacion del matrimonio cristiano abatido á aquella bajeza carnal de que le habia sacado Dios, la abolicion de la penitencia sacramental, de todas las obras de satisfaccion y generalmente de toda buena obra prescripta, sustituyendo en su lugar una fé muerta y esteril ó mas bien quimérica, una fé extravagantemente asegurada, que por medio de esta seguridad imaginaria comunicaba una justicia inamisible y subsistente con todas las culpas; en una palabra la simultanea destruccion de la fé y de las costumbres, eso es lo que se llamaba reforma.

Zuinglio y Calvino fueron mas allá que Lutero y destruyeron todos los sacramentos sin excepcion; Zuinglio solo haciendo inutil el bautismo por sus dogmas pelagianos tocante al pecado original; Zuinglio y Calvino juntos reduciendo la presencia corporal del Salvador en la Eucaristía á la simple figura ó á una simple percepcion de la fé. ¿Qué idea podian conservar de este sacra-

mento ni Calvino, ni los bandidos sacrílegos formados en su escuela, cuando incendiaban nuestros templos y rompian nuestros tabernáculos, pisaban las santas formas y empleaban los vasos sagrados en los usos mas viles y asquerosos? ¿Se hubieran arrojado á cometer estos horrores, ni se los hubieran aplaudido sus ministros, si la secta hubiese considerado verdaderamente la Eucaristía como un sacramento, como un signo instituido por Jesucristo para la santificacion de nuestras almas ó solo como una figura siempre respetable de su cuerpo y sangre? No hablaremos de las impiedades mas enormes aun de los anabaptistas y socinianos, no reconocidos por los protestantes, aunque sin razon, porque es notorio que todos estos diversos profanadores nacieron del mismo tronco. La reforma de Lutero produjo indisputablemente todos estos monstruos de reforma.

Para fundar semejante religion se necesitaban por cierto medios muy extraordinarios. El infierno los proporcionó acomodados al gusto depravado y á la situacion crítica de cada nacion; lo que se advirtió particularmente en Alemania, Inglaterra y Francia. El interés en Alemania, la licencia en Inglaterra y la frivolidad ó el amor de la libertad en Francia fueron las armas de la reforma herética. Se empezó por dejar á los príncipes alemanes los bienes de la iglesia muy pingües en sus estados, los magníficos fundos, los castillos y fortalezas, las ciudades y señoríos que poseian los obispos y una multitud de abades. Los prelados que se casaban y abrazaban el nuevo evangelio, continuaban en el goce de sus beneficios, y transmitian á su descendencia los títulos honoríficos y los fundos anexos á ellos. A mas de los innumerables obispados que se secularizaron de este modo, Alberto de Brandemburgo, gran maestre del orden teutónico, se apropió la Prusia que pertenecia á estos caballeros, y abrió á los príncipes de su casa el camino al trono. Las ciudades imperiales se emanciparon de la dependencia del soberano del imperio, y los vasallos ordinarios se sustrajeron de la autoridad de sus señores. A

los clérigos, frailes y monjas que estaban disgustados del celibato y de la regla, se les ofreció la facultad de casarse y se les abrieron los claustros: el concubinato sacrílego, el incesto y el adulterio espirituales se calificaron de matrimonios, y la licencia de libertad evangélica. En cuanto al comun de los fieles se los eximia de los arduos deberes de la penitencia, no obligandolos á confesarse mas que con Dios solo y librandolos de la observancia de las fiestas, de la cuaresma, de todos los ayunos y abstinencias de precepto, en una palabra de toda observancia onerosa.

La complacencia no tuvo límites respecto de los príncipes animados de pasiones impetuosas y á quienes habia interés en contemplar: los puntos mas claros y mas indisputables del derecho divino no fueron sinó un obstáculo debilísimo. Sirva de testimonio la consulta para siempre famosa é infame, en que Lutero, Bucero, Melanchthon y demas corifeos de la reforma permitieron la poligamia formal al landgrave de Hesse. ¿Y qué motivo se alegó para conceder esta monstruosa dispensa, de que no habia ni un solo ejemplar entre los cristianos desde el origen del cristianismo? Ninguno mas que el temperamento del príncipe enardecido por el vino y los manjares exquisitos en los banquetes á que la decencia no permitia á su mujer asistir. Pero ¿qué podia exigir Lutero en materia de costumbres y de pudor habiendo establecido generalmente este infame canon en su iglesia de Witemberg: *Si la mujer es desabrida, el marido llame á la criada: si Vasti se resiste, que se ponga en su lugar á Ester?* Esta era sustancialmente toda la delicadeza del nuevo moralista respecto del matrimonio, que habia tratado ya en el mismo sentido con el rey de Inglaterra. Recuerdese la anécdota descubierta por el mismo landgrave al solicitar su dispensa; es á saber, que Lutero y Melanchthon habian aconsejado á Enrique VIII que no insistiese en la pretendida nulidad de su matrimonio con la reina Catalina, sino que la conservase y se casase con otra.

Sin duda hubó príncipes y grandes á quienes preservó Dios de esta seduccion grosera. Contra estos se emplearon la intriga y la violencia, las turbaciones fomentadas con artificio, las facciones, las sediciones, la rebelion abierta, todas las plagas de la guerra civil prolongada durante dos siglos y agravada con un caracter de ferocidad desconocido hasta entonces. Por principio de religion era perseguido el soberano legítimo y despedazado el seno de la patria. En contra de la doctrina y práctica de los primeros fieles que no sabian mas que sufrir y morir aun bajo los reinados de Neron y Domiciano, era una máxima en la reforma que podia uno y aun debia rebelarse en cuanto el príncipe atentara ó se sospechara que atentase contra las conciencias. ¿Y cuáles fueron los frutos de esta doctrina perniciosa en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Holanda, en Suiza, en Polonia, en Hungría y en Transilvania? Traigamse á la memoria los reinados deplorables de los tres hijos de Catalina de Médicis; la insolencia desenfrenada de Montbrun, las crueldades atroces del baron des Adrets, la bárbara impasibilidad de Acier-Crussol que se sonreia al ver la soldadesca de los hugonotes adornados con collares hechos de orejas de sacerdotes, el furor de Knox en Escocia y del monstruo conde de Murray, la guerra inhumana de los campesinos de Alemania y el reinado infernal de Munster, la mitad de los belgas y suizos pasados á cuchillo por la otra mitad, la ferocidad y el crimen llevados á tal extremo por los sectarios confinantes con el turco, que el sultan Soliman II escribió indignado á la reina Isabel de Hungría que si seguia tolerando aquella secta abominable y no restablecia la religion de sus padres en todos sus derechos, no esperase encontrar en él mas que un enemigo declarado en vez de un protector constante.

El papa en el centro del catolicismo, en su silla de Roma no se vió libre de los atentados de los sectarios. Es bien sabido cuánto padeció Clemente VII en el saco de aquella ciudad tomada por un ejército español, don-

de iban de quince á diez y ocho mil herejes sacrílegos excitados por el conde luterano de Fronsberg, nombre tristemente notable aun en la lista de los hombres funestos que escogió Dios para instrumentos de su ira. Fronsberg fue herido de muerte antes que pudiese descargar su furor en la persona del pontífice; pero sus innumerables satélites mas enfurecidos hicieron sentir á Roma por el pillaje, el degüello, el incendio, la violacion y las mas enormes profanaciones mayores calamidades y desastres que los que habia sufrido de los godos, de los vándalos y de todos los bárbaros juntos.

Lutero no menos audaz que los sectarios armados hizo á su modo la guerra á la cabeza de la iglesia y á toda la gerarquía. Su libelo contra el estado eclesiástico fue como un toque de alarma que dió al principio contra los obispos, mandando exterminarlos á todos sin remision. En él decide magistralmente que los fieles que emplean sus fuerzas y sus bienes para talar los palacios episcopales, las abadías y los monasterios y para destruir el ministerio episcopal, son los verdaderos hijos de Dios; y que por el contrario los que los defienden son ministros de Satanás. Aun era mas insultado el pastor de los pastores y cabeza de la iglesia universal. No bastando al heresiarca para desahogar su bilis el nombre de Antecristo aplicado al sumo pontífice sustituyó los términos *scelestissimus et satanissimus* (muy perverso y muy diabólico) á los de *cœlestissimus et sanctissimus*), que son de estilo para indicar la elevacion de la dignidad pontifical. Los apodos de diablo, asno, marrano repetidos sin fin eran las figuras que brillaban en las filípicas de este nuevo Demóstenes ó mas bien en las farsas cínicas de este bufon de taberna, contentísimo con la aprobacion y risotadas del populacho.

¿Cuál fue la conducta de la iglesia tan cruelmente ultrajada? Nada da á conocer mejor la mano que la sostiene y gobierna, que su conducta igual, siempre noble y majestuosa enmedio de tantas injurias capaces de hacerla olvidar su propia dignidad. Citó tranquila

al heresiarca ante su tribunal; pero el heresiarca respondió que no se presentaria como no fuera con veinticinco mil hombres armados para su defensa. La iglesia hizo las moniciones canónicas, las multiplicó, alargó los términos y llevó la mansedumbre y la longanimidad hasta donde podia permitir la prudencia; por fin dió su sentencia y limitó su rigor á separar este miembro gangrenado del cuerpo místico de Jesucristo (año 1521). Al furor sedicioso, al frenesí, á toda la rabia del heresiarca anatematizado, á los progresos de la sedicion que propagó con nuevos esfuerzos y triunfos, la iglesia no opone mas que la espada de la palabra. El sucesor de Pedro pone su principal conato en confirmar en la fé á sus hermanos y cooperadores de todo orden: redobla su vigilancia y solicitud sobre toda la casa de Dios; y reanima el espíritu de fé y de zelo en el santuario, en los monasterios, en todas las escuelas cristianas. Las universidades á ejemplo de los obispos suscriben al juicio apostólico y estatuyen que el que contravenga á él será excluido de su gremio. Por todas partes se esparcen doctores zelosos y sabios misioneros, hasta por los paises donde el error está sentado en el trono: confunden á los predicantes, convierten á algunos, conservan en el gremio de la unidad ó reducen á él los pueblos que vacilan; y luego que se hubo hecho el discernimiento, son separados irremisiblemente de la sociedad de los fieles todos los pertinaces é incorregibles.

Algunos prelados de los mas eminentes como los condes de Weiden y Truchses, arzobispos electores de Colonia, las iglesias enteras de las mas de las ciudades imperiales, los electorados de Sajonia, de Brandemburgo y del Palatinado y otras muchas soberanías de Alemania, la mitad de la Suiza y los estados generales de Holanda, los reinos de Inglaterra, Suecia y Dinamarca fueron separados de la iglesia sin consideracion ninguna. Al pastor eterno le toca señalar las ovejas que ha recogido, y solo á su vicario corresponde apacentarlas y regirlas despues que han sido incorporadas al aprisco.

La iglesia, guarda y no árbitro del sagrado depósito, no consintió ninguna alteracion, modificacion ni composicion: fue preciso ó recibirle entero, ó ser excluido absolutamente del místico rebaño. Aun sobre los puntos que solo son de derecho eclesiástico, se mostró inflexible luego que la condescendencia le pareció favorable á la licencia. Asi negó inexorablemente el casamiento de los clérigos no obstante las reiteradas é importunas pretensiones de los reyes y emperadores: asi despues de todos los atentados del luteranismo y de las heregías nacidas de él encontramos hoy en la comunion católica no solo la fé que no varió jamas, sino todas las observancias antiguas y universales. Tales son el agua bendita y todas las bendiciones acostumbradas, la señal de la cruz, el uso de los cirios y del incienso, los vasos y ornamentos sagrados, el orden de los divinos oficios, la majestad de nuestras ceremonias y generalmente todos los ritos esenciales de nuestras liturgias antiguas. La iglesia pues sacó de su seno ó del seno de Dios los recursos poderosos que la sostuvieron contra los asaltos de tantos satélites del infierno desatados en los siglos últimos para destruirla.

Los príncipes no obstante echaron mano al arca vacilante y pareció que la sostenian; pero como traspasaban los límites dentro de los cuales deben contenerse las potestades terrenas, no podian menos de precipitarla. ¿Quién no se acuerda de los obstáculos que puso el emperador Carlos V (1), por otra parte tan católico, á la apertura y operaciones del concilio de Trento, que habia promovido y acelerado con tanto calor? ¿Quién no se acuerda de las trabas y entorpecimientos suscitados á los padres y á los legados apostólicos? ¿Quién no recuerda la influencia que intentó ejercer hasta en las decisiones de fé ó á lo menos en la eleccion de las materias que convenia discutir y decidir?

(1) El autor no puede olvidar la derrota y prision de Francisco I.



¿Quién no recuerda su tibieza para con el pontífice Clemente VII, abandonado al furor fanático de un Fronsberg y luego cautivo en Roma, mientras que el emperador se contentaba con hacer rogativas por él en España? Tampoco se ha olvidado que mandaba y decidia casi soberanamente en las cosas de la religion: cediendo con excesiva debilidad al imperio de las circunstancias, si bien eran críticas, lo concedia todo á los príncipes luteranos, con tal que estos le aprontasen tropas y dinero, y firmaba sin leer cuando estaba seguro de que habian sido satisfechas sus peticiones. La dieta y el *Interim* de Augsburgo en particular serán mucho tiempo famosos, porque traen á la memoria el proyecto insensato de hacer amalgama de la fé y la heregía. Es bien sabida la pérfida ambigüedad con que se proponia la fé y se quitaba á la heregía lo que mas desviaba de ella al pueblo cristiano.

Lo mismo sucedió en Francia, á lo menos bajo la deplorable gobernacion de la madre de los tres Valois. Recuérdese el fondo del sistema político de la ambiciosa Médicis: queria reinar en nombre de sus débiles hijos; y á eso se reducian sus planes y sus ideas políticas y religiosas. Hugonotes ó católicos, la misa ó las prédicas, poco le importaba que prevaleciese cualquiera de estas cosas (segun se dice haberlo oido de su propia boca), con tal que no le robasen su único ídolo, la dominacion. Sabido es tambien que para no verse sujeta á los caprichos de uno de los dos partidos impidió con todas sus fuerzas que ninguno de ellos preponderase sobre el otro y puso su constante conato en mantener á ambos equilibrados. Declarada unas veces en pro de los Guisas y los católicos y otras en favor de los Coligny y los religionarios, no consintió jamas que se aprovechase la ocasion decisiva muchas veces presentada de exterminar el error. En fin, hubo un instante en que viendo que iba á escaparsele el rey su hijo y poner su confianza en el caudillo de los calvinistas, aunque estos habian jurado el exterminio de su persona y la destruc-

cion de su trono, se creyó autorizada para prevenir el regicidio de una manera sangrienta y dispuso aquel terrible espectáculo, que quizá no fue menos perjudicial á la religion que á la Francia por el odio invencible que de resultas concibieron á la una y á la otra los religionarios escapados de la matanza. ¿Habremos de traer á la memoria la carta verdaderamente impía que escribió Catalina al papa, dictandosela Montluc, obispo calvinista de Valencia, para que se quitasen de las iglesias las sagradas imágenes, se aboliese la fiesta del santisimo sacramento y se administrase la Eucaristía como en Ginebra despues de la confesion de los pecados en general? Mas ¿quién no está convencido sin esto de que la corte lejos de sostener á la iglesia en aquellos reinados calamitosos no sirvió mas que de darle las sacudidas mas violentas?

El soberano señor, zeloso del tributo de gloria que no consiente dividir con nadie, es el que debia obrar de un modo inesperado la gloriosa restauracion de la iglesia. A la hora determinada en sus eternos consejos derramó su espíritu sobre toda carne; hizo profetizar á los hijos é hijas de Israel; suscitó una porcion de pastores como un Tomas de Villanueva, un Bartolomé de los Mártires, un Carlos Borromeo, un Francisco de Sales, y colocó en el solio pontifical á un Pio V; es decir, unos pastores tales como los da á su pueblo cuando quiere derramar sobre él la plenitud de sus misericordias. Suscitó patriarcas y apóstoles en los dos sexos, un Ignacio de Loyola, un Francisco Javier, un Cayetano de Tiene, un Felipe Neri, un Vicente de Paul, un Pedro de Alcántara, un Juan de la Cruz, una Teresa de Jesus, una Angela de Brescia, una Juana Francisca Fremiot y tantos otros varones y mujeres de un valor verdaderamente varonil, cuyos afanes y ejemplos y los discípulos que por una santa emulacion seguian sus huellas, hicieron reflorecer las costumbres en pocos años en todos los estados.

SIGLO DECIMOSEPTIMO.

CAPITULO I.

ESTADO DE LA SOCIEDAD HUMANA EN LOS SIGLOS DÉCIMOSEXTO Y DÉCIMOSÉPTIMO.

Cuando se examina el estado de la sociedad humana á fines del siglo décimosexto y principios del décimoséptimo, la vista del observador se fija especialmente en Francia. Esto depende sin duda de que aun cuando en otros reinos se hayan efectuado igualmente revoluciones, el espectáculo seria con corta diferencia el mismo sin mas diferencia que la que nace del caracter nacional, de los diversos intereses y de la forma particular de cada gobierno. Así tiendase la vista por Italia, Alemania, Inglaterra y el resto de Europa en la época de que se trata, y se verán casi los mismos sucesos producidos por causas sobre poco mas ó menos iguales, los mismos principios de agitacion y serenidad, los mismos medios empleados con mas ó menos diligencia, mas ó menos acierto por las mismas pasiones y dando los mismos resultados. Aunque todo esto se modifique de mil maneras por las máximas de política establecida entre las diversas naciones, es facil de seguir el rumbo del entendimiento y del corazon en sus progresos lentos ó rápidos, y la gradacion de los conocimientos, de la cultura y del saber no es menos perceptible á los ojos de un atento espectador, en cualquier punto que se coloque, que la de los vicios y virtudes. Ademas es una verdad generalmente reconocida que desde entonces todos los pueblos cultos de Europa volvian los ojos á la Francia copiando sus usos y estilos, adoptando sus gustos é inclinaciones é imitando sus costumbres y hasta sus extravagancias. Asi basta conocer á los franceses en su índole, su política, sus talentos, sus virtudes y sus vicios para formar-

se una idea verdadera de la sociedad en las otras naciones.

El fin del siglo décimosexto y el principio del décimoséptimo ofrecen un aspecto tan contrario y estan imbuidos de un espíritu tan diferente, que no parece sino que son dos épocas separadas por una larga distancia. En Francia la discordia habia inflamado los ánimos por espacio de cuarenta años, dividido las familias, agitado todas las provincias y amenazado el reino con una completa destruccion. A estas disposiciones funestas se siguieron otras mas benignas acreditadas por un ejemplar de mucho peso. Enrique IV, príncipe bondadoso, pero de caracter firme, contenia las pasiones con su prudencia, al mismo tiempo que predicaba la concordia por su indulgencia respecto de los errores pasados. Los odios se acallaban ante su clemencia, y los ánimos mas irritados cedian al ascendiente que daban á aquel príncipe su edad, su experiencia, sus triunfos y la lealtad de su caracter. Todos los órdenes del estado tenian á honra coadyuvar á sus miras generosas, y parecia que por un movimiento general se caminaba á una gran restauracion. Pero habiendo llegado á dosfallecer la mano vigorosa de Enrique IV que habia atajado un instante los progresos del mal, aparecieron todos los síntomas de disolucion social. Las tres oposiciones (la de los grandes, la de los protestantes y la del parlamento que representaba la oposicion popular) se levantaron en el acto mismo para comenzar otra vez la pugna contra la potestad civil, y esta potestad que en vano intentaron los Guisas (últimos que habian comprendido la monarquía cristiana) unir á la autoridad espiritual por todos los vínculos que podian sostenerla y reanimarla, como se obstinase en vivir separada y buscar en sus propias fuerzas el principio y la razon de su existencia, se vió en mas peligro que nunca siendo asaltada por todas partes.

Y como es propiedad de toda corrupcion ir siempre en aumento cuando no la contiene una fuerza contraria, es notable que la parte religiosa que la influencia de los

Guisas ayudada de las circunstancias de entonces habia sabido conservar en la sociedad política, se extinguió por grados no dejándole casi nada mas que lo que tenia de material.

En efecto bajo el reinado de los últimos Valois en medio del maquiavelismo de un gobierno que habia caido en la indiferencia religiosa y en todos los extravíos que son su consecuencia, se formó entre los grandes un partido que con el nombre de *político* se colocó entre los católicos y los protestantes, no admitiendo otra cosa mas que el materialismo social de que acabamos de hablar, y adhiriendose al monarca únicamente porque era el representante del orden material. Al mismo tiempo se vió que un rey imprudente (Enrique III) prefirió este partido á todos los demas creyendo en su política sofística que era el medio de combatir la oposicion católica, la cual queria moderar su poder, y la protestante que queria destruirle. Pero aquel partido maquiavélico no pensaba detenerse ahí: como que habia nacido de unos intereses puramente humanos, debia mudar de rumbo á impulso de estos mismos intereses. Levantóse pues contra el rey mismo despues de haber sido su auxiliar; hizo alternativamente alianza con los protestantes y los católicos segun le dictaba su provecho: y el estado adoleció de un mal que no habia conocido aun. Los Guisas (á quienes no se cansa uno de admirar), ayudados de la fé de los pueblos y de la conciencia de los grandes no inficionados todavía del contagio, hubieran triunfado al fin de este funesto partido; pero habiendo perecido el último de aquella ilustre familia, predominaron los políticos.

La religion arrojada de la sociedad política tenia su último asilo en la familia y en la sociedad civil. En efecto la oposicion popular era religiosa y debia serlo mucho tiempo aun por varias causas que mas adelante se descubrirán por sí mismas; pero por una inconsecuencia nacida del mismo principio de rebeldía contra la potestad espiritual (principio que habia corrompido en Fran-

cia casi todos los entendimientos), resistiendose los parlamentarios, verdaderos caudillos del partido popular, á reconocer el caracter monárquico y la infalibilidad de aquella potestad, dicha oposicion era religiosa y demócrática juntamente, es decir, tan dispuesta á levantarse contra los papas como contra los reyes, y debia ser mas peligrosa contra los unos y los otros, á medida que se debilitase mas la fé de los pueblos. Ahora bien todo lo que los rodeaba debiá contribuir mas y mas á enflaquecer esta fé.

La oposicion de los protestantes debe llamarse mejor una rebelion verdadera: ó fanáticos, ó indiferentes (porque ya habian llegado á estos dos extremos de sus funestas doctrinas) concordaban todos en un punto, es á saber, que no habia autoridad que no pudiese ser contradicha ó disputada, porque cada uno de ellos hacia superior á todo su propia autoridad. Eran unos republicanos ó mas bien unos demagogos continuámente conjurados contra la monarquía en el seno de la monarquía misma.

No necesitamos probar que la única resistencia que consiente el orden de la sociedad, es la de la ley divina, opuesta por el único que es su legítimo intérprete, á las demasías y errores de la potestad temporal, porque esta ley es igualmente obligatoria para el que manda y para los que obedecen, y asi es el solo yugo que pueden sufrir legalmente los reyes y el origen de la única verdadera libertad que pertenece á los pueblos. Ahora bien como las tres oposiciones de que hablamos estaban animadas de un principio de desorden; por una consecuencia necesaria todo en el cuerpo social propendia sin cesar á la anarquía, asi como el gobierno tendia de continuo al despotismo, único recurso que le quedaba contra una corrupcion cuyo principal autor era él. Para hacer entrar á los pueblos en regla hubiera sido menester que los reyes se sometiesen tambien á ella; mas no queriendo, ni teniendo en sí mismos lo que se necesitaba para regir y ordenar á sus vasallos, no podian hacer otra cosa que *contenerlos*. Enrique IV, nacido en la secta re-

formada, cuyas doctrinas y preocupaciones habia mamado con la leche, no poseia quizá todos los conocimientos necesarios para comprender bien la magnitud del mal: tal vez la habia comprendido hasta cierto punto sin haber sabido conocer cuál era el verdadero remedio; ó si le conocia, no juzgaba posible la aplicacion de él. Como quiera, su valor, su diligencia y su prudencia no tuvieron otro resultado que proporcionarle el ascendiente necesario para contener aquella resistencia enemiga ó émula de su poder; y habiendole marcado unos límites que no se traspasaron mientras él vivió, entregó á su sucesor la sociedad segun la habia recibido de los reyes desgraciados ó inhábiles que le precedieran.

Bajo la gobernacion debil y vacilante de una menor edad despues de un reinado tan brillante y vigoroso no tardaron en aparecer otra vez las oposiciones con el mismo caracter y con la nueva corrupcion que habia agregado el tiempo. De parte de los grandes no habia ya para resistir al monarca ni los motivos legítimos, ni aun los pretextos plausibles de conciencia y de creencia religiosa, que bajo los últimos reinados los justificaban ó parecian justificarlos: los grandes querian tener parte en el gobierno y codiciaban los tesoros del estado: eran á un tiempo ambiciosos y codiciosos. Esta oposicion aristocrática, ciega como todo el que se deja gobernar de la pasion, trata de levantar en su favor la oposicion popular, ya promoviendo la convocacion de los estados generales, ya suscitando en el parlamento aquel antiguo espíritu de rebeldía y aquellas pretensiones insolentes que se renovaban á la primera ocasion. Ajusta alianza con la oposicion protestante con mayor escándalo que anteriormente, y esta fortalecida con tales divisiones camina hácia su objeto con toda su antigua audacia, con un plan mejor combinado y con mas esperanzas de buen suceso, y solo trata con los otros partidos para asegurar su independencia propia. En fin la corte misma asaltada por todas partes y dividida entre un rey joven, á quien excitaban sus validos para que se apoderase del mando

que le pertenecia, y la reina madre que queria conservarle, acrecentó los desórdenes y escándalos de la discordia general.

Y no se diga que los mismos desórdenes aparecen siempre que el gobierno se muestra debil, ni que en Francia siempre ha sido la menor edad de los reyes una época de turbaciones y discordias intestinas: el que se detenga en estas superficialidades, no entiende una palabra. En aquellos tiempos antiguos y al parecer mas incultos los desórdenes excitados en la sociedad por las pasiones políticas no tenian el mismo principio, ni las mismas consecuencias; la corrupcion estaba mas bien en el corazon que en el entendimiento; y luego que se calmaban las pasiones, las creencias comunes restablecian el orden como por encantamiento volviendolo todo naturalmente á la unidad. Se veia al supremo regulador de la gran sociedad cristiana católica, al padre comun de los fieles interponerse continuamente entre reyes enemigos, entre vasallos rebeldes y soberanos irritados: sobran testimonios de esto en la historia. La voz poderosa y respetada del pastor de los pastores era siempre escuchada, y gracias á su saludable intervencion esta ley divina y universal que es la vida de las sociedades, recobraba toda su fuerza y vigor. Ahora era casi enteramente desconocida esa grande autoridad: las creencias comunes, único lazo de las inteligencias, eran contradichas impunemente y estaban minadas de todas partes por el principio de la herejía protestante, elemento el mas activo de disolucion que ha amenazado á las naciones desde el principio del mundo. La potestad temporal, habiendose privado de su único punto de apoyo, se hacia violenta sin poder ser fuerte, y se conservaba asi algun tiempo por lo que debia acabar de perderla. Del mismo modo y por una consecuencia necesaria la obediencia en los súbditos se convertia en servidumbre; lo cual los tenia siempre preparados para la rebelion; y en cuanto se turbaba este orden facticio y material, no era ya una crisis pasajera lo que amenazaba al estado, sino un trastorno

completo, y continuamente estaba en riesgo la existencia de la sociedad.

Pero el mal ¿no tenia remedio? La semilla de muerte que llevaba en su seno no solo Francia, sino toda la Europa cristiana, ¿era ya tan poderosa y eficaz que no pudiera sofocarse? Esta es una cuestion que tal vez á nadie es dado resolver; pero lo que no admite duda es que correspondia á la Francia mas que á ninguna otra potencia de la cristiandad tentar esta empresa grande y santa y dar al orbe católico el ejemplo saludable de volver al camino antiguo: todo inducia á creer que la hubieran seguido las demas naciones.

Sin embargo ni Richelieu, ni Mazarini, aunque ambos príncipes de la iglesia, no meditaron este proyecto sublime. Aquellos dos eminentes personajes no quisieron mas que conducir la potestad por diferentes medios al punto á donde llegó en el reinado de Luis XIV sin cesar de derribar todo lo que oponia la menor resistencia ó causaba el mas leve recelo. Puede verse á qué estado se hallaban reducidos los caudillos de la nobleza y qué se habia hecho de su influencia en la guerra de la Fronda, no menos perniciosa en realidad que todas las anteriores y que tuvo á veces las trazas de ridícula porque los grandes impotentes sin dejar de ser revoltosos tuvieron que refugiarse tras de los golillas y su séquito plebeyo para probar si con estos peregrinos auxiliares recobraban su antigua influencia. No habiendolo conseguido es evidente que debian por el mismo efecto de semejante tentativa bajar mas que nunca; y asi aconteció. Desde este instante dejó la nobleza de ser un cuerpo político en el estado, y bajo este respecto cayó para no levantarse mas. En cuanto al parlamento, este digno representante del pueblo y particularmente del populacho de Paris, no fue políticamente ni mas ni menos que lo que habia sido; es decir que despues de haberse mostrado insolente y rebelde con el gobierno en cuanto este daba algunas señales de flaqueza, se volvia docil y complaciente si le veia

cobrar bríos; pero sin perder nada de su espíritu, ni variar en nada sus máximas; antes al contrario ocultando en su seno nuevos fermentos de rebelion aun mas peligrosos que los antiguos. Tal se mostraba entonces la oposicion popular abatida mas bien que aniquilada. Lo mismo sucedia con los religionarios, de quienes no se volvió á oir hablar como oposicion armada desde que Richelieu les diera los últimos golpes; pero no por eso dejaban de minar sordamente con sus doctrinas sediciosas y de corrupcion aquel mismo gobierno á quien no podian embestir á viva fuerza. A este punto habian llegado las cosas en Francia, cuando se sentó en el solio Luis XIV en estado de acrecentar el poderío de sus predecesores y de hacer mas sólido y estable el gobierno y mas esplendente la majestad real.

El nuevo monarca concentró en sus manos toda la potestad. Sabido es qué impulso facticio dieron á la sociedad esta fuerza y esta concentracion de energía, y qué partido supieron sacar dos hombres hábiles aprovechándose asi para los medios de su ambicion de la soberbia y arrogancia de su soberano, de la sangre y la sustancia de los pueblos, de la tranquilidad del orbe cristiano y de la suerte futura de la Francia. Louvois habia hecho á Luis XIV el vencedor y árbitro de la Europa: Colbert juzgó que no bastaba esto, y pretendió nada menos que sustraerle del ascendiente, cada dia menos notable, que ejercia aun sobre los soberanos la autoridad espiritual. No lo logró enteramente, porque para eso hubiera sido preciso que Luis dejase de ser católico; pero el mal que hizo por haberlo intentado, fue grande é irreparable. Con un gobierno tan activo y tan fecundo en brillantes resultados el rey se desvaneció, y aun despues que hubo pasado este desvanecimiento, todo induce á creer que el príncipe imbuido desde su niñez en tales doctrinas no cesó de estar firmemente convencido de que habia resuelto por fin el problema del gobierno monárquico en su mayor perfeccion. *El estado soy yo*, decia; y se complacia en este egoismo político,

que no probaba otra cosa sino que si su voluntad era firme y enérgica, no eran tan vastos sus pensamientos, y que comprendia muy imperfectamente la sociedad segun la ha formado la religion católica, á la cual por otra parte profesaba una sincera adhesion.

Los mayores enemigos de esta religion de verdad no pueden negar un hecho tan claro como la luz del dia, y es que ha desenvuelto las inteligencias en todas las clases de la gerarquía social en un grado de que no nos ofrece ejemplo ninguna sociedad del antiguo paganismo: de donde ha resultado que el pueblo propiamente dicho ha podido en las naciones cristianas ser *libre* y entrar en la sociedad civil, porque todo cristiano, por ignorante y rudo que se le suponga, tiene en sí por su fé y la perpetuidad de la enseñanza una regla de costumbres y un principio de orden suficiente para conservarse en esta sociedad sin turbarla, al paso que la multitud pagana que carecia de esta ley moral ó por lo menos no tenia sino unas nociones muy incompletas de ella, debió quedar esclava y no salir de la sociedad doméstica, única conveniente á su eterna infancia, para que no fuese trastornado el mundo social. Mas derivandose del mismo Dios esta potestad del cristianismo tiene en lo concerniente á sus relaciones con la sociedad política dos caracteres principales; el ser universal y en sumo grado independiente, porque Dios no puede tener dos leyes, es decir, dos voluntades, y sin duda no hay nada mas libre que Dios. La universalidad é independencia de esta ley y su accion continua en las inteligencias constituyen el admirable cuerpo social que se llama la cristiandad. El cristianismo pues, regulador universal, tiene preceptos igualmente obligatorios para los gobernantes y para los gobernados: reyes y súbditos viven igualmente bajo su dependencia y en su unidad, y seria blasfema la suposicion de que puede haber en este mundo alguna cosa que sea independiente de Dios. Es pues evidente que de la sumision de un príncipe á esta ley divina se deriva la legitimidad de su potestad

sobre una sociedad cristiana; y en efecto obedecer la autoridad del rey y obedecer al mismo tiempo á una autoridad que se juzga superior á la suya y contra la que él se hubiese rebelado, implica contradiccion. Si él cree tener derecho de sustraerse de dicha autoridad, todos tendrán el derecho mucho mas incontestable de resistirle en todo lo relativo á esa ley, pues que por ella únicamente tiene derecho de mandarlos: porque pretender que la inteligencia de un hombre, quien quiera que sea, tiene el privilegio de imponer á otras inteligencias una regla sacada *de ella misma*, es imaginar en punto de tiranía una cosa mas vil y monstruosa que lo que se ha sentado por principio ó practicado nunca en ningun pueblo del mundo, excepto en Inglaterra bajo el reinado de Enrique VIII y sus sucesores. Ni aun los gobiernos gentiles mas violentos tenian tal pretension; y si habian reducido á la esclavitud el pueblo propiamente dicho, es porque en cierto modo le habian excluido de la clase de las inteligencias ejercitando su accion solamente en la parte material del hombre degradado hasta ese punto.

Asi siendo todo inteligente, libre y activo en una sociedad cristiana, facilmente se concibe qué grave falta cometió Luis XIV despues de haber aislado enteramente su poder acabando de derribar todo lo que habia intermedio entre su pueblo y él, en tratar de hacerse tambien independiente del yugo tan ligero que le imponia la autoridad religiosa. Creyó el rey y sus consejeros con él que esta independencia fortaleceria su potestad, y la verdad es que se conmovió hasta en sus cimientos y que no habia recibido nunca un golpe mas fatal. Habiendose puesto asi *solo* enfrente de su pueblo, es decir de una muchedumbre de inteligencias á quienes la luz del catolicismo habia dado un impulso que solo á la potestad católica correspondia dirigir y que á nadie era dado contener, al instante se levantaron dos oposiciones contra el imprudente monarca; la una de los verdaderos cristianos, que continuaron poniendole delante los limi-

tès de la ley divina que él queria traspasar; y la otra de los sectarios, que abrazando con anhelo el principio de rebeldía que él habia proclamado, sacaron inmediatamente todas las consecuencias y se sublevaron á un tiempo contra una y otra potestad. ¡Singular contradiccion! En los últimos años de su vida se asustó de este espíritu de rebelion hasta el punto de ir en cierto modo á buscar un refugio contra él cerca de la autoridad misma á quien habia ultrajado; y sin embargo al mismo tiempo que parecia restituir á la santa sede la plenitud de sus derechos, calificaba *de opiniones libres* aquella declaracion que los minaba por el cimiento, llegando á decretar que se profesase y enseñase públicamente. Los jansenistas y el parlamento no lo olvidaron, y desde entonces reservaron estas *opiniones libres* para mejor tiempo.

El principio del protestantismo se manifestaba claramente en la fermentacion de los ánimos, y el príncipe mismo que la habia excitado, cedia á ella sin sospecharlo. Pero al mismo tiempo que este principio alteraba por grados casi insensibles al parecer las creencias católicas del mayor número, habian producido ya su efecto en muchos las últimas consecuencias de estas doctrinas, que desde la negacion de algunos dogmas del cristianismo conducen rápidamente á todo entendimiento que discurre hasta el ateismo, negacion de todas las verdades; y donde especialmente habian formado incrédulos y ateos era en la corte.

Para salvar á la Francia de los abismos que habia abierto á sus pies el gran rey, hubiera sido preciso que su sucesor inmediato reuniese juntamente la enérgica voluntad de aquel y unos pensamientos aventajados. Lo primero que hubiera discurrido un rey de esta índole habria sido acudir á la fuente del mal; hubiera conocido que su predecesor separando violentamente la potestad política de la religiosa habia herido el principio mismo de la vida en una sociedad cristiana; y su primer cuidado hubiera sido anudar la antigua alianza y afirmarla

sobre sus basas naturales; es decir que en vez de precaverse contra las pretendidas usurpaciones de la santa sede la hubiera suplicado que cooperase con él á restablecer el orden en aquella sociedad que le babia encargado Dios y de que debia dar cuenta, y á reducirla de la licencia de opiuiones que amenazaban penetrarla por todas partes, á la unidad de creencias y doctrinas que solo puede producir la sumision. En efecto pues que el creer y someterse es una sola y misma cosa, resulta que donde falta la fé hay rebelion y desorden. . . .

El mismo príncipe habria dado el ejemplo de esta sumision. La corrupcion que traian consigo aquellas opiniones licenciosas, no se habia introducido aun en las entrañas del cuerpo social: hasta entonces no habia pasado de la superficie, y fuera de las clases mas eminentes de la sociedad, de los parlamentarios y de algunas pandillas que medraban bajo los auspicios de unos pocos obispos y eclesiásticos jansenistas ó galicanos, el catolicismo reinaba en todas partes. La Francia tenia la dicha de poseer un clero poderoso por sus riquezas y que de consiguiente gozaba de mucha influencia en el pueblo, entre el cual las distribuia. Estaba tan lejos de haber abrazado esas máximas de pretendida independencia que le entregaban vergonzosamente indefenso á los caprichos de la potestad temporal, que aun aquellos individuos de su seno (salvo algunas excepciones) que al pronto se habian dejado seducir, retrocedian ya asustados de las consecuencias de tan peligrosas máximas. A la primera señal de ambas potestades podia aun esta milicia de la iglesia obrar prodigios: el jansenismo sería aniquilado; la impiedad se reduciria al silencio ó se cubriria con la máscara de la hipocresía; el espíritu parlamentario, es decir, el de rebelion, seria comprimido y tal vez sofocado al fin y á la postre. El hijo primogénito de la iglesia, el rey cristianisimo, valiendose para alcanzar tan noble objeto de todos los recursos de cultura y de poder material que habia creado su predecesor y de que tan fatal uso habia hecho, podia adquirir

la gloria incomparable de reanimar para siglos no sólo el reino de Francia, sino toda la cristiandad postrada. Este medio de salvacion, el único que se podia emplear, dicen que el duque de Borgoña era capaz de comprenderle y ponerle por obra, y nos inclinamos á creerlo de un discípulo de Fenelon, el obispo de Francia que mejor entendia esta política cristiana y habia comprendido mejor todas las faltas del último reinado. Pero la divina providencia lo habia dispuesto de otra manera, y aquel príncipe fue arrebatado á una nacion que ponia en él todas sus esperanzas enmedio de las borrascas inminentes. Sentóse en el trono vacante por muerte de Luis XIV un niño de corta edad.

Bajo la regencia del duque de Orleans se acumulan en cierta manera todas las consecuencias del sistema de gobierno establecido por Luis XIV; y la única diferencia que ofrecen el uno y el otro modo de gobernar, consiste en el caracter de los dos hombres que llevaban las riendas del gobierno. El último rey no habia querido límites de la potestad monárquica ni en las antiguas instituciones políticas de Francia, ni en la supremacía de la autoridad eclesiástica; pero era sinceramente adicto á la religion. Los límites que no queria reconocer su orgullo, los encontraba en su conciencia, la cual era su moderador enmedio de los mayores errores: asi el déspota era sin cesar reprimido por el cristiano. Sucedele un príncipe sin fé, sin costumbres, sin conciencia, y recibe la misma potestad en toda su extension: puede hacerla impunemente y la hace un instrumento de desorden, de escándalo, de corrupcion, de violencia y de expoliacion respecto de los ciudadanos y de insultos y ultrajes respecto de la nacion, porque todo esto se encuentra en el gobierno de aquel sibarita sumergido casi siempre en la pereza ó en la disolucion. Si por breves momentos se vió aparecer únicamente por el beneplácito del soberano una sombra de aquella oposicion política que habia abatido Luis XIV, esta oposicion independiente de mucho tiempo atras de la autoridad re-

ligiosa y sin freno ni contentivo recobró su tendencia anárquica; mas incompatible que nunca con tal regimen de gobierno, y debió ser destruida por él para empezar á conspirar en las tinieblas contra él.

Sin embargo es notable que enmedio de esta tendencia continua del gobierno á establecer en Francia el materialismo político mas abyecto y absoluto el catolicismo de que estaba la nacion como impregnada casi en todas sus partes, se le atravesaba en el camino, y á pesar de haberse atenuado su influencia le suscitaba obstáculos mucho mas reales y difíciles de vencer que la oposicion parlamentaria. No pudiendo el gobierno destruirle quiso aprovecharse de él; y la religion á quien las continuas y sucesivas usurpaciones de los príncipes temporales en Francia habian sustraido por grados de la proteccion santa y eficaz de su jefe natural, se vió en el reinado de Luis XIV y despues reducida al oprobio de ser protegida por unos hombres que la profanaban al mismo tiempo por sus escándalos y la ultrajaban por sus desprecios.

CAPITULO II.

ESTADO DE LA RELIGION EN EL SIGLO DÉCIMOSÉPTIMO.

Para dar á conocer mejor la serie de los errores de espíritu humano cuando se entrega á sus solas fuerzas y la inmutabilidad de la fé católica permitasenos traer á la memoria que desde la primera edad de la sociedad cristiana la herejía y el cisma desgarraron el seno de la iglesia; una multitud de sectas diferentes enseñaron dogmas nuevos, introdujeron la turbacion en el santuario y haciendose furiosas, porque el error no puede estar jamas pacífico y tranquilo como la verdad, comunicaron su furor á ciudades, provincias y naciones enteras. La vana curiosidad del entendimiento, la soberbia de la razon, el deseo desenfrenado de fama, la mezcla mal entendida de las ideas filosóficas con las nociones de la fé, tales fueron las principales causas de todos

los errores que de edad en edad salieron del seno del cristianismo; y los medios por que se han perpetuado han sido la vanidad, la pasion de dominar á los demas, el amor de la independencia, la hipocresía, el artificio, el falso zelo y el cebo seductivo de la novedad. Pero todas las sectas enemigas de la iglesia, obscuras ó numerosas, reducidas á un corto espacio ó diseminadas en remotas regiones, absurdas ó consecuentes en sus dogmas, austeras ó corrompidas en su moral, han desaparecido una tras de otra anatematizadas por la iglesia, á cuya autoridad se gloriaban de arrostrar; y si algunas han alargado su existencia mas tiempo que las otras, la fecha exacta de su origen que nadie ignora, y la soledad en que viven sin union entre sí, ni con la fuente de donde nacieron estos escasos riachuelos, hasta los nombres que llevan, de arrianos, nestorianos, eutiquianos, monotelitas etc., los acusan á los ojos del universo y muestran la justicia de la sentencia que las ha proscripto. Enmedio de estas violentas sacudidas la iglesia católica persevera siempre adicta á los mismos dogmas, siempre firme en la confesion y enseñanza de las mismas verdades, siempre atenta á desechar las doctrinas extrañas. Su fé, su lenguaje, su predicacion no han variado jamas. La misma es hoy en su creencia que en tiempo de los apóstoles; cree y habla como ha creido y hablado en todas las edades. La teología de sus primeros doctores es la que se enseña y aprende aun en sus escuelas. La palabra de Dios consignada en los libros santos y la tradicion es ahora como fue entonces la regla inmutable de la fé. La iglesia, guarda incorruptible de este divino depósito, no ha consentido jamas que se atreviesen á alterarle unas manos impías. De esta fuente siempre pura y sagrada saca sus oráculos. Los juicios y decisiones que pronuncia contra el error, no son nuevos dogmas, nuevos objetos de fé, sino simples declaraciones de que profesa actualmente esta doctrina, porque no ha cesado de profesarla desde el tiempo de Jesucristo y de los apóstoles. Unida á su cabeza por la sucesion de sus

pastores, revestida de la autoridad que ha recibido de aquel y que ejerce por ellos para enseñar la verdad y condenar el error, asegurada por las promesas divinas de que no puede jamas abandonar aquella, ni aprobar este, visible en todos los instantes, asi en lo recio de la borrasca como en tiempo de calma y serenidad, porque es menester que se sepa siempre dónde está para reunirse á su rededor; infalible en sus juicios ya sea que el romano pontífice hable *ex cathedrâ*, ya se congreguen los pastores para concertar sus decisiones que ratifica aquel, ya cada uno de ellos sin apartarse de su silla se adhiera expresa ó tácitamente al juicio del vicario de Jesucristo, porque la autoridad del tribunal erigido para conocer las causas de la fé no debe depender ni de los lugares, ni de las circunstancias; esparcida por todas las regiones del mundo, conocida y distinguida de todas las sectas antiguas y modernas por su nombre, su brillo y sus caracteres, no hay un lugar en la tierra á donde no haya penetrado su luz, donde no se haya oido su voz; no hay pueblo, digámoslo mejor, no hay hombre tan ignorante aun en los paises heréticos y cismáticos, que la confunda con las otras sociedades cristianas.

El cristianismo se estableció sobre dos fundamentos incontrastables, la autoridad de la divina palabra y la de los enviados que habia elegido Dios para anunciarla á los hombres. Los medios por que se ha conservado de siglo en siglo hasta el presente, son del mismo género y reunen las mismas ventajas. La palabra de Dios es siempre la que regula y afianza nuestra fé. Encomendada á la vigilancia de la iglesia, ella es la que nos enseña á conocerla y nos manda escucharla. La palabra de Dios nos dice cuáles son los caracteres de la iglesia depositaria de la verdad; y por aquí sabemos á quién debemos recurrir para que nos instruya en todo lo que es necesario creer. La iglesia nos dice á su vez todo lo que contiene la palabra de Dios y de qué manera debemos entenderla. Una y otra se dan mutuo apoyo. Quítese á la iglesia la palabra de Dios, y reduciremos la doctrina enseñada en ella á una doc-

trina puramente humana: separese la divina palabra de la autoridad que ha recibido la iglesia para fijar el sentido de ella é interpretarla, y no quedará mas que incertidumbre, obscuridad y tinieblas impenetrables en los libros santos. Todos los herejes de las primeras y últimas edades que han sacudido el yugo de la iglesia y se han hecho á sí mismos jueces de la palabra de Dios, han conocido por su propia experiencia que á cada paso se extravia y cae el que se mete á interpretar la sagrada escritura sin guia ni regla. Despues de haber probado la insuficiencia y el peligro del medio del examen han vuelto al camino de la autoridad que habian desechado, acabando por arrogarse una potestad que habian negado á la iglesia. ¿Cómo se han olvidado de que el uso que de ella hace la iglesia para conservar la fé en su pureza primitiva proscribiendo todos los errores, fue la causa ó el pretexto de su separacion? ¿Y cómo no han visto la mancha que se echaban encima gobernandose por los mismos principios que tanto habian vituperado en los pastores de la iglesia católica? Pero el camino que habian emprendido quedó abierto; ¡y cuántos espíritus tan temerarios como ellos han seguido sus pasos!

Al principio del siglo décimoséptimo el progreso de la ilustracion no perjudicaba á la creencia, y generalmente se aceptaba la revelacion. Los hombres mas grandes de aquella época, Bacon, Descartes, Pascal, Newton y Leibnitz, hacian profesion de ser fieles á los principios del cristianismo. Es verdad que algunos pertenecieron á sectas disidentes y anduvieron divididos en cuanto á ciertos dogmas particulares; pero amaron y defendieron la religion en general y no creyeron que la fé fuese humillante para su talento. Aquellos hombres tan superiores á sus contemporaneos no se avergonzaron de pensar en este punto como el vulgo; y habiendo abierto ellos tantos caminos nuevos en la carrera de las ciencias, se honraron con seguir la senda de la revelacion. ¿Qué nombres se contrapondrán á esos nombres? ¿Qué votos se opondrán á esos votos? ¿Qué incrédulos

lucharán con esos ingenios sublimes y dóciles? ¿Y si á unas autoridades tan grandes añadimos otros muchos escritores recomendables de la misma era y sobre todo los que ilustraron el reinado de Luis XIV? Con este séquito majestuoso se presenta á la posteridad el siglo décimoséptimo: por esta multitud de testimonios muestra su asenso á las verdades cristianas; y ya nos parece ver la religion atravesando este siglo rodeada de tan respetable comitiva de sabios, literatos y filósofos que se reunen para rendirle homenaje y se apresuran á adornar su triunfo. Ellos no presumian que el ingenio ni los laureles alcanzados por el talento y la sabiduría diesen á nadie el privilegio de profesar otra creencia y otros principios que el pueblo en materia de fé. Nunca se los oyó pronunciar la menor palabra, ni soltar la mas leve expresion que oliese á lo que se llamó despues libertad filosófica: hubieran creido envilecerse y deshonrar la profesion de literatos si se hubiesen valido de tan ruines recursos para distinguirse de los otros ciudadanos.

Pero ¡ah! no parece sino que estos varones insignes agotaron la admiracion. Los que les sucedieron, desconfiando de asemejarse á ellos si seguian el mismo camino, echaron por otro. Aquellos habian puesto su gloria en respetar la religion, y estos creyeron distinguirse y hacerse famosos contradiciendola. Por el efecto natural y como necesario de los principios de la reforma y del derecho que se arrogaron sus corifeos de citar todas las doctrinas ante el tribunal de su razon y hacerse únicos árbitros de la verdad y del error, algunos hombres audaces con el título de filósofos despues de haber combatido todos los dogmas del cristianismo se esforzaron á trastornar todas las máximas en que descansaba el edificio de la sociedad, todas las verdades que son la esperanza y el consuelo del género humano: es decir que despues de haber empleado su lengua contra el cielo la volvieron contra la tierra. Negaron la divinidad de la religion cristiana y la de Jesucristo, la inspiracion de las santas escrituras, la posibilidad de las profecías y

milagros, la espiritualidad é inmortalidad del alma, la certeza de la vida futura etc. Despues destruyeron los dogmas de la ley natural cuyos apóstoles se decian, y por una consecuencia inevitable de su sistema llegaron á predicar manifiestamente el ateismo. Por haber prestado á los hombres tales servicios se llamaron á sí mismos los bienhechores de la humanidad y los enemigos de la supersticion.

CAPITULO III.

DE LAS HEREJÍAS EN EL SIGLO DÉCIMOSÉPTIMO.

La casa de Austria que adquirió el Pais Bajo, tenia preponderancia en Alemania y se aprovechaba de ella para mantener y propagar la religion católica; y aunque los protestantes merced á los privilegios obtenidos por la fuerza y otorgados por la política habian llegado á formar parte del cuerpo germánico, á pesar de su gran número la autoridad estaba del lado de sus adversarios. Ademas ellos estaban poco acordes entre sí. Los luteranos, padres y fundadores del protestantismo, tenian ciertos dogmas y una disciplina que no concordaban en muchos puntos esenciales con la disciplina y los dogmas de los calvinistas, segunda rama de la familia protestante. Es cosa sabida que los discípulos de Lutero rechazaron por mucho tiempo á los calvinistas y los otros sacramentarios como novadores, y que si al fin consintieron en tratarlos como hermanos, esta union, fruto únicamente de la política, como no destruia la diferencia de pareceres, no destruyó tampoco la diversidad de máximas é intereses que solian hacer estas dos clases de la reforma de Alemania tan contrarias entre sí como lo eran ambas de la religion católica.

Habia pues dentro del imperio tres comuniones, tres sociedades religiosas que se miraban con celos y buscaban todos los medios de preponderar la una sobre la otra. Los católicos formaban la primera, que era la mas

dilatada y antigua, y no podian olvidar que por mucho tiempo habian estado solos, sin enemigos ni competidores, y que las otras habian empezado á existir despedazando sus entrañas. Las otras dos sectas que parecian unidas y en efecto lo estaban en todas las cosas relativas á su interés comun y á su mutua seguridad, tenian contra sí su novedad, los medios de que se habian valido para ser admitidas en el cuerpo político, la sangre con que habian edificado los cimientos de su grandeza presente, y esta misma grandeza que no se componia mas que de usurpaciones hechas á mano armada y de despojos reclamados aun por sus legítimos dueños. No podia ocultarseles que su origen estaba señalado con una mancha indeleble: que se habian aumentado enmedio de las borrascas: que no poseian mas que lo que habian arrebatado á viva fuerza; y que solo haciendose temibles habian conseguido ser toleradas. De aquí debian suponer en el corazon de los católicos un vivo sentimiento de sus pérdidas y un deseo profundo de castigar y destruir si pudieran á los que habian usurpado sus bienes, sus derechos y su autoridad. Siguese de estas observaciones que las diferentes porciones del cuerpo germánico divididas por la religion y los intereses que resultaban de su respectiva situacion, se hallaban en realidad en un estado de guerra unas respecto de otras, aun cuando exteriormente aparentasen vivir en una paz absoluta. No se necesitaba mas que el concurso de ciertas circunstancias ó algun suceso capaz de causar zozobra, para que se manifestasen á las claras aquellas disposiciones que solo se disfrazaban, y para que estallase en el imperio un incendio tal vez mas violento que los anteriores, cuyos estragos no se habian reparado todavia.

Sin embargo la religion tuvo poca parte en los acontecimientos que ocurrieron en los últimos años del emperador Rodulfo II. El foco principal de la guerra fue la Bohemia, donde los protestantes socolor de vengarse del rigor que con ellos habian ejercido los católicos escudados con la autoridad soberana en tiempo de Matias,

tomaron de improviso las armas. Todos los estados protestantes entraron en la contienda á favor de ellos; y todos los estados católicos unidos á la cabeza del imperio se coligaron contra ellos. Esta lucha sumergió á la Alemania en un abismo de males, y se llamó la guerra de treinta años, porque habiendo empezado en el de 1618 no concluyó del todo hasta el de 1648. Fernando con la ayuda de la liga católica, cuyo jefe era el duque de Baviera, reconquistó la Bohemia de poder del elector palatino, quien habia tenido la audacia de aprovecharse de la rebelion de sus habitantes para ocuparla y declararse rey. Este fue el primer periodo de la guerra de treinta años, llamado *periodo palatino*, que empezó en 1618 y acabó en 1625. El elector palatino que se habia refugiado en Holanda, fue proscripto del imperio, y Tilly acabó de derrotar á los príncipes protestantes que peleaban por él aun despues de haberse retirado. Entonces se dió la dignidad de elector palatino al duque de Baviera, y el Palatinado se dividió entre él y los españoles. Todo al parecer debia haberse concluido; pero el emperador envalentonado con la victoria concibió planes mas vastos: sus tropas se diseminaron por toda Alemania; dió disposiciones que sobresaltaron á la liga protestante; y pareció amenazada la libertad del cuerpo germánico. Al punto se formó una nueva confederacion para defenderla, y se puso á su cabeza el rey de Dinamarca: este es el segundo periodo llamado *periodo danés*, que principia en 1625 y acaba en 1630. El emperador consiguió unos triunfos aun mas brillantes y decisivos; y entonces fue cuando el famoso Walstein á la cabeza de los ejércitos se mostró el capitan mas habil y afortunado de Europa. Fernando segunda vez vencedor y mas poderoso entonces que nunca ejerció por algun tiempo en Alemania un poder absoluto, cuyos efectos sintieron solamente los príncipes protestantes; pero que sin embargo empezó á disgustar á los católicos. Mientras conservó reunidas las formidables fuerzas que habia levantado, no estalló el descontento

general; pero apenas las hubo repartido, la dieta electoral convocada el año 1630 en Ratisbona para que su hijo fuese electo rey de romanos, se declaró contra él y le obligó con sus quejas y aun sus amenazas á reformar gran parte del ejército y licenciar al general. Los enviados de Richelieu en la dieta ayudaron á los electores á conseguir este triunfo, y asi se prepararon los caminos que debian introducir muy pronto en el imperio al rey Gustavo Adolfo de Suecia, en el momento que empezó por instigaciones de dicho cardenal el periodo de la guerra llamado *periodo sueco.* En esta fatal guerra se descubrieron á las claras los móviles de la política de los príncipes cristianos, fundada únicamente en el principio de que debia estar en un todo separada de la religion; al paso que el caracter fanático de los protestantes, comun á todas las sectas nacientes, producia entre ellos cierta suerte de unidad. Asi aquellos propendian continuamente á dividirse entre sí, porque solo pensaban en sus intereses temporales; y estos, aunque sus doctrinas debian dentro de poco ofrecer al mundo el materialismo social mas triste y espantoso, hallaban entonces en el espíritu de secta y en la comun rebelion contra las creencias católicas nuevas relaciones hasta entonces desconocidas que los ligaban entre sí y unian á sus intereses políticos todos cuantos profesaban sus doctrinas en todos los ángulos de Europa. Antes de la reforma las potencias del Norte eran en cierto modo extrañas en el continente europeo; pero luego que la abrazaron, entraron en la alianza protestante y por una consecuencia necesaria en el sistema general de la política de Europa. «Unos estados que antes no se conocian apenas (dice Schiller, autor protestante), hallaron por medio de la reforma un centro comun de actividad y de política que estableció relaciones íntimas entre ellos. La reforma cambió las relaciones de los ciudadanos entre sí y de los súbditos con los príncipes, y mudó las relaciones políticas entre los estados. Asi quiso un destino singular que la discordia *que despedazó á la iglesia*, pro-

dujese un vínculo que unió mas estrechamente á los estados entre sí.» Los príncipes católicos sumergidos en el materialismo insensato por medio del cual acababan de perderse y de perderlo todo, se creian muy hábiles aprovechandose en beneficio de su ambicion del fanatismo de los príncipes protestantes, sin echar de ver que si este habia producido entre ellos una especie de union política, era por lo que tenia de religioso, y que esta era un efecto, singular sin duda, pero natural y aun inevitable, de lo que el protestantismo conservaba aun de espiritual.

Asi pues (¡cosa extraña!) lo que pertenecia á la unidad se dividia, y habia conformidad y concordia entre los que pertenecian al principio de division. Ya habia habido tristes y patentes ejemplos de esto en las primeras guerras religiosas de Francia: allí acudieron tropas de sectarios de todos los puntos de Europa en auxilio de sus hermanos siempre que estos lo necesitaron, al paso que el partido católico no obtenia mas que auxilios interesados y á las veces peligrosos. La historia culpa en esta parte á Felipe II de España; pero aun concediendo que obrase asi por error ó por cálculos de ambicion, ¡cuánta distancia habia de estas maquinaciones insidiosas al vasto plan de una potencia católica, que en aquella revolucion cuyo efecto era dividir la cristiandad en dos partes, reunió primeramente todos sus esfuerzos para comprimir en su seno la herejía, origen de disturbios y de rebelion; y luego habiendose fortificado con el logro de tal empresa se valió de estas nuevas fuerzas solamente para ir á ofrecer donde quiera su apoyo á los herejes, entrar en sus maquinaciones y alianzas, legitimar sus principios de rebelion é independencia, ayudarlos á que los propagaran en toda la cristiandad, y mirar indiferente las terribles consecuencias de un sistema tan inicuo sin considerar mas que algunas ventajas particulares cuyo éxito era incierto y cuya realidad podia disputarse. Pues esto es lo que hizo la Francia ó mas bien Richelieu despues de haberse de-

clarado señor absoluto de ella: tal es el crimen de este hombre, crimen quizá el mas enorme que se ha cometido jamas contra la sociedad.

Entre tanto el papa hizo en 1636 las primeras proposiciones para la pacificacion general. Habiendo sucedido Fernando III á su padre en el año siguiente, continuaron la guerra y las negociaciones con alternativas favorables y adversas hasta el tratado de Westfalia firmado en Munster. En él hay que buscar el verdadero espíritu de la política europea segun la habia hecho la reforma, segun fue hasta la revolucion y segun es todavia, y acaso mas inicua no obstante tan terrible leccion. En ese famoso tratado, que ha sido el modelo de los casi innumerables tratados concluidos despues, se estableció con mas claridad que se habia hecho nunca, que en la sociedad no hay otra cosa real sino *sus intereses materiales*, y que un príncipe ó un hombre de estado es tanto mas habil, cuanto trata con mas indiferencia ó desprecio todo lo que es ajeno de sus intereses. La Francia (y no puede lavarse de esta ignominia ó mas bien de este crimen), la Francia apareció allí para proteger y sostener con todo el ascendiente de su pujanza la igualdad de derechos en materia de religion que reclamaban los protestantes respecto de los católicos: bien ha pagado este crimen. Se estableció un año que se llamó *decretorio ó normal* (y fue el de 1624), el cual se consideró como un término medio que debia servir para legitimar el ejercicio de las *religiones*, la jurisdiccion eclesiástica, la posesion de los bienes del clero, quedando los católicos súbditos de los príncipes protestantes por la razon de que los protestantes quedaban sometidos á los príncipes católicos. Si en este año decretorio los católicos eran privados del ejercicio *público* de su religion en un pais protestante, debian contentarse con el ejercicio privado, á no ser que el príncipe tuviese á bien introducir lo que se llama *el simultanéo*, es decir, el ejercicio de los dos cultos á un tiempo. Los que no habian tenido durante el año decretorio ni el ejercicio público,

ni el privado de su religion, no alcanzaron mas que una tolerancia puramente civil, es decir, que se les permitió cumplir los deberes de su religion en sus casas y en el seno de sus familias.

Todos los estados del imperio consiguieron al mismo tiempo un derecho llamado *reforma*, que fue la facultad de introducir su propia religion en los paises que les eran devueltos: tambien tuvieron el de obligar á salir de su territorio á aquellos súbditos que no habian obtenido en el año decretorio el ejercicio público ó privado de su culto, dejandoles solamente la libertad de ir donde les pareciese conveniente; lo cual no dejó de producir mas adelante algunas dificultades. Como el cuerpo evangélico tenia menos votos en la dieta, se acordó que la pluralidad de estos no fuese decisiva en las discusiones religiosas. Las comisiones ordinarias y extraordinarias nombradas de su seno, asi como la sala de justicia imperial se compusieron de igual número de protestantes y católicos: hasta en el consejo áulico del emperador, que residia cerca de su augusta persona, fue forzoso admitir protestantes, de manera que en toda causa entre un protestante y un católico hubiese jueces de una y otra comunion. La Francia católica sostuvo ó promovió todas estas novedades escandalosas, y sus negociadores fueron admirados como unos eminentes estadistas y el tratado de Westfalia considerado como la obra maestra de la política moderna. Pero el papa protestó contra este tratado impío, que no hubiera podido reconocer sin renegar de su fé y de la calidad de cabeza de la iglesia universal.

II. Inglaterra.

Desde que Enrique VIII dió la primera señal de un cisma consumado con tanto escándalo, los obispos católicos se habian ido extinguiendo sucesivamente. Ya no quedaba mas que el de Saint-Asaph, en el principado de Galles, de edad muy avanzada y refugiado en Roma.

El clero católico compuesto de eclesiásticos nacionales y de misioneros extranjeros se encontraba sin cabeza; y en el estado en que se hallaban entonces los asuntos de la religion, acarreaba graves inconvenientes la falta de un jefe capaz por su autoridad de dirigir á los ministros inferiores y de allanar las dificultades que suelen suscitarse en el ejercicio del ministerio espiritual. Los eclesiásticos y los seglares lo conocian igualmente y se unieron para representar á la santa sede. El papa movido de sus lamentos y persuadido como ellos á que la iglesia de Inglaterra se iria debilitando mas y mas mientras estuviese privada de las ventajas anexas al ministerio episcopal en el gobierno de las iglesias, hizo determinar al obispo de Saint-Asaph á volverse á su patria. Este prelado se puso en camino; pero no habiendo podido continuar el viaje de resultas de sus achaques volvió á Roma donde murió al poco tiempo: la iglesia de Inglaterra perdió en él el último obispo de los que habian sobrevivido á la revolucion. Entonces se persuadió al romano pontífice que para gobernar la iglesia de Inglaterra en la situacion actual bastaba dar al clero católico un jefe sacado del segundo orden, y que para tenerle en continua dependencia de la santa sede se le debia conceder nada mas que el título de arcipreste. Este proyecto se llevó á efecto; pero si los misioneros que le habian propuesto, se congratularon, quedaron descontentos muchos eclesiásticos y seglares: estos se quejaron abiertamente de que una iglesia tan antigua como la de Inglaterra, tan recomendable por los ínclitos varones que habia producido, y que merecia mas particulares atenciones en el estado de persecucion y de prueba en que se hallaba, fuese gobernada como una mision ó cristiandad de un pais infiel.

Asi estaban las cosas cuando Jacobo Estuardo, rey de Escocia, fue llamado en 1603 al trono de Inglaterra por el derecho de su nacimiento y por la última voluntad de Isabel, que habia hecho perecer en un patíbulo á la madre de aquel príncipe. Como era hijo de

una princesa católica se creyó que se mostraria favorable á los que habian perseverado fieles al antiguo culto; en cuya confianza le presentaron los ortodoxos un memorial, en cuanto fue coronado, suplicandole que les concediese su proteccion. Lo mismo hicieron los *puritanos*, es decir, los calvinistas rígidos; pero el rey no respondió de un modo mas satisfactorio á los unos que á los otros. Los últimos, que dominaban en Escocia, empezaban á formar en Inglaterra un partido que no tardó en hacerse temible. Pedian al rey no solo la tolerancia y la libertad de celebrar sus juntas, sino la reforma de muchos abusos que les desagradaban, llamando asi ciertas prácticas del culto anglicano que les parecian demasiado semejantes á las de la iglesia romana, ciertos lugares de la liturgia que no concordaban con su doctrina, y especialmente la potestad y los honores que se habian conservado al episcopado y á algunas otras dignidades eclesiásticas de que se componia la gerarquía en la constitucion actual de la iglesia anglicana. Los católicos eran mas moderados. Aunque deseaban con viva ansia la extincion del cisma y la conversion de la nacion al culto de sus padres, se contentaban con pedir que no se les exigiese nada en contra de su conciencia y que cesase la persecucion, á resultas de la cual habian derramado los verdugos por tantos años la sangre de sus hermanos. El rey por su caracter y sus principios no estaba lejos de preferir las vias de la mansedumbre; pero los que le gobernaban no pensaban como él, y llegaron á tener tanto influjo en su ánimo, que consiguieron hacerle abrazar sus máximas. Se resolvió pues en el consejo que continuaria la persecucion rigurosa de todos los que no se conformasen con los ritos y prácticas de la religion nacional, y principalmente de los católicos, porque eran los mas opuestos á ella. La conjuracion llamada de la pólvora y descubierta en 1605 no fue la que menos contribuyó á afirmar al rey y sus ministros en esta resolucion. Los conjurados obraban por motivos personales; pero se fingió que la religion habia tenido parte en su plan, por-

que algunos eran católicos. Fueron incluidos entre los culpables dos misioneros: el uno era acusado de que habia aprobado el plan de la conspiracion, y el otro de que no le habia descubierto sabiendole. Los protestantes no dejaron de divulgar que todos los católicos estaban implicados en la conjuracion y que los misioneros habian sido los agentes secretos; imputacion desmentida por las pesquisas generales, que no hicieron descubrir mas que una docena de reos, por la declaracion pública del rey mismo que hablando al parlamento achacó aquel atentado *al furor de ocho ó nueve desesperados* (son palabras suyas literales), y en fin por el corto número de los que fueron castigados, comparado con el de los católicos, los cuales formaban aun entonces la quinta parte de la nacion por confesion de todos. En cuanto á los misioneros y al célebre instituto de que eran miembros, fueron justificados por un escritor nada sospechoso ni parcial en este punto, el famoso doctor Antonio Arnaldo. Los que querian exasperar al rey contra los católicos, se aprovecharon de un acontecimiento tan favorable á sus miras. Aun hay quien supone que esta horrible trama se habia preparado de intento y habia sido dirigida por uno de los ministros con la ayuda de algunos cortesanos para hacer odiosos los católicos al príncipe, el cual no se inclinaba á perseguirlos con tanto calor como ellos deseaban; y no parece destituida de todo fundamento esta conjetura cuando se comparan todas las circunstancias referidas por los escritores coetaneos. Si es cierta, los autores de tan horrible escena pueden jactarse de la invencion y del buen logro. Los edictos publicados ya contra los católicos, aunque tan rigurosos, no llenaban las miras de los que solo deseaban la completa destruccion de cuantos seguian la comunion romana. Querian tener un medio seguro de conocerlos y un pretexto plausible de presentarlos como enemigos públicos del príncipe y del estado; y el famoso juramento de pleito homenaje no tuvo otro objeto. Paulo V prohibió por dos breves que le prestasen los católicos

de Inglaterra. Dividiéronse las opiniones: los unos cedieron á la voluntad de la córte; pero los otros dirigidos por guias mas seguras obedecieron al papa y tomaron la defensa de sus rescriptos. Entonces se hicieron las mas rigurosas pesquisas para descubrir á los que ejercian ocultamente su ministerio contra el tenor de los edictos y decretos reiterados del gobierno. Cuantos eran cogidos sufrian la pena de prision, y muchos fueron condenados á muerte. Mas de treinta sacerdotes, así seculares como regulares de diferentes órdenes, ya ingleses, ya extranjeros, perecieron en los tormentos, habiendo sido acusados de infringir las leyes del reino en punto á religion.

A Jacobo I que murió en el año 1625, le sucedió su hijo Cárlos I, en cuyo reinado ocurrieron tan singulares sucesos y que tuvo un fin tan deplorable. Zeloso por el culto anglicano quiso introducirle en Escocia, donde se resistia á admitirle la secta de los presbiterianos enemiga del episcopado. La uniformidad en las prácticas religiosas le parecia una cosa importante en toda nacion y sobre todo en su isla, donde la diversidad de cultos y la pugna de las opiniones habian ocasionado en el discurso de un siglo tantas conmociones populares y costado la vida á tantos ciudadanos. La máxima era cierta y conforme á los principios de la mas sana política; pero Cárlos hacia una falsa aplicacion de ella. Ademas la disposicion de los ánimos en Inglaterra establecia una diferencia tan grande entre sus tiempos y los de Jacobo I, que no era prudente ni político en él hablar y obrar como habia hecho su padre. Todo propendia á la independencia entre los ingleses cuando se sentó en el trono Cárlos I. En Escocia los grandes y el pueblo estaban aun menos dispuestos á la sumision que en Inglaterra, porque los principios de la secta dominante (los presbiterianos) habian sembrado un germen de rebelion en todos los ánimos. Ademas las intrigas de Richelieu para sostener á los descontentos de Escocia y á los *puritanos* de Inglaterra contribuyeron á acelerar

el movimiento que llevó al infortunado rey al patíbulo y acarreó la tiranía de Cromwel.

Mas una revolucion inesperada puso en el trono al heredero de Carlos I en 1660. El nuevo rey, hijo de una princesa católica, habia pasado la juventud en los estados católicos del continente. Ademas se habia casado con la princesa Catalina de Portugal, muy adicta á su religion, y parece que en un tratado secreto concluido con Luis XIV se habia comprometido á volver á la unidad. Estos eran otros tantos motivos para que estuviesen con zozobra los protestantes. Los doctores anglicanos en los púlpitos, los escritores en sus libelos y los individuos del parlamento en sus discursos clamaban contra los católicos; y hay pocos años del reinado de Carlos II en que no se tomasen nuevas medidas contra ellos. Para evitar estas desgracias el rey concedió la libertad de conciencia á todos sus súbditos por una declaracion del mes de marzo de 1672. Apenas se publicó esta ley, los presbiterianos que dominaban en la cámara de los comunes, la combatieron con el calor que acostumbraban, porque era favorable á los católicos. Tanto gritaron y trabajaron, que el rey revocó su declaracion por precaver mayores males. Pero la secta no se contentó con esta condescendencia. El parlamento arrastrado por las facciones que predominaban en la una y la otra cámara, pasó la famosa ley del *test*, en que se declaraba que todo el que poseyese algun empleo, oficio ó beneficio, seria obligado á prestar los juramentos de *pleito homenaje y supremacía*, á recibir los sacramentos en su parroquia y á renegar por escrito de la creencia de la presencia real en la Eucaristía. Esta ley no llevaba otro objeto que alejar á los ortodoxos de todos los empleos y dignidades y destruirlos con el tiempo. Carlos II falleció en 1685, y hay fundamento para creer que murió católico. El benedictino inglés Juan Huddleston que habia contribuido á salvar á aquel príncipe despues de la batalla de Worcester, lo sirvió tambien en aquella última hora. Llamado á la

cámara del rey la víspera de su muerte recibió la declaracion del augusto enfermo, quien manifestó querer morir en la religion católica y mostró arrepentimiento de sus culpas y desórdenes. Huddleston le confesó, le administró los sacramentos y le ayudó á bien morir.

Los enemigos del catolicismo y los otros facciosos que se encubrian con el velo de la religion, habian probado mas de una vez á alejar del trono al duque de York, hermano de Carlos II, á quien sucedió con el nombre de Jacobo II. Este príncipe despues de la muerte de su primera mujer que se habia declarado por la fé católica, se casó con una princesa de Módena; y desde entonces se sospechó que habia mudado de religion. En 1671 abjuró el cisma y la herejía, y en 1678 se inventó la historia de una conjuracion de la que le hacian corifeo. Aunque esta era una torpe impostura mal concertada, y no se presentaban pruebas ni testigos, costó la vida á muchos católicos de la mas distinguida prosapia, siendo dignos de especial mencion lord Stafford, uno de los señores mas esclarecidos de Inglaterra, y Oliverio Plumkett, arzobispo de Armagh en Irlanda, prelado recomendable por su vida edificante y sus tareas apostólicas. El duque de York, contra el cual se queria concitar el odio de la nacion, se ausentó por consejo del rey su hermano bajo pretexto de viajar por Europa. Sin embargo á la muerte de Carlos fue proclamado aquel príncipe sin oposicion. Mas apenas se habia sentado en el trono, descargó sobre él una horrorosa borrasca de que fue víctima, siendo envueltos en su desgracia los católicos. Atribuyen algunos este acontecimiento al zelo imprudente y extemporaneo de Jacobo en favor del catolicismo; pero si se medita imparcial y detenidamente sobre los sucesos anteriores, sobre el espíritu y actitud de las sectas nacionales y sobre las maquinaciones de las del continente europeo, es facil de conocer que aunque el nuevo monarca hubiese contemporizado al pronto con los heterodoxos, al cabo hubiera sido víctima, á no ceder á sus sugestiones y convertirse en dócil instrumen-

to de sus rencores y de todos sus proyectos. El 4 de abril de 1687 dió el rey una declaracion concediendo la libertad de conciencia. Los disidentes de las diferentes sectas le dirigieron mensajes de parabien y felicitacion, al paso que los partidarios de la iglesia establecida se mostraron muy descontentos. Los católicos, aprovechandose de esta ley, abrieron capillas en Londres y en las otras ciudades populosas. Hubo algunas conversiones famosas en todas las clases, y las mas fueron durables y continuaron despues de la revolucion. El palacio del rey estaba lleno de religiosos que abiertamente declaraban su profesion. En la capilla real fueron consagrados cuatro obispos. Jacobo envió un embajador á Roma y pidió al papa que nombrase un nuncio en Londres que residiera públicamente con este caracter cerca del monarca. Inocencio XI que entonces gobernaba la iglesia, no aprobó estos pasos del rey, y le aconsejó que moderase su zelo para no concitar contra él á la nacion ya prevenida y acabar de perder el catolicismo perdiendose él. No tardaron en verificarse los temores del pontífice. Todas las sectas dieron la voz de alarma; y todos cuantos estaban interesados en poner estorbos á los intentos del rey, decian que bien pronto seria Inglaterra esclava de Roma como antes. Fomentaban estas hablillas los partidarios del príncipe de Orange Guillermo de Nassau, statuder de Holanda y yerno de Jacobo II, que trabajaba sordamente para destronar á su suegro. Sus intrigas produjeron el fruto que esperaba, y habiendose hecho general el descontento ejecutó sin dificultad el año 1688 la invasion meditada. Se formó una asamblea nacional con el nombre de *convencion*, porque segun las leyes no podia haber parlamento cuando no habia rey. Se decidió que el trono estaba vacante por abdicacion voluntaria y ausencia de Jacobo II, quien se habia refugiado en Francia: que la nacion inglesa tenia derecho de arreglar la forma de gobierno; y que en consecuencia de tal derecho daba la corona á Guillermo II y á la princesa Maria su mujer, hija de Jacobo II. Pero como estas dispo-

siciones no bastaban todavia para satisfacer el odio que habia contra los católicos, y para calmar el temor de que volviesen á tener valimiento si Jacobo II llegaba á reponerse de sus pérdidas; se estableció que ningun príncipe que profesase la religion católica romana, podria ocupar el trono de Inglaterra.

Contraste que formaban las sectas con la religion católica en la Gran Bretaña.

Desde que la Gran Bretaña rompió los vínculos de la unidad, pululaban las sectas enjertas unas en otras como aquellas excrecencias deformes que carcomen un arbol antes robusto y vivaz. Al lado de los anglicanos, es decir, de los que eran adictos á la iglesia segun la fundara el parlamento por sus leyes, se habian levantado en tropa los *no conformistas* (*dissenters*), divididos en varias ramas, como presbiterianos, independientes, anabaptistas, cuákeros, unitarios etc, porque se separaban de la iglesia establecida como esta se habia separado de la iglesia romana, y se prevalian contra ella de los motivos por los cuales habia querido ella misma cohonestar su cisma. El arrianismo introducido en Inglaterra por los socinianos habia hecho muchos estragos: los unos admitian la preexistencia de Cristo; otros le miraban como una criatura nada mas, aunque dotada de algunos mayores privilegios que los demas. Por otro lado el *arminianismo* nacido en Holanda y que dominaba en la universidad de Cambridge, fomentaba el incremento de un partido que propendia á la indiferencia religiosa: sus individuos apellidados *latitudinarios* no veian en las diferentes ramas de la reforma mas que una divergencia de opinion que no interesaba á la salud eterna. Este partido era demasiado favorable á la libertad de pensar para que no saliesen de él algun dia *discutidores* que lo pusiesen todo en discusion, é *investigadores* (*inquirers*) que á fuerza de investigaciones abreviasen mas y mas el símbolo; verdaderos deistas bajo el nombre de cristianos

racionales. Addison pone en el reinado de Carlos II el origen de los indiferentes en materia de religion, cuyos primeros corifeos fueron Whichcot, Cudworth, Wilkins, Moore y Worthington, dignamente auxiliados por sus discípulos Tillotson, Stillingfleet y Patricket-Burnet. En efecto leemos en el continuador de Rapin Thoiras «que se ha acusado á Guillermo de haber contribuido á la licencia en materia de teología y de moral que *apareció en su tiempo*; y á la verdad dió quizá alguna ocasion para ello. Muchos eclesiásticos habian prestado el juramento exigido solamente con ciertas restricciones mentales de que no se recataban, y que mostraban que tenian mas ambicion que zelo. Una prevaricacion tan criminal en personas que deben dar ejemplo, dañó mucho á la religion y á la virtud. Muchos se creyeron fundados para pensar mal de la religion, pues tan poco la estimaban al parecer aun eclesiásticos hábiles.» El mismo historiador, indicando los espantosos progresos de la libertad de pensar, confirma lo que hemos dicho mas arriba: «Mostrabanse audazmente socinianos, arrianos, *latitudinarios* y deistas, y no hubo reparo de combatir y hacer ridículos en libros impresos los principales misterios del cristianismo. Los socinianos dieron mas escándalo que los otros. Tomás Firmyn compuso y propagó muchas obras contra la Trinidad: llamaba á los clérigos tiranos y taimados, aunque estaba en relaciones de amistad con Tillotson y otros obispos. Las disputas entre los teólogos eran una ocasion de escándalo para los sencillos, y sugerian abundante materia de irrision á los incrédulos.» A ese punto se llega una vez abandonada la unidad, al deismo, que no es otra cosa que un ateismo disfrazado.

El ilustrado autor de las *Memorias para escribir la historia de la iglesia en el siglo décimoctavo* sienta sin embargo que si la indiferencia habia hecho grandes progresos en Inglaterra, habian sabido preservarse de ella hombres de claro talento. Newton (dice aquel escritor) que empuñaba el cetro de la mas sublime filosofía, y á

quien su ingenio y sus descubrimientos aseguraban una gloria durable, se honraba hablando de Dios y de la Providencia hasta en las obras en que mas podia prescindir al parecer de mencionarle. Es verdad que se ha creido que este grande hombre propendia tambien á las opiniones arrianas; pero si las abrazó, fue en secreto: no tuvo la manía de pregonarlas y propagarlas. Llevó muy á mal que Whiston se apoyase en su voto, y no quiso consentir jamas que aquel famoso arriano fuese admitido en la sociedad real de que él era presidente. Roberto Boyle, menos célebre aun por su nacimiento que por sus tareas físicas y filosóficas, mostró su adhesion al cristianismo fundando una obra para la predicacion de sermones contra el ateismo; fundacion que excitó una noble competencia en el clero anglicano y produjo algunos tratados excelentes. Por aquí empezaron á darse á conocer Bentley, Kidder, Clarke y varios doctores instruidos. Seria una injusticia negar que todos los ramos de la ciencia eclesiástica se cultivaban en Inglaterra casi con tanto zelo como en Francia en la misma época. Algunos hombres de talento estudiaban las lenguas sabias, la literatura bíblica, las antigüedades, la historia, la controversia, la moral; y este estudio producia algunas obras en que se prestaban mutuo auxilio el gusto y la erudicion, la literatura y la crítica.

Sin embargo aunque muchos individuos del clero anglicano honraban su comunion con su talento y ciencia, otros muchos caian en errores gravisimos; lo cual importa dejar sentado para hacer ver hasta qué extremo pueden ser arrebatados unos hombres por otra parte juiciosos y recomendables por la falta de autoridad y la via del juicio privado, principio constitutivo de la reforma y manantial fecundo de errores. Tomas Burnet daba la novela del universo en su *Teoría sagrada de la tierra*, obra toda de imaginacion y fundada en principios falsos, aunque mereció los elogios de Bayle. Aun menos ortodoxo es aquel autor en su libro del *Estado de los muertos y de los resucitados*, donde impugna au-

dazmente la eternidad de los castigos y supone que al fin se salvará todo el género humano. Clarke y Whiston escribian en favor del arrianismo. Podria ser en parte disculpable Dodwel si no hubiera tenido mas que las preocupaciones comunes á los teólogos de su comunion contra los católicos; pero cayó en unos errores que no pueden cohonestarse con nada. En sus disertaciones sobre san Cipriano contradice claramente la creencia general de los cristianos sobre el número de los mártires. Se persuadió á que los padres de la iglesia eran unos hombres piadosos, pero simples, que habian creido facilisimamente unos hechos dudosos. Se empeñó en probar que el alma era mortal por su naturaleza, y discurrió que la inmortalidad era una especie de bautismo conferido al alma por un don de Dios y por el ministerio de los obispos. Supuso que los evangelios no se habian recopilado hasta el tiempo de Trajano. Por último á medida que crecia en edad, parecia complacerse en inventar y defender paradojas de que abusaron despues los incrédulos. Whitby que se hizo arriano á lo último de su vida, retractó cuanto se contenia en sus primeras obras conforme á la fé de la iglesia cristiana. En su interpretacion de la Escritura parece no haber tratado mas que de hacer ridículos á los santos padres. Fowler, obispo de Glocester, contrario á la doctrina rígida de los primeros reformadores, á la justicia imputativa y á la predestinacion absoluta, era partidario de la libertad religiosa. Llamabanle *el predicador racional*, porque insistia en el uso de la razon en materia de religion. Mereció ser el precursor de un partido que se hizo muy numeroso en Inglaterra á fines del siglo décimoctavo.

III. Holanda.

La libertad de pensar cuyos rápidos progresos en Inglaterra acabamos de indicar, habia establecido en cierto modo su asiento en Holanda, pais desventurado á quien su odio á España precipitó ó á lo menos confir-

mó en la rebelion contra la iglesia madre y maestra de todas las demas.

El calvinismo levantado sobre las ruinas del catolicismo era la religion dominante en los diversos estados de aquella república; pero este calvinismo animado siempre del espíritu de independencia producia entre sus teólogos disputas tanto mas acaloradas, cuanto que habiendo sacudido el yugo de la autoridad y no admitiendo por regla de fé sino la palabra de Dios consignada en la Escritura, no habia segun sus principios ningun medio de discernir con certeza de qué parte estaba la verdad. Asi se suscitó el *arminianismo*, cuyas disputas juntamente teológicas y políticas agitaron á los calvinistas de Holanda: contienda rara y singular, por cuanto la iglesia protestante, renegando en realidad del principio de donde habia salido, empleó entonces el mismo lenguaje y observó la misma conducta que la iglesia romana, á quien se acriminó por semejante conducta y lenguaje. Ademas era extravagante esta contienda por cuanto se declaró en Dordrecht el año 1619 que las disputas tocante á la predestinacion y la gracia suscitadas entre los *arminianos* y *gomaristas* no podian dirimirse sino por un sínodo; lo cual era decir implícitamente que la palabra de Dios no es la única regla de fé y que en las cuestiones que tienen por objeto el dogma, corresponde al tribunal infalible de la iglesia decidir por un juicio irrevocable lo que se debe creer y lo que se debe condenar. Cuando despues de la decision del sínodo se obligaba á los pastores y á los fieles á suscribir á ello; cuando se quitaban los empleos á los renitentes; cuando se los trataba como herejes y excomulgados; se tenia por cierto que la iglesia goza el derecho de exigir á sus hijos una sumision no solo exterior, sino interior y sincera á sus decretos y de castigar á los refractarios: en esto se seguian las huellas de la iglesia romana; luego se reconocia que los autores de la reforma habian acusado injustamente á esta iglesia de opresion y tiranía, porque queria que sus juicios sirviesen de regla en ma-

teria de doctrina y porque excluia de su gremio á los que perseveraran en el error despues de haber definido ella. Por lo demas luego que variaron los intereses de los que perseguian á los *arminianos*, consiguieron estos la tolerancia, asi como todas las demas sectas, cuya patria comun puede decirse que eran las provincias unidas.

Al lado de los calvinistas mas ó menos rígidos se introducian los socinianos. Juan Le Clerc que profesó mucho tiempo las humanidades y la filosofía en Amsterdam, su amigo Felipe de Limborch, que desempeñó una cátedra de teología, el médico Van Dale &c. propagaron en escritos anónimos ó reconocidos, en las aulas ó por medio de los diarios sus doctrinas contrarias á la revelacion. Atribuyese á Le Clerc una obra (1) en donde se pretende probar que Moisés no es autor del Pentateuco, y se aventuran tocante á ciertos libros de la escritura unos sistemas que no tienen otro objeto que negarles la calidad de inspirados Le Clerc adopta en otros escritos las interpretaciones socinianas, explica los milagros de una manera natural, da otros sentidos violentos á las profecías que se refieren al Mesías, y altera los pasajes que prueban la Trinidad y la divinidad de Jesucristo. Muestra tan poco respeto á los santos padres y á la tradicion como á la Escritura. Bayle cuyas disputas con Jurieu dividieron los ánimos, Bayle en cuyas lecciones bebió Shaftesbury la indiferencia total en punto de religion, Bayle á quien los incrédulos de Francia miraron como uno de sus mas dignos predecesores y que estaba estrechamente unido con los deistas ingleses, se propasó mucho mas que los socinianos. Los escritos de este escéptico que murió en Holanda al principio del siglo XVIII, vinieron á ser el arsenal de la incredulidad, y su influencia se sintió en especial en un pais donde la confusion de todas las sectas facilitaba singularmente las tentativas de los socinianos y de los incrédulos. ¿Habia de malograrse el plan de Bayle

(1) Opiniones de algunos teólogos de Holanda tocante á la Historia crítica del antiguo testamento por M. Simon.

en un pais donde Spinosa habia erigido una cátedra de ateismo?

No obstante la Holanda no habia cerrado enteramente la puerta á la verdad. Sin duda ya no era aquel tiempo cuando erigida en metropolitana la silla de Utrecht (año de 1559) contaba por sufraganeas á Haarlem, Leuwaerde, Deventer, Graninga y Middelburgo. Los obispos habian sido dispersados por la revolucion, y estando extinguida la silla de Utrecht como las demas, la Holanda á ejemplo de los paises que proscriben la religion católica, era gobernada por vicarios apostólicos, adornados del caracter episcopal con un título *in partibus*. Mas el obispo de Castoria, vicario apostólico que murió en 1686, habia tenido á su cuidado gran número de católicos no obstante la apostasía de la mayor parte de los holandeses. La ciudad de Amsterdam menos dispuesta que otras á favor de las novedades no se rindió al príncipe de Orange en 1687 sino con la condicion de que no serian molestados los ortodoxos; condicion que no fue cumplida, porque al poco tiempo fueron expulsos los eclesiásticos seculares y regulares y se suspendió el ejercicio público de la religion católica. Como quiera, subsistieron en Amsterdam veinte mil católicos y catorce iglesias. Habia en las provincias unidas como medio millon de católicos gobernados por cuatrocientos pastores. Pero (¡ó triste condicion de esta iglesia!) el cisma la habia menguado y el jansenismo la dividió. El obispo de Castoria sin embargo de ser un prelado tan instruido como arreglado en su conducta dió acogida á los discípulos de Jansenio, y su sucesor Codde, arzobispo de Sebaste, se constituyó fautor de las nuevas doctrinas. Citado en Roma fue declarado suspenso, y se encargó interinamente el vicariato á Cock, cura párroco de Leyden. Veamos ahora los males que produjo en Francia el jansenismo.

IV. Francia.

La paz de Westfalia ajustada en 1648 puso término

á las guerras de religion y á la espantosa serie de crímenes y calamidades que se sucedieron en todo el siglo décimosexto y primera mitad del décimoseptimo. Despues de aquel tratado que hemos juzgado con justa severidad, el sistema religioso y político de cada gobierno pareció propender al mismo objeto, que era producir con el tiempo sin violencia ni esfuerzo la uniformidad de la profesion del culto que habia prevalecido en cada nacion. Asi los gobiernos de aquellos estados donde la religion protestante era la que dominaba pusieron su conato en excluir á los católicos de toda participacion en los honores, dignidades, oficios y prerogativas del orden político. Se les prohibió todo culto público, y muchas veces ni aun se les toleró el privado y doméstico. De ahí dimanaron esas leyes mas ó menos severas, mas ó menos prohibitivas que promulgaron la Inglaterra, la Holanda, Ginebra y los cantones suizos protestantes, las potencias del norte y muchos príncipes del cuerpo germánico contra los católicos sujetos á su dominacion. De ahí las leyes de la misma índole que los emperadores de la casa de Austria, los príncipes católicos de Alemania, los reyes de Polonia y los cantones católicos de Suiza dieron contra los protestantes. En el curso ordinario de los sucesos y segun todas las previsiones de la sabiduría humana este sistema político debia producir con el tiempo el fruto que se esperaba y que en efecto se consiguió, á lo menos en parte. Desde luego resultó un beneficio precioso para la humanidad de este sistema religioso político: casi al mismo tiempo cesaron las persecuciones individuales, que ponian á discrecion de los partidarios de la religion dominante las haciendas, la libertad y la vida de los que profesaban una religion prohibida. Es verdad que eran privados de los honores, dignidades y distinciones exteriores del orden político; pero á lo menos podian vivir tranquilos bajo el amparo de las leyes y gozar de todos los beneficios del orden civil. A excepcion de Inglaterra, donde ciertas rivalidades políticas y religiosas renovaron á veces sangrientas persecu-

ciones contra los individuos, desde el tratado de Westfalia reinó una paz constante en las ciudades y en las aldeas entre los que profesaban cultos diferentes y diversamente protegidos. Enmedio de los sucesos que dieron nuevo rumbo al sistema de todos los gobiernos, la España y la Italia no tuvieron que alterar en nada su antigua legislacion. Un antemural impenetrable habia prohibido la entrada en aquellas regiones á los partidarios de las nuevas sectas. Pero la Francia se encontraba en una situacion absolutamente distinta de la del resto de Europa. A unas guerras sangrientas y á unos tratados fraudulentos se habian seguido alternativamente leyes de proscripcion y leyes de paz.

Por fin el edicto de Nantes promulgado por Enrique IV en 1598 concedió á los protestantes el libre ejercicio de su religion en todos los lugares donde estaba establecida y reformando los otros edictos de pacificacion daba á los herejes facultad de poseer empleos de judicatura y de hacienda como los demas franceses. Este edicto fijó el último estado del protestantismo en Francia á fines del siglo XVI. Pero los privilegios de la tolerancia que debian á Enrique IV los pretendidos reformados, fueron en sus manos armas terribles. Enrique que conocia mejor que nadie el caracter inquieto y revoltoso de los herejes, y la costumbre que tenian de abusar siempre de las leyes favorables á ellos, velaba para impedir que traspasasen los límites que les habia prescripto, como un padre vela sobre sus hijos para precaver las faltas y no tener que castigarlas. Aquel príncipe sabia contener á todos los partidos por una conducta habil entre suave y firme, que es el punto de la perfeccion en el gran arte de gobernar. El verdadero principio de la felicidad pública es una gobernacion justa y vigorosa, porque cargando igualmente sobre todos los órdenes del estado los equilibra el uno con el otro y por medio de este equilibrio conserva la subordinacion, la tranquilidad y la concordia. Pues Enrique habia hallado este precioso secreto: asi es que

la Francia tranquila y próspera despues de tantas calamidades recogia los dulces sazonados frutos de su gobierno. Pero cuando la muerte arrebató á este príncipe, enmedio del duelo se formaron los partidos: cada cual quiso hacerse temer para ser buscado: la ambicion y la codicia se disputaron el valimiento ó la prodigalidad de la regente; y los calvinistas aprovechandose de la disension que reinaba entre la corte y los grandes, expusieron sus pretensiones en Saumur el año 1611. La repulsa de estas los impelió á la rebelion. A resultas del edicto de 1620 que incorporaba el Bearn á la corona restituyendo á los antiguos poseedores los bienes eclesiásticos usurpados por los calvinistas (edicto cuyo cumplimiento se facilitó por haber acudido el rey á aquella provincia), se declaró la guerra civil en el mediodia, donde los reformados tenian sus principales fundaciones. Sus principios, la forma de gobierno establecida en sus iglesias y su propension natural los arrastraban hacia la independencia. De muy antiguo habian concebido el plan de una república federativa, que se proponian erigir en Francia á imitacion de los protestantes de Alemania. Pareciendoles favorables las circunstancias dividieron el reino en ocho distritos, cada uno de los cuales tenia sus tropas, su cabo particular, sus oficiales de justicia, sus empleados del fisco y su policía, acudiendo con una cuota determinada de hombres y de dinero para la defensa de la causa comun. Rohan aceptó el título de generalisimo de la nueva república no tanto por ambicion como por caracter. Luis XIII obligado como su padre á tomar las armas para sujetar á sus vasallos tenia el ánimo que hace sufrir las fatigas de la guerra y enseña á no temer los peligros. Si le faltó alteza de pensamientos y la firmeza de voluntad que manifiestan una alma grande y enérgica; si mientras vivió estuvo dominado por validos á quienes no amaba, y por un ministro cuyos talentos y acierto envidiaba; á lo menos puede asegurarse que al frente de los ejércitos se reconoció en él al hijo de Enrique IV. Mientras que la mitad de la

Francia peleaba con la otra mitad, los corifeos calvinistas atentos á sus intereses particulares vendian su sumision: el tratado concluido en Privas el año 1622 confirmó el edicto de Nantes en todas sus disposiciones, y los protestantes mantenidos en sus privilegios soltaron las armas reservandose llevar á cabo en tiempo mas oportuno su proyecto de república. No les faltaron los pretextos cuando quisieron renovar la guerra; pero el gobierno no se hallaba ya en el estado de debilidad é incertidumbre que habia infundido tanta audacia á los malos ciudadanos durante la menor edad de Luis XIII. Richelieu revestido de la púrpura romana y con el caracter de primer ministro sabia que cuando unos vasallos se atreven á amenazar á su soberano y perturbar el órden público, seria el colmo de la locura no resistir á sus atentados, y que entonces para establecer la obediencia del pueblo, que es el fruto de la prudencia y de la justicia y hace sentir la saludable influencia de la autoridad en todas las partes de un reino dilatado, es preciso reprimir con mano fuerte la rebelion y reducir los rebeldes á la imposibilidad de hacer mal. Desde que el calvinismo habia echado raices en Francia era la Rochela su baluarte, el centro de sus fuerzas, el foco de donde cundia el fuego de las disensiones que agitaban el reino, la capital de la república proyectada, para la cual mendigaban en paises extraños auxiliares poderosos. Richelieu, blanco de las intrigas de los grandes á quienes su política se proponia humillar, y no bien enseñoreado aun del ánimo del rey, necesitaba de la paz para afirmar su naciente dominacion; asi se contentó con mostrar al principio á los calvinistas lo que era, y dejandoles traslucir lo que podian esperar de él si le obligaban á reducirlos, concluyó con ellos el tratado de 5 de febrero de 1626. Pero los protestantes siempre imbuidos de sus ideas republicanas le obligaron muy pronto á conquistar la Rochela, principal fortaleza de aquellos y asilo de todos los facciosos. Libre el cardenal de los temores que le habian hecho interrumpir sus primeras

operaciones, tranquilizado por sus negociaciones en las cortes extranjeras con respecto á las empresas que pudieran haberse intentado fuera, seguro de neutralizar á la Inglaterra, única potencia dispuesta á ayudar á los rebeldes, arruinó la república protestante quebrantando su cabeza. La Rochela perdió las fortificaciones, no conservó mas que la libertad de conciencia, y se restableció allí la religion católica. La ruina de aquella ciudad, cuya gloria dejó enteramente á Luis el cardenal como habil político, presagiaba la del partido calvinista. El tratado de 27 de junio de 1629 que no quitó á los protestantes mas que los privilegios de que podian abusar, puso fin á las guerras civiles de religion que afligian á Francia hacia cerca de un siglo. El calvinismo aterrado, desfallecido se parecia á un leon, que despues de haber sido el terror de la comarca cae traspasado de heridas y hace inútiles esfuerzos y exhala débiles suspiros en vez de aquellos antiguos rugidos espantables.

Gracias á Richelieu se acabó aquella especie de poder político que se habian arrogado los calvinistas en Francia; pero como aquel príncipe de la iglesia era al mismo tiempo el protector de la herejía en los paises extranjeros, no pensó siquiera en impedir su propagacion en el reino cristianisimo, mirando con indiferencia toda licencia intelectual y todo desorden moral, con tal que no se perturbase el orden material y cediesen todos á su mano de hierro. Así sucedió por efecto de esta política escandalosa y por la continua comunicacion de los católicos franceses con los protestantes extranjeros de resultas de haber militado en tantas campañas bajo las mismas banderas que el número de los sectarios y de los *libres pensadores* se aumentó en el reinado de Luis XIII mas que en el de ninguno de sus predecesores, esperando solo circunstancias mas favorables para hacer nuevos estragos y asaltar otra vez á la sociedad.

Luis XIII habia quitado las armas al calvinismo y

sometido los protestantes del reino al yugo de la obediencia como sus vasallos: estaba reservado á Luis XIV restablecer la unidad del culto y prohibir á la nacion que vivia bajo de sus leyes, el ejercicio de otra religion que la suya.

En los primeros años de su reinado, uno de los mas gloriosos y largos de la monarquía, el calvinismo tuvo poca parte en las turbaciones que agitaron el reino, porque las intrigas de los de la Fronda, sus intereses y motivos no tenian relacion directa con la religion. Cuando se sosegaron las borrascas de la menor edad y el rey joven mostró á la Europa sus heroicas calidades; obraron con tanta fuerza la admiracion y el temor, estos dos frenos poderosos, que dejó de ser turbada la paz interior por causa de aquella herejía. Pero en medio de la tranquilidad tomaba lentamente Luis como príncipe hábil todos los medios que le permitian emplear su sabiduría y su poder, para extirpar una secta que habia causado tan hondas heridas á la patria en los reinados de los siete últimos monarcas. Se echó mano de la dulzura y del rigor: las exhortaciones pacíficas, las obras metódicas y luminosas, las conferencias públicas celebradas por personas instruidas y caritativas que visitaban las provincias distribuyendo al mismo tiempo copiosas limosnas en nombre del soberano, algunas casas destinadas á la instruccion de la juventud en quien las preocupaciones no habian echado raices bastante profundas para resistirse á la verdad con porfía; los premios para los que abjuraban el error, la exclusion de los empleos y oficios honoríficos para los que no querian abandonarle, los apremios militares, en fin el envío de algunas tropas á las comarcas donde mas indóciles y tercos se mostraban los sectarios; pero no para forzarlos, sino para intimidarlos. Habiendo producido poco á poco estos medios el efecto que se esperaba, se creyó poder prescindir de los miramientos y consideraciones que al principio pareció necesario guardar á los protestantes: se les quitaron algunos de sus privilegios y se re-

dujeron los demas; se obligó á los calvinistas á asistir á las pláticas de sus parroquias y llevar sus hijos á la doctrina; se disminuyó el número de sus templos mandando derribar varios: al poco tiempo se derogaron por nuevas declaraciones diferentes cláusulas del edicto de Nantes ó se interpretaron con tal sagacidad, que no servian casi de nada. Luis XIV que tenia presente la historia lamentable del calvinismo desde que se introdujo en Francia hasta que fue vencido en La Rochela; que veia con horror la sangre derramada por causa de esta secta no há mucho tan extendida y poderosa; y que sabia que los protestantes no dejarian de tomar las armas y de unirse á los enemigos del estado si la Francia experimentaba algunos descalabros capaces de reanimar las esperanzas de aquellos; consideró que los privilegios de que gozaban habian sido conseguidos á la fuerza y otorgados por razones de necesidad: que eran obra de la violencia y de la rebelion: que unos edictos sacados á la fuerza por tales medios son monumentos vergozosos para la potestad soberana; y que el conservarlos es dar pábulo al espíritu de insubordinacion, el cual siempre lleva impaciente el yugo y está dispuesto á sacudirle. En consecuencia el canciller Miguel Le Tellier, magistrado de reconocida integridad y de una piedad sólida fue encargado de extender un edicto revocatorio del de Nantes; proyecto que se habia propuesto ya en tiempo de Colbert. El zelo del virtuoso canciller junto con sus muchos años y las enfermedades que le amenazaban con una muerte próxima, le hizo pedir que esta medida se registrase en el parlamento el 22 de octubre de 1685 y lo consiguió. Asi la pretendida religion reformada quedó proscripta de todas las provincias del reino; se abolieron los templos; se prohibieron las prédicas y los otros ejercicios; y los ministros que se resistian á convertirse, eran obligados á salir de Francia, al mismo tiempo que se prohibia á los otros calvinistas la expatriacion; pero muchos hallaron medio de escaparse con sus familias despreciando las órdenes y castigos. Los hombres de mas

perspicaz talento han hablado de la revocacion del edicto de Nantes como de uno de los mejores hechos de la historia de Luis XIV; pero algunos críticos la han considerado solamente por el perjuicio que habia resultado al comercio de Francia. A estos críticos que exageran desmedidamente tal perjuicio muy disputable, se les puede responder que cuanto mas numerosas y perjudiciales fueron las emigraciones de los protestantes, cuanto mas profunda y difícil de curar fue la herida que causaron al estado por la diminucion del comercio y la traslacion de sus fábricas á pais extranjero, cuanto mas se pondera el número de las familias opulentas y laboriosas que abandonaron el reino, y la suma de los capitales que se llevaron consigo tanto en metálico como en alhajas; tanto mas debe de convencerse cualquiera que un estado prepara males infinitos para sí dejando acrecentar y fortificarse en su seno cualquier secta. Los que miran la revocacion del edicto de Nantes como uno de los mayores yerros que se han cometido jamas en política, y sus consecuencias como una pérdida incalculable, deben reconocer mas que nadie á esta verdad importante, porque si es cierto que el decreto de Luis XIV fue tan gran mal para la Francia, debe convenirse en que lo fue mucho mayor la herejía, primera causa de él.

CAPITULO IV.

ORIGEN DEL JANSENISMO.

Luis XIV puso su gloria en reducir los calvinistas al antiguo culto; pero el error de estos sectarios tan formidable por el número de ellos y por dos siglos de resistencia á los medios empleados á fin de destruirlos habia producido un retoño. Un gran rey habia aniquilado aquella hidra llena de sangre, que aunque amarrada con cadenas bramaba todavia al acordarse de sus dilatados triunfos, y levantó del polvo una de sus cabezas que se creian cortadas. La herejía que se propusieron extir-

par con sus esfuerzos Luis XIII y Luis XIV, volvió á aparecer bajo una forma mas seductiva.

Hubiera sido de desear que todas las escuelas de teología se hubiesen contenido en los límites que habia puesto el concilio de Trento entre los errores de Lutero y Calvino proscriptos por él y los de Pelagio condenados por la iglesia en los siglos quinto y sexto. El concilio siguiendo un método tan adecuado á los términos de nuestra inteligencia habia creido que era inutil y temerario decidir acerca de unas cuestiones cuyo conocimiento no habia juzgado Dios ser necesario para la salvacion de los hombres, pues no las habia revelado de un modo mas expreso y formal. Desgraciadamente algunos teólogos no supieron observar las reglas de modestia y circunspeccion que debieran haberles dictado el verdadero espíritu de religion y la simple recta razon. Bayo, doctor de Lovaina, aventuró ciertas aserciones sobre las materias de la gracia, que abrieron un vasto campo de disputa. Condenado por la santa sede se retractó; pero sus discípulos menos dóciles que él trataron de eludir aquel juicio por medio de sutilezas sobre la colocacion de una coma. El jesuita Molina inventó un sistema en el cual pretendia conciliar el ejercicio de la libertad del hombre con la accion de la gracia divina: los dominicos españoles se declararon contra la doctrina del jesuita: la causa fue avocada á Roma, y despues de doscientas conferencias no quiso Paulo V decidir ni condenar nada. Era muy dificil que habiendose gastado diez años enteros en Roma en discutir esta materia, que se sometió al examen de los mas ilustrados personajes de aquella iglesia, fuesen mas felices unos teólogos particulares. Sin embargo Jansenio, obispo de Iprés en el Pais Bajo, creyó haber hallado lo que inutilmente se buscaba hacia tantos siglos, y consagró veinte y dos años á componer una enorme obra cuya doctrina no hubiera trascendido del recinto de las aulas de Lovaina, si el abad de San Ciran no le hubiese prestado el auxilio de un partido que empezaba á tomar una actitud muy res-

petable. Este eclesiástico, condiscípulo de Jansenio, habia preparado de mucho tiempo atras á los solitarios y monjas de Port-Royal (cuyo director era), para que recibiesen la obra del obispo de Iprés como la revelacion de los misterios mas obscuros y profundos de la gracia.

Apenas cerró los ojos Richelieu, San Ciran aprovechando los pocos años que sobrevivió al cardenal, confirmó á sus confidentes en la adhesion á la doctrina de Jansenio. Ademas habia encontrado en el doctor Arnaldo un sucesor aun mas capaz que él de ser corifeo de secta.

Un nuevo reinado, una menor edad mas favorable siempre á los espíritus turbulentos, una regente que procuraba hacer amar su naciente autoridad, un ministro aun muy indiferente á discusiones de esta naturaleza dejaron la peligrosa libertad de ventilar unas cuestiones que han producido larga serie de turbaciones y discordias. La compañía de Jesus y la escuela de Port-Royal se distinguieron especialmente en esta lucha tenaz, que no ha dejado de tener influencia en sucesos mas recientes.

El instituto de los jesuitas, con el cual no puede compararse ningun otro en cuanto á la energía, la prevision y la profundidad de pensamiento con que se trazó su plan y se combinaron todos los resortes, habia sido fundado para abarcar en el vasto ejercicio de sus atributos y ministerios todas las clases, todas las condiciones y todos los elementos que constituyen la armonía y conservacion de las potestades políticas y religiosas. Subiendo á la época de su fundacion se descubre facilmente que la intencion pública y manifiesta de este instituto habia sido defender á la iglesia católica de los luteranos y calvinistas y que su objeto político era proteger el orden social y la forma de gobierno establecida en cada nacion contra el torrente de las opiniones anárquicas, que siempre caminan de frente con las innovaciones religiosas. Donde quiera que los jesuitas lograban ser escuchados, mantenian todas las clases de la socie-

dad en un espíritu de orden, de prudencia y de conservacion. Si esta religion tuvo que sostener desde su origen tantos combates contra los luteranos y calvinistas, es porque donde estos sectarios trataban de hacer prevalecer su doctrina, las guerras y las convulsiones políticas eran la consecuencia necesaria de sus principios religiosos. Los jesuitas á quienes eran familiares todo género de ciencias, las emplearon con utilidad para ganarse la consideracion que siempre va anexa á los hombres aventajados en talento y en conocimientos. La confianza de todos los gobiernos católicos y los sazonados frutos de su método de enseñanza pusieron casi exclusivamente en sus manos la instruccion pública. Llamados desde su origen para encargarse de la educacion de las familias principales del estado extendian sus desvelos á las clases inferiores manteniendolas en el feliz hábito de las virtudes religiosas y morales. Tal era especialmente el util objeto de las multiplicadas congregaciones que habian fundado en todas las ciudades, y que habian tenido la habilidad de ligar con todas las profesiones y todas las instituciones sociales. Unos ejercicios de piedad sencillos y fáciles, unas instrucciones familiares acomodadas á cada condicion y que no perjudicaban en nada á las faenas y deberes de la sociedad, servian para conservar en todos los estados aquella regularidad de costumbres, aquel espíritu de orden y subordinacion, aquella prudente economía que mantienen la paz y concordia de las familias y aseguran la prosperidad de los imperios. Tuvieron el mérito de honrar su caracter religioso y moral por una severidad de costumbres, una templanza, una nobleza y un desinterés personal, que no pudieron disputarles ni aun sus propios enemigos: esta es la mejor respuesta á todas las sátiras en que se los ha acusado de que profesaban principios laxos. Este cuerpo está tan perfectamente constituido, que no ha tenido infancia ni vejez. Desde los primeros dias de su existencia hace fundaciones en todos los estados católicos, combate con intrepidez todas las sectas nacidas del

luteranismo, funda misiones en Levante y en los desiertos de América y se presenta en los mares de la China, del Japon y de las Indias. Ya hacia dos siglos que existia este instituto, y en todas partes tenia el mismo vigor. No hubo que suplir jamas por medio de nuevas leyes la imperfeccion de las que recibiera de su fundador. La emulacion que infundia esta orden, era util y necesaria á sus mismos rivales, y cuando cayó temporalmente, arrastró en su caida á los insensatos que habian tenido la imprudencia de regocijarse de aquella catástrofe. La destruccion de los jesuitas dió el golpe mas terrible á la educacion pública en toda la Europa católica; confesion notable que se encuentra en boca de sus enemigos lo mismo que en la de sus amigos. Ademas su proscripcion fue el primer ensayo y sirvió de modelo á esos raptos de furor y de locura, que destruyeron en un instante la obra de la sabiduría de los siglos y devoraron en un dia las riquezas de las generaciones pasadas y futuras.

Al lado de los jesuitas se levantó una corporacion rival, destinada por decirlo asi á combatirlos antes de nacer. La escuela de Port-Royal no fue en su origen mas que la reunion de los individuos de la familia de Arnaldo, conocida ya por su odio hereditario á los jesuitas. Tuvo el mérito de producir hombres distinguidos por grandes virtudes y talentos, y reunidos por los mismos sentimientos y los mismos principios se recomendaban á la estimacion pública por la severidad de sus costumbres y un desprecio generoso de los honores y riquezas. Una circunstancia singular les habia dado una existencia independiente de todos los favores de la fortuna y de todos los cálculos de la ambicion. La madre Angela, hermana de los Arnaldos y abadesa de Port-Royal, habia adquirido y merecido gran consideracion por haber introducido la reforma en su monasterio y establecido una observancia digna de los siglos mas puros de la disciplina monástica. Unida á su familia por una entera conformidad de costumbres y opiniones

aun mas que por los vínculos del parentesco vivia en una comunicacion habitual con sus hermanos y deudos. Estos y sus amigos fueron á habitar los desiertos inmediatos al monasterio de aquella religiosa. Port-Royal de los Campos se convirtió en un asilo sagrado, donde unos piadosos solitarios desengañados de todas las ilusiones de la vida se reunian para meditar las verdades eternas lejos del mundo y sus agitaciones. Allí se veia á unos hombres distinguidos antes en la corte y en la sociedad por su talento y sus atractivos llorar amargamente los frívolos triunfos en que habian consumido los mejores dias de su juventud, gemir por la celebridad que aun conservaban sus nombres, y admirarse de no poder ser olvidados de un mundo á quien ellos habian olvidado. Una conquista mas ruidosa aumentó el esplendor y la celebridad de Port-Royal. La duquesa de Longueville, que tan gran papel habia hecho en los disturbios de la Fronda y que con el auxilio de la religion se habia desengañado de las ilusiones de la ambicion y de los errores en que la precipitara su corazon, ofrecia el espectáculo de un solemne arrepentimiento; y como esta conversion era obra de Port-Royal, una penitente tan esclarecida daba nuevo lustre á aquellos solitarios que habian logrado someter una princesa de la familia real á la práctica austera de la virtud y de la devocion. Aquellos hombres que consagraban su pluma á tratar de las materias mas sublimes de la religion, de la moral y de la filosofía, no tenian reparo de descender hasta los elementos de las lenguas para educar á la juventud. Sus obras ofrecian los primeros modelos del arte de escribir con toda la exactitud, gusto y pureza de que es capaz el idioma francés. Esta prerogativa parecia pertenecerles exclusivamente, y Port-Royal ha conservado el mérito de haber fijado la lengua patria, no porque esta escuela como tal tenga una fama y lustre propio; al contrario su gloria se componia de la que individualmente habian adquirido los escritores reunidos allí. La escuela de Port-Royal no ha formado á nadie: los dos Arnaldos,

los dos Le Maitre, Pascal, Lancelot, Nicole y Racine escribian antes de juntarse con aquellos solitarios y no prepararon ningun sucesor. Por desgracia se aprovechó el anhelo que mostraban todas las clases de la sociedad por leer los escritos de Port-Royal, para acreditar las opiniones teológicas de sus habitantes. Todos los novadores en religion y en política se han valido de este método con fruto. No hay cosa mas propia para seducir y alucinar á la muchedumbre que la especie de homenaje que se rinde á su ilustracion y autoridad, y aquella no deja jamas de ponerse de parte de los primeros que invocan su juicio y citan ante su tribunal á sus adversarios propios. Fortuna hubiera sido para la religion, las ciencias y las letras que la escuela de Port-Royal, contenta con la gloria de haber inaugurado el siglo admirable de Luis XIV, no se hubiese abandonado al espíritu de secta y á la lastimosa ambicion de distinguirse por una rigidez de opiniones y máximas que causó mas turbacion que edificacion en la iglesia.

Será de sentir para siempre que esta escuela insultando injustamente á un instituto de donde han salido una larga serie de varones eminentes en todos géneros, no sustituyese una noble emulacion á una rivalidad desleal y peligrosa: entonces hubiera servido á la religion en vez de ser un partido suscitado por el espíritu de rebelion contra la iglesia. La escuela de Port-Royal y la compañía de Jesus contaban entre sus discípulos hombres verdaderamente recomendables: una y otra podian poner un dique indestructible á los enemigos de la iglesia y ofrecer utilisimos auxilios á los primeros pastores para la instruccion de los pueblos y el buen logro del ministerio evangélico.

Los actos de hostilidad entre los teólogos se redujeron al principio á una guerra de escritos que cada cual admiraba ó censuraba segun sus opiniones; pero los disturbios de la Fronda que estallaron á fines de 1648, introdujeron en todas las partes del estado un espíritu de anarquía que se propagó hasta las aulas.

Aunque Urbano VIII habia condenado el libro de Jansenio en 1642, se suscitaban disputas escandalosas en la facultad de teología de Paris por la temeridad con que los nuevos candidatos se habian hecho apóstoles de la doctrina por lo menos sospechosa de aquella obra. El síndico se quejó á la corporacion en 1649 denunciando cinco proposiciones muy breves y muy claras á que habia conseguido reducir el enorme volumen de Jansenio por un notable esfuerzo de entendimiento y de atencion. La facultad no pudo proveer nada al pedimento del síndico, en razon á que los partidarios de Jansenio habian interpuesto un recurso de fuerza ante el parlamento de Paris; porque estos eclesiásticos que aparentaban gran severidad de principios y hablaban continuamente de la restauracion de la antigua disciplina de la iglesia, no se habian avergonzado de llevar ante un tribunal secular una cuestion meramente doctrinal. Los obispos de Francia sobresaltados con las discordias que se procuraban suscitar en sus diócesis por medio de controversias, que habia querido precaver la sabiduría de la silla apostólica, resolvieron recurrir al papa. Ochenta y cinco prelados á los cuales se unieron otros mas adelante, pidieron á Inocencio X en 1650 que fallase sobre cada una de las cinco proposiciones: once obispos que no asentian á la opinion de sus hermanos, le suplicaron al mismo tiempo que no pronunciase ninguna decision. Inocencio X declaró heréticas las cinco proposiciones por su bula de 31 de mayo de 1653, recibida en Francia, aceptada por la congregacion del clero y confirmada con letras patentes, habiendola aceptado asimismo las facultades de teología de Paris y de Lovaina.

No se concibe cómo Arnaldo versado profundamente en las ciencias eclesiásticas pudiese engañarse hasta el punto de tratar de eludir la autoridad de la bula apostólica por una distincion que no se conformaba con las máximas de la sinceridad cristiana. Obligado á confesar que las cinco proposiciones censuradas eran condenadas justamente pretendió que no tenian ninguna relacion con

la doctrina de Jansenio. El cardenal Mazarini, que en esta cuestion no tenia ningun interés político, ni ningun espíritu de secta, pero que deseaba como ministro sabio é ilustrado alejar hasta el mas leve pretexto de division, congregó treinta y ocho obispos en 1654 para que examinasen inmediatamente en qué podia fundarse la inesperada dificultad que acababa de suscitarse para eludir el juicio del sumo pontífice. El resultado de esta junta, que adoptaron unánimemente los obispos, aun aquellos que al principio se mostraran favorables á los discípulos de Jansenio, fue declarar por via de juicio que la bula de Inocencio X habia condenado las cinco proposiciones como de Jansenio y en el sentido de Jansenio; cuya decision fue aprobada por un breve pontificio de 29 de septiembre de 1654. Alejandro VII renovó y confirmó la decision de su predecesor por su bula de 16 de octubre de 1656. En consecuencia los obispos de la congregacion de 1657 prescribieron una fórmula que obligaba á todos los eclesiásticos á condenar de corazon y de boca la doctrina de las cinco proposiciones contenidas en el libro de Jansenio. Ya pues no podia disputarse que las cinco proposiciones no habian sido condenadas justamente y condenadas como el resumen de la doctrina del obispo de Iprés.

Pero el espíritu de secta es inagotable para discurrir sutilezas. La escuela de Port-Royal estableció de improviso la máxima de que á estas decisiones de la iglesia no se les debia mas que una sumision de respeto y silencio sin obligacion de creerlas interiormente. La fórmula prescripta en las congregaciones de 1656 y 1657 no se adoptó generalmente en todas las diócesis de Francia. Se negó á unas simples juntas del clero el derecho canónico de prescribir fórmulas de doctrina que pudiesen obligar á todo el cuerpo episcopal; pero para desvanecer esta objecion el rey y los obispos pidieron de comun acuerdo al papa que prescribiese él mismo por una bula solemne una fórmula que pudiera ser admitida en Francia como regla uniforme de creencia y disciplina sobre los puntos controvertidos. El suceso probó que los que se

negaron por el motivo de incompetencia á suscribir la fórmula prescripta por las congregaciones del clero, nó se detuvieron por una simple falta de formalidad. En efecto Alejandro VII extendió una fórmula muy poco diferente de la de los obispos de Francia, y mandó por su bula de 15 de febrero de 1665 que la suscribiesen bajo las penas canónicas todos los arzobispos y obispos, los eclesiásticos seculares y regulares y hasta las monjas y los maestros de la juventud. Esta bula emanada de la autoridad mas competente á peticion del rey y de la iglesia de Francia fue revestida de todas las formalidades requeridas por las leyes y costumbres del reino; y sin embargo los discípulos de Jansenio continuaron obstinados en su sistema de silencio respetuoso.

En esta ocasion se distinguieron las monjas de Port-Royal por una resistencia tan fuera de propósito en personas de su sexo y estado, como contraria al voto de obediencia. Si este tiene alguna significacion, debe ser sin duda respecto de los superiores eclesiásticos en una cuestion de doctrina decidida por un juicio solemne de la cabeza de la iglesia. Prescindiendo de la ridiculez que ofrece la sola idea de ver á unas monjas presumirse mas instruidas en una cuestion teológica que el papa, los obispos y las facultades de teología, se conoce bien que tal presuncion era un acto verdaderamente escandaloso en el orden de la religion. Si se pregunta por qué se exigió á aquellas monjas que suscribiesen una fórmula de doctrina, la respuesta será facil: era de pública notoriedad que el monasterio de Port-Royal le dirigian los partidarios mas declarados de las opiniones condenadas: que las monjas eran sospechosas justamente de seguir el dictamen de sus directores; y nada justifica mas la medida tomada con respecto á ellas que la obstinada resistencia que hicieron. No habiendo podido conseguirse por la dulzura y la persuasion lo que negaban á la autoridad, el arzobispo de Paris pidió á Bossuet que conferenciase con aquellas mujeres, puras como unos ángeles (decia el prelado), pero soberbias como unos de-

monios. Ellas se creyeron mas hábiles en teología que Bossuet; y fue tal el ascendiente de sus directores sobre la conciencia de aquellas monjas pertinaces, que prefirieron privarse del uso de los sacramentos antes que convenir por el testimonio de toda la iglesia en que un obispo habia sentado ciertos errores en un libro que no conocian.

CAPITULO V.

QUIETISMO.

La falsa espiritualidad que es un extremo ó abuso de la verdadera, no ha dejado casi nunca de tener secuaces ocultos ó públicos. Por los años de 1575 apareció en España una secta de falsos espirituales, á quienes se dió el nombre de iluminados: sus reliquias subsistian aun en Sevilla hácia el año 1625. Por el mismo tiempo poco mas ó menos una secta de fanáticos llamados *guerinetes* del nombre de su corifeo y parecidos por su doctrina y costumbres á los iluminados de España se manifestó en la Picardía, provincia de Francia comarcana al País Bajo español, donde habian penetrado los visionarios de Sevilla; pero habiendo sido descubiertos en 1634 no existian ya al año siguiente de resultas de las severas órdenes que dió contra ellos Luis XIII. Eran los precursores de los quietistas modernos, que tanto ruido metieron en Roma y en Francia á fines del siglo décimoséptimo. Tuvieron por patriarca á un sacerdote español de Zaragoza llamado Molinos, quien murió en 1696 despues de haberse retractado de sus errores condenados en 1687 por decreto de la inquisicion de Roma, que confirmó Inocencio XI por una bula. Los libros de Molinos introducidos en Francia por poco no engendraron una herejía que hubiera sido mucho mas peligrosa, por cuanto la nueva espiritualidad tenia á su favor personas de categoría, de valimiento y de mérito en la corte y en la capital, que podian conquistar muchos secuaces. Entre las obras de espiritualidad que todos deseaban con ansia co-

nocer, se distinguieron las de madama Guyon, mujer célebre por sus dotes intelectuales, por las agitaciones de su vida, por el interés que infundió á las personas de su época, y por las desgracias que se granjeó con su brillante celebridad en la corte de Luis XIV. Cierta conformidad de opinion habia producido una amistad mas íntima entre aquella señora y Fenelon, varon de alma pura y corazon recto, cuyo nombre solo recuerda todos los talentos y dotes del entendimiento unidos á los atractivos de la virtud. Pero el rey que habia dejado sus antiguas amistades y era mas religioso que nunca, no pudo oir sin espanto que se estaba formando en su reino una nueva secta de quietistas, á la que se achacaban una doctrina detestable y una horrorosa corrupcion de costumbres. A estos singulares rumores daban crédito ciertos sectarios, que estaban interesados en que se fijase en otros la atencion del gobierno, de los obispos, de los teólogos y del pueblo, que hablaba de ellos hacia mucho tiempo. Madama Maintenon, esta mujer que despues de haber pasado por las pruebas mas duras de la necesidad y de la humillacion habia llegado á tal grandeza y altura que solo le faltaba el nombre de reina, participó de los temores del rey: del mismo sentir fueron muchos prelados, y Bossuet á quien sus hermanos miraban como el mayor teólogo, se preparó á destruir la nueva herejía.

El calor que empleó en esta controversia, muestra la importancia de ella. En efecto todo el cristianismo se funda en la creencia de Jesucristo, mediador y salvador. Dios uniendo la naturaleza humana á la divina en la persona de Jesucristo quiso que este hombre Dios viviese entre los mortales para revelarles los grandes misterios de la religion y enseñarles la moral mas sublime que habia recibido la tierra del cielo. Propusose dar á conocer á los hombres la religion y el culto que mas le agradan, y en la institucion de los sacramentos creados para mantener y perpetuar el ejercicio de este culto consisten todo el conjunto y toda la economía del cristianismo. Por la meditacion habitual de la pasion y

muerte del Dios salvador, por la memoria de todas las obras de caridad y misericordia que vino á ejercer sobre la tierra, son especial y mas sensiblemente atraidos los hombres á buscar motivos de adoracion, de amor, de gratitud, de temor y de esperanza, ejemplos de virtud para todos los actos de la vida humana, medios de fortaleza para triunfar de las pasiones y ocasiones de consuelo en la desgracia. Una religion y un culto que tienen tales fundamentos ofrecen muchos mas motivos á los afectos del hombre que la contemplacion esteril y abstracta de la divinidad, la cual puede conducir á un desprecio orgulloso de los actos religiosos y de los auxilios ordinarios que ha preparado el cristianismo para sostener la flaqueza humana. Una religion que se contentase con contemplar á Dios bajo el respecto de su infinita perfeccion sin invocarle bajo el de su suma bondad, no seria el cristianismo, ni aun seria una religion, sino una especie de platonicismo teológico incomprensible é indefinible hasta en sus primeras nociones, porque es imposible comprender la suma perfeccion sin hacer entrar en ella la suma bondad. Así cuando Bossuet motejaba á Fenelon *sus contemplaciones de donde está ausente Jesucristo por estado*; cuando le vituperaba que hacia consistir la perfeccion del cristianismo en un acto tan sublime, que no se encontraba en él ni á Jesucristo, ni aun los atributos de Dios; se conoce que temia fundadamente que semejante sistema de teología degenerase contra el pensamiento y deseos del mismo Fenelon en una especie de deismo místico, que podia conducir los hombres menos virtuosos al deismo filosófico. Bossuet alcanzaba mucho con su vista, porque la tendia desde muy alto. El hombre que habia visto correr hácia el socinianismo todas las sectas separadas de la iglesia romana un siglo antes que llegasen á aquel término; el hombre que habia predicho en 1689 que el principio de la soberanía del pueblo derribaria las monarquías mas florecientes y conmoveria los fundamentos de todos los gobiernos; no tenia menos derecho para temer que un

sistema religioso que ponia la perfeccion en considerar á Dios solamente bajo relaciones abstractas separandole con el pensamiento de los preceptos que ha transmitido, de los deberes que ha ordenado, y de las promesas y amenazas que ha hecho, condujese rápidamente á la indiferencia de todas las religiones. Si la doctrina tan dura y repugnante de Lutero y Calvino que destruia la libertad en el hombre y le despojaba del mérito de sus buenas obras, declaraba formalmente á Dios autor del pecado y enseñaba que habia criado á los hombres para condenarlos; si tal doctrina predicada por unos sectarios cuyo caracter moral daba margen para justos cargos, habia encontrado sin embargo tantos partidarios y producido el cisma mas funesto á la iglesia; ¿qué no debia temerse de un sistema alucinativo en que el hombre renunciaba su propia felicidad para no ver en Dios mas que á Dios solo, y consentia en sacrificarle todos sus afectos en esta vida y todas sus esperanzas en la otra? El mismo alucinamiento de la imaginacion que movia á unos hombres virtuosos á renunciar el premio de la virtud, podia conducir á insignes malvados á desconocer ó despreciar las penas del pecado; y ¿quién sabe si Bossuet no veia en lo por venir puesto en cuestion el dogma de los castigos como una consecuencia de la opinion que permitia amar á Dios sin esperanza de recompensa? Pero dejando aparte esta analogía, quizá demasiado rigurosa, resultaba por lo menos del libro de las *Máximas de los santos* publicado por Fenelon un sistema de doctrina capaz de extraviar á las almas apasionadas y fomentar en ellas una falsa seguridad sobre la pureza de sus intenciones, y tanto mas peligroso cuanto que le presentaba el hombre que reunia en su siglo mas candor en la expresion de sus sentimientos, un lenguaje mas halagüeño y el brillante prestigio de su imaginacion, y que aun sus errores los ataviaba con las galas de sus virtudes. Cuando se recuerda que el autor de una doctrina inspirada al parecer por el sentimiento mas puro y sublime era el preceptor del heredero del trono

y el oráculo de los personajes mas virtuosos de la corte; facilmente se concibe qué brios podia cobrar una secta naciente con tal arrimo. Esto explica la vehemencia con que combatió Bossuet unos errores que le parecieron tan peligrosos.

Con motivo del quietismo se mostraron en abierta oposicion los dos obispos mas eminentes de la iglesia de Francia. Su celebridad llamó la atencion de sus contemporaneos. Ambos á dos emplearon todas las armas del ingenio y de la ciencia para embestirse y defenderse, y por espacio de tres años resonaron en Europa el ruido y la agitacion que excitaban sus escritos. La elocuencia de que los habia dotado la naturaleza, dió á estos escritos un interés y un calor que todavia se advierten despues de tantos años. Luis XIV intervino con todo el peso de su nombre y autoridad en una controversia en que reclamaban su proteccion los obispos mas respetables de su reino: algunos personajes ilustres y de mayor ó menor celebridad se mezclaron en estos sucesos con sus afectos, sus pasiones y todos los medios de valimiento y de poder. Roma vió con sentimiento á dos obispos esclarecidos presentarse ante sus tribunales solicitando un juicio que al condenar á uno de ellos podia abrir un nuevo manantial de discordias en la iglesia. Pero la sumision del arzobispo de Cambrai es el ejemplo tal vez único de la terminacion de una controversia doctrinal por un solo juicio, sin que se tratara despues ni de su retractacion, ni de eludirle por medio de distinciones. Esta gloria se debe á la sabiduría y grandeza de alma del incomparable Fenelon.

SIGLO DECIMOCTAVO.

CAPITULO I.

FILOSOFÍA.

Desde su fundacion tuvo el cristianismo que sufrir los combates mas terribles de parte de las potestades de la tierra. Pero despues de tres siglos de persecuciones sangrientas, durante las cuales no habia cesado de aumentarse entre los torrentes de sangre que al parecer debian ahogarle, mas de la mitad del imperio era cristiano, y Constantino dió la paz á la iglesia.

En aquella época los filósofos que hasta entonces parecian haber ignorado ó despreciado la nueva religion, despertados por el vivo resplandor que despedia de todas partes, envidiosos de los triunfos que alcanzaba donde quiera, y mas humillados aun por la sublimidad de una moral que mostraba la futilidad de sus principios, y por las virtudes de los cristianos que tanto contrastaban con sus vicios, reunieron toda su ciencia y toda su elocuencia para combatirla y atajar sus progresos. La impugnaron en su conjunto y se propusieron nada menos que destruirla y abolirla enteramente; pero fueron vanos sus esfuerzos: la religion triunfó sin dificultad de estos nuevos adversarios, los menos temibles de cuantos habian salido á la palestra. Sus defensores armados de la espada de la divina palabra redujeron á la nada todos los argumentos y raciocinios con que los filósofos habian sostenido su causa. Estos desaparecieron de sobre la haz de la tierra, y apenas serian conocidas sus obras si incluidas en los escritos inmortales de los apologistas de la religion no hubieran participado de la celebridad de ellos. Despues de haber triunfado con tanta gloria de la filosofía la religion cristiana no sufrió ya estos insultos

generales, y no experimentó por una larga serie de siglos mas que combates parciales que le suscitaban de cuando en cuando el cisma y la herejía.

Estaba reservado al siglo décimoctavo el ver formarse contra el cristianismo en el seno mismo de él la conjuracion mas vasta y universal que ha existido nunca. Nuestros filósofos modernos, mucho menos graves que los antiguos adversarios de la religion, que ya habian degenerado tanto de los primeros discípulos de la Academia y del Liceo, concibieron el plan de destruir hasta los cimientos este antiguo edificio, que á la verdad habia tenido muchas pérdidas por los multiplicados asaltos, pero que conservando siempre íntegro el precioso depósito de la fé debiera haberles hecho conocer de antemano lo inútil de su empresa.

Las impiedades socinianas, los errores de Hobbes, las blasfemias de Spinosa habian abierto el camino á los sistemas irreligiosos: sobre todo las objeciones siempre renovadas de Bayle habian echado las semillas del pirronismo y de la incredulidad. Algunos escritores educados en su escuela intentaron desenvolver estas funestas semillas y sacaron á luz en los últimos años del siglo décimoséptimo obras atrevidas destinadas á dar por el pie á nuestros dogmas, nuestros misterios y nuestro culto.

En Inglaterra donde se hizo la primera señal de esta guerra, el conde de Cherbury Herbert redujo á sistema el deismo y se lisonjeó de haber establecido la religion natural sobre las ruinas de la revelacion. El suicida Blount siguió las huellas de Herbert, y sus *Oráculos de la razon* fueron publicados por su amigo Gildon, digno editor de una obra tan monstruosa. Locke fue uno de los precursores de los cristianos racionales que por este tiempo descargaron tan furiosos golpes á la revelacion, y se mostró *latitudinario* en el último grado en su *Cristianismo razonable*. Mientras la escuela de Locke insinuaba una doctrina no muy distante de la de los arrianos, otros escritores contempo-

raneos de aquel filósofo, tales como Tolland en el *Cristianismo sin misterios* y Bury, autor de *El Evangelio desnudo*, se ocupaban en destruir los fundamentos de la religion. Dividianse pues en dos campos los enemigos de esta: los unos, arrianos ó socinianos, negaban la divinidad de Jesucristo y el misterio de la Encarnacion: los otros, deistas declarados, minaban los primeros principios del cristianismo. El primer partido que contaba entre sus defensores á Clarke, Whiston, Whitby, Emlyn y Chubb, unia sus esfuerzos al principio de este siglo con los del otro partido, donde militaban Asgill, Coward, Shaftesbury, Collins, Tindal y Woolston.

Por la singularidad del asunto y de la forma tuvo alguna celebridad un libro extravagante de Asgill, intitulado: *Argumento con que se prueba que conforme al contrato de vida eterna revelado en las escrituras puede un hombre ser trasladado de esta vida á la eterna sin pasar por la muerte*; pero esta obra, fruto de una imaginacion desordenada, fue condenada á la hoguera en 1703, y el autor expulso de los comunes donde tenia asiento. Por entonces sostuvo Coward en sus *Nuevas reflexiones sobre el alma humana* que la doctrina de la espiritualidad é inmortalidad del alma, tan universal y tan digna del hombre y de su tauor, era una invencion pagana, un origen de absurdos, un insulto á la filosofía, á la razon y á la religion: despues confirmó estos asertos en su *Ensayo* publicado el año 1704. Era tal en Inglaterra la licencia con que se escribia contra los fundamentos de la revelacion, que en 29 de enero de 1710 encargó la reina Ana al clero anglicano que tomase en consideracion el estado de la religion. Shaftesbury cuyos escritos reunidos en tres volúmenes llevan el título de *Característicos*, se muestra enemigo de los dogmas generales del cristianismo. Habla con mucha libertad del viejo y nuevo testamento: supone que el Evangelio ha sido adulterado por el clero: que los milagros no prueban nada; y que toca á los magistrados arreglar el dogma; y en consecuencia no quiere

sino una religion que esté á las órdenes del estado y una revelacion entendida á su modo. Admite la completa indiferencia en punto de religion; rebate el dogma de los castigos eternos con las armas del sofisma y de la ironía; y apartando la virtud de la religion la mira solo como un sentimiento y un instinto. Collins empezó en 1707 por un *Ensayo acerca del uso de la razon en las proposiciones cuya evidencia depende del testimonio humano*; escrito en que pone en oposicion la certeza que produce la revelacion, y la evidencia que suministra la razon. Las miras hostiles de Collins contra la revelacion se descubrieron en su *Discurso sobre la libertad de pensar*, contra el cual se declaró el clero anglicano hasta el punto de haber tenido el temerario autor que refugiarse en Holanda, donde ya mantenia relaciones con Juan Le Clerc y otros literatos ó teólogos de la época. Su obra puede reducirse á estas dos proposiciones: no debe recibirse nada sin examen; y el examen no nos enseña nada de cierto.

Collins se vió refutado en su patria por Whiston, que aunque muy poco ortodoxo en muchos puntos defendió la revelacion que él habia hecho tambalear: ademas Hoadley y Bentley divulgaron los yerros y la infidelidad de las citas de Collins. Impugnado este por unos hombres á quienes no esperaba tener por adversarios, imprimió en La Haya el año 1714 una traduccion francesa de su *Discurso*, donde se encuentran algunas variaciones relativas á los yerros é infidelidades que le habia criticado Bentley; pero no se curó de reconocer sus errores. Parece que á esta traduccion se refiere el decreto promulgado en Roma el 7 de febrero de 1718 contra el *Discurso sobre la libertad de pensar*.

En otro *Discurso sobre los fundamentos y las razones de la religion cristiana* que publicó Collins en 1724, supone como detractor perseverante del cristianismo que Jesucristo y los apóstoles establecieron exclusivamente las pruebas de la religion sobre las profecías del antiguo testamento: luego se empeña en hacer ver que

las citadas en el nuevo no son mas que *tipos* y *alegorías* y por consiguiente que no prueban nada. De aquí colige que el cristianismo no tiene ninguna basa sólida. Este libro fué refutado por muchos autores, entre ellos Tomas Sherlock en seis discursos sobre el uso y los fines de la profecía, donde manifiesta la serie de las profecías en las diferentes épocas, su enlace y su cumplimiento sucesivo. Al lado de Collins, cuyos escritos no han sido inútiles á los modernos incrédulos franceses, otros autores aceleraban los progresos de la incredulidad en Inglaterra. Las *Cartas sobre diversos puntos de religion* por Juan Trenchart abundan en una crítica atrevida. Este autor se habia asociado con el escocés Tomas Gordon, quien para vulgarizar la irreligion intitulaba sus escritos de modo que lo entendiesen las últimas clases de la sociedad; v. g. *El cordial para los espíritus flacos y los pilares de la supercheria sacerdotal y de la ortodoxia conmovidos.* El deista Tindal publicó en 1706 los *Derechos de la iglesia cristiana defendidos contra los papistas*; pero no se ocultó al clero anglicano que el autor socolor de impugnar á los católicos arruinaba toda constitucion eclesiástica, toda disciplina, todo ministerio, toda autoridad: asi el libro y la defensa que de él hizo Tindal, fueron condenados á la hoguera en 24 de marzo de 1710. Al año siguiente habiendo trazado la cámara baja una pintura de la religion y de los progresos de la incredulidad, Tindal publicó un libelo en que se atrevió á defender que el único fundamento de toda religion es la necesidad de los actos humanos. En dos representaciones burlescas á los habitantes de Londres y Westminster ridiculizó al obispo anglicano Gibson, que habia escrito dos pastorales contra los libros irreligiosos. Pero la obra suya que metió mas ruido y suscitó una polémica que no vió terminada, fue *El cristianismo tan antiguo como la creacion ó El Evangelio, nueva publicacion de la ley natural*; en cuyo libro renueva el sistema de Herbert. Aunque se ve precisado á confesar en muchos lugares los errores monstruosos y los desórdenes en que

han caido los hombres aun sobre los principios fundamentales de la ley natural, sienta que no ha habido revelacion interior distinta de la ley de naturaleza: que basta la razon para dirigirnos; y que la ley natural es clara, perfecta y acomodada á nuestras necesidades. Ademas afirma que el interés personal debe ser la regla de nuestras acciones, y emite otras máximas no menos perniciosas en moral. Con esta ocasion Waterland que se habia distinguido ya por sus escritos contra el arrianismo, publicó las *Vindicias de la Escritura.* Conybeare que luego fue obispo de Bristol, compuso á excitacion del de Londres la *Defensa de la religion revelada.* Jackson, Stesbing, Balguy, Foster y Leland entraron sucesivamente en esta controversia contra Tindal. Era tal el vértigo de incredulidad que se habia apoderado de los ánimos en Inglaterra, que el gobierno creyó necesario tomar algunas medidas para atajar los progresos de aquella epidemia. La depravacion de la capital se habia aumentado por las inmorales y desastradas consecuencias del sistema de Blount, émulo de Law; por entregarse á un tráfico escandaloso se descuidaban las profesiones y los empleos aun en las provincias; y los nuevos ricos deslumbrados con su opulencia repentina y entregados al lujo, á la sensualidad y á todos los vicios no se acordaban de la religion mas que para despreciarla, ni de las costumbres mas que para conculcarlas. Se dice que algunos jóvenes incrédulos llegaron á formar una sociedad en la que se ligaban con horribles juramentos y le daban el nombre de *fuego del infierno,* como para mofarse de las amenazas de la religion. En vano un lord se quejó en la cámara alta del desenfreno del ateismo y de la inmoralidad: la pluralidad de los individuos de aquella en vez de dar una ley para reprimir tal escándalo miraron el proyecto como una traba de la libertad de pensar. Los protectores que tenia la licencia en la cámara de los lores, sustituyendo la rechifla á la gravedad, pintaron como exagerados los temores de los hombres religiosos y afirmaron que no existia la sociedad á que se aludia. Sea

como quiera, Jorge I decretó en 9 de mayo de 1721 hacer pesquisas y castigar las juntas y reuniones de blasfemos.

Trasladémonos de Inglaterra á Francia, donde un partido que hasta entonces se habia mantenido en la obscuridad temiendo la mano formidable de Luis XIV, se mostró de repente á las claras. Tolerado por un príncipe que no habia cesado de ser su cómplice, estimulado en sus demasías mas licenciosas por los ejemplos de aquel, sobreponiendose á toda autoridad, porque negaba todo deber, dispuesto á aprovecharse de todas las faltas de los demas partidos y de todas las dificultades que pudiera suscitarles su falsa situacion, se presentó arrogante el partido llamado *filosófico*. Mas numeroso ya de lo que pudiera pensarse cuando faltó la mano que habia sabido contenerle, y predominando en la nueva corte se aprovechó del horrible desenfreno y corrupcion de las costumbres para aumentar la licencia intelectual; y no tardó en dilatar sus conquistas, cuando la sed de riquezas encendida en todas las clases por funestas teorías de hacienda y operaciones de economistas empíricos acortó la distancia que las separaba, y comenzó á introducir los vicios de los grandes señores y la manía de imitarlos entre la gente del comun. Asi cundió el veneno de la corte á la ciudad, primero en el tono general de las conversaciones, donde fue moda y una muestra de buen gusto aparecer impío y licencioso, luego en una muchedumbre de escritos obscenos, de libelos, cuentos y epígramas que se multiplicaron bajo todas formas eludiendo la vigilancia de la policía por el concurso de los mismos que debieran haber evitado su propagacion, y extendiendo el mal con toda la rapidez que facilita la imprenta. En esta época aparecieron dos hombres que estaban destinados á ejercer gran influencia en su siglo por su claro talento y el pernicioso uso que hicieron de él: hablamos de Voltaire y Montesquieu.

Este, á quien en lo sucesivo debia llevar el primero gran ventaja en la guerra abierta contra el cris-

tianismo, se mostró el mas arrojado al entrar en la liza; y en sus *Cartas persianas* publicadas el año 1721 combatió muchas de las verdades fundamentales de la religion con un estilo original y una energía en la expresion, que hacian mas peligrosa su lectura por lo mismo que era mas halagüeña. En esta novela donde un magistrado trató de provocar la risa á costa de lo mas respetable que habia en la nacion, donde aparecen aquella temeridad para examinar, aquella propension á la paradoja, aquella licencia de opinar que atestiguan juntamente la perspicacia y la imprudencia del entendimiento, no se conoce al escritor aventajado que se complace en rendir homenaje al cristianismo. Aquel tono satírico, aquellas circunstancias licenciosas, aquellos chistes al parecer dirigidos solamente contra la religion musulmana contrastan con los sentimientos y el lenguaje que adoptó Montesquieu en edad mas madura. D'Alembert conviene «en que la pintura de las costumbres orientales reales ó supuestas es el objeto menor de dichas *Cartas*, y no sirve mas que de pretexto para una sátira sutil de nuestras costumbres y para profundizar materias importantes, que el autor parece tratar solo superficialmente y como de paso.» No obstante el mismo D'Alembert afirma que Montesquieu censura solamente abusos; pero ¿es censurar abusos decir que el papa es un ídolo viejo á quien se inciensa por costumbre (carta 29): que cuando acontece una desgracia á un europeo, no tiene otro recurso que la lectura de un filósofo llamado Séneca, y que los asiáticos mas sensatos toman bebidas capaces de alegrar al hombre (carta 33): que cuando Dios puso á Adam en el paraiso terrenal con la condicion de no comer cierto fruto, le impuso un precepto absurdo para un ser que habia de conocer las determinaciones futuras de las almas (carta 59): que no ha observado entre los cristianos aquella persuasion viva de la religion que se halla entre los musulmanes: que el papa es un mágico, el cual hace creer que tres son uno y que el pan no es pan etc.? Nunca le falta á Montesquieu la ocasion de ridicu-

lizar los misterios, los preceptos y las prácticas de la religion de su patria; y pudo hacerlo sin que nadie le molestase: tanto habia progresado ya la licencia. Su libro por el cebo que ofrecia á la malignidad, debia producir funestos efectos en espíritus frívolos. Los detractores de Luis XIV aplaudieron la sátira de aquel reinado, y una corte licenciosa leyó con ansia una novela en que la religion, sus ministros y las disputas teológicas eran el blanco de burlas y chistes picantes y satíricos.

Francisco Maria Arouet (conocido mas adelante con el nombre de Voltaire), que pagaba por entonces en la Bastilla la simple sospecha de ser autor de una sátira contra el regente, exhalaba la furia de su impiedad mas bien de palabra que en sus escritos, donde solamente la descubria de vez en cuando por alguna expresion satírica. Entonces se limitaba á escribir cuentos libres ó algunas epístolas, mitad en prosa, mitad en verso, en que el autor hacia el ensayo de sus chanzas y chistes irreligiosos. Asi en la epístola á madama de G., que es del año 1716 ó 1717, pregunta si un espíritu ilustrado podrá admitir jamas la historia quimérica de los dos testamentos; y dice á aquella señora (que acababa de consagrarse á la devocion) que el deleite es el único objeto de los seres racionales y que la supersticion es madre de la tristeza. Segun Condorcet dos versos de *Edipo* contra los sacerdotes fueron el primer grito de una guerra que no ha podido extinguirse ni aun con la muerte de Voltaire. En fin la *Epístola á Urania*, intitulada tambien *El pro y el contra*, corria ya, pero manuscrita, en tiempo de la regencia. En ella resume el autor las objeciones de los incrédulos contra el cristianismo y los libros santos, se contenta con la ley natural y dice formalmente: *Yo no soy cristiano*. Ve aquí las expresiones que salieron de aquella pluma de fuego en la época en que se ensayaba en pervertir al género humano. Leemos en su *Correspondencia* que habiendole dicho el magistrado de policía Herault que trabajaba en vano y que no destruiria la religion cristiana, le replicó

Voltaire: *Eso lo veremos*. Zeloso de cumplir su abominable palabra emprendió la tragedia de *Bruto*, primer fruto de su viaje á Inglaterra, y la de la *Muerte de Cesar*, donde campeaban un frenético entusiasmo de libertad y una exaltacion republicana: asi es que el gobierno no quiso permitir que se imprimiera. Mas no por eso dejaron de cundir en Francia las ideas vertidas en estas tragedias y armaron multitud de brazos para el triunfo de la revolucion y de la impiedad.

Este hombre tan célebre por su talento como por sus vicios y sobre todo por el odio furioso que habia jurado á la religion desde sus primeros años, reconocido corifeo de la conjuracion filosófica, reunió bien pronto debajo de sus banderas á aquellos literatos y eruditos, que encontrando iguales y aun maestros en la carrera que seguian, creyeron que con el título fastuoso de filósofos y despreocupados formarian una clase aparte y asegurarian la celebridad por que suspiraban con tanta ansia. Buscaron para apoyo de su partido algunos cortesanos, varias mujeres que aspiraban á la fama de eruditas, y sobre todo una multitud de jóvenes licenciosos que habiendo desertado de la religion por su corrupcion y costumbres estragadas eran ya perdidos para ella: la conquista de estos debia halagar poco la soberbia de los filósofos.

La religion cristiana tiene dogmas que son objeto de nuestra fé, y leyes de moral que son la regla de nuestra conducta. Los filósofos en su plan de guerra, no obstante el furor que los animaba y sus deseos de destruir el cristianismo en todas sus partes, conocieron bien que la moral evangelica no daba motivo ninguno á la censura. Es tan admirable, tan sublime, tan análoga á las necesidades del hombre, tan amiga del orden y de la paz, que el mostrarse enemigo de ella hubiera sido excitar una conmocion general y desacreditar su causa.

Convirtieron pues todos sus esfuerzos contra los dogmas de la religion cristiana; esos dogmas misteriosos, incomprensibles á la razon humana; pero no con-

trarios á ella, aunque no cesan de decirlo los impíos sin probarlo jamas. Y en efecto ¿qué prueba pudieran dar? Solo lo que es accesible á las luces de la razon, puede demostrarse que es contrario á ella. Ahora bien ¿está encerrado Dios en la limitada esfera de nuestra razon? ¿Seria Dios si pudiera el hombre comprenderle, segun el pensamiento de san Agustin? ¿Qué idea se forman de la divinidad esos hombres que se presumen tan instruidos, que creen poder penetrar la majestad de ella, explicar sus misterios y sondear el Oceano inaccesible de luz donde habita? No se ocultaban á los filósofos estas dificultades; pero esperaron que con el arte de los sofismas, el prestigio de la elocuencia y sobre todo el arma de la sátira, que su caudillo manejaba con mas destreza que nadie, alucinarian facilmente á los hombres vanos y superficiales que componen siempre el mayor número.

Obligados al principio á ocultar su conducta porque podian comprometerse descubriendola prematuramente, empezaron á destilar insensiblemente la ponzoña de su doctrina en ciertas obras que no se enderezaban á las claras contra la religion. Pero envalentonados muy pronto con el recibimiento que tuvieron, alentados con la tolerancia del gobierno y aun animados por las contradicciones que sufrieron de parte de varios ilustres defensores de la religion que repelian victoriosamente aquellos insultos impíos, arrojaron la máscara y se mostraron á cara descubierta. Se publicaron con rapidez y una tras otra una porcion de obras donde rebosaba la mas horrible impiedad, y donde los atributos de Dios y los misterios mas augustos eran objeto de execrables blasfemias y de sarcasmos insolentisimos. Hasta la existencia de la divinidad fue problemática para ellos y al cabo la negaron contra el testimonio irrecusable de todo el universo y contra la voz de su conciencia, que no podia desconocer una verdad tan natural y tan necesaria al hombre. Hubo entre ellos un autor tan frenético, que del silencio de Dios al oir tantas blasfemias hizo

un título para negar su existencia, y se atrevió á retarle que mostrara que las oia destruyendole con un rayo. Los que no han leido las obras de estos filósofos, no pueden figurarse con qué tono furioso y de rabia prodigaban á la religion las odiosas imputaciones de superstición, estupidez, intolerancia, crueldad y barbarie, al paso que se denunciaban ellos mismos como verdaderamente culpables de todos estos desórdenes por el estilo y lenguaje en que escribian (1). Al ver uno este delirio inconcebible de un puñado de hombres contra la divinidad recuerda á aquellos habitantes del Nilo de quienes habla Diodoro de Sicilia, que importunados con el resplandor del sol y no pudiendo librarse de sus ardientes rayos insultaban á este astro con vana vocería.

Los hombres que usurpaban el título de filósofos, libres de todo freno, acabaron por declamar sin miramiento no solo contra la creencia católica, sino contra toda creencia religiosa en general. Tal era el objeto del *Espíritu de las religiones* por Bonneville, de *El antisacerdote* por Le Brun de Grenoble, de *Los sacerdotes*

(1) En esta liga impía los nuevos sectarios se distribuian los papeles segun su talento ó su presuncion. Los unos armados de sofismas hacian de la irreligion el fondo de sus obras; los otros de estilo mas ligero insinuaban la impiedad por medio de la seduccion de pinturas lascivas: estos alucinaban con una profusion de máximas *filantrópicas* que se sustituian á la caridad para destruirla: aquellos intimidaban con la descripcion del *fanatismo*, que no separaban jamas de la religion. Con las personas graves tomaban el tono del método y de la reflexion: á las superficiales se les presentaban agradables imposturas: se sembraban á cada paso dudas que no podia resolver la gente sencilla, y los que no habian podido ser convencidos con falsos argumentos, eran arrastrados por la fuerza del chiste y de la sátira. No se habia omitido medio para conseguir el objeto: poemas, novelas, obras de elocuencia, historias, libros de erudicion, diccionarios, diarios, todo estaba inficionado de aquel veneno sutil y corrosivo.

y los cultos por Paradis de Raymondis; y como las juntas y los escritos de los *teofilántropos* dejaron semillas de incredulidad hasta en el pueblo, estos libros marcados con el sello de la audacia y de la extravagancia encontraron lectores. El deismo solamente era predicado por los que se creian mas moderados: tal era el objeto del *Catecismo de moral* de Saint-Lambert. Pero ya que hablamos del extremo á que llegó la filosofía del siglo décimoctavo, ya que la representamos traspasando los últimos límites; no podemos menos de nombrar cuatro obras atestadas de errores y escritas con toda impudencia y que son un verdadero oprobio para la época en que salieron á luz; es á saber, el *Diccionario de filosofía antigua y moderna* en la *Enciclopedia metódica*, el *Origen de todos los cultos*, el *Diccionario de los ateos* y la *Guerra de los dioses antiguos y modernos*. La primera obra de estas, fruto de las vigilias del filósofo Naigeon, era un compuesto monstruoso de licencia y de barbarie. El autor daba á todos los creyentes el nombre de estúpidos, disculpaba horribles desórdenes y se atrevia á manifestar estos feroces deseos: «Yo quisiera que el último de los reyes fuese ahorcado con las tripas del último sacerdote.» Naigeon, discípulo de Diderot, amigo de Holbach y heredero de la filosofía de ambos, juzgaba este deseo digno de un verdadero filósofo, y asi se constituia apologista de todas las crueldades de la revolucion. El tratado del *Origen de los cultos* de Dupuis era extremadamente impío. El autor pretendia encontrar el origen del cristianismo en la astronomía y asociaba el divino fundador de aquel á las deidades fabulosas é impuras de los paganos. Hicieronse dos ediciones compendiadas de esta obra para propagar mejor el veneno y extraviar á una juventud descuidada y crédula; y con vergüenza y escándalo se vió alabada en el instituto aquella compilacion abominable. El *Diccionario de los ateos* por Sylvain, Marechal y Lalande ha caido hoy en el mas profundo desprecio; pero la doctrina infame que en él se predicaba se hallaba muy conforme

con el espíritu de una época y de un partido que trataba de sofocar la creencia saludable de un Dios vengador del vicio y protector de la virtud. Por último el cuarto de los libros arriba citados es un poema impío y licencioso, en que Parny se deleitó en hacer ridículos los objetos augustos de nuestra fé. Todos estos autores como los ancianos de quienes habla Daniel, parecian haber apartado los ojos por no ver el cielo. Sus escritos cierran dignamente la serie de libros tenebrosos que desde la primera mitad del siglo décimoctavo se sucedian sin interrupcion para pervertir á las generaciones; y debemos confesar que los discípulos eran dignos de sus maestros, que habian imitado fielmente su espíritu y aun los habian aventajado en zelo y en esfuerzos para el triunfo de la misma causa.

CAPITULO II.

HEREJÍAS.—JANSENISMO.

Los discípulos de Jansenio, publicando la Exposicion de la fé católica censurada en 1696 por el cardenal de Noailles, arzobispo de Paris, dando á luz en 1699 el Problema eclesiástico, en que se ponia en contradiccion á este prelado consigo mismo por haber censurado siendo arzobispo aquel escrito y aprobado cuando era obispo de Chalons las Reflexiones morales del P. Quesnel; y descubriendo en 1702 el sistema del silencio respetuoso en el Caso de conciencia condenado por un breve de 12 de febrero de 1703, fueron á buscar por decirlo asi la persecucion despues de treinta y cuatro años de paz. A vista de estas tentativas para remover unas cuestiones felizmente olvidadas Luis XIV recordó que el cardenal de Retz habia encontrado en Port-Royal partidarios y escritores para mantener la turbacion en la diócesis de Paris mientras estuvo preso y desterrado: que en la cuestion del patronato real ciertos obispos y eclesiásticos del mismo partido eran los que se habian

mostrado mas contrarios á la extension (en verdad arbitraria) de una prerogativa que él miraba como inherente á su corona: que el jansenismo asi como el caracter y la conducta de sus principales corifeos tenian una tendencia oculta al presbiterianismo: en fin que los jansenistas se hubieran mostrado tan sediciosos y republicanos como los calvinistas, si hubieran tenido tanta energía y no los hubieran contenido los formidables antemurales con que Richelieu habia resguardado la autoridad real. El rey sinceramente adicto á la religion católica, á sus máximas y á la forma de su gerarquía no veia en esta secta mas que hombres inconsecuentes y en contradiccion con sus propios principios, que se decian católicos y se mostraban rebeldes á todas las decisiones de la iglesia, que aparentaban gran austeridad en sus principios religiosos y eran infieles al primer deber de cuantos impone la religion, á saber, la sumision á la autoridad de los superiores legítimos. Esta falta de buena fé en su conducta habitual no le habia dado mejor opinion de su buena fé en las controversias dogmáticas. Despues de treinta y cuatro años de profunda tranquilidad la eleccion del tiempo en que trataban de resucitar los antiguos disturbios por la cuestion del Caso de conciencia, cuando Luis XIV se hallaba empeñado en una guerra importante con toda Europa, le pareció indicar un espíritu de malevolencia y sedicion que merecia reprimirse. Asi que pretendiendo los magistrados que el breve no podia ser confirmado con el sello de la autoridad real por las cláusulas exteriores que contenia, el rey pidió á Clemente XI una bula que decidiese con igual precision y energía acerca de las sutilezas de los jansenistas sin dar margen por su forma á la desconfianza de los tribunales franceses. La bula de 15 de julio de 1705 correspondió á los deseos del monarca.

En la época en que apareció el Problema eclesiástico, el cardenal de Noailles confuso y apurado con las contradicciones que se le objetaban respecto de haber

aprobado el libro de las Reflexiones morales siendo obispo de Chalons, invocó el auxilio de Bossuet. Este grande hombre compuso una advertencia que debia ponerse al frente de una nueva edicion de las Reflexiones morales, siempre que se variasen ó corrigiesen ciento y veinte proposiciones del texto; pero como dicha advertencia debia reputarse mas bien por una censura que por una aprobacion, se publicó sin ella la edicion de 1699 dedicada al arzobispo de Paris, cuyos examinadores no habian encontrado nada reprensible. La conducta equívoca de este prelado exponia la iglesia de Francia á ver renovarse las turbulencias calmadas por espacio de treinta y cuatro años; por lo que y habiendo condenado la silla apostólica en 1708 la obra del P. Quesnel que aprobara el arzobispo, se le exhortó á que diese un testimonio capaz de sosegar los temores y recelos de sus hermanos. Pero lejos de acceder á dar un paso honroso concluyó su carrera enmedio de las discusiones en que se veia continuamente obligado á volver atras por haber avanzado con demasiada imprudencia, dejando al cabo igualmente descontentos á ambos partidos. Algunas explicaciones sencillas y fáciles le hubieran sacado del apuro sin comprometer su honor y sus principios; pero le pareció menos humillante suscribir á la decision de su superior que retractar de suyo su aprobacion. Conforme al deseo del mismo cardenal Luis XIV requirió á Clemente XI que pronunciara su juicio: el examen del libro del P. Quesnel se retardó mas de un año en Roma, pues hasta el dia 8 de septiembre de 1713 no dió el papa la famosa constitucion *Unigenitus*, que condena ciento y una proposiciones sacadas de las Reflexiones morales. Antes que la hubiese aceptado el cuerpo episcopal de Francia y se hubiese confirmado con el sello de la autoridad real, el cardenal concediendo lo que por tanto tiempo habia negado á las instancias del rey, revocó la aprobacion del libro de Quesnel dada por él en otro tiempo. Debia creerse que este paso tardío quitaria todo pretexto de discordia; pero en la junta tenida para aceptar la bula el car-

denal propuso una opinion que propendia evidentemente á renovar todas las añejas discusiones sobre la forma de aceptacion de los juicios dogmáticos de la santa sede y á poner en pugna la iglesia y la corte de Francia con la corte romana. Asi aquel prelado se resistió obstinadamente por dos años á condenar el libro de Quesnel y á comprometer su sumision al juicio que pronunciase el papa: luego condenó dicho libro y desechó el juicio de S. Santidad. Sea irresolucion de caracter, sea esperanza de un cambio próximo; que se vislumbraba atendidos los años y la decadente salud de Luis XIV, el cardenal eludia constantemente sus propios compromisos y la influencia de sus verdaderos amigos, de su familia y de sus colegas mas respetables. Todas las vias de conciliacion que se proponian, todos los planes de acomodamiento que se formaban, todos los artículos de doctrina que se extendian, quedaban sin efecto, aunque propuestos por los negociadores mas hábiles, á cuyo frente se puso muchas veces el regente del reino. El destino de este prelado mientras vivió, fue ir hácia delante, volver atras y variar siempre hasta el último instante de su vida: al cabo aceptó la constitucion *Unigenitus* que tantas veces habia contradicho y desechado.

Tal fue la perseverancia del jansenismo en su mala fé, que esta herejía desleal no puede menos de excitar un asombro mezclado de horror. Para justificar nuestro sentir recapitularemos brevemente sus maquinaciones. Antes que la santa sede hubiese fallado acerca de la nueva doctrina, los diputados de la secta encargados de defenderla en Roma convenian con los diputados ortodoxos en dar un mismo sentido á las cinco proposiciones de Jansenio. La silla apostólica condenó las cinco proposiciones asi presentadas: los jansenistas suscribieron á esta condenacion: pero les dieron otro sentido que aquel en que habian sido condenadas. Cuando se les cerró esta callejuela por medio de la fórmula, inventaron la distincion del hecho y del derecho. Cuando se les exigió la sumision respecto del hecho, aun como perte-

ciente al derecho, recurrieron á la sumision ingeniosa que la boca expresa y desmiente el corazon, y sacaron á plaza el silencio respetuoso. Cuando fue proscripto este silencio, sentaron que la iglesia no era infalible mas que reunida en concilio, y aturdieron é indignaron á la Europa con sus apelaciones al concilio futuro; y precaviendose de antemano contra los mismos concilios en caso que llegase á otorgarseles la reunion de uno, negaron al papa á ejemplo de Lutero el derecho de presidirlos como juez incompetente por causa de prevencion; recusaron á los obispos de Italia, España y Alemania y á todos los que discurrian ellos que creian la infalibilidad del sumo pontífice; aniquilaron ó á lo menos eludieron la autoridad divina del concilio, queriendo que tuvieran voto en él los simples presbíteros y voz hasta los pueblos. Aun asi las decisiones del concilio, cualquiera que sea su forma, no obligarán á la sumision segun sus principios, mientras no sean conformes á lo que unánime y manifiestamente se enseña en toda la iglesia. Es preciso que esta conformidad sea evidente para todos y cada uno de los fieles. Ve aquí un tribunal superior al concilio y cada fiel con derecho de juzgar si la decision de este merece respeto ó desprecio; ve aquí el sentido particular de los luteranos y calvinistas adoptado por los semicalvinistas, cualquiera que sea el nombre y el velo con que se encubran: ve aquí en qué viene á parar la rebelion contra la autoridad legítima, permanente y visible que el Dios de la concordia y de la verdad quiso establecer en su iglesia como la única salvaguardia de toda la fé cristiana.

CAPITULO III.

ESTADO DEL PROTESTANTISMO EN FRANCIA, EN POLONIA, EN ALEMANIA Y EN INGLATERRA DURANTE EL SIGLO DÉCIMOCTAVO.

Los calvinistas franceses mirando la muerte de Luis XIV como una ocasion propicia para recobrar lo que les habia hecho perder aquel monarca, intentaron

algunos movimientos por la parte de Montalban á fin de junio de 1716. Todos los que fueron apresados recibieron indulto, y los calvinistas manifestaron su gratitud formando nuevas cuadrillas tumultuarias en muchos lugares y especialmente én las cercanías de Clerac. Marcharon tropas para dispersarlos y fueron presos algunos alborotadores. Entretanto se celebraban juntas con caracter amenazante en el Poitou, el Langüedoc y la Guyena; y el objeto de estas reuniones se evidenció cuando se descubrieron grandes pertrechos de armas cerca de un lugar donde se juntaban los protestantes. El parlamento de Burdeos condenó algunos herejes á presidio ó á destierro; pero restablecida la tranquilidad el regente indultó á los mas. Duclos afirma que el duque de Orleans estuvo á punto de anular los edictos de Luis XIV y llamar á los protestantes; pero que la pluralidad de sus consejeros se opusieron á esta providencia. En efecto hubiera exaltado las esperanzas de los religionarios y enardecido los ánimos como advierte Duclos, el cual no aprobaba que se repusiese á los protestantes en el mismo estado que tenian antes (1). El regente opuesto por caracter á los actos de rigor dejó á los protestantes muy tranquilos en el tiempo de su gobernacion, y en la práctica se sustituyó una tolerancia muy lata á los severos edictos de 1685. Los calvinistas se reunian sin obstáculo; sus pastores visitaban á sus ovejas, esparcian escritos, recaudaban dinero y expedian como antes certificaciones de bautismos y matrimonios. El hábito de la tolerancia excitó la audacia, y en algunos lugares ocurrieron desórdenes: los sacerdotes católicos fueron insultados y se cometieron irreverencias públicas. Para reprimir esta licencia el rey renovó por su declaracion de 24 de mayo de 1724 los edictos anteriores reencargando su cumplimiento. Pero en el pensamiento mismo del gobierno esto no era mas que una amenaza

(1) Memorias secretas de los reinados de Luis XIV y Luis XV.

encaminada á amortiguar el ardimiento de los calvinistas; y los parlamentos y los agentes investidos de autoridad, convencidos de que el gobierno no habia querido mas que hacer un poco cautos á los acatólicos, no cooperaron al cumplimiento del edicto de 1724. Por algun tiempo fue moderada la conducta de los calvinistas; luego envalentonandose á la sombra de la paz en que vivian, volvieron poco á poco al ejercicio de su culto, fundaron de nuevo escuelas y consistorios, distribuyeron libros y catecismos, convocaron juntas, y hasta llegaron á celebrar un sínodo nacional en agosto de 1744. Se reunieron diputados de todas las provincias en Sommiere en los confines de la diócesis de Uzes. Aunque la congregacion del clero en 1745 denunció esta infraccion de los decretos y edictos y se quejó de los atentados de los religionarios; estos á quienes era favorable el gobierno, obraron con toda libertad para celebrar juntas, reedificar algunos templos y reconquistar el lugar que ocupaban antes de los edictos de Luis XIV. En el Poitou, en Bearn, en el Vivarés y en el Delfinado se habian reunido juntas de veinte mil almas: sesenta templos se habian erigido en sola la provincia de Saintonge; y La Baumelle por quien vemos confirmadas estas particularidades, habla ademas en sus cartas de un seminario de predicantes, que tenian sus beneficios, sus funciones, sus sueldos, sus consistorios, sus sínodos y su jurisdiccion eclesiástica.

En Polonia habia menos tolerancia, ó si se toleraba el ejercicio del culto protestante, se reprimian con ejemplar severidad las demasías de los herejes. No necesitamos otra prueba que las consecuencias terribles que tuvo la asónada ocurrida en Thorn el 16 de julio de 1724. Era un dia en que los católicos de la ciudad celebraban una solemne procesion. Cuando se estaba ejecutando segun costumbre esta augusta ceremonia, se movió una disputa entre los estudiantes dè los jesuitas y unos jóvenes luteranos que veian pasar la procesion. En Thorn dominaba el luteranismo: asi que el pueblo y los

magistrados tomaron la defensa de los jóvenes de su comunion, y fueron presos algunos estudiantes católicos, cuya libertad reclamaron con instancia sus colegas. Entonces la contienda se hizo general, y los habitantes vinieron á las manos en las calles. Enardecidos los ánimos cada partido tomó las armas; pero los estudiantes católicos menos en número tuvieron que refugiarse en el colegio de los jesuitas. El populacho furioso los persiguió, forzó las puertas de aquel edificio, le saqueó y cometió los mayores desórdenes. Aquella chusma frenética burlandose de las santas imágenes y aun de la efigie de la Virgen las insultó, las arrastró ignominiosamente por el suelo y las hizo pedazos. En Varsovia á donde acudieron los católicos con sus quejas, se vió en estos hechos un insulto á la religion no menos que á la autoridad. En consecuencia se enviaron tropas á Thorn, y el dia 16 de noviembre el canciller mayor de Polonia pronunció una sentencia terrible contra los luteranos. Se les quitó su templo de Santa Maria; fueron desterrados dos de sus ministros; y se decidió que el cuerpo de la ciudad se compusiese de católicos y protestantes. De los que habian tomado parte en el motin, unos fueron condenados á muerte y otros á destierro; y como los magistrados se hicieron responsables de un tumulto que no habian sabido prevenir ni reprimir á tiempo, dos de ellos fueron decapitados.

En vano reclamaron las potencias protestantes limítrofes en favor de los disidentes de Polonia aterrados: el gobierno polaco no dió oidos á las representaciones de Prusia, de Suecia y de la ciudad de Dantzick: no perdonó mas que á dos reos, y quiso que en el lugar mismo del desorden se erigiese una columna para recordar constantemente á los habitantes de Thorn su delito y el castigo que se les habia impuesto.

La Alemania que se habia quejado de la severidad de la Polonia con los protestantes, vió en su propio seno á los acatólicos heridos de un golpe que hacian indispensable las demasías y desacatos de estos. Las monta-

ñas del arzobispado de Salzburgo servian de guarida á los hussitas y valdenses infatuados con sus creencias, aficionados á sus libros y que por la dificultad de las comunicaciones tenian medios de practicar su culto sin ser descubiertos. El arzobispo Maximiliano Gandolf, usando del derecho que le daba el tratado de Westfalia de desterrar de sus estados á los que no profesaban una de las tres religiones autorizadas en el imperio, echó de su territorio á muchos de aquellos heterodoxos. Leopoldo Firmiano, uno de sus sucesores en la silla arzobispal, tomó mas á pechos establecer la uniformidad del culto en su principado; á cuyo efecto se valió de todos los medios de que podia disponer como príncipe y como arzobispo. Mandó quitar á los descendientes de los hussitas y valdenses los libros que fomentaban sus errores, y envió misioneros que predicasen á aquellas ovejas descarriadas. Pero se gritó contra la intolerancia y tiranía del prelado, y de las quejas se pasó á vias de hecho. Para evitar un levantamiento general el emperador Carlos VI publicó en 26 de agosto de 1735 un rescripto imperial, por el que prohibia á los protestantes tomarse la justicia por su mano y los mandaba exponer pacíficamente sus quejas. Mas el impulso estaba dado, y hubo que emplear tropas para mantener en respeto á los descontentos. En fin el príncipe arzobispo desterró de sus estados á aquellos religionarios el 31 de octubre del mismo año. Los mas de los desterrados fueron á fijar su residencia en Prusia.

Si en Polonia y en Alemania habia sido necesario desplegar rigor contra los protestantes, estos en desquite perseguian con encarnizamiento á los católicos en la Gran Bretaña. Allí se juntaban á los motivos religiosos de la persecucion los políticos, porque se sospechaba de los católicos que suspiraban por los Estuardos, protectores mas ó menos declarados de la verdadera religion. El jefe de aquella familia destronada refugiado en los estados de la iglesia, donde el pontífice atendia á sus necesidades, habia tenido dos hijos de la princesa

Sobieski, á saber, Carlos Eduardo, príncipe de Galles, que intentó la aventurada expedicion de 1745 en el reino de sus padres, y que despues de frustrada aquella tentativa fue á reunirse con Jacobo III en Roma; y Enrique Benito, duque de York y cardenal de la santa iglesia romana. El pretendiente tan conocido con el nombre de caballero de San Jorje murió en la capital del orbe cristiano el 1.° de enero de 1766 á los setenta y ocho años de su edad: su primogénito Carlos Eduardo le siguió al sepulcro el 13 de enero de 1788 sin dejar sucesion de su matrimonio con Luisa de Stolberg; y el último de los Estuardos falleció en 1807.

Cuando el príncipe de Galles penetró en Inglaterra, se tomaron en este reino ciertas providencias contra los católicos, aunque no se hubiesen declarado en gran número á favor de Carlos Eduardo. Esta expedicion ofrecia al clero protestante un pretexto que no dejó de aprovechar, para resucitar la aversion popular al grito de *fuera papismo.* Los anglicanos y los disidentes se unieron contra la iglesia romana, cuyo clero fue molestado y aun algunos individuos fueron reducidos á prision. En todas partes los predicantes levantaban su voz de trueno contra los católicos. Herring, arzobispo de York, Warburton, obispo de Glocester, y otros muchos ostentaban un furor extraordinario de perseguir, que sobrepujaban los presbiterianos con su exagerado y frenético zelo, ellos que habian fundado unos cuantos años antes un curso de sermones para reprimir lo que llamaban los progresos del *papismo.* Esta manifestacion impidió que Cárlos Eduardo ganase partidarios en Inglaterra, y fue rechazado en Escocia, donde la rota de Culloden ocurrida el 27 de abril de 1746 arruinó su causa. Este príncipe católico habia prohibido en un manifiesto atentar á la vida de Jorge II ó de los príncipes de su familia; por el contrario la dinastía protestante pregonó la cabeza de Carlos, el cual á duras penas pudo embarcarse para Francia. Entonces se ejerció el mayor rigor con los católicos de Escocia. Esta

isla no formó al principio mas que un vicariato apostólico, desempeñado en primer lugar por Nicolson, obispo de Peristaquio, siendo nombrado su coadjutor en 1706 Santiago Gordon, que se consagró en Roma con el título de obispo de Nicópolis.

Gordon pasó secretamente á Escocia en 1791 y sucedió á Nicolson que murió en este año. En su tiempo (1726) se dividió la Escocia en dos vicariatos, uno del pais llano y otro de las montañas. El obispo de Nicópolis conservó el primero de estos distritos y tuvo por coadjutor á Juan Wallace, obispo de Cyrrha, que fue preso con otros católicos en 1722 y murió en 1734. Su otro coadjutor y sucesor cuando él murió enmedio de las contradicciones que referimos, fue Alejandro Smith, obispo de Misinópolis, que se mantuvo oculto en Edimburgo; pero fue denunciado mas de una vez y perseguido. Hugo Mac-Donad, obispo de Dia y vicario apostólico del distrito de las montañas, como se habian dado sus señas particulares á los soldados que iban á caza de clérigos y se ofrecia el cebo de los premios, pasó á Francia, donde vivió muchos años desterrado sin poder reunirse á su rebaño. Si no pudieron ser apresados los obispos, se tomó una especie de compensacion derribando las iglesias, destruyendo el seminario establecido en Scalan y haciendo activas pesquisas contra los misioneros. Los unos se veian precisados á esconderse; los otros eran aprehendidos. Colin Campbell murió de resultas de los maltratamientos que habia sufrido. Los PP. Gordon y Cameron, jesuitas, acabaron su vida en la carcel. Otros ocho despues de haberse consumido mucho tiempo en los calabozos fueron desterrados perpetuamente. Estas pesquisas continuaron aun pasadas las circunstancias que habian servido de pretexto. Se siguió ofreciendo premios al que aprehendiese á un sacerdote. Grant y Gordon fueron presos en 1751: el último fue desterrado. Roberto Maitland fue proscripto por sentencia solemne. En fin el obispo de Dia de regreso á su vicariato buscó en balde un asilo en Edim-

burgo contra las pesquisas: fue delatado y reducido á prision en 1755: el que habia hecho esta aprehension sacrílega, recibió ochocientos escudos de recompensa. En vano los católicos de Escocia para poner término á este estado de turbacion empleaban la intercesion de los vicarios apostólicos en Inglaterra y la intervencion de los embajadores de las potencias católicas en Londres. Manteníase siempre vivo el resentimiento, y aun cuando los ortodoxos eran menos mal vistos en Inglaterra y hasta en Irlanda, la política desechaba las reclamaciones de los escoceses. En Inglaterra cada dia gozaban los católicos de mas libertad, acostumbrandose el gobierno á usar de mayor tolerancia con ellos. En Irlanda se tranquilizaba la suspicacia inglesa con los testimonios que daban los católicos de su sumision al orden de cosas establecido. Cuando se trató del desembarco que debian efectuar los franceses en 1759, el lugarteniente de Irlanda recibió una representacion firmada por los católicos de Dublin, en la que declaraban estar dispuestos á rechazar la invasion. Cuando algunos campesinos de Munster cometieron actos de rebelion por los años de 1763, los católicos protestaron su fidelidad al gobernador lord Hallifax: el obispo de Waterland dió noticias á los ministros sobre la conducta de los descontentos; y el obispo de Ossory exhortó su rebaño á la sumision. A vista de tales hechos cualquiera conoce que debian desvanecerse las sospechas. De otro lado cuando por la forzada quietud y luego por la extincion de la familia de los Estuardos se cortaron en su raiz estas prevenciones, debió ser menos crítica la situacion de los católicos en los tres reinos.

La religion católica tenia unos enemigos encarnizados en los protestantes; pero eran enemigos conocidos y declarados á diferencia de las sociedades secretas, cuya existencia por ser soterranea no era sino mas amenazante.

CAPITULO IV.

SOCIEDADES SECRETAS.

Suelen considerarse las sociedades secretas bajo un punto de vista muy limitado, y asi no se forma una cabal idea de lo que son en el mundo. Se han mirado solamente como instituciones particulares que nacen en ciertas circunstancias y acaban con otras, mientras en realidad tienen una causa perpetuamente subsistente y no son accidentes, sino resultados necesarios. Desde su origen hubo en el mundo dos principios, cuya pugna perpetua es la razon primera de todos los acontecimientos que forman la historia del género humano. La verdad y el error, es decir el bien y el mal, se disputan el imperio del orbe, y estos dos principios estan en la naturaleza de la sociedad humana, porque hay en el hombre dos naturalezas, una que le inclina al bien y otra que le inclina al mal. Cuando domina en la sociedad política uno de estos dos principios, el otro se oculta y fortifica en las sociedades secretas para reparar sus fuerzas y volver á conquistar la dominacion, y aun puede suceder que uno y otro recurran al mismo tiempo á este medio cuando en ciertas épocas luchan con un poder igual sobre poco mas ó menos en la sociedad pública.

Como existen dos sociedades (la religiosa y la política), las asociaciones secretas tienen un objeto relativo á la una y la otra y casi siempre á entrambas á causa de la conexion necesaria del orden religioso y político. No obstante ciertos hombres que tienen intereses y necesidades comunes, han podido unirse por los vínculos de una asociacion secreta para conocerse y servirse mutuamente; pero en general esta clase de asociaciones no tardan en ser dirigidas por las sociedades que tratan de religion y de política, y al cabo casi siempre entran en ellas.

La historia de las sociedades secretas se divide en

tres grandes épocas: las asociaciones misteriosas de la antigüedad, las de la edad media y las de los tiempos modernos.

Aunque las sociedades secretas de la antigüedad no son para nosotros mas que un objeto de erudicion, pueden sacarse de ellas conocimientos útiles sobre la organizacion é influencia de las asociaciones secretas. En general los eruditos que han escrito de los francmasones é iluminados, han hablado mucho de los misterios de Egipto, de Eleusis y de Samotracia, de las iniciaciones de los bracmanes en la India y de los druidas en las Galias; pero sus escritos contienen dos partes bien distintas: la una realmente histórica se compone de documentos sacados de los historiadores de la antigüedad, que no dejan de dar luz sobre aquellas misteriosas tinieblas: la otra casi enteramente sistemática tiende á probar que las asociaciones modernas suben directamente hasta las iniciaciones de la antigüedad, que se han perpetuado bajo diferentes formas en el discurso de los siglos. Estos sistemas que siempre se han empeñado en acreditar los corifeos de la francmasonería, tienen su objeto. Persuadiendo á los iniciados de buena fé que las asociaciones actuales subsistieron siempre en todos los pueblos, es mas facil hacerlos creer que no pueden ser aquellas el foco de una conspiracion contra el gobierno y las leyes patrias: ademas se les infunde mas profunda veneracion hácia tales sociedades haciendolos creer que el origen de ellas se pierde en la obscuridad de los tiempos.

Las sociedades secretas de la edad media nos interesan mas á causa de su conexion con las modernas. En el dia es indudable que en el periodo que comprende desde el principio del maniqueismo hasta el del protestantismo, se establecieron ciertas juntas ó reuniones secretas que dieron origen á la francmasonería. Baste recordar la confesion de Condorcet, que habla de estas sociedades secretas formadas en los siglos de ignorancia y *destinadas á perpetuar ocultamente y sin peligro entre*

un corto número de iniciados unas cuantas verdades sencillas como un preservativo seguro contra las preocupaciones dominantes (1).

Bajo el velo del secreto algunas colonias de maniqueos procedentes del Oriente vinieron á sembrar en Europa las primeras semillas de la rebelion en religion y en política que luego crecieron; y precisamente estas asociaciones secretas de la edad media fueron las que dieron lugar á la institucion de la inquisicion. Esta fue al mismo tiempo una institucion secreta en su policía para penetrar mas facilmente las maquinaciones de la impiedad y la rebelion y una institucion legal revestida de la potestad pública para reprimirlas. No solo era un tribunal, sino una contramina. No se ha querido considerar bajo este punto de vista, que nos explica perfectamente por qué la aborrecen las sociedades secretas de conspiradores contra la religion y el estado.

Bossuet describió las sectas de la edad media transformadas en sociedades secretas, y á este propósito hace una reflexion que es aun mas notable para nosotros que podia serlo para él. Despues de manifestar que el maniqueismo, de que aquellas sectas eran una continuacion, es la única herejía predicha con sus caracteres particulares en la epístola primera de san Pablo á Timoteo, capítulo IV, añade: «¿Por qué entre tantas herejías no quiso el Espíritu Santo señalar expresamente mas que esta? Los santos padres se admiraron y dieron las razones que podian en sus siglos; pero el tiempo, fiel intérprete de las profecías, nos ha descubierto la causa profunda de esto; y ya no se extrañará que el Espíritu Santo tuviese un cuidado tan particular de precavernos contra esta secta, cuando se ha visto que es la que por mas tiempo y mas peligrosamente ha infestado el cristianismo: por mas tiempo, porque ha ocupado á tantos siglos, y mas peligrosamente, porque sin romper

(1) *Bosquejo acerca de los progresos del entendimiento humano.*



con escándalo como las otras se habia escondido en cuanto era posible en la iglesia misma. Desde Marcion y Manes la detestable secta ha tenido siempre su rastro funesto. Esta era mas particularmente la herejía de los últimos tiempos y el verdadero misterio de iniquidad, como la llama san Pablo. Cuando se extinguió en todo Occidente, se ve llegar al fin el término fatal del desenfreno de Satanas..... Las reliquias del maniqueismo, muy bien conservadas en Oriente, se derraman por la iglesia latina..... Una chispa enciende una gran hoguera, y cunde el incendio por casi toda la tierra (1).»

Ahora podemos añadir nosotros: ¿Por qué entre tantas herejías no quiso el Espíritu Santo señalar expresamente mas que el maniqueismo? Bossuet lo extrañó y dió las razones que podia dar en su siglo; pero el tiempo, fiel intérprete de las profecías, ha venido á enseñarnos que el maniqueismo, que en realidad no es sino el ateismo, ha sido siempre su funesta consecuencia. El es el que abortó por medio de las sectas de la edad media esas asociaciones secretas, que extendiendose han cogido el mundo entero en sus redes infernales. Asi en nuestros dias es cuando se descubre especialmente la causa profunda que hizo predecir de una manera particular este misterio de iniquidad: nosotros hemos visto salir de ahí el incendio de toda la tierra.

Sin embargo guardemonos de fallar sin nuevas pruebas. Si los misterios de la francmasonería suben hasta Manes; si este es el fundador de las logias; se debe conocer primeramente por sus dogmas y despues por la semejanza y la conformidad de los secretos y de los símbolos. Atienda el lector á nuestras comparaciones: la verdad que resulte de ellas no es indiferente.

1.° En cuanto á los dogmas hasta el nacimiento de los masones eclécticos, es decir, hasta el instante en que los impíos del siglo décimoctavo introdujeron en los misterios de las logias todos los de su deismo y ateismo, no

(1) *Histor. de las variantes*, lib. IX.

se hallará en el verdadero código de la masonería otro Dios ú otro Jehovah que el de Manes ó el ente universal dividido en Dios bueno y Dios malo. Este es el del mason cabalista, el de los antiguos caballeros rosa-cruz; este es el del mason martinista, que parece no hizo otra cosa que copiar á Manes y á los iniciados albigenses. Si hay aquí algo de extraño, es que en un siglo en que los dioses de la supersticion debian ceder el puesto á todos los dioses de los sofistas modernos, el de Manes se haya sostenido aun en tantas ramas de la masonería.

2.º En todo tiempo las extravagancias de la cábala de la magia fundada en la distincion de esas dos divinidades han venido á mezclarse en las logias de los masones. Tambien Manes hacia mágicos de sus escogidos: *Magorum quoque dogmata Manes novit et in ipsis volutatur*, dice san Agustin.

3.º De Manes procede esa fraternidad religiosa, que para los iniciados sublimes no es mas que la indiferencia respecto de todas las religiones. Este heresiarca queria tener á su favor los hombres de todas las sectas: á todos les predicaba que iban todas al mismo objeto; y prometia recibirlas á todas con el mismo afecto.

4.º Pero en este código de Manes lo que importa cotejar con el de los masones son los principios de igualdad y libertad subversivas. El heresiarca para impedir que hubiese príncipes y reyes, superiores é inferiores decia á sus discípulos que toda ley, toda magistratura es obra del principio malo: *magistratus civiles et politias damnabant, ut quæ à deo malo conditæ et constitutæ sunt.*

5.º Para impedir que hubiese pobres y ricos decia que todo es de todos y que nadie tiene derecho de apropiarse un campo ó una casa: *nec domos, nec agros, nec pecuniam ullam possidendam.*

Esta doctrina debia modificarse en las logias como entre los discípulos de Manes. Su conducta se dirigia á la abolicion de las leyes y del cristianismo, á la igualdad y la libertad por las sendas de la supersticion y del

fanatismo: nuestros sofistas modernos debian dar á sus sistemas un nuevo rumbo, el de su impiedad. El altar y el trono debian ser igualmente víctimas: la igualdad, la licencia contra los reyes y contra Dios son siempre el último término de los misterios asi respecto de los sofistas como respecto de Manes.

6.º Las mismas relaciones hay tambien en los grados de los iniciados antes de llegar á los profundos arcanos. Los nombres han variado; pero Manes tenia sus *creyentes*, sus *escogidos*, á los cuales se agregaron luego los *perfectos*: estos últimos eran los impecables, es decir los absolutamente libres, porque para ellos no habia ninguna ley cuya infraccion pudiera hacerlos culpables (1). Estos tres grados corresponden á los de *aprendiz*, *oficial* y *maestro* perfecto: el de *elegido* ha conservado su nombre en la masonería; pero es el cuarto grado.

7.º Los discípulos de Manes lo mismo que los masones se ligaban con el juramento mas inviolable. Despues de nueve años en el grado de creyente no habia llegado aun san Agustin al secreto de los *elegidos*. Su divisa era: Jura, perjura; no reveles el secreto: *Jura, perjura; secretum prodere noli* (2).

8.º El mismo número de signos y casi idénticos. Los masones tienen tres que llaman *la señal*, *el toque* y *la palabra*: los maniqueos tenian tambien tres, el de la palabra, el de las manos y el del seno, *signa oris, manuum et sinus*. Este último era tan indecente que hubo que quitarle: aun le usan los templarios. Los otros dos se han conservado en las logias. Todo mason que desea saber si uno *ha visto la luz*, alarga la mano para ver si el que la toma lo hace como iniciado. Precisamente por este mismo signo se conocian los maniqueos al encontrarse y se daban el parabien de haber visto la luz: *Manichæorum alter alteri obviam factus dexte-*

(1) Hieron., *proœm. dial. cont. Pelag.*
(2) August., *De manich.*

ras dant sibi ipsis signi causâ, velut à tenebris servati.

9.º Si entramos ahora dentro de las logias de los masones, veremos por todas partes las imágenes del sol, de la luna y de las estrellas. Todo esto no es mas que el símbolo de Manes y de su Dios bueno á quien hacia proceder del sol, y de sus espíritus que distribuia en las estrellas. Si el que pretende ser iniciado entra aun hoy en las logias con los ojos vendados, es porque vive bajo el imperio de las tinieblas de donde hace salir Manes su dios malo.

10. Ignoramos si hay iniciados francmasones tan instruidos en su genealogía, que sepan el verdadero origen de sus decoraciones y de la fábula en que se funda toda la explicacion de los últimos grados; pero aquí es donde todo descubre especialmente á los hijos de Manes. En el grado de maestro todo excita el luto y la tristeza: la sala está colgada de negro: enmedio hay un catafalco cubierto con un paño mortuorio: al rededor estan los iniciados en profundo silencio y llorando la muerte de un hombre, cuyas cenizas se supone estan depositadas en aquel féretro. La historia de este hombre es en primer lugar la de Adoniram y en segundo la de Molai, cuya muerte es preciso vengar con la de los tiranos. La alegoría es amenazante para los reyes; pero es demasiado antigua para que no suba á una época mas remota que la del gran maestre de los templarios.

Toda esta decoracion se encuentra en los antiguos misterios de los hijos de Manes: esta misma ceremonia es precisamente la que llamaban ellos *bema*. Tambien se colocaban al rededor del catafalco cubierto de adornos análogos á la ceremonia. Entonces tributaban grandes honores al que descansaba bajo aquel catafalco; pero todos se dirigian á Manes, y su muerte era la que celebraban. Consagraban á esta fiesta precisamente el tiempo en que celebran los cristianos la muerte y resurreccion de Jesucristo: *Plerumque Pascha nullum celebrant, sed Pascha suum, id est, diem quo Mani-*

chœus occisus, quinque gradibus instructo tribunali et pretiosis linteis adornato ac improptu posito et objecto adorantibus, magnis honoribus prosequuntur (1).

Muchas veces les hicieron este cargo los cristianos, y hoy se les hace tambien á los masones por la costumbre que tienen de repetir sus ceremonias fúnebres precisamente en el mismo tiempo.

11. En los juegos masónicos las palabras misteriosas que encierran toda la significacion de esta ceremonia, son *mac-benac*. Segun los masones la explicacion literal de estas palabras es: *la carne deja los huesos.* Esta explicacion es otro misterio que se explica muy naturalmente por el suplicio de Manes. Este heresiarca habia prometido curar con sus prodigios al rey de Persia con tal que se alejase á todos los médicos. El príncipe murió y Manes huyó; pero descubierto al fin fue conducido á la presencia del nuevo rey, quien mandó desollarle vivo con cañas puntiagudas. Ve aquí seguramente la explicacion mas clara del *mac-benac*, *la carne deja los huesos.* Fue desollado vivo.

12. Hasta la circunstancia de estas cañas viene á corroborar nuestras comparaciones. Se extraña que los caballeros rosa-cruz empiecen sus ceremonias sentandose triste y silenciosamente en el suelo y levantandose luego y andando con unas cañas largas. Todo esto se explica cuando se sabe que los maniqueos se mantenian en esta postura afectando sentarse y aun echarse en unas esteras de cañas para tener siempre presente el el género de muerte que habia sufrido su maestro. De esta costumbre les vino el nombre de *matarii.*

La verdadera historia de los maniqueos nos ofreceria aquí otras muchas semejanzas: por ejemplo encontrariamos entre ellos esa fraternidad que ponderan los masones, y ese cuidado que tienen de socorrerse unos á otros; fraternidad ciertamente laudable si no se la pudiera motejar de exclusiva. Los masones han merecido

(1) August., *Epist. contra manich.*

este cargo, y ese es otro vestigio de los maniqueos, los cuales siendo muy solícitos para socorrer á sus iniciados tenian un corazon empedernido con cualquier otro indigente: *Quin et homini mendico, nisi manichœus sit, panem et aquam non porrigunt* (1).

Podriamos notar ademas en los maniqueos y masones el mismo zelo por la propagacion de sus misterios. Los iniciados modernos se glorian de ver esparcidas sus logias por todo el mundo: tal era tambien el espíritu propagador de Manes y sus discípulos. Addas, Herman y Tomas fueron de orden suya á introducir sus misterios el uno en la Judea, el otro en el Egipto y el tercero en el Oriente, mientras él predicaba en Persia y Mesopotamia. Despues tuvo doce apóstoles y aun segun algunos historiadores veintidos. En poquisimo tiempo se difundieron por toda la tierra sus iniciados, como sucede hoy á los francmasones.

Limitemonos á las semejanzas mas notables. Los grados últimos de la francmasonería estan todos fundados en el *bema* de los hijos de Manes. Habia que vengar á este de los reyes que le habian mandado desollar, y que segun su doctrina habian sido todos puestos por el genio malo: la palabra que habia que buscar era esta misma doctrina que se debia de establecer sobre las ruinas del cristianismo. Los templarios instruidos por los iniciados que se habian esparcido por la Palestina y el Egipto, sustituyeron á Manes su gran maestre Molai como objeto de venganza: el espíritu de los misterios y de la alegoría continuó siendo el mismo: destruir á los reyes y el cristianismo, derrribar los imperios y los altares para restablecer la *igualdad* y la *libertad* del géoero humano.

Este resultado no es muy halagüeño para los francmasones, porque muestra ser su padre y el fundador de sus logias y de todo su código de igualdad y libertad un esclavo desollado vivo por sus imposturas. Por hu-

(1) August., *De mort. manich. et contra Faust.*

millante que sea este origen, ahí es preciso venir á parar para encontrar el principio de sus misterios. Sus mas íntimos arcanos estan todos fundados en aquel hombre que hay que vengar, en aquella palabra ó doctrina que hay que buscar en el tercer grado: todo esto no es mas que una repeticion visible y evidente del *bema* de los elegidos de Manes: el famoso *mac-bema* no se explica claramente sino por el género de suplicio impuesto á Manes: todo sube hasta este esclavo de *la viuda del escita* (1). Puede retarse á los masones á que busquen una cosa semejante ni antes ni despues del *bema* de los maniqueos como no sea este mismo *bema*. Luego es preciso subir hasta él para encontrar el origen de los misterios masónicos.

Por último cuando uno ve á los principales iniciados de la masonería, Lalande, Dupuis, Leblond, Delaunaye, *esforzandose á sustituir los errores de los maniqueos y de los persas á los misterios de la religion cristiana*; es mucho mas dificil creer que aquellos ignorasen el verdadero autor de sus misterios. El odio con que un esclavo mira sus grillos, le hace buscar las palabras *igualdad y libertad*. El resentimiento de su primer estado le hace creer que solo el demonio ha podido ser el autor de aquellos imperios donde hay señores y siervos, reyes y súbditos, magistrados y ciudadanos; y obliga á sus discípulos á jurar la destruccion de dichos imperios. Al mismo tiempo se halla heredero de los libros y de

(1) Esta circunstancia ¿no se explica tambien por una costumbre de los masones? Cuando se ven en algun peligro y esperan poder ser oidos por algunos de sus hermanos, levantan las manos sobre la cabeza gritando para ser conocidos y pedir auxilio: *A mí los hijos de la viuda.* Si los masones de *hoy* lo ignoran, los antiguos iniciados lo sabian y toda la historia lo repite: Manes fue adoptado por aquella viuda del escita y heredó las riquezas que habia recibido esta de su marido. Asi el dicho *A mí los hijos de la viuda* significa muy naturalmente á los discípulos de Manes.

todos los absurdos de un filósofo, gran astrólogo y mágico famoso; y de aquellos absurdos y de todo cuanto le dictó su odio contra las distinciones y las leyes de la sociedad, compone el código monstruoso de su doctrina. Forjá misterios, distribuye sus iniciados en diferentes grados y funda su secta. Justisimamente castigado por sus imposturas deja á sus discípulos la venganza de su suplicio como un nuevo motivo de odio á los reyes. Esta secta se propaga en Oriente y Occidente, se perpetúa por medio del misterio, y la hallamos en todos los siglos. Extinguida en Italia, en Francia y en España llega nuevamente del Oriente en el siglo undécimo. Los caballeros templarios adoptan sus misterios, y su extincion ofrece á la secta la ocasion de renovar su forma y modificar mas ó menos sus símbolos. El odio de los reyes y del Dios de los cristianos no hace mas que acrecentarse por nuevos motivos. Los siglos y las costumbres varian las formas y modifican las opiniones; pero queda lo esencial, que es siempre la propagacion de la pretendida luz, de la igualdad y la libertad, la destruccion del imperio de los pretendidos tiranos religiosos y políticos, de los pontífices, sacerdotes y reyes, del Dios de los cristianos, para dar al pueblo la doble igualdad y la doble libertad que no toleran á la religion de Jesucristo, ni la autoridad de los soberanos. Los grados de los misterios se multiplican y se aumentan las precauciones para no descubrirlos: el último juramento es siempre: Odio al Dios crucificado; odio á los reyes coronados.

SIGLO DECIMONONO.

CAPITULO I.

ESTADO DE LA SOCIEDAD AL PRINCIPIO DEL SIGLO DÉCIMONONO.

No puede uno menos de experimentar un sentimien-

to de sorpresa cuando trae á la memoria la historia de nuestros dias. Tantos acontecimientos políticos y religiosos que se suceden con asombrosa rapidez, han cambiado muchas veces la faz de la Europa; por lo cual se ha dicho con verdad que la generacion de 1789 ha vivido muchos siglos.

En la época en que de un extremo á otro de Europa los escritores llamados filósofos predicaban á los gobiernos y á las naciones la humanidad, la filantropía y sobre todo la tolerancia en materia de religion, y repetian con complacencia estas palabras de Voltaire: «Que los filósofos no persiguen á nadie por diferencia de opiniones religiosas y que no han sido nunca ni serán perseguidores;» los corifeos del partido residentes en Paris á fines del siglo último suscitaron dos persecuciones violentas contra la iglesia, la primera en Francia y la segunda en Italia. En Francia se llegó á derramar sangre á ejemplo de los Decios y Dioclecianos; y las ciudades de Paris, Leon, Nantes y otras de este reino vieron renovarse las escenas horribles y sangrientas de la era de los mártires. En Italia se siguió otro plan. Habiendo enseñado la experiencia que las persecuciones sangrientas lejos de perjudicar á la iglesia no hacian sino darle mas brios y vigor, se recurrió al otro género de persecucion inventado por Juliano el apóstata. Se trató de seducir y pervertir á los hombres de bien ya con amenazas, ya con lisonjas y cansar la paciencia del clero con los destierros, las confiscaciones y todo género de molestias y privaciones. Pero en ambos casos el clero sostuvo el combate con valor, y los filósofos quedaron confusos y avergonzados habiendo dado contra su voluntad nuevo esplendor á la iglesia á quien querian humillar y destruir.

Este odio implacable contra la religion que parecia haberse atenuado en Francia bajo el gobierno tiránico de Bonaparte, resucitó de repente en la época de la restauracion. El regreso de los Borbones introdujo la zozobra en las filas de la impiedad. El nombre solo de

rey cristianisimo, la adhesion de aquella familia á la religion y los ejemplos de piedad que daba, todo acongojaba é irritaba á los que estaban acostumbrados en tiempo de la revolucion á ver oprimida la religion y proscriptos los sacerdotes. De nuevo empezaron á gritar contra el *fanatismo*. Entre otros folletos publicados el año de 1814 citaremos el de Dubroca, sacerdote bernabita casado y predicador de la filantropía. El título era: *Una nube negra se está formando en el horizonte ó de los signos precursores del fanatismo religioso.* Los incrédulos se declararon contra todas las providencias que se habian tomado á favor de la religion. Asi habiendo publicado el director general de la policía un bando el 7 de junio de 1814 para la observancia de los domingos y dias festivos, se calificó de arbitraria esta disposicion y se presentaron á los cuerpos legislativos algunas peticiones contra ella, que fueron bien recibidas. Los impíos se quejaron de que el clero lo invadia todo. «No se nos habla mas que de ceremonias religiosas y de procesiones,» decia Mehée. El restablecimiento de los jesuitas por una bula de Pio VII atemorizó con especialidad á los enemigos de este célebre instituto y despertó su antiguo encono. El jansenista Tabaraud desahogó su cólera en un libelo muy injurioso intitulado: *Del papa y de los jesuitas.* La religion y los eclesiásticos fueron calumniados horriblemente en el *Memorial al rey* por Carnot.

Estos diversos escritos, estas quejas y murmuraciones habian acalorado ya los ánimos, cuando un hecho poco importante en sí vino á demostrar cuáles eran las disposiciones de cierta clase de la sociedad con respecto al clero. Habiendo muerto en Paris el 15 de enero de 1815 la cómica Raucourt, quisieron sus amigos conducirla al templo donde ella no se habia presentado en vida. Como la iglesia de S. Roque estuviese cerrada, forzaron las puertas y llamaron á un sacerdote gritando contra los sacerdotes; el santuario resonó con la gritería de la muchedumbre amotinada, y al pie de los altares se lanzaron invectivas contra el fanatismo y la su-

persticion. Al fin se retiró la comitiva envanecida con una victoria tan gloriosa, y este suceso referido y comentado por los diarios dió pretexto á absurdas declamaciones.

La vuelta de Bonaparte en marzo de 1815 fue motivo de una desmedida alegria para los enemigos de la religion. En muchas provincias hubo una verdadera revolucion contra el clero, cuyos individuos fueron el blanco de los insultos del populacho y de la persecucion de ciertos agentes del gobierno. En diferentes lugares á los gritos de *viva el emperador* se juntaron los de *muera el cielo y viva el infierno.* Fue tal la exasperacion de la hez del pueblo, que produjo crímenes dignos del año 1793.

Al principio del de 1817 se anunciaron sin interrupcion nuevas ediciones de las obras de Voltaire y Rousseau. Los hombres mas cuerdos se asustaron de este crecimiento de zelo filosófico. Los vicarios generales de la diócesis de Paris se esforzaron á precaver á los fieles contra el veneno que se derramaba; pero no pudieron cumplir su deber sin sufrir indignos sarcasmos. Hasta entonces no habia habido mas que una edicion completa de las obras de Voltaire (la de Kehl); pero empeñandose el espíritu de partido en propagar mas y mas los escritos del patriarca de la filosofía moderna, se hicieron en poco tiempo diez ó doce ediciones nuevas de diferentes tamaños y precios, y hasta se publicaron algunas para las aldeas y caseríos: tal era el empeño de pervertir á todas las clases é introducir hasta en los últimos lugarejos el odio ó el desprecio hácia la religion y sus ministros. Con las nuevas ediciones de Voltaire se publicaron otras tantas de Rousseau: los especuladores competian en zelo por excitar la curiosidad pública con empresas acomodadas á todas las facultades y á todos los gustos. Ademas se reimprimian ciertas obras sueltas de los dos filósofos; y se hicieron hasta siete ediciones del *Emilio* y diez del *Contrato social.* Eran exhumados uno tras otro todos los filósofos que habian escrito de

ochenta años á aquella parte, Helvecio, Diderot, Holbach, Raynal, Saint-Lambert, Condorcet, Dupuis y Volney, de cuyo libro titulado *Las ruinas* se publicaron diez ediciones en poco tiempo. Añadanse á estos libros las novelas impías é inmorales, como las de Pigault-Lebrun, los escritos de Llorente, de Gallois, de Collin de Plancy (1), de Delamare, los *Compendios históricos* de Bodin, Rabbe, Scheffer y Thiessé, una porcion de libelos y escritos jocosos de toda especie, y se tendrá una idea de la increible actividad con que trabajaba por entonces el espíritu de irreligion. Estas obras difundidas por todas partes llevaron hasta las aldeas y los campos la manía de la impiedad, el desprecio de todo lo que nos enseña á venerar la fé, y una bárbara prevencion contra los ministros del santuario. Desde el año 1830 cesaron las reimpresiones de Voltaire, Rousseau etc., porque creyendo la conjuracion filosófica haber conseguido su objeto no necesitó ya de este medio de triunfar.

CAPITULO II.

SOCIEDADES SECRETAS.

A fines del siglo décimoctavo la filosofía moderna habia penetrado en los colegios y universidades de Alemania, y aun las aulas eclesiásticas no se preservaron de sus malignas influencias. Esta falsa filosofía preparaba la juventud para que cediese á las ilusiones de los iluminados, discípulos de Weishaupt, que se habian propagado asombrosamente manteniendo inteligencias en todas partes, formando nuevas logias despues de la desgracia de su fundador, atrayendo á sí todas las clases de

(1) Este escritor ha vuelto á la fé católica y despues de muchos años de estudios graves ha publicado en 1841 una noble é interesante retractacion, en la cual desaprueba y condena los escritos escandalosos, que dice le habia dictado el espíritu de soberbia y de mentira bajo el nombre de filosofía (Amigo de la relig., t. 3, pág. 1).

la sociedad y enganchando en especial á los maestros, los literatos, los que ejercian autoridad pública, en una palabra todos aquellos cuya influencia podia servir á sus siniestros intentos.

Para formarse una idea cabal de estas sociedades secretas al principio del siglo décimonono y comprender su influencia es preciso dividirlas en dos clases, cada una de las cuales tiene un caracter distinto. La una subsistente de antiguo comprende bajo el velo de la francmasonería diversas agregaciones, que tratando mas ó menos directamente de religion, moral y política combaten las creencias sociales: la otra comprende bajo el nombre de carbonarios unas agregaciones secretas, armadas y prontas á pelear á la primera señal contra la autoridad pública. La una por su accion moral efectúa la revolucion en las inteligencia: la otra con sus medios materiales está destinada á destruir violentamente las instituciones. En las juntas de la primera tienen asiento los apóstoles de la filosofía, que pronuncian sus oráculos y profetizan la regeneracion de los pueblos: en las reuniones de la segunda se descubren los sicarios de la anarquía con la actitud amenazante de conjurados. La una podria adoptar por emblema una tea que incendia; el de la otra seria un puñal.

Leon XII en su bula de 13 de marzo de 1825 contra las sociedades secretas despues de citar las bulas de Clemente XII y Benedicto XIV contra los francmasones y la de Pio VII contra los carbonarios se expresa asi: «Ha llamado especialmente nuestra atencion la que se llama *universitaria*, que ha establecido sus reales en muchas universidades, donde los jóvenes son pervertidos en lugar de ser instruidos por algunos maestros iniciados en los misterios que pudieran llamarse de iniquidad, y formados en todos los crímenes.....

»De ahí proviene que tanto tiempo despues que la tea de la revolucion fue encendida la primera vez en Europa por las sociedades secretas y llevada á remotos paises por sus agentes, despues de las brillantes

victorias que han conseguido los príncipes mas poderosos, con lo cual esperabamos la represion de dichas sociedades, no han cesado sus criminales esfuerzos. En efecto ¿no son de temer nuevos disturbios y nuevas sediciones fraguadas continuamente por tales sociedades en las mismas regiones donde parecian sosegadas las borrascas antiguas? ¡Cuántos terribles combates ha tenido que sostener la autoridad para conservar la tranquilidad pública!

»Tambien deben achacarse á estas sociedades las horrendas calamidades que afligen á la iglesia y que no podemos recordar sin profundo dolor: sus dogmas y sus preceptos mas sagrados son contradichos audazmente; se procura envilecer su autoridad; y la paz que tiene derecho de gozar, es no solo perturbada, sino que podria decirse destruida.

»No puede suponerse que nos atribuyamos falsa y calumniosamente á las sociedades secretas todos esos males y otros que no expresamos: las obras que han dado á luz sus individuos sobre la religion y la cosa pública, su desprecio á la autoridad, su odio á la soberania, sus insultos contra la divinidad de Jesucristo y hasta contra la existencia de Dios, el materialismo que profesan, sus leyes y sus estatutos que demuestran sus planes y sus miras, prueban lo que os hemos referido de sus esfuerzos para destronar á los príncipes legítimos y conmover los cimientos de la iglesia; y es igualmente cierto que estas diferentes sociedades, aunque con nombres diversos, estan unidas y coligadas entre sí para sus infames proyectos.

»En conformidad á lo cual creemos que es propio de nuestro deber condenar de nuevo las sociedades secretas, para que ninguna de ellas pueda presumir que no está comprendida en nuestra sentencia apostólica y valerse de este pretexto para inducir en error á algunos hombres fáciles de engañar.....»

Pio VIII al ocupar el solio pontificio renovó la misma condenacion en la carta circular que dirigió á

todos los obispos del orbe católico con fecha 24 de mayo de 1829.

CAPITULO III.

EL PROTESTANTISMO EN EL SIGLO DÉCIMONONO.

Desde su origen se predijeron al protestantismo sus inevitables consecuencias, sus futuros desvaríos, su disolucion mas ó menos próxima en el abismo de un racionalismo deista ó panteista. Para él no hay ni puede haber mas que estos dos caminos, sumision á un cuerpo de doctrinas expuestas ya por los reformadores, ya por unos sínodos mas recientes ó reprobacion de estos símbolos y libre interpretacion individual de la Escritura. Siguiendo el protestantismo el primer camino reniega de sí mismo, porque se subordina á una autoridad; siguiendo el segundo es consecuente; pero cae en la anarquía, porque cada uno puede sin regla ni freno buscar lo que quiere en la Escritura. La reforma está dividida entre estas dos tendencias: la una filosófica y progresiva, la otra pasiva y estacionaria. Ginebra se lanzó *oficialmente* la primera en el camino del filosofismo, convidó á todas las iglesias sus hermanas, y haciendose reformadora de la reforma misma, asi como en lo antiguo mereció el nombre de *Roma protestante*, podria darsele desde ahora con justo título el de *Babel protestante*. Lo que la caracteriza es el completo abandono de las confesiones de fé, de las fórmulas y símbolos que resumen la creencia y las doctrinas de una comunidad religiosa. Ginebra ha roto todas las trabas y abriendo la Biblia ha dicho á todos: *Leed, y pensad luego lo que os parezca mejor*. Y en verdad que Strauss se ha aprovechado ampliamente de esta concesion.

No obstante basta echar una ojeada hácia lo que pasa en este instante en Europa y América para ver la especie de abatimiento general en que ha caido el protestantismo dividido en mil sectas diferentes. Hoy está bien convencido de que no puede haber salvacion para

él sino en una especie de unidad diametralmente contraria á la del catolicismo que le espanta, y á la que no podrá volver jamas. El catolicismo halla su principio en la rigurosa unidad de fé que se conserva por una autoridad céntrica y divina: el protestantismo espera fundar la suya en la fraternidad de todos los errores y por consiguiente en la indiferencia absoluta, salvo algunos principios de fé que se espera aun escapen del naufragio.

En efecto apenas se cerró prematuramente el sínodo general de Berlin, que dejó á los *ordenandos* en libertad de pensar *individualmente* lo que quieran sobre los símbolos y las profesiones de fé, con tal que se abstengan de contradecirlas; llegó de Londres el protocolo de las sesiones de la *Confraternidad evangélica*. Convocada á fuerza de cartas circulares que se esparcieron por ambos hemisferios, debia reunir bajo de un mismo techo á los representantes, oradores y zeladores de todas las confesiones cristianas, exceptuando los católicos, los secuaces de Pusey (1) y los unitarios. Este gran congreso protestante se abrió en Londres el 19 de agosto de 1846: se habia encargado á una junta que lo preparase todo para el recibimiento de los hermanos extranjeros y fijase de antemano los objetos y el orden de las deliberaciones.

La asamblea comenzó sus sesiones con unos seiscientos individuos, que principalmente eran protestantes de la confesion luterana, alemanes, americanos y franceses: la iglesia episcopal de Inglaterra tenia una debil representacion. El presidente Culling Earley Smith tuvo la osadía de decir en el discurso de apertura «que aquella asamblea presentaba á Dios un aspecto de que no habia gozado jamas, pues que en tan reducido espacio veia reunidas las diversas confesiones que unidas cantaban sus alabanzas y bendecian su nombre.»

(1) Este doctor y otros de la universidad de Oxford emprendieron hace unos cuantos años la regeneracion de la iglesia anglicana.

En las diferentes juntas que se celebraron, se decretó «1.º que la conferencia compuesta de cristianos de muchas confesiones disidentes, pero que todas rendian homenaje al principio de la libre interpretacion de las escrituras y que si se separaban en ciertos puntos de la doctrina cristiana y de ciertas instituciones eclesiásticas, era por consecuencia de la comun flaqueza de los hombres en punto de opiniones individuales, hoy reunida de las diferentes regiones del globo para trabajar en la concordia cristiana declara con júbilo fraternal esta sublime verdad: que estando la iglesia de Dios en estado de crecimiento no es sin embargo mas que una sola iglesia, y que no ha perdido ni puede perder su unidad esencial, La conferencia se ha formado no para producir, sino para conferir esta unidad. Unidas de corazon desean unirse igualmente en lo exterior á fin de cumplir en sí mismas y demostrar á los demas que una unidad viva y eterna reune á todos los verdaderos creyentes en la comunidad de la iglesia de Cristo, que es su cuerpo y la plenitud del que está todo en todas cosas.

»2.º Que la conferencia, reconociendo asi la unidad esencial de la iglesia cristiana, se ve obligada no obstante á lamentar los cismas existentes en ella, asi como á confesar con toda humildad la pecabilidad humana que ha añadido á estas divisiones la extincion de la caridad, de donde han nacido todo género de males. Se ve obligada á declarar solemnemente su conviccion del deber y de la necesidad de tomar providencias dirigiendo á Dios humildes miradas para pedirle sus bendiciones y conseguir unos sentimientos y un estado de los ánimos mas conforme con el espíritu de Cristo.

»3.º Los individuos de la conferencia, íntimamente convencidos de la utilidad de una alianza fundada en las grandes verdades evangélicas que aceptan en comun, y que ofrecen á los miembros de la iglesia de Cristo la ocasion de ejercitar una caridad fraternal, de consagrarse á la comunidad cristiana y *de adoptar ademas otras cosas en que podrá convenirse ulteriormente* y que eje-

cutarán de comun acuerdo; ajustan en consecuencia una alianza que llevará el nombre de *confraternidad evangélica.*»

Luego sigue un símbolo de fé en nueve artículos con esta premisa: «que los individuos de la confraternidad evangélica no podrán ser sino los que *habitualmente se llaman creyentes evangélicos,* los cuales admiten y mantienen las doctrinas definidas á continuacion:

«1.º La inspiracion divina, la autoridad divina y la suficiencia de las santas escrituras:

»2.º La unidad de la esencia divina y la trinidad de las personas:

»3.º La completa corrupcion de la naturaleza humana de resultas del pecado original:

»4.º La encarnacion del hijo de Dios; su obra de la reconciliacion del género humano culpable, *su oficio de mediador, de abogado y de rey:*

»5.º La justificacion del pecador por la fé sola:

»6.º La obra del Espíritu Santo para la conversion y santificacion del pecador:

»7.º *El derecho y el deber de seguir su propio juicio* en la interpretacion de las santas escrituras:

»8.º La institucion divina del oficio de la predicacion y la incesante obligacion de los sacramentos, el bautismo y la cena:

»9.º La inmortalidad del alma, la resurreccion de la carne y el juicio universal por nuestro señor Jesucristo, á que se seguirá la bienaventuranza de los justos y el suplicio eterno de los impíos.»

Asi parece que en el congreso de Londres se confundieron dos elementos, el uno político y el otro seudo-místico. En los siglos décimoséptimo y décimoctavo el protestantismo peligraba por la misma causa, y se salvó por el falso misticismo de Spener y consortes, que hoy vuelve á echar raices en la corte de Berlin. Mas ¿cómo se ha de resucitar entre el pueblo esa afeccion morbosa del alma en una época en que los principios del cristianismo disueltos son reemplazados por el ateismo ó la an-

tropolatría, en que la misma teología oficial halaga á la execrable filosofía y solo de oficio parece que la combate? Conviene ademas observar que costó infinitas dificultades conseguir la adjuncion del artículo 9.º, que define el último fin del hombre segun la fé cristiana; prueba de que todos los hermanos reunidos en Londres no estaban acordes en una cuestion tan importante y tan claramente resuelta en las santas escrituras. No, la confraternidad evangélica no se constituirá como iglesia, porque si está dividido contra sí mismo Satanás, el espíritu de contradiccion y de discordia, ¿cómo podrá subsistir su reino?

INDICE.

SIGLO PRIMERO.

SIGLO SEGUNDO.

SIGLO TERCERO.

SIGLO CUARTO.

SIGLO QUINTO.

SIGLO SEXTO.

SIGLO SEPTIMO.

SIGLO OCTAVO.

SIGLO NONO.

SIGLO DECIMO.

SIGLO UNDECIMO.

SIGLO DUODECIMO.

SIGLO DECIMOTERCERO.

SIGLO DECIMOCUARTO.

SIGLO DECIMOQUINTO.

SIGLO DECIMOSEXTO.

SIGLO DECIMOSEPTIMO.

SIGLO DECIMOCTAVO.

SIGLO DECIMONONO.

FIN DEL TOMO PRIMERO.